BRUGUERA · LIBRO AMENO

misterios de los mundos olvidados

POR EL AUTOR DE EL TRIANGULO DE LAS BERMUDAS

CHARLES BERLITZ

Misterios De Los Mundos Olvidados

Misterios De Los Mundos Olvidados

-Charles Berlitz-

El autor desea expresar su agradecimiento por la colaboración de J. Manson, doctor en filosofía, director honorario del Museo de Ciencia de Miami y conservador del Museo Bishop de Honolulu. El doctor Valentine aporta en este libro su larga experiencia, descubrimientos y teorías en arqueología prehistórica logrados gracias a sus numerosas expediciones a Sudamérica, Centroamérica, Fiji, Hawai, Nueva Zelanda, Islandia, Laponia, África del Norte, islas Canarias, Indias Occidentales e islas Bahamas, donde ha llevado a cabo su búsqueda de civilizaciones perdidas en selvas, montañas, cavernas y bajo la superficie del mar.

Índice

Las inexplicables civilizaciones antes de la historia 11
Mensajes crípticos del pasado..... 29
El conocimiento perdido de la historia 63
Un observatorio astronómico de 45 pisos de altura 101
Las imposibles construcciones 117
Ciudades hundidas a la altura de la costa americana..... 143
Continentes perdidos y el fondo del mar 161
Los dioses del mar 203
El telón del tiempo y las edades perdidas del hombre 243
La gran memoria racial 269
Los cataclismos del mundo 295
Advertencias del lejano pasado 319
Agradecimiento 331
Bibliografía 335

I

LAS INEXPLICABLES CIVILIZACIONES ANTES DE LA HISTORIA

Gracias al desarrollo de la ciencia, el hombre se encuentra hoy en el umbral de las exploraciones espaciales y ante él se abren nuevas perspectivas de conquistar otros planetas, es decir, una situación en cierto aspecto similar a la que se encontraban los europeos en 1493, después de que Colón demostrase que los viajes trasatlánticos eran factibles. Pero, a pesar del desarrollo de esta ciencia, cada día más avanzada, el hombre también está cada vez más cerca de otro Armagedón. Ahora bien, cualesquiera que sean el tiempo o el destino que nos han tocado vivir, nuestra educación, nuestras tradiciones y nuestro punto de vista histórico, generalmente optimista, nos ha condicionado a aceptar como un proceso irreversible la evolución progresiva de la civilización. Este avance progresivo comenzó en Mesopotamia y Egipto, desarrollándose perfectamente en el aspecto religioso y político a través de Palestina,

Siria y Grecia, y perfeccionándose al máximo en el aspecto legal y organizativo durante el Imperio romano. Durante la Edad Media, este proceso evolutivo sufrió cierto retroceso, pero luego continuó su marcha siempre progresiva durante el Renacimiento, el descubrimiento del Nuevo Mundo y la revolución industrial.

Este progreso de la civilización parece explicar las crecientes e innatas dotes del hombre desde los tiempos antiguos hasta nuestros días. No obstante, aunque el hombre, gracias a su elevada formación científica, es hoy capaz de examinar más minuciosamente las huellas de su propio pasado, en la actualidad ha tenido que enfrentarse con ciertos problemas desconcertantes y poco tranquilizadores, sobre todo, en estos últimos años. Una especie de interrogante iconoclasta atormenta cada vez más al investigador de historia antigua: ¿es posible que existieran otras civilizaciones en la larga historia del hombre de las que no sabemos nada, o de las que sólo hemos oído vagos ecos, a menudo confundidas con otras culturas más o menos familiares para nosotros?

Nuestro concepto de la historia antigua está grandemente influenciado por nuestra dependencia de la Biblia, cuyos libros relativos a la Antigüedad están escritos desde un punto de vista sólo comprensible de forma aislada. Ello ha tendido a distorsionar el panorama general de las antiguas culturas y a descuidar completamente algunas muy importantes, incluyendo la de Minos y la de los hititas. Conserva, al mismo tiempo, alusiones fascinantes relativas a culturas de extremada y casi prehistórica antigüedad, como asimismo a civiliza-

ciones tan lejanas y de las que apenas tenemos referencias como para ser calificadas de prehistóricas.

No es forzosamente necesario que analicemos y estudiemos ciertas razas, culturas y hechos históricos omitidos o descuidados por los escritores bíblicos y otros famosos historiadores de la Antigüedad, sino más bien culturas perdidas más antiguas de las que aquéllos son meros vestigios. *El lector se cerciorará de que las soluciones que da el autor a los «enigmas» de las civilizaciones desaparecidas se apartan de la historia ortodoxa y entran en un plano puramente subjetivo. Por ello, un lector que conozca la historia según las normas tradicionales no estará de acuerdo con lo que Charles Berlitz afirma. (N. del E.)*

¿Acaso los antiguos mayas, los pre-incas de Sudamérica, los pueblos constructores de esos extraños montículos de Norteamérica, los asombrosos artistas que pintaron las antiquísimas cuevas de Europa occidental y Norte de África, y la población autóctona de la isla de Pascua y de las islas Canarias, por no citar más que unos cuantos, desarrollaron por sí mismos su cultura o eran remanentes de unas civilizaciones muchísimo más antiguas?

Actualmente disponemos de medios para calcular la antigüedad de los períodos culturales, que trastornan la idea que teníamos sobre cuánto tiempo ha vivido el hombre civilizado. Constantemente se descubren nuevos hallazgos en zonas muy distintas entre sí: una ciudad amurallada situada en el lugar donde estuvo Jericó, a la que se otorga una antigüedad de diez mil años, casi en la época de la legendaria Atlántida. Según estableció

en 1650, James Usher, arzobispo de Armagh (Irlanda), la ciudad de Jericó data unos miles de años después de 4004 a. C, fecha de la creación del mundo; ello aún influye sutilmente en nuestro concepto de la edad de la civilización. (El doctor John Lightfoot, vicecanciller de la Universidad de Cambridge y contemporáneo del arzobispo Usher, sostenía: «El hombre fue creado por la Trinidad el día 23 de octubre del año 4004 a. C., a las nueve de la mañana.») Más fantástico aún fue un intento llevado a cabo en 1857 por Phillip Henry Gosse para justificar la tradición bíblica. Según este autor, durante el siglo XIX se descubrió grandes cantidades de fósiles. Gosse, una gran autoridad en zoología marina, sostiene que Dios creó los fósiles de los animales extintos al mismo tiempo que a Adán y Eva.

Mientras que nosotros, los hombres de la edad atómica, no nos preocupamos ahora de la edad de nuestro planeta ni del comienzo aproximado de la Era Cuaternaria, que se remonta a dos millones de años aproximadamente, no obstante, nuestros cálculos sobre la edad de la «civilización» coinciden curiosamente con el concepto bíblico sobre la fecha de aparición del primer hombre sobre la Tierra. La explicación es muy simple: para nosotros, nuestros conocimientos sobre la historia y la civilización se apoyan únicamente en los datos escritos legados por el pasado.

Pero incluso este principio comienza a tambalearse. En efecto, inscripciones paleolíticas hechas con utensilios cortantes en huesos grabados, a las que se atribuye una antigüedad de treinta mil años, están siendo estu-

diadas actualmente a la luz de un nuevo enfoque científico; se las considera como registros de los ciclos de la Luna y como anotaciones sobre los largos períodos de las fases lunares, es decir, una especie de astronomía del «hombre de la caverna». Tales inscripciones han sido halladas en cavernas en diferentes lugares de Europa y tienden a cambiar nuestro concepto sobre la capacidad intelectual de nuestros antepasados, habitantes de las cavernas.

Lo que parece ser cartas o escritos, o símbolos preliminares a una forma de escritura, han sido descubiertos en algunos lugares de España y Francia, y ello nos indica que la escritura o la escritura simbólica se remonta a unos ocho mil o diez mil años de antigüedad. En una caverna de paredes pintadas descubierta en Lussac (Francia), no abierta al público, se observan unos hombres y mujeres primitivos" vestidos con una confortable indumentaria de sorprendente trazo moderno, completamente distinta de aquellas pieles y ornamentos de hueso con que solemos imaginarnos a los habitantes de las cavernas. Asimismo, en Rhodesia existe una mina de cobre en la que se ha comprobado que hace 47.000 años se extraía dicho mineral, lo que nos lleva a la conclusión de que los desconocidos mineros de la misma daban una finalidad y un uso al cobre que extraían. Cuanto más retrocedemos en la historia, más indicaciones encontramos de que existía una civilización, cuyo alcance aún desconocemos, anterior a las civilizaciones que nos son conocidas, aunque sean incompletos los datos que poseemos de ella.

Siempre ha sido un misterio para los arqueólogos y para los estudiosos de la historia antigua el hecho de que si una civilización tan altamente desarrollada e «inclasificada» existió antes de las que nosotros conocemos, ¿cómo es que no existe una prueba concreta de la misma? También se ha sugerido que si estas culturas prehistóricas fueron tan civilizadas, ¿cómo no se ha podido encontrar, entre tantas excavaciones llevadas a cabo, un simple reloj, una estilográfica o un mechero? Como respuesta a estos interrogantes, durante los últimos años se han hecho unos descubrimientos verdaderamente asombrosos, que implican el conocimiento y utilización de la electricidad por los antiguos, mediciones de las distancias interplanetarias, pesos y volúmenes de los planetas, un concepto realista de la Tierra, incluyendo ciertas referencias a la Antártida miles de años antes de que fuese descubierta «oficialmente», conocimientos muy avanzados de cartografía y de geometría esférica, el pulido de lentes microscópicas, la utilización de computadoras y otros conocimientos científicos y matemáticos hasta ahora insospechados.

Parece como si alguien que vivió en nuestro planeta antes que nosotros nos hubiese dejado mensajes, bajo la forma de ciertos monumentos claves y construcciones para ayudar a otras razas posteriores a leerlos, para orientarlas y, en algunas ocasiones, como advertencia contra ciertos peligros.

Algunos de estos monumentos aún existen, y algunas estructuras «naturales», que en principio se pensó eran demasiado grandes para proceder de la mano del hom-

bre, se ha demostrado que son realmente obras de extraordinaria calidad. Un ejemplo prominente de lo que acabamos de exponer lo constituye la gran pirámide de Egipto. Cuanto más la estudiamos y medimos, más nos vemos obligados a cambiar el concepto que de ella teníamos, comprobando cuan distinta es de lo que imaginábamos. ¿Era simplemente una tumba, como suponía el gran historiador Herodoto? ¿Era algo más que una simple tumba, como, por ejemplo, una indicación del principal meridiano para los astrónomos y cartógrafos, olvidándose más tarde esta finalidad? ¿Fue acaso un colosal reloj equinoccial, un indicador de las épocas de siembra y cosecha para los millones de seres que laboraban las tierras a lo largo del Nilo? ¿Era una gigantesca cápsula del tiempo indicadora, mucho antes de nuestra era, de que existía una raza más antigua, con grandes conocimientos sobre el peso de la Tierra, la distancia entre el Sol y la Tierra, una clave para las matemáticas y el año sideral, una guía para la geografía y la cartografía y, finalmente, el repositorio de un sistema de medidas prehistórico y desconocido para nosotros?

La gran pirámide de Egipto es un hito del pasado que aún permanece con nosotros. Es muy fácil reconocer que se trata de una masa colosal (¡cómo íbamos a negarlo teniendo una altura de 45 pisos!), pero no resulta ya tan fácil demostrar lo que realmente es. Existen otros monumentos en el mundo cuya finalidad, su verdadera finalidad, aún se ignora; algunos porque son demasiado inmensos, como el situado en El Panecillo, una pequeña montaña en las cercanías de Quito (Ecuador), durante

mucho tiempo considerado como una montaña natural, pero aparentemente construido por el hombre, como asimismo otras construcciones, a primera vista auténticas estructuras geológicas naturales, existentes en México, Perú, Brasil, Asia central e incluso en algunas islas del Pacífico.

Los métodos y los equipos técnicos de que hoy disponen los arqueólogos son muy superiores a las primitivas máquinas de los antiguos. Entre los modernos instrumentos actualmente al alcance de los científicos están el avión y la fotografía aérea, diminutos submarinos, la utilización del sonar para exploraciones submarinas, como asimismo equipos especiales para submarinistas, radar, detectores de minas, magnómetro de cesio para la exploración del subsuelo. Aparte de todo esto, se posee grandes conocimientos de las lenguas antiguas y se dispone de una nueva técnica para restaurar, limpiar y reconstruir objetos arqueológicos; y lo que es mucho más importante, establecer su antigüedad mediante la utilización de la técnica del carbono 14.

Resulta curioso comprobar que la mayoría de los adelantos en las modernas investigaciones arqueológicas son fruto de los artefactos militares utilizados en la Segunda Guerra Mundial. En efecto, muchos descubrimientos arqueológicos se han llevado a cabo gracias a las fotografías aéreas obtenidas por los pilotos de guerra mientras efectuaban el reconocimiento de terrenos enemigos. Por ejemplo, gracias a estos reconocimientos aéreos ha sido posible descubrir el puerto hundido de Tiro como asimismo otros puertos antiguos del Medite-

rráneo actualmente bajo las aguas. Del mismo modo, el plano de las calles y canales de la perdida ciudad etrusca de Spina, cubiertos durante siglos por las marismas junto a Venecia, la hundida ciudad de diversiones de Baiae (ciudad romana equivalente a la actual Las Vegas de Estados Unidos), como asimismo numerosas ciudades mayas en Centroamérica y ruinas arqueológicas preincaicas en Sudamérica cubiertas por la exuberante vegetación selvática, deben su descubrimiento al aeroplano. Bastará un simple ejemplo para demostrar los grandes conocimientos que tenemos del pasado gracias a la fotografía aérea: cerca de Persépolis (Persia), cuatrocientos insospechados emplazamientos fueron descubiertos durante un vuelo de trece horas de duración, y unas fotografías aéreas de una zona cercana demostraron detalladamente (en un terreno sólo visible desde el aire) el plano de una ciudad antigua que una expedición arqueológica había intentado localizar sin resultados positivos durante cerca de año y medio.

Así pues, gracias a los modernos artefactos de guerra se ha conseguido, en grado sumo, localizar y estudiar las antiguas civilizaciones, muchas de las cuales fueron destruidas por los conflictos bélicos, lo que constituye un convincente argumento sobre los procesos cíclicos del progreso: guerra, devastación y nuevo despertar. Hecho este que hemos podido comprobar a lo largo de toda nuestra historia.

A medida que examinamos la superficie de la Tierra, su subsuelo, el fondo de los lagos, mares y ríos, las cordilleras continentales bajo el mar, e incluso los gran-

des abismos y profundidades, no sólo encontramos pruebas de las huellas del hombre, sino de civilizaciones «inclasificadas», de las que sólo sabemos muy poco o nada, y que han desaparecido por motivos aún desconocidos. En realidad, cuando estudiamos estas reminiscencias culturales de lo que presumimos fueron pueblos primitivos, el misterio se oscurece más aún. ¿Cómo podemos explicar la zona de Nazca, en la costa del Perú, donde todo un desierto está marcado, durante una extensión de cientos y cientos de kilómetros cuadrados, con lo que parecen ser planos cósmicos, diagramas, símbolos y dibujos de animales, sólo visibles desde el aire? El científico se siente inclinado a especular sobre cierta conexión cultural con lugares tales como el gran Zodiaco de Glastonbury (Gran Bretaña) situado en un círculo de 48.300 metros de circunferencia, o las enormes piedras, perfectamente ajustadas, de Carnac, en Bretaña (Francia), o las rocas de Stonehenge, en Salisbury Plain (Gran Bretaña) e incluso con los misteriosos montículos del Valle del Mississíppi y otros lugares del centro de Estados Unidos; inmensas construcciones de tierra y montículos piramidales en perfectos círculos encuadrados dentro de otros círculos, romboides, polígonos y elipses de exactas medidas, como asimismo representaciones de animales y serpientes no siempre visibles desde el suelo, pero perfectas cuando son observadas desde arriba.

Resultan inexplicables las enormes murallas preincaicas de los templos pétreos en las altiplanicies y montañas de los Andes, no sólo en cuanto al sistema de trans-

porte que utilizaron sus constructores, sino también por el ajuste asombrosamente exacto y casi caprichoso de los bloques de granito pluriangulares de cientos de toneladas de peso.

Desde que se descubrió el método del carbono 14 para calcular la antigüedad de los objetos arqueológicos (aunque, desgraciadamente, no puede aplicarse a la piedra), se han llevado a cabo varios intentos para establecer la antigüedad de muchas «inexplicables» ruinas del pasado, consiguiéndose asombrosos resultados en algunos casos. (¡Al gigantesco Zodiaco de Glastonbury se le calculó una edad de quince mil años!) A medida que retrocedemos en las etapas culturales del hombre, nos encontramos con que no sólo hemos dejado muy lejos aquella fecha de 4004 a.C. en la que el obispo Usher estableció el año de la «creación» (que, por extraña coincidencia, corresponde vagamente a un relato histórico que la ubica en una zona entre Egipto y Sumeria), sino que podemos situar la civilización en un punto anterior al último periodo glacial.

Existen otros muchos sistemas para calcular o establecer la edad de los artefactos o construcciones, pero el método del carbono 14 es el más exacto hasta hoy día. Este método consiste en lo siguiente: cualquier materia orgánica pierde la mitad de su carbono cada 5.600 años; por lo tanto, reduciéndola en un reactor y pesando los residuos, una constante más o menos variable —generalmente equivalente a 280 años— puede ser establecida. El único inconveniente de este método es que destruye los materiales sometidos a análisis. Conside-

rando las fechas anteriores a Jesucristo que encontramos en los textos de historia antigua, algunas, establecidas por el método del carbono 14, resultan realmente chocantes.

	Edad aproximada en años con posibles variantes	
Altar-Stonehenge (Reino Unido)	1.846	±275
Pyramidal Mound-Silbury Hill, Avebury (Reino Unido)	4.115	±95
Utensilios hallados en Irán occidental	100.000	
Local deshabitado, Star Carr (Reino Unido)	10.000	
Pinturas de la caverna de Lascaux (Francia)	16.000	±900
Papiros del mar Muerto, Qunram (Israel)	2.005	±275
Ruinas de la ciudad amurallada de Jericó (Israel)	8.800	
Montículo crematorio, Tara (Irlanda)	4.000	
Huesos con trazos "calendarios", Dordoña (Francia)	30.000	
Ruinas de Mohemjo-Daro (India)	5.500	
Flauta-Paracas (Perú)	8.000	
Hachas, Kalambo Falls (Malawi)	56.300	
Sandles, Oregón (Estados Unidos)	9.053	±350
Fábrica de algodón, Huaca Prieta (Perú)	4.515	
Mina de hierro, Ngwenya (Swazilandia)	43.000	
Mystery Hill, New Hampshire (Estados Unidos)	2.970	

Anteriormente a la utilización del carbono 14, algunas de estas fechas ya se presumían, viniendo dicho método a confirmarlas más adelante, pero otras tienden a situar la Prehistoria mucho más atrás. Por ejemplo, la mina de hierro de 43.000 años de antigüedad nos da a entender que nuestros antepasados no eran tan incivilizados como suponíamos.

En los muchos miles de años existentes entre el advenimiento de la inventiva y el hombre artista de Cro-Magnon existe un intervalo de tiempo que abarcaría, si pudiéramos localizarlo, muchos siglos de cultura y de civilización. Una vaga memoria de todo esto quizá haya

llegado hasta nosotros disfrazada de leyendas sobre el gran diluvio, un hecho muy común a casi todos los pueblos antiguos, o también como tradiciones sobre la destrucción de la humanidad (generalmente como un castigo divino a la maldad del hombre) por medio de terremotos, diluvios, fuego, erupciones volcánicas o hielo. Cualquiera que haya sido el motivo para la persistencia de estas leyendas y tradiciones hasta nuestros días, todo ello nos transmite una especie de advertencia (probablemente debido a la casta sacerdotal para preservar la moralidad y la obediencia). Ahora bien, estas leyendas se hallan tan extendidas, que, lógicamente, parecen ser memorias de cambios en la superficie de la Tierra: cataclismos, períodos glaciares, tremendas explosiones volcánicas y espantosos diluvios, nacimiento de las montañas y hundimiento de las tierras bajo el mar.

Desde la antigua India a la antigua América, a través de todas las tierras existentes entre ambas, siempre encontramos la misma historia de catástrofes que casi barrieron a la humanidad de la superficie de la Tierra; sólo unos cuantos supervivientes se salvaron al refugiarse en cavernas, en altas montañas o flotando en botes o arcas. En la mayoría de los casos, entre los supervivientes se encontraban un hombre privilegiado y elegido, acompañado por una o más mujeres; algunas veces con familias enteras y otras con una selección de animales y pájaros, cuya especie variaba según la parte del mundo en que la leyenda era vigente. En cada caso, los supervivientes regresaban sanos y salvos dando comienzo

una nueva civilización.

Algunas veces, la catástrofe fue considerada como un diluvio universal, tal como se presenta en la tradición judeocristiana, una idea compartida por todos los pueblos de Oriente Medio. En las tradiciones de la India adopta la forma de toda una serie de cataclismos, donde el dios Visnú, el Preservador, salvó a la humanidad de nueve grandes desastres; y se cree que aún la salvará de otra más. En el antiguo México, los toltecas creían que el mundo había desaparecido, o casi desaparecido, tres veces, incorporando esta creencia a su sistema de calendario, más adelante adoptado por los aztecas. Según la tradición calendaría tolteca, la primera edad de la Tierra se llamaba El Sol del Agua, durante la cual la Tierra fue destruida por los diluvios; la segunda edad era El Sol de Tierra, cuando el mundo fue destruido por los terremotos; la tercera edad fue la de El Sol de los Vientos, en que la destrucción fue causada por los vientos cósmicos. Según este pueblo, aún nos encontramos en la cuarta edad, llamada El Sol del Fuego, que deberá terminar con una tremenda conflagración general, un augurio plenamente compartido por los profetas actuales sobre la ruina atómica de nuestro planeta.

Esta teoría de periódicas catástrofes, que daban lugar a nuevas civilizaciones, era generalmente aceptada y a menudo comentada en la Antigüedad, aunque no tan lúcidamente como lo hiciera el gran filósofo griego Platón, quien la utilizó en su famosa obra *Timeo.* En esta obra, Platón describía la visita de su famoso antepasado Solón, el gran legislador y filósofo ateniense, a algu-

nos sacerdotes egipcios en el templo de Neit, en Sais. En el *Timeo,* Solón aparece discutiendo con dichos sacerdotes la antigüedad de su linaje, cuando uno de estos, «de muy avanzada edad», aprovecha la coyuntura para hablar de la Antigüedad, de la importancia de los viejos códigos y de las catástrofes que asolaron la Tierra. Las palabras de Platón, más o menos deformadas, ya que fueron pronunciadas hace más de dos mil años, nos proporcionan un vivido comentario sobre la Antigüedad, antes de la Antigüedad, como asimismo sobre los ciclos recurrentes de la civilización.

En la obra de Platón, el sacerdote egipcio dice: « ¡Oh Solón, vosotros, los helenos, no sois más que niños, y no existe un solo heleno que sea viejo..., todos sois jóvenes; no poseéis un solo concepto antiguo que se halle respaldado por la vieja tradición, ni ninguna ciencia que se haya encanecido con el curso de los años. Y te explicaré la razón de ello: ha habido, y volverán a haber, muchas destrucciones de la humanidad, motivadas por muchas causas.

«Existe una historia que vosotros, los helenos, habéis sabido conservar. Según ésta, Faetón, hijo de Helios, unció los corceles al carro de su padre, y por no saber conducirlo como su progenitor, quemó todo lo que había sobre la faz de la Tierra, siendo destruido él mismo por un rayo. Ahora bien, aunque esto parece un mito, en realidad significa una decadencia de los cuerpos que se mueven alrededor de la Tierra y en los Cielos, y una gran conflagración de cosas que suceden en nuestro planeta durante largos intervalos de tiempo: cuando es-

to suceda, aquellos que viven en las montañas y en los lugares secos y elevados se verán más amenazados de destrucción que aquellos que habiten junto a los ríos o a las orillas del mar; es por este motivo que el Nilo, nuestro eterno protector, nos salvó y liberó.

»Por otro lado, cuando los dioses castigan a la Tierra con un diluvio de agua, vuestros ganaderos y pastores montañeses son los supervivientes, mientras que los que habitan en las ciudades son arrastrados por los ríos al mar; pero en nuestro país, ni ahora ni nunca, el agua llegó de los cielos que cubren los campos, sino de las profundidades de la Tierra. Por este motivo, las cosas que hemos conservado en nuestro país están consideradas como las más antiguas.

»...Y pase lo que pase en vuestro país o en el nuestro, o en cualquier otra región del mundo que conozcamos, todo hecho noble o grande o digno de encomio, todo ha sido registrado por escrito en los viejos códices que se conservan en nuestros templos; mientras que los helenos y los habitantes de otras naciones sólo disponéis de escritos y de otras cosas que necesitan los estados. Por este motivo, y en su momento adecuado, un diluvio desciende del cielo, cual una pestilencia, y arrastra a todos aquellos que carecen de cultura y educación, por lo que tenéis que *comenzar de nuevo como si fuerais niños,* ya que ignoráis lo que sucedió en los tiempos antiguos tanto en vuestro pueblo como en el nuestro.

»En cuanto a esas genealogías de vosotros, los helenos, que nos habéis contado, Solón, no son mejores que

los cuentos infantiles, ya que, en primer lugar, vosotros sólo recordáis un solo diluvio, cuando, en realidad, hubo muchos...»

II

MENSAJES CRÍPTICOS DEL PASADO

¿Existe alguna prueba tangible de que una civilización avanzada existió antes de lo que suponemos el principio de nuestra civilización? Cuando consideramos los resultados e implicaciones de las nuevas técnicas arqueológicas que descorren la «cortina del tiempo», forzosamente tenemos que admitir que ha habido tiempo suficiente para que existieran varias civilizaciones antes que la nuestra. Ciertamente, estas culturas han tenido que ser distintas, con cierto énfasis quizá en ciertas estructuras que aún no comprendemos. Sin embargo, al examinar detenidamente tal teoría, debemos considerar, dada la posibilidad de que existiera una civilización desarrollada durante el período Neolítico o anterior a la fusión de los últimos glaciares, que pudiera quedar algún vestigio, factible de ser examinado a la luz de nuestros actuales conocimientos científicos. Dado el lapso de tiempo en cuestión (de ocho mil a quince mil años, o

quizá más), sería algo asombroso si llegó a sobrevivir. Sir Charles Lyell, un famoso antropólogo británico del siglo XIX, llegó a la siguiente «conclusión», tomando en cuenta unos objetos prehistóricos que fueron examinados en su época:

«En lugar de los más vulgares utensilios de barro o de pedernal, tan irregulares de forma como para hacer dudar al ojo inexperto de su evidente diseño, ¿no estaremos tratando de buscar unos objetos esculturales que sobrepasen en belleza las obras maestras de Fidias o Praxiteles; huellas de raíles de trenes y telégrafos eléctricos enterrados, de los que nuestros mejores ingenieros podrían obtener valiosas sugerencias; instrumentos astronómicos y microscopios de más avanzada técnica que los que conocemos en Europa, y otras indicaciones de perfección en las artes y ciencias que nuestro siglo XIX aún no ha llegado a presenciar? Y mucho más inadmisible sería el atribuir una antigüedad más remota a los objetos hallados durante la Edad del Hierro y del Bronce. En vano atormentaremos nuestra imaginación tratando de adivinar el posible uso y significado de tales "máquinas reliquias", pensando que pudieron servir para navegar por el espacio o para explorar las profundidades de los océanos o para solucionar complicados problemas aritméticos que nuestros modernos matemáticos no han podido aún resolver.»

Tenemos que admitir que estas observaciones de sir Charles Lyell están de acuerdo con el ya tradicional y lógico razonamiento que expusimos anteriormente:

«Si han existido civilizaciones avanzadas antes que la nuestra, ¿cómo es que no hemos encontrado nada concreto que nos lo indique, por lo menos algo parecido a nuestros artefactos y técnicas, siquiera un reloj, un mechero o una radio de transistores?»

Pero quizá nuestros antepasados prehistóricos poseían una forma distinta de desarrollo técnico que aún no hemos sido capaces de identificar. Por ejemplo, en los últimos años, se han llevado a cabo unos descubrimientos tan asombrosos que podrían responder a los interrogantes de sir Charles Lyell. En todo caso, sus discípulos tienen que enfrentarse actualmente con el problema de analizar nuestro concepto sobre los conocimientos y desarrollo técnico de los pueblos de la Antigüedad. Se han descubierto artefactos y copias de documentos, a menudo en lugares muy dispares, que nos hemos limitado a colocar en un museo y a catalogarlos. Pero luego, al cabo de algunos años, los hemos vuelto a examinar y a identificar como lo que realmente son.

Y es que, cuando consideramos el desarrollo de ciertos conocimientos científicos de los pueblos antiguos, unos conocimientos que más bien parecen disminuir que aumentar a través de los siglos hasta nuestro Renacimiento, sentimos la extraña sensación de que alguien —raza o razas— se hallaba aquí antes de que comenzara la historia. Se llega a tener la impresión de que muchos de nuestros conocimientos actuales sobre el mundo ya eran conocidos antes y fueron luego olvidados a lo largo del curso de la Historia para, de nuevo, ser redescubiertos en la era actual, que comenzó quizá con la

caída de Constantinopla, el último repositorio de la cultura antigua.

¿Dejó alguna huella esta raza prehistórica, exceptuando esas construcciones y murallas ciclópeas que encontramos por toda la faz de la Tierra e incluso bajo el mar, y cuya construcción no podemos explicarnos aun hoy día sin la utilización de modernas maquinarias? Pues sí, tenemos tales pruebas bajo la forma de artefactos, manuscritos copiados, o también mapas, ya que los originales se desintegraron en el curso de los años. Estos «mensajes», desde luego, no fueron diseñados específicamente para los descendientes, ya que debemos recordar que, por muy antiguo que nos parezca a nosotros el pasado, para el pueblo que vivía entonces era «ahora», y tales obras se llevaron a cabo para su propio uso. No obstante, constituyen una forma de comunicación o mensaje y, para aquellos científicos que intentan interpretarlas, parecen decir: «Vuestra civilización no es la primera del mundo ni tampoco lo son las culturas que consideráis vuestras raíces, el verdadero principio de la historia. Hace miles de años que conocemos lo que acabáis de descubrir recientemente: la forma y el tamaño del mundo y su relación con el cosmos. Nosotros ya teníamos telescopios, lentes, computadoras, un conocimiento de las matemáticas y el concepto de la materia. Nosotros viajamos a través de un mundo mucho más antiguo que el vuestro, cuando aún las inmensas capas de hielo cubrían el norte y cuando los mares del continente polar meridional eran navegables y parte de la Tierra estaba todavía libre de hielo.

Dejamos mapas detallados de los continentes que visitamos, cuyo recuerdo se borró en los siglos intercurrentes. Cuando nos extingamos, otras razas más jóvenes heredarán parte de nuestros conocimientos; conocimientos que os ayudarán a construir vuestro propio mundo, actualmente en peligro de ser destruido.»

Esos mensajes, que vienen de un lejano pasado, se presentan de muy diversas formas. Deberían ser considerados en primer lugar a la luz del conocimiento transmitido —parte del cual ha sido mal interpretado o no reconocido—, pero otros materiales, tales como mapas antiguos, han llegado hasta nuestras manos desde tiempos muy remotos y, de acuerdo con las indicaciones en ellos expuestas, contribuyeron al descubrimiento del Nuevo Mundo. En otras palabras, Cristóbal Colón, gracias a estos mapas de ignorada antigüedad, pudo saber adonde se dirigía.

Se supone que Colón disponía de mapas o copias de mapas utilizados por los navegantes minoicos, fenicios, cartagineses, griegos, romanos y otros que le precedieron en sus viajes por todo el mundo. Algunos de estos mapas fueron redescubiertos recientemente, aunque existieron otros a los que no se prestó la debida importancia: mapas de algunas zonas septentrionales de la Tierra trazados aplicando ciertos conocimientos de la trigonometría esférica antes de que ésta fuese inventada y antes de que se supiese que el mundo era una esfera.

Estos mapas fueron aparentemente utilizados y co-

piados por sucesivas generaciones de marinos, y empleados como cartas de rutas marítimas, siendo considerados muy superiores a los de la Antigüedad y a los de la Edad Media. Desde el punto de vista náutico, más bien suponían un medio para sobrevivir en las rutas del mar que una verdadera fuente de información, de datos, para la navegación. Los originales de los que se copiaron estos mapas fueron destruidos o perdidos durante los incendios y saqueos de las famosas bibliotecas clásicas, aunque algunos fueron encontrados después de la caída de Constantinopla.

Estas copias de otras copias parecen indicar, como puede comprobarse al compararlos con los mapas modernos en cuanto a latitudes, longitudes y distancias entre lugares identificables (como lo demostró convincentemente el profesor Charles Hapgood en su obra *Maps of the Ancient Sea Kings),* que los cartógrafos que los trazaron estaban familiarizados no sólo con el mundo «conocido», sino con el *mundo.* Dichos cartógrafos fueron capaces de trazar las costas de América, las montañas de Sudamérica y las costas y el interior de la Antártida muchos siglos antes de que fuesen descubiertos. Y lo que resulta aún más asombroso, sobre todo, en el mapa de Piri Reis de 1513: los detalles topográficos de la Antártida están indicados con toda corrección a pesar de que actualmente se halla cubierta por una capa de hielo de centenares de metros de espesor, como se supone ha estado durante millares de años.

Algunos antiguos estaban familiarizados con la forma de la Tierra, y por ello pudieron viajar a su alrededor y

trazar mapas de América y del Caribe dos mil años antes de que Colón demostrase que existían. De igual modo, visitaron y trazaron los mapas de la Antártida muchos siglos antes de que el capitán Cook «demostrase», en el siglo XIX, que no existía.

La presencia de la Antártida en los mapas antes de que fuese descubierta pudo ser explicada por los cartógrafos del siglo XIX sólo con el fin de completar regiones desconocidas del mundo, utilizando mapas que han sobrevivido de los tiempos más remotos. Esta manera de actuar tan curiosa, frecuentemente daba el resultado extraordinario de que las regiones desconocidas, copiadas y recopiadas desde la Antigüedad, eran a menudo más correctas que las regiones más o menos exploradas por los mismos cartógrafos. El mapa Mercator (trazado en 1538), de la muy poco conocida costa oeste de Sudamérica, era mucho más correcto que el mapa que este mismo cartógrafo trazara en 1569, cuando dicha costa fue mejor estudiada. Una de las razones por la que el capitán Cook se lanzara al descubrimiento de la Antártida fue el hecho de que aparecía en numerosos mapas; y si posteriormente negó su existencia, fue debido a que no navegó lo suficientemente lejos en dirección sur.

Uno suele asombrarse al pensar que un científico de la talla de Ptolomeo, conservador de la Biblioteca de Alejandría durante el siglo II d. C. y autor de la famosa obra *Geographica,* que tanta influencia ejerció en la Antigüedad, fuese capaz de corregir tantos mapas como existían en su tiempo sin llegar a utilizarlos. La respuesta a este interrogante es que, probablemente, los consi-

deró simples e interesantes teorías, pero incorrectas. Por otra parte, basándose al trazar sus propios mapas en longitudes calculadas por el método «pedmométrico» romano, que realmente podía establecer las distancias de un punto a otro, era capaz de medir las latitudes, pero, por carecer de un cronómetro o un instrumento similar, no pudo medir las longitudes.

El mapa de Piri Reis de 1513 que, según su cartógrafo, un antiguo pirata turco que llegó a ser almirante, aparentemente es sólo una parte de un mapa mundial trazado por él y basado en otras cartas anteriores en cientos de años a Ptolomeo, a pesar de no ser tan exactas corno el de Piri Reís, hace unos dos mil años.

El redescubrimiento del mapa de Piri Reís planteó una serie de asombrosas coincidencias.

Este antiguo mapa ilustrado, trazado sobre una piel de gacela, fue descubierto en 1929 al efectuarse una limpieza en el harén del palacio de Topkapi de Constantinopla, algunos años después de que los turcos, bajo el mando de Mustafá Kemal privaran al antiguo sultán de sus palacios, de su trono y de su harén. A primera vista, parece sólo un interesante mapa antiguo de las costas de España, África y Sudamérica; pero la existencia en el mismo de una referencia a Cristóbal Colón nos da a entender la posibilidad de una posible relación con el «mapa perdido» que éste utilizó en su primer viaje a América. En dicho mapa se dice lo siguiente sobre las islas del Caribe:

«...Un infiel de Génova, cuyo nombre era Colón, fue quien descubrió estos lugares. Un libro cayó en las manos del mencionado Colón, y éste leyó en el mismo que al final del mar Occidental, es decir, en su lado occidental, existían costas e islas y toda clase de metales y también piedras preciosas...»

Aparte de esta referencia a Colón, el mapa de Piri, al contrario de otros de su misma época, muestra unas longitudes correctas. Numerosas copias circularon por todas las bibliotecas del mundo, siendo comentado por la Prensa internacional. El secretario de Estado norteamericano, Henry L. Stimson, al informarse de este hecho en el *London News,* solicitó autorización del Gobierno turco para investigar sobre esta materia. Dicha investigación resultó infructuosa, ya que, tanto el mapa perdido de Colón como la parte o partes restantes del mapa de Piri Reis, no pudieron ser localizados. Sin embargo, existía un detalle que al principio pasó desapercibido: Piri Reis había hecho una anotación en la que especificaba que, al trazar su mapa, había utilizado viejos mapas y cartas marinas «trazados en los días de Alejandro, Señor de los Dos Cuernos de Caza, que indicaban las regiones deshabitadas del mundo...». Aparentemente, ciertos mapas fueros rescatados por algunos científicos durante las guerras de aquella época, más tarde utilizados por los navegantes árabes y turcos, como asimismo por los europeos.

Otra copia de este mapa fue entregada por un capitán de la Marina turca al Departamento Naval Hidrográfico de Estados Unidos, y de aquí llegó a manos del capitán Arlington Mallery, arqueólogo y gran especialista en

mapas antiguos, sobre todo en aquellos mapas nórdicos de Groenlandia que demostraron que los vikingos fueron los primeros descubridores de América.

Cuando el mapa de Piri Reis llegó a manos de Mallery, por una curiosa pero comprensible coincidencia, éste se hallaba examinando una copia del *Geographic Journal* en la que se veía el perfil glaciar de Groenlandia. En la misma página había una descripción y comparación de las capas de hielo existentes en el Ártico y en el Antártico. Al examinar la línea costera inferior del mapa de Piri Reis, Mallery llegó a la conclusión de que mostraba la existencia de la costa de Queen Maud Land exactamente donde debía estar, e incluso sus bahías e islas, pero sin el hielo que actualmente las cubre.

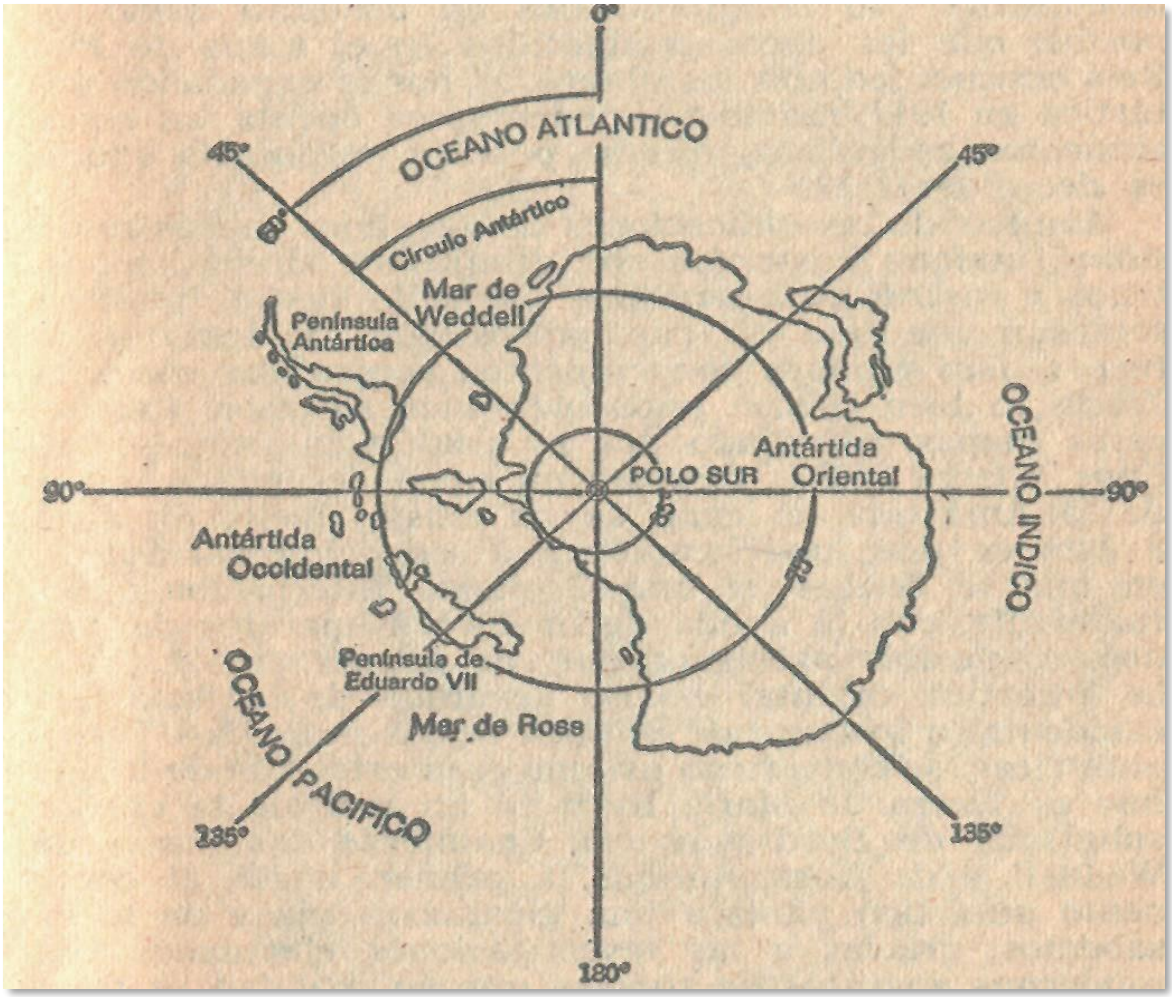
El profesor Charles Hapgood, arqueólogo, cartógrafo e historiador, llevó a cabo un programa de investigación que duró varios años y en el que también estudió otros «mapas de caminos marítimos» de la Antigüedad; copiados de los remotos originales. Después de comparar los antiguos mapas con los modernos, llegó a la conclusión de que aquéllos no podían haber sido trazados sin un conocimiento de las técnicas, incluso de las existentes durante el Renacimiento (el cronómetro, necesario para determinar la longitud, no fue conocido hasta el año 1780), y menos aún, para establecer un mapa cartográfico del Antártico.

Cuando se examina la única porción del mapa de Piri Reis que ha sobrevivido, inmediatamente uno se siente sorprendido por la peculiar prolongación de la costa

sudamericana, aunque, en realidad, es correcta en su forma. Dicha aparente discrepancia es, desde luego, una prueba efectiva de la validez de este antiguo mapa en cuanto intenta proyectar la forma esférica de la Tierra sobre una superficie plana, tomando como principal meridiano el establecido en el mapa egipcio de Syene. Cualquier proyección esferoide moderna sobre una superficie plana provocaría la misma distorsión. Es verdaderamente asombroso que los antiguos cartógrafos, en una época desconocida del pasado, no sólo conocieron la costa de la Antártida, sino que, además, estuvieron familiarizados con el principio de la proyección esferoide (sin olvidar que ignoramos cuántas veces dicho mapa fue imperfectamente copiado).

Los puntos de referencia establecidos en el mapa de Piri Reis sobre la línea costera de la Antártida son sorprendente e inexplicablemente exactos. El profesor Hapgood, después de comparar estos datos con los obtenidos por él mediante la exploración aérea, dice lo siguiente respecto al mapa de Piri Reis: «...Los detalles geográficos que se observan en la parte más inferior del mapa de Piri Reis concuerdan extraordinariamente con los resultados obtenidos por la expedición antártica sueco-británico-noruega, en 1949, sobre el perfil sísmico trazado a través de la capa de hielo. Esto demuestra que la línea costera fue perfilada antes de que estuviera cubierta por dicha capa de hielo. En la actualidad, el hielo de esta zona tiene un grosor de 1.800 metros aproximadamente. No comprendemos en absoluto cómo es posible que los datos establecidos en el mapa de Piri Reís

concuerden con los obtenidos por la expedición antártica en 1949, máxime si tenemos en cuenta los conocimientos geográficos que se poseían en aquella época, es decir, en 1513.»



Bosquejo de un mapa de la Antártida tal como aparecía sin la capa de hielo, actualmente de un espesor de más de 3.200 metros. La Antártida, sin el hielo, no sería una masa de tierra, sino dos, separadas por un estrecho.

Algunas de las indicaciones de los viejos mapas marítimos, aunque ilustrados con dibujos de sirenas, monstruos y rostros de querubines soplando viento, implican forzosamente que los cartógrafos que los trazaron, o bien tenían grandes conocimientos geográficos sobre la Tierra, o bien fueron unos increíbles adivinos. Uno de estos mapas, estudiado por el académico francés Phi-

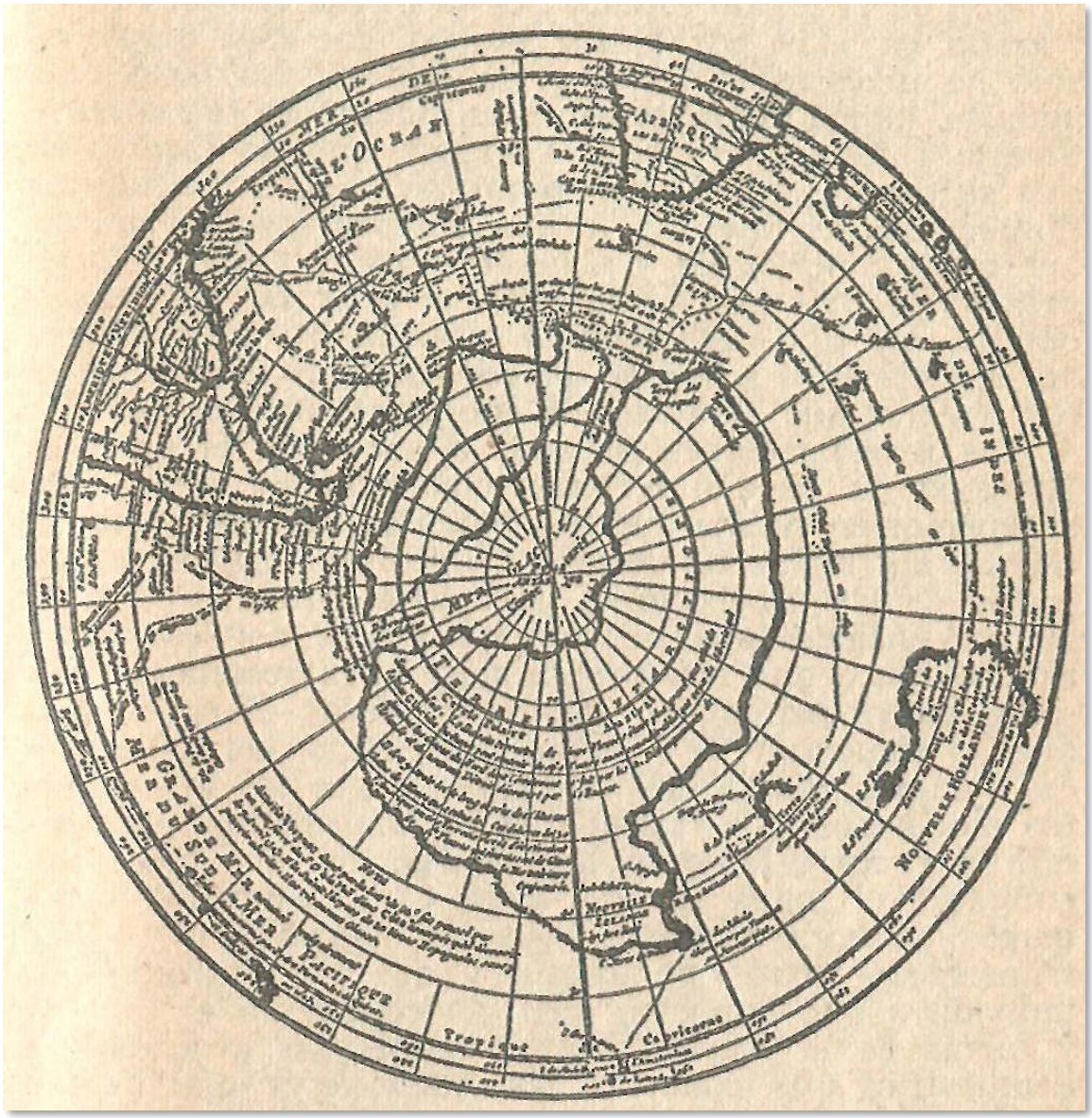
lippe Buache (1737), muestra un canal de agua a través de la Antártida, el cual, de no existir hielo, dividiría a ésta en dos; una hendidura desconocida hasta 1958, en que se celebró el Año Geofísico Internacional. Actualmente, con la ayuda de modernos aparatos de sondeo, es posible averiguar que, de no ser por el hielo, la Antártida oriental estaría separada de la Antártida occidental a lo largo de la línea de las montañas Transantárticas; se convertiría así una gran extensión de lo que hoy es Tierra de Marie Byrd en un mar de la cuenca subglacial de Byrd y uniría, finalmente, los mares de Weddell y de Ross. Aunque, a primera vista, el continente antártico parezca una gigantesca masa de hielo, sabemos, gracias a las investigaciones efectuadas con modernos aparatos de sondeo, que en realidad se trata de dos gigantescas islas. Pero ¿cómo lo sabían aquellos cartógrafos que trazaron los mapas consultados por Buache, cientos o quizá miles de años antes de que la Antártida fuese «descubierta» oficialmente?

El mapa mundial de Orance Finné, trazado en, 1532, y en el que se ve el continente antártico, mapa que no fue descubierto hasta el año 1818, describe unos ríos donde actualmente existen glaciares. El mapa Ibn ben Zara, de los mares Mediterráneo y Egeo, ofrece unos datos aparentemente exactos sobre las líneas costeras de los mismos, pero muestra —aparte de las islas conocidas— un número de islas que no existen, o que ya no existen por encima del nivel del mar, como quizá pudieron existir durante el final del último período glacial, cuando el nivel de las aguas en todo el mundo era considerable-

mente más bajo. Esta última suposición podría explicar lo que parecen ser los «campos de hielo», existentes en Centroeuropa, Inglaterra e Irlanda. Otra incursión en el lejano pasado nos la ofrece el mapa turco trazado en 1559 por Hadji Ahmed. En este mapa no sólo se muestra la costa oeste de América, sino que, además, indica aparentemente un puente de tierra entre Siberia y Alaska, lo que nos sugiere que las fuentes en que se basó Hadji Ahmed para trazar su mapa tal vez dimanaban del final del último período glaciar, cuando los indios americanos y algunas especies animales atravesaron lo que más tarde sería el estrecho de Bering, detalle este que corrobora la tesis de los antropólogos norteamericanos sobre el «origen asiático» de los primeros pueblos que habitaron el continente americano.

Las investigaciones llevadas a cabo por el profesor Hapgood no pueden ser más convincentes, sobre todo si tenemos en cuenta que se pueden comprobar haciendo uso de las tablas de comparaciones de longitud y latitud, y de las proyecciones geométricas (una especie de método «hágalo usted mismo» aplicable a la investigación arqueológica, que nos proporciona unos resultados bastante convincentes). El mismo profesor Hapgood nos dice lo siguiente: «En la antigua Grecia, las matemáticas estaban mucho más adelantadas que los instrumentos mecánicos. No existía ningún instrumento para determinar correctamente la longitud de un lugar. Sin embargo, el mapa de Piri Reis, como asimismo otros mapas, parecen demostrar que tal instrumento —o instrumentos— tuvo que existir, y que fue utilizado por

individuos que conocían casi perfectamente el tamaño y forma de la Tierra. Existen numerosas pruebas que demuestran que conocían las Américas y que habían llegado incluso a trazar las costas de la Antártida.»



El mapa de Philippe Buache, de la Antártida, fue hecho en París en el año 1737, es decir, un siglo antes de que fuese descubierta. Aunque es evidente que fue copiado de otros mapas de tiempos antiguos, nos muestra la Antártida como dos masas de tierra se separadas. Este detalle no fue demostrado hasta el Año Geofísico de 1958 mediante técnicas de sondeo a través del hielo, pero, evidentemente, era conocido por los navegantes de la Prehistoria, que podían haber visitado la Antártida antes de que fuera cubierta por el hielo.

En el *Popul Vuh,* crónica de los indios mayas de Centroamérica, de remota antigüedad, encontramos una extraña alusión muy apropiada al concepto de la cultura de un pueblo tan antiguo. Se refiere a «...la primera raza, capaz de todo conocimiento... que examinó los cuatro rincones del horizonte, los cuatro puntos del firmamento y los círculos redondos de la Tierra».

Algunas veces nos vemos obligados a cambiar el concepto que teníamos sobre el desarrollo técnico de las épocas perdidas al descubrirse un simple objeto arqueológico; se siente la misma impresión que si hubiésemos encontrado un antiguo mechero o un *flash* fotográfico. Generalmente, dicho objeto ha sido amontonado con otros y colocado en algún museo con la etiqueta de «objeto ritual» o, en el mejor de los casos, con aquella otra de «objeto antiguo; uso desconocido».

Los arqueólogos y los *amateurs* de la arqueología (la palabra *amateur,* por desgracia, ha sido desvirtuada en el terreno de la arqueología y de otras disciplinas históricas) han examinado algunos de estos objetos desconocidos, y algunas veces han logrado identificarlos de la forma más sorprendente.

Un ingeniero alemán, Wilhelm Konig, fue contratado, en 1936, por la ciudad de Bagdad para que construyera un sistema de alcantarillado. Durante su estancia en esta ciudad persa, estuvo examinando unas piedras planas y unos vasos en el Museo de Bagdad, clasificados como «objetos rituales». Más adelante, dicho ingeniero encontró, en las ruinas de un viejo edificio de unos

1.700 años de antigüedad, una especie de vaso en cuyo interior había un cilindro de cobre revestido en su cara interna de asfalto. En su informe técnico expuso lo siguiente:

«Un grueso tapón de asfalto taponaba la parte superior del cilindro, y en el centro de dicho tapón había una sólida pieza de hierro.» Resumiendo: se trataba de una auténtica batería eléctrica.

No sabemos si tal invento implica el uso de la electricidad en una época en la que estamos seguros que se desconocía ésta, o bien si simplemente representa una técnica de dorado utilizada en joyería tal como se utilizó y se sigue utilizando en el Oriente Medio. De todas formas, ello constituye un asombroso indicio de la posible utilización de la electricidad miles de años antes de que Benjamín Franklin la descubriera.

El hecho virtual de que la electricidad fuese utilizada en Mesopotamia para adornos femeninos de joyería nos recuerda la importancia de la mística femenina en el desarrollo de la civilización: la mina más antigua del mundo (la mina de hierro de Ngwenya, de 43.000 años de antigüedad) fue aparentemente explotada para extraer la hematita y utilizarla como cosmético.

También se ha descubierto en la cultura pre-inca Chimú del antiguo Perú algo parecido a un sistema de electro plateado. En efecto, en las excavaciones llevadas a cabo en Chan Chan, cerca de las llanuras costeras, se descubrieron unos hermosos objetos de cobre, plateados con oro o con plata, o hechos de plata y dorados

con oro. Nos cuesta mucho imaginar cómo pudo hacerse esto sin utilizar la electrólisis, si bien algunos científicos han sugerido que ello pudo llevarse a cabo utilizando un método desconocido, gracias al cual los vapores de la plata y del oro, derretidos al fuego, se adherían al cobre. Es muy importante tener en cuenta que este método pertenecía a una cultura mucho más antigua que la que encontraron los conquistadores españoles en el Nuevo Mundo. En efecto, cuando los españoles llegaron a América, los indígenas construían artefactos de plata y oro macizo.

Si la electricidad fue o no utilizada para alumbrado en alguna época remota, es algo que ignoramos. Sin embargo, existen curiosas referencias sobre el conocimiento de este último extremo, que han llegado hasta nosotros gracias a las descripciones sobre el Templo de Salomón (léase la obra *Histoire Inconnue des Hommes,* de Robert Charroux). En dicho libro el autor nos refiere que en el Templo de Salomón existían veinticinco varillas puntiagudas de hierro, colocadas a lo largo de su techo de oro, como asimismo unos conductos de agua que desembocaban en una cisterna. Otra referencia a la utilización de la electricidad en el sistema de alumbrado nos la ofrece el físico griego Tesias (año 400 a. C.) quien hace alusión a unas «espadas metálicas» clavadas en el suelo, con la punta hacia arriba, que eran utilizadas en el antiguo Egipto para evitar los efectos de las tormentas.

Además de esto, parece existir cierto misterio relacionado con la iluminación antigua o prehistórica, al mar-

gen de la obtenida mediante hogueras de leña, antorchas, lámparas de aceite o braceros de brea. Según refiere John Pfeiffer al hablarnos de la utilización del fuego, «la antigüedad de la luz se remonta a unos 750.000 años aproximadamente» y, desde entonces hasta la moderna iluminación, se han ensayado toda clase de métodos, incluyendo la luz indirecta utilizada en el mundo clásico y la magnificencia de la iluminación en el antiguo Oriente. Pero quedan muchas preguntas sin respuesta. En efecto, podemos preguntarnos todavía cómo es posible que las galerías subterráneas, pintadas y esculpidas, de las tumbas egipcias (sobre todo, los pasajes cerrados bajo la gran pirámide de Gizeh, en Egipto) hubiesen podido llevarse a cabo sin una iluminación, máxime si tenemos en cuenta que no existe ninguna huella en los techos bajos, que demuestre la utilización de las diversas formas empleadas en aquella época.

Un misterio similar lo encontramos en las ruinas incas y preincaicas de Sudamérica, donde los techos bajos y pasadizos subterráneos no muestran ninguna huella de ennegrecimiento por el humo. Además de esto, existen relatos de varios cientos de años de antigüedad, relativos a los indios salvajes que habitan en las zonas altas de los afluentes del Amazonas (una inmensa región bajo un mar verde de árboles, que puede considerarse como la más inexplorada del mundo), según los cuales las tribus «blancas», perdidas aún, habitan en ciclópeas ciudades en las que, por la noche, se ven brillar unas luces a través de sus ventanas de piedra. Según el coronel Fawcett, famoso explorador y escritor británico, todo

esto puede ser considerado como vestigio de una antigua cultura que ha conservado, entre otras cosas, el conocimiento perdido sobre la iluminación que utilizaron sus predecesores. En 1920, el coronel Fawcett participó en una expedición que trataba de descubrir algunas de estas ciudades perdidas, pero desapareció misteriosamente. Como se organizaran otras expediciones en su búsqueda (expediciones que resultaron estériles), el mismo coronel Fawcett acabó convirtiéndose en un ser de leyenda.

Norteamérica, Centroamérica, Sudamérica y las islas del Caribe pueden considerarse como las fuentes más importantes de lo que damos en llamar «mensajes del pasado», aunque la palabra «pasado» no puede fijarse por carecer de una historia escrita, y también porque muchos de los objetos antiguos que conservamos (elaborados con piedras preciosas, piedra y arcilla) tampoco pueden ser fechados con exactitud. Un aspecto fascinante de la arqueología americana, y que posee un significado, aunque incierto, sobre su antigüedad, es el hecho de que ciertos animales ya extintos se hallan esculpidos en algunos montículos, cual colosales estatuas de piedra, dibujados en objeto de alfarería, grabados en rocas, o en los bajorrelieves de los templos, o adoptando forma de artefacto.

En los Estados Unidos, una figura de aspecto de elefante o de mamut puede ser claramente discernida en el Montículo del Elefante de Wisconsin, vista desde un plano inferior. Lo mismo ocurre con algo parecido a la cabeza de un elefante, descubierto en unas excavaciones

arqueológicas en Palenque (México), como asimismo en las máscaras en forma de elefante propias de la escultura azteca. Durante la construcción de un aeropuerto en la ciudad de Cali (Colombia) se descubrieron unos dibujos de elefantes grabados en discos de oro, lo que nos hace pensar en la existencia de un «cementerio» de elefantes o mastodontes cerca de Bogotá, al que se otorga una antigüedad superior a la llegada del hombre civilizado al mundo. En el Brasil también se han descubierto figuras en forma de rinoceronte grabadas en rocas en la región amazónica, como asimismo unos dibujos que parecen representar dinosaurios. Unas piedras talladas en forma de leones, hipopótamos y otros animales impropios de aquella tierra, han sido descubiertas en la altiplanicie de Marcahuasi (Perú). Unos objetos de alfarería de época incierta (la edad de Tiahuanaco se calcula entre los 3.000 y los 12.000 años), proporcionan excelentes representaciones del extinto toxodón, un animal parecido al hipopótamo de los tiempos prehistóricos, y la posibilidad de que los individuos que los dibujaron hayan visto dicho animal.

En el valle de Nazca (Perú), al norte y al sur del pueblo de Nazca, y a unos cuatrocientos kilómetros de Lima, existe un extraordinario y misterioso sistema de marcas en el suelo. Consiste en una serie de marcas paralelas y cruzadas, parecidas a carreteras o caminos, durante mucho tiempo consideradas como las «carreteras incas». Sin embargo, al contrario de las maravillosas carreteras incas, no conducen lógicamente a ningún sitio, sino que forman un conglomerado de trapecios,

triángulos, rectángulos y otras formas geométricas. Otros caminos, vistos desde un avión, parecen tener la forma de enormes arañas, tortugas, pájaros, jaguares, serpientes, monos, peces, incluyendo una ballena, una gigantesca figura humana y otros dibujos de cosas no identificadas. Se cree que fueron hechos por una raza desconocida, mucho antes de la llegada de los incas, quizá hace quince siglos, trazando profundos surcos en la dura tierra, esculpiendo diseños en las rocas y también construyendo pequeños y continuos oteros , de acuerdo con el terreno. Anteriormente, ya se habían descubierto enormes pictografías en las laderas de los valles vecinos, pero las «líneas» o «caminos» de Nazca sólo pudieron ser vistos desde el aire durante una serie de estudios de irrigación, ya que son difícilmente discernibles desde tierra. Si usted se dirige a Nazca utilizando la autopista panamericana, pasará muy cerca de estos «caminos», pero le será muy difícil verlos desde su coche. Por el contrario, desde el aire, el aspecto que ofrecen es considerablemente distinto, ya que este asombroso complejo de diseños y figuras sólo puede ser observado desde arriba, desde donde seguirán siendo visibles después de los siglos intercurrentes.

Las líneas y las gigantescas pictografías cubren una zona de más de 96 kilómetros de longitud y de dieciséis kilómetros de anchura. Las líneas rectas son exactamente rectas, como si se hubiesen trazado bajo la vigilancia de un experto; un verdadero y auténtico misterio si tenemos en cuenta el tamaño relativo, el lugar y el período de la historia. Pero el avance direccional de estas lí-

neas no deja de ser menos misterioso. En efecto, algunas veces continúan durante pocos metros, mientras que otras siguen durante kilómetros, permaneciendo absolutamente rectas a pesar de que, en algunas ocasiones, tienen que «saltar» por encima de una montaña.

Se ha escrito mucho y se ha especulado igualmente sobre la posibilidad de que estas líneas fuesen «aeropuertos prehistóricos» para pilotos interestelares, o incluso mensajes para viajeros cósmicos; un vuelo en alas de la fantasía que, por extraña coincidencia, encuentra eco en una antigua leyenda peruana sobre la llegada de la diosa Arjona en una gran aeronave procedente de los cielos, que aterrizó en aquellas tierras.

Otra explicación menos imaginativa, pero aún más fascinante es la que nos sugieren las investigaciones llevadas a cabo por los doctores Paul Kosok y María Reiche. El doctor Kosok, mientras se hallaba examinando las misteriosas líneas *in situ,* estaba situado en una colina, al final de una larga línea de la que irradiaban otras. Aquel día, 22 de junio, correspondía al solsticio de invierno de la zona situada por debajo del ecuador. Cuando el Sol se puso en el horizonte, sus rayos proyectaron una sombra exactamente sobre la línea en la que él y su esposa se hallaban. Esta asombrosa coincidencia le indujo a examinar otras líneas desde el punto de vista astronómico, y sus descubrimientos le indicaron que muchas de ellas tenían un significado sólo comprensible para un astrónomo; estaban relacionadas con los planetas, el Sol, la Luna y otros cálculos relativos a los solsticios y equinoccios. La doctora Reiche, apoyándose

en estos asombrosos descubrimientos, llegó incluso a establecer una edad aproximada (500 años d. C.) para el «libro más grande de astronomía», basándose en el promedio de desviación anual de ciertas estrellas «fijas» relacionado con los caminos trazados en el desierto.

¿Acaso estas gigantescas cartas astronómicas fueron hechas para alguien que podía verlas desde lo alto? En tal caso, ese «alguien» tenían que ser los dioses a los que había que apelar y aplacar para que no sólo mantuviesen el Sol, la Luna, los planetas y constelaciones en sus caminos o senderos, sino, además, para que les proporcionasen un clima benigno. Las enormes figuras quizá representaban constelaciones del Zodiaco u otros grupos de estrellas.

Los primitivos habitantes de América se preocupaban grandemente de sus deberes para con los dioses celestes, con el fin de que éstos fuesen benignos con ellos. Tribus y naciones enteras se consideraban a sí mismas como responsables del perfecto funcionamiento del cosmos: el centro de la cosmología inca era el *Intihuatana* («pilar de enganche del Sol»), un marcador de piedra donde la sombra del Sol se proyectaba exactamente durante el solsticio. Las más antiguas civilizaciones americanas fueron también las más avanzadas en los cálculos astronómicos y matemáticos. Los aztecas, más adelante, procuraban mantener «el equilibrio de los cielos» mediante numerosos y constantes sacrificios humanos, cosa que, como los mismos aztecas comprobaron más tarde, no lograba calmar a los dioses celestes.

Estas enormes construcciones, producto de una raza muy avanzada culturalmente y que desapareció antes del descubrimiento de América, también se encuentran en otros lugares del Nuevo Mundo. En estos sitios existen millares de figuras, incluyendo estrellas, grabadas en piedras y rocas, como también en las tierras ribereñas del río Colorado (California), donde las pictografías cubren una gran extensión de terreno consistentes en filas y surcos de pequeñas piedras talladas; técnica muy parecida a la utilizada en el valle de Nazca, y que incluye enormes figuras humanas. Estas extrañas estructuras arqueológicas fueron llamadas el Laberinto Mojave, aunque los indios mojaves supervivientes no tienen ningún conocimiento del mismo. Gran parte fue destruido durante la construcción de un ferrocarril en 1880.

Quizá la más asombrosa de estas antiguas huellas del pasado es el Candelabro de los Andes, una figura grabada en un alto risco de Paracas (Perú), en la bahía de Pisco, de 244 metros de longitud, y que puede ser vista con toda claridad a mucha distancia desde el Pacífico. Esta enorme talla se parece a un candelabro de tres brazos y da la impresión de que señala hacia el valle de Nazca, como si fuera una gigantesca señal de camino. Cuando los conquistadores españoles la observaron por primera vez, la interpretaron como una señal del Cielo —la Trinidad—, considerándola un estímulo para cristianizar, conquistar y esclavizar a los habitantes de aquellas tierras.

Después de examinar esta enorme talla en la roca, los españoles observaron que había una gigantesca cuerda

atada al brazo central de este «candelabro», como asimismo vestigios de que otras cuerdas habían unido los otros dos brazos. Daba pues la impresión de que, en una época remota, aquello había constituido una especie de aparato de uso desconocido.

Robert Charroux, en su obra *Histoire Inconnue des Hommes Depuis Cent Mille Ans,* cita la explicación sugerida por un arqueólogo peruano, Beltrán García, referente a esta enorme talla. Según este científico, el Candelabro de los Andes podía haber sido un aparato para calcular las horas de las mareas, pero también añade lo siguiente: «...este sistema, equipado con contrapesos, cuerdas, poleas y subideros, constituía un gigantesco y preciso sismógrafo, capaz de detectar las ondas telúricas y los temblores sísmicos procedentes no sólo del Perú, sino de todo el planeta...».

Según otros, el Candelabro de los Andes pudo ser una especie de indicador aéreo para los antiguos pilotos de aeronaves «más pesadas que el aire», para indicar la situación de los «campos de aterrizaje» de Nazca.

Como un eco exótico a tales suposiciones, he aquí que entre los objetos de oro de la colección del Museo Banco de Colombia, se descubrió un antiguo artefacto sudamericano, de mil años aproximadamente de antigüedad, que se parecía enormemente a un aeroplano de moderno diseño. Cuando fue exhibido en los Estados Unidos, llamó la atención del doctor Ivan Sanderson, biólogo, arqueólogo y escritor científico. El objeto en cuestión parecía una especie de alevilla u otro insec-

to, o un pez volador, pero, después de ser examinado minuciosamente mediante un potente microscopio, el doctor Sanderson llegó a la conclusión de que podía ser la representación de un artefacto más mecánico que natural.

El doctor Sanderson, que como biólogo tenía que saber forzosamente el aspecto que tendría un insecto o un pez, se interesó vivamente por el misterioso objeto, el cual, si bien se parecía ciertamente a un aeroplano, también tenía otras características secundarias, pero no las de los peces, aves o insectos conocidos. Por ejemplo, los ribetes de las alas en forma de delta se parecían en gran manera a los alerones y elevadores de un avión. El cuerpo del insecto o pez, a pesar de que carecía de la mayor parte de la cabeza, tenía la parte frontal en forma rectangular, «igual que un antiguo "Rolls-Royce"». La cola no era completamente vertical, como sucede con la mayoría de los peces, sino realzada como en los modernos aviones, y, si se trataba de un avión, parecía existir un asiento en el punto donde normalmente se sitúa la cabina del piloto en una aeronave normal.

También se tuvo en cuenta la opinión de otros técnicos, auténticas autoridades en material de ingeniería, entre los cuales se hallaba J. A. Ulrich, piloto de guerra, ingeniero y piloto pionero de los aviones alemanes a retropropulsión. Ulrich opinaba, sin haber sido informado detalladamente de las características del extraño artefacto, que el misterioso objeto de oro era un caza F-102, y, teniendo en cuenta que las alas estaban un poco curvadas en los extremos,, como suelen tenerlas los po-

tentes aviones modernos para la ascensión rápida, y por la forma del artefacto, «...creía que se trataba de una aeronave a reacción». Ulrich observó que el timón era convencional y que los extraños mecanismos en el extremo del artefacto podían ser frenos de reducción de velocidad en lugar de alerones de subida. Precisamente, el moderno avión sueco «Saab» se caracteriza por no tener estos alerones.

Dado que la edad (antigüedad) del oro no puede ser establecida exactamente mediante el método del carbono 14, siempre existe la posibilidad de que el diminuto aeroplano fuese colocado accidentalmente o adrede entre los objetos arqueológicos descubiertos en época más reciente. Evidentemente, todos los inventos modernos tienen cierta relación con las «leyendas» primitivas. Así, durante la Segunda Guerra Mundial, los habitantes de Nueva Guinea, al ver volar sobre sus cabezas los aviones de guerra, pensaron que se trataba de barcos voladores en los que venían sus dioses para traerles regalos; y para lograr que aquellos dioses volvieran, grabaron en las rocas figuras de aeroplanos, aeropuertos y hangares. En los templos de la isla de Balí pueden observarse grabados en los que se ve a unos holandeses conduciendo automóviles y, algunas veces, apaleando a los nativos.

Existen muchas leyendas sobre viajes por el espacio en los antiguos mitos y tradiciones: Ícaro, el cretense de las alas pegadas con cera que se mató por haberse acercado demasiado al Sol; Eliseo y su carro ígneo; el babilonio Endiku, que voló muy lejos por el espacio y, al

regresar, informó que las tierras que había visto parecían gachas, y el mar, un vivero de agua; el aterrizaje, procedente de los cielos, de la diosa Orejona (u Orellana), en Tiahuanaco, como asimismo muchas referencias sobre carros voladores en el *Mahabharata.* Todos estos casos demuestran solamente que el hombre siempre ha considerado la posibilidad de viajar por los aires. Sin embargo, existe una asombrosa y gran cantidad de instrucciones en el poema indio *Samarangana Sutradhara* sobre cómo puede construirse uno mismo su propio *Vimana,* nombre con que los hindúes designaban a los carros voladores. De todos modos, este método de «hágaselo usted mismo» contiene unos detalles verdaderamente sorprendentes:

«*...Fuerte y duradero debe ser hecho el cuerpo, igual que un gran pájaro volante, de material ligero. Dentro de él se debe colocar la máquina de mercurio con su aparato calentador de hierro debajo. Gracias al poder latente en el mercurio, ello producirá un torbellino que empujará a la aeronave, permitiendo al hombre que esté dentro de ella el viajar por el espacio durante grandes distancias y de la forma más maravillosa*».

«*Utilizando el mismo método, uno puede construirse un* Vimana *tan grande como el templo del dios en movimiento. Dentro de la estructura deben construirse cuatro resistentes recipientes de mercurio. Cuando éste haya sido calentado mediante el fuego controlado de los recipientes de hierro, el* Vimana *desarrollará una potencia de rayo a través del mercurio, elevándose tan alto por el espacio que parecerá una perla en el cielo*».

«Más aún: si esta máquina de hierro, estando bien soldadas todas sus secciones, se llena de mercurio, y el fuego es conducido a la parte superior de la misma, entonces desarrolla una potencia tan fuerte como el rugido de un león...»

Una prueba mucho más precisa sobre el insospechado desarrollo mecánico del pasado remoto nos ha llegado desde el fondo del mar Egeo, donde permaneció durante dos mil años aproximadamente, y, últimamente, medio siglo en un museo, antes de que se descubriera lo que realmente es: un computador para las estrellas.

El mar, sobre todo los claros mares interiores como el Mediterráneo y el Egeo, ha demostrado ser una especie de almacén de valiosos objetos arqueológicos, ya que todo lo que se hundió o se arrojó en ellos durante los tiempos antiguos sigue aún allí. A la altura de la isla de Antikythera, unos buscadores griegos de esponjas descubrieron mientras buceaban, en 1900, un barco hundido repleto de maravillosas estatuas, probablemente fruto de un saqueo en alguna ciudad de Grecia y que eran transportadas a Roma.

Entre las diversas estatuas de bronce que fueron izadas dificultosamente a la superficie, gracias a los esforzados buzos que trabajaron a grandes profundidades jugándose la vida, había algunas piezas de bronce y madera que parecían estar pegadas o adheridas. Se pensó que se trataba de las piezas no identificables de alguna estatua, o incluso, debido a ciertos objetos que parecían ruedas, un juguete de niño. Estas piezas fueron colocadas aparte y se trató de recomponerlas como si fuera un rompecabezas. Pero por mucho que se inten-

tó, ello fue imposible; al final se comprobó que constituía un descubrimiento mucho más importante que las hermosas estatuas. En efecto, cuando la madera se secó, apareció un mecanismo de engranajes, con inscripciones e indicaciones direccionales, las cuales, cuando al fin pudieron ser descifradas, revelaron algo verdaderamente asombroso.

Fueron necesarios muchos años para descifrar aquel secreto gracias a la labor investigadora de muchos arqueólogos, desde el profesor Stais, que fue el primero en darse cuenta de su verdadera trascendencia, hasta el profesor Dean Merritt, que estableció el estilo de la escritura como perteneciente al primer siglo antes de Cristo. También colaboraron con estos científicos los profesores Derek de Solla Price y George Stamires, cuya investigación en los mecanismos, cuadrantes y esferas demostró sin lugar a duda su identidad y utilización.

Un sistema de engranajes, cojinetes y otros mecanismos, permitían la utilización de esta máquina como si fuese un planetario en miniatura, proporcionando mecánicamente datos sobre las fases, puestas y salidas de la Luna, de los planetas, de las constelaciones zodiacales y de otras estrellas brillantes; funcionaba gracias al mecanismo de un reloj muy complicado e ingenioso. Al encajarse distintos engranajes, producía un sistema diferencial de transmisión de movimiento. A este respecto, el profesor Price manifestó lo siguiente: «No existe otro instrumento en el mundo que pueda compararse a éste, ni existe ninguna alusión a cualquier otro aparato parecido en ningún libro científico o literario».

El mismo profesor Price añade que este u otros modelos parecidos pueden considerarse como los antepasados de los modernos planetarios, y también de los relojes mecánicos. Un detalle inusitado en cuanto a los relojes es que los primarios que se construyeron (durante la Edad Media) eran muy complicados y, además, parecían construidos más bien para indicar las fases de la Luna y de los planetas que la hora, siendo esta última función un desarrollo lógico de la anterior.

El profesor Price hace hincapié en la similitud existente entre estos relojes y los extraños aparatos cronometradores del tiempo existentes durante la última civilización arábica, y añade: «Parece como si la tradición de Antikythera fuese parte de un gran cuerpo de conocimiento que desde entonces ha estado perdido para nosotros, pero que era conocido por los árabes... desarrollado y transmitido por ellos a la Europa medieval, donde se convirtió en el fundamento de toda una gama de inventos subsiguientes en el campo de la construcción de relojes...»

Aún quedan otros objetos arqueológicos de Antikythera en el fondo del mar, a mucha profundidad en este momento, pero que tarde o temprano serán descubiertos. Y es que todo el océano y el fondo de los mares están llenos de promesas para las investigaciones arqueológicas. En lo referente al mar, «el camino del vino oscuro» de Homero era realmente un camino, la gran autopista de la Antigüedad. Otros descubrimientos mucho más asombrosos se llevarán a cabo en la corteza terrestre y en el mismo fondo del mar; pero no sólo serán

estatuas y otros artefactos, sino ciudades enteras y eventualmente, quizá, la clave de una civilización que precedió a aquellas que conocemos.

III

EL CONOCIMIENTO PERDIDO DE LA HISTORIA

Se ha calculado que mucho menos del diez por ciento de los archivos de la Antigüedad ha llegado hasta nosotros. Sin embargo, cuando uno considera el número de dificultades que ha costado el preservar tales archivos y las vicisitudes a través de las cuales han pasado, resulta asombroso que dispongamos de tantos. Muchos de los archivos materiales que poseemos han logrado llegar hasta nuestra época gracias a estar grabados en piedra, pintados o tallados en las paredes de las tumbas, calcinados en tablillas de arcilla o inscritos en estampillas. Semejante material es, a menudo, de una naturaleza laudatoria o conmemorativa, y raras veces podemos encontrar en los libros el material suficiente para saber cómo fue realmente el pasado. Resumiendo: la mejor fuente para obtener una idea más o menos exacta de lo que fue el pasado la encontramos en lo más misterioso, en lo más desconocido.

Gran parte de la antigua literatura que podía haber llegado a nuestras manos fue destruida por el fuego, bien intencionadamente, bien por pura casualidad. Los «libros» antiguos eran largos papiros o rollos de pergamino conservados en las bibliotecas de algunas de las principales metrópolis o palacios de las ciudades y sólo podían ser copiados a mano, siempre que se tuviese permiso para ello y se dispusiese de un esclavo lo suficientemente culto para llevar a cabo dicha labor. Esto tenía el defecto de limitar el número de ediciones de cualquier manuscrito original, haciendo más vulnerables las obras maestras a la pérdida y destrucción.

Muchas bibliotecas antiguas fueron destruidas por el fuego o el pillaje, incluyendo la de Persépolis, capital del Imperio persa, arrasada y quemada cuando fue conquistada por Alejandro Magno; la destrucción de los libros fenicios y cartagineses de la biblioteca de Cartago por los romanos en el año 146 a. C, y los últimos saqueos de Roma y otras ciudades del tambaleante Imperio romano, aparte de los continuos y subsiguientes pillajes de Constantinopla.

Una gran pérdida de libros destruidos por el fuego fue causada inadvertidamente por Julio César cuando conquistó Alejandría; pero este emperador romano, a pesar de ser él mismo un escritor, no sólo rechazó su responsabilidad, sino que ordenó la quema de la biblioteca de Alejandría como holocausto por la resistencia que sus habitantes habían opuesto a su conquista. La biblioteca de Alejandría sobrevivió a esta destrucción y volvió a ser el centro del saber y el repositorio principal

de obras maestras del mundo mediterráneo hasta que Omar, tercer califa del Islam, utilizó sus millones de libros y papiros para calentar los baños públicos de la ciudad (durante seis meses), cuando su general, Amru, conquistó Alejandría en el año 636 d. C., se cuenta que el califa dijo: «El contenido de estos libros está o no está de acuerdo con lo que establece el Corán. Si lo está, el Corán es suficiente sin ellos; si no lo está, son libros perniciosos. Por lo tanto, dejemos que sean destruidos».

Aparte de la quema de antiguos archivos como resultado de las conquistas de guerra, muchos fueron intencionadamente destruidos por los primeros cristianos, a menudo bajo las órdenes expresas de sus obispos, con un celo y entusiasmo dignos de Omar, aunque los cristianos le precedieron en varios siglos.

Otras razones más convincentes para la destrucción de los antiguos manuscritos incluían la utilización de los materiales usados para obtener copias de los mismos, por lo que éstos quedaban seriamente dañados, al ser manoseados, rayados y raspados. Esto sucedió, sobre todo, a principios de la Edad Media, dada la escasez de libros. Otros manuscritos llegaron incluso a utilizarse en Egipto para envolver a las momias (un extraño, pero eficiente sistema gracias al cual pudieron conservarse hasta la actualidad algunos de estos manuscritos).

Aparte de la destrucción de antiguos archivos y manuscritos en el mundo mediterráneo y en el Oriente Medio a causa de las guerras o el fanatismo, en la historia de China encontramos un caso sorprendente de des-

trucción de un antiguo manuscrito por un solo individuo con el fin de inmortalizarse. Esto ocurrió cuando Shih Huang Ti, emperador chino de la dinastía Chin (de donde procede el nombre de China), adoptó el concepto político y psicológico de que la historia de China debía comenzar con él. En el siglo tercero antes de Cristo, dio una orden decretando que todos los libros debían ser quemados (incluyendo los de Confucio), y envió a los hombres que estudiaban dichos libros a construir la famosa muralla de China. Dicho emperador sólo hizo una excepción con aquellos libros relacionados con la medicina, la agricultura y la nigromancia.

Dado que la civilización china dio lugar a grandes avances científicos en los primeros años, no sabemos qué conocimientos y referencias se han perdido en el curso de los siglos, aunque algunas prácticas médicas, como la acupuntura (método consistente en pinchar con largas agujas la cabeza, los hombros y las articulaciones para restablecer el equilibrio del *yang-yin,* es decir, de las fuerzas positivas y negativas del cuerpo humano), se remontan a aquellos tiempos remotos, y aún se siguen usando en la actualidad.

La utilización de la brújula por los chinos puede ser considerada como un ejemplo más de los grandes conocimientos científicos de aquel pueblo asiático, si bien la tenían por un instrumento mágico ignorando su verdadero significado. Los nigromantes chinos utilizaban unos imanes en forma de cuencos pequeños y pulimentados para adivinar el futuro, pero estos imanes también servían para establecer las direcciones (tanto en los

viajes por barco como en carromatos), ya que sabían perfectamente que sus extremos señalaban siempre el norte y el sur. Según los antiguos chinos, el polo sur estaba considerado como el principal (quizá en recuerdo de algunos remotos viajes que hicieron...).

Aún no está completamente claro si los antiguos chinos descubrieron los explosivos o bien adquirieron su conocimiento de otras fuentes más antiguas, como parece ser el caso de los primeros habitantes de la India. La utilización de explosivos en el Lejano Oriente parece remontarse a una época mucho más antigua de lo que se creyó en un principio; y no como diversión, sino como arma. Cierto tipo de explosivos fue utilizado por los indios contra Alejandro Magno, como por los chinos contra los mongoles y los turcos. En realidad, la única batalla que los primitivos chinos ganaron a los pueblos invasores fue la que emprendieron contra los rusos, hace casi 200 años, durante la primera época de la última dinastía. En efecto, los rusos tenían cañones y los chinos sólo flechas, espadas y lanzas, pero estos últimos disponían de cohetes explosivos.

Actualmente, los científicos chinos están estudiando los antiguos manuscritos no sólo en lo que concierne a su significado histórico, sino para ver qué puede descubrirse en ellos sobre los conocimientos científicos de sus remotos antepasados; manuscritos que fueron escritos con símbolos más o menos misteriosos, como era corriente en aquella época, para mantener secreto su contenido por aquellos que los controlaban. Una investigación análoga se está llevando a cabo en Rusia y en los

países árabes sobre antiguos manuscritos arábigos, ya que la asombrosa documentación sobre cohetes, explosivos y reacciones químicas, heredada de antiguas fuentes por los grandes centros de cultura islámica de Córdoba, Granada, El Cairo y Bagdad, puede contener, igual que el mapa de Piri Reis, alguna información indicativa del desarrollo científico del pasado y, en el mejor de los casos, importantes revelaciones sobre lo que podría ser el desarrollo científico del futuro.

La destrucción de los antiguos manuscritos continuó con el descubrimiento y conquista del Nuevo Mundo cuando Diego de Landa, obispo de Yucatán, a principios del siglo XVI, ordenó quemar todas las antiguas crónicas mayas que se encontraron en México (que por estar escritas en corteza de árboles ardieron en seguida). Destruyó, por lo tanto, cualquier posible clave para interpretar y leer los jeroglíficos esculpidos en piedra y los tres libros que sobrevivieron al fuego (que actualmente son cuatro, ya que en 1971 apareció otro, procedente de una fuente «confidencial»).

Debemos hacer hincapié en que el obispo Diego de Landa se interesó al principio por el material que había destruido, y luego, mediante un confuso embrollo de investigación arqueológica, inventó un alfabeto imaginario consultando a los mayas supervivientes, los cuales le dijeron todo lo que él quería saber por temor a ser asesinados. (El sistema maya de escritura consistía en jeroglíficos, no en letras, de los cuales incluso hoy día sólo podemos interpretar unos pocos.) Este «alfabeto» maya, que nunca existió, ha sobrevivido para crear una

enorme confusión entre algunos investigadores del siglo pasado, como cuando fue utilizado por dos filólogos franceses para «traducir» una parte de un «libro» maya superviviente, el *Códice Troano*. Estos dos científicos, Brasseur de Bourbourg y Auguste le Plongeon, pensaron que el pasaje estudiado describía el hundimiento de la «Tierra de las Colinas de Arcilla, Mu... en el océano, junto con sus sesenta y cuatro millones de habitantes... hace 8.060 años...», lo que nos hace recordar la frase que el historiador Robert Silverberg aplicó a un caso parecido: «...tiene toda la fascinación de una mente lunática; es como un monstruoso puente construido con palillos de dientes...»

Considerando que existe un porcentaje muy pequeño de conocimientos antiguos que podamos examinar, y mucho mayor que el que podemos interpretar correctamente; considerando que podemos leerlos, pero que por haber sido copiados y recopiados de antiguos manuscritos a menudo con errores y omisiones (los mapas marítimos de la Antigüedad eran cada vez menos exactos debido a las numerosas copias que del original se hacían), aún seguimos detectando un algo misterioso e inexplicable en tales conocimientos científicos del pasado que tenemos a nuestra disposición.

Existen poderosos indicios de que ciertos conocimientos astronómicos y científicos eran conocidos en el pasado cuando, de acuerdo con lo que consideramos la capacidad técnica de la era, no podía haber forma de hacer las necesarias observaciones para tal descubrimiento. Máxime si tenemos en cuenta que gran parte de

estos conocimientos parecen proceder de un estadio extremadamente remoto de desarrollo o bien que fueron conocidos por razas y naciones a partir de sus más tempranos períodos culturales, como si poseyesen estos conocimientos cuando comenzó su propia cultura, en lugar de haberlo ido desarrollando paulatina y lentamente.

Existen claros indicios de que los babilonios y otros pueblos antiguos sabían mucho más de astronomía que todas las razas que les siguieron después durante el período comprendido (de varios cientos de años) entre el lejano pasado y el Renacimiento. Parte de estos conocimientos fueron tempranamente adquiridos o heredados para luego ser transmitidos, a veces como leyenda, y resurgir en lugares y épocas en que lógicamente eran imposibles. Por ejemplo, se considera improbable que los babilonios utilizasen telescopios, y, sin embargo, sin la utilización de estos instrumentos que no podían haber conocido, existen algunos manuscritos en los que nos describen numerosos detalles sobre los astros que actualmente han sido comprobados como exactos.

Uno de los pioneros en el estudio de las primeras civilizaciones de Mesopotamia, el profesor Rawlinson, quedó sorprendido cuando descubrió que los babilonios conocían ciertos detalles insospechados sobre los planetas. Rawlinson nos dice lo siguiente en uno de sus libros: «...Existe la evidencia de que los babilonios habían observado los cuatro satélites de Júpiter, como asimismo poderosas razones para creer que estaban familiarizados... con los siete satélites de Saturno...»

Los libros babilónicos, redactados con escritura cuneiforme eh cilindros de arcilla calcinada, nos hablan de los «cuernos de Venus», que nosotros describimos como las fases de Venus. Pues bien, ello no puede ser visto sin la ayuda de un telescopio. La constelación que nosotros seguimos denominando Escorpión, como la llamaban en tiempos antiguos, no se parece exactamente a un escorpión, excepto cuando la observamos con un telescopio y cuando dentro de ella existe un cometa, lo que le da el aspecto de una «cola» de escorpión. Resulta verdaderamente extraño que el escorpión fuese descrito por la palabra maya correspondiente a este animal, lo que significa que se trataba de una tradición compartida o bien que los primeros mayas disponían de algunos medios para observar la cola del cometa desde sus observatorios sólidamente construidos y exactamente orientados en las selvas.

Los conocimientos científicos adquiridos pueden tomar la forma de leyendas en el curso de los años. Los babilonios y sus predecesores, los sumerios, lo mismo que otras razas mucho más antiguas, observaron la forma y la reaparición mensual de las constelaciones zodiacales, dándoles nombres de gentes, cosas o animales que incluso hoy día son considerados importantes para muchas personas.

Aún existen por todo el mundo grandes cantidades de tablillas de arcilla de Mesopotamia. Algunas de ellas fueron destruidas por el fuego, el saqueo y las guerras, mientras que otras quedaron calcinadas sobreviviendo a las ciudades y civilizaciones que las produjeron. Parte

de la biblioteca de Asurbanipal, emperador de Asiría, se encuentra actualmente en el Museo Británico de Londres. Se cuenta que este emperador, famoso por ser un gran coleccionista de libros, dijo en cierta ocasión a un grupo de estudiosos: «Hace mucho tiempo, allí en el desierto, existían poderosas e importantes ciudades cuyas murallas han desaparecido, pero nosotros aún conservamos los registros de sus idiomas en nuestras tablillas...»

Muchas de las tablillas de la biblioteca del palacio del emperador en la ciudad de Nínive aún no han sido traducidas, en parte debido a la escasez de buenos traductores, y en parte también porque el material traducido parece estar relacionado con las matemáticas o la astrología. No obstante, podemos especular con lo que ocultan estas letras cuneiformes de las tablillas de arcilla aún sin traducir.

En efecto, no existe razón alguna para restarles valor por el mero hecho de que trataban de astrología, ya que la astrología, que significa «conocimiento de las estrellas», y la astronomía, «ley de las estrellas», eran, para los antiguos habitantes de Mesopotamia la misma ciencia.

Quizá fue en los claros cielos nocturnos del desierto donde el hombre empezó a estudiar por primera vez el curso y la influencia de la Luna, las estrellas y los planetas; una ciencia que, en parte, contribuyó al desarrollo de las matemáticas, la cronología y al establecimiento del calendario.

Un libro babilonio de astronomía nos dice que «las estrellas adoptan la forma de animales» con el fin de poder recordarlas mejor e identificarlas; y, cuando el nivel cultural de los pueblos disminuye, se convierten en animales, héroes o dioses.

Una leyenda muy corriente en la Antigüedad nos habla de Urano comiendo y luego vomitando a sus hijos. Pues bien, esta leyenda oculta un hecho científico hoy día de todos conocidos: gracias a los modernos telescopios podemos observar que Urano cubre realmente a sus satélites durante cierto período de tiempo, los cuales vuelven a ser visibles de nuevo cuando giran y salen por el otro lado. Es decir, que alguien observó este hecho hace miles de años utilizando alguna especie de aparato óptico, pero lo suficientemente potente como para apreciar este detalle.

Durante el Renacimiento, muchos escritores se preguntaron cuándo y cómo los antiguos habían recibido estos conocimientos científicos. Sir Walter Raleigh, famoso explorador, navegante y científico, se pregunta asombrado, en un libro sobre historia que publicó en 1616, cómo es posible que los antiguos conociesen las fases de Venus cuando, en realidad, éstas fueron descubiertas muy posteriormente por Galileo.

Otro ejemplo chocante de anacronismo nos lo ofrece Jonathan Swift. En efecto, en su libro *Gulliver's Travels (Los viajes de Gulliver),* escrito en 1726, describe inexplicablemente las «estrellas» o «satélites» de Marte, que no fueron descubiertos hasta 1877. Incluso nos da las me-

didas:

«*...Ciertos astrólogos... han descubierto asimismo dos estrellas pequeñas o satélites que giran alrededor de Marte, estando el más interno de los dos a una distancia del centro de ese planeta exactamente igual a tres veces su diámetro, y el más externo, a una distancia cinco veces mayor; el primero gira sobre sí mismo en un espacio de diez horas, mientras que el segundo lo hace en veintiuna y media... lo que demuestra evidentemente que están gobernados por la misma ley de gravedad, influyendo en los demás cuerpos celestiales*».

En su tan discutido libro *Worlds in colusión,* el profesor Immanuel Velikovsky hace hincapié en la exactitud aproximada de los datos ofrecidos por Swift en su libro *Los viajes de Gulliver,* una profecía que probablemente no fue tal, sino más bien una leyenda o tradición procedente de un material perdido de conocimientos científicos.

El famoso astrónomo y científico griego Tales de Mileto, a quien se atribuye la invención de la máquina de vapor, es citado por Heródoto por haber predicho un eclipse de sol el 25 de mayo del año 585 a. C. (predicción que se cumplió con toda exactitud en la fecha fijada). Ahora bien, para predecir un eclipse de sol es imprescindible establecer tres puntos de referencia distantes entre sí 120 grados de longitud. Pero considerando los escasos conocimientos astronómicos que creemos existían en la época en que Tales de Mileto hizo su predicción, ¿cómo pudo establecer esos tres puntos de referencia y qué medios utilizó para llevarla a cabo?

Dante, en su inmortal *Divina Comedia,* sugiere que él sabía o había oído hablar de la Cruz del Sur mucho antes de los viajes de exploración que permitieron a los navegantes europeos el familiarizarse con este fenómeno sólo visible cuando se ha pasado la línea del ecuador. En el Purgatorio de la *Divina Comedia* encontramos los seis versos siguientes:

lo mi volsi a man destra e posi mente
All'altro polo, e vidi quattro stelle
Non viste mai juor ch'alla prima gente.

Goder parea el del di lor fiammelle:
O settentrional vedoco sito
Poi che privato sei di veder quelle!

[Me volví a la derecha y miré
hacia el otro polo, y vi cuatro estrellas,
nunca vistas antes excepto por las primeras gentes.

El cielo parecía relampaguear con sus llamas:
¡Oh solitaria tierra norteña,
que pena no poder ver las cuales!]

Esta alusión del Dante es muy misteriosa aparte de las referencias a un fenómeno desconocido y a las «primeras gentes». Uno se pregunta asombrado por qué Dante tuvo que añadir esta observación astronómica a su obra maestra, a menos que tales fragmentos de conocimiento antiguo fueran relativamente familiares a la culta élite que constituía su público. También es cierto que hace muchos miles de años la Cruz del Sur era visible en el hemisferio norte. ¿Conocía esto el Dante? Y si es así, como parece indicarlo su frase «nunca vistas an-

tes excepto por las primeras gentes», ¿cómo sabía que todavía era visible la Cruz del Sur en el hemisferio sur?

Algunos escritores antiguos, como Homero y Virgilio, llamaban Marte al planeta rojo (Marte era el dios de la Guerra) y hacían especial hincapié en que dos corceles arrastraban su carro por los cielos, dándoles los nombres de *Phobos* (Terror) y *Deimos* (Desgracia), es decir, una manera literaria de expresar los conocimientos a través de la leyenda. Cuando Asaph Hall descubrió los satélites de Marte, en 1877, les puso los nombres de los turbulentos caballos del dios de la Guerra, una deferencia gentil del presente como testimonio de la continuación de los conocimientos científicos del pasado; conocimientos casi perdidos, es cierto, pero que algunas veces se ven confirmados.

Muy atrás en los comienzos de la historia del mundo, encontramos una inexplicable preocupación por las matemáticas y una gran habilidad para calcular enormes sumas; materias que fueron postergadas durante los períodos clásicos con los que solemos estar más familiarizados, tales como las civilizaciones griega y romana. Los griegos, a quienes debemos nuestros conocimientos sobre la geometría y la trigonometría, gracias a Pitágoras, Euclides, Hipócrates y otros (aunque es probable que heredaran esos conocimientos de los antiguos egipcios, cuyos arquitectos conocían desde hacía mucho tiempo el cuadrado de la hipotenusa y otros datos geométricos) no se interesaban por el cálculo de enormes sumas. En cuanto a la afición de los romanos por las matemáticas, se cree que una de las múltiples razo-

nes que provocaron la caída de su Imperio fue su tosco y deficiente sistema de cálculo, ya que éste era imprescindible, máxime en un territorio tan vasto, para llevar perfectamente a cabo todo lo relacionado con la población, víveres, dinero y comercio. Los romanos no utilizaban el cero a pesar de que su concepto existía muchos siglos antes; y sin utilizar el cero, evidentemente, los cálculos no podían ser exactos.

Los babilonios, que eran capaces de resolver ecuaciones simultáneas, estaban familiarizados con el concepto del cero y manejaban fácilmente enormes cantidades (de 15 a 20 cifras) que utilizaban para calcular fechas y períodos de tiempo en una escala cósmica. Además del sistema decimal y de la multiplicación por 20, los babilonios o sus predecesores nos legaron el sistema del 12 o 60, no sólo conveniente para los minutos, horas, meses y años, sino de mayor aplicación que el sistema decimal para calcular divisiones, dado que el 12 tiene más divisores que el 10.

Probablemente, la importancia del número 12 le fue sugerida a los astrónomos prehistóricos al considerar las doce constelaciones zodiacales, como asimismo al darse cuenta de la importancia y extraordinaria utilidad de este número, inspirado en lo que observaban en los cielos. Todo ello debió parecer a los primeros astrónomos un mensaje de los dioses.

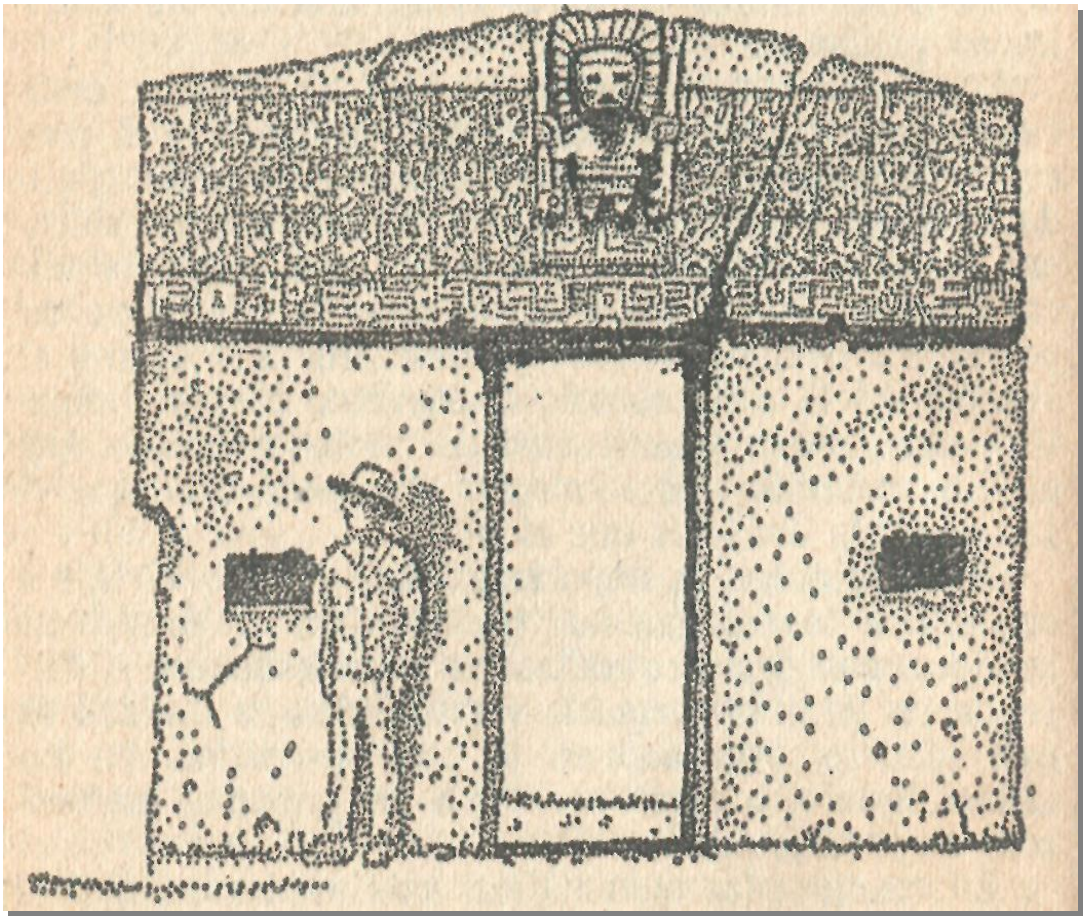
En cuanto a las matemáticas más avanzadas, el cero puede considerarse como el ingrediente secreto. Las civilizaciones más antiguas lo conocían, y a menudo, en

los períodos de decadencia cultural, lo olvidaban. Los babilonios utilizaban el cero, escribiéndolo mediante un espacio en blanco (un sistema muy idóneo para expresar «nada»), pero su uso desapareció eventualmente, un fenómeno retrógrado que también ocurrió en China. Los antiguos indios, a quienes se atribuye su «invención», conocían el cero y lo mantuvieron hasta que, a través de los árabes, fue transmitido de nuevo al Oriente Medio y finalmente a Europa.

Pero en un lugar completamente antípoda de la India, encontramos la utilización del cero en las ciudades y observatorios mayas durante miles de años. Los mayas fueron quizá los más destacados astrónomos de la América precolombina, pues todos los pueblos y tribus parecían estar muy interesados en el estudio de los cielos. Los mayas, o quizá sus predecesores, los olmecas, fueron de todos los pueblos antiguos, los que más se acercaron al cálculo de la exacta duración del año solar; ello se ha podido llevar a cabo en nuestra civilización y en una época relativamente reciente. La verdadera duración del año solar es de 365,2422 días, y los mayas, gracias a unos métodos aún desconocidos por nosotros, llegaron a establecerlo en 365,2420, una diferencia apenas significante.

Lo que puede considerarse un logro astronómico de suma importancia es la sólida puerta de piedra, de diez toneladas de peso, situada en una altiplanicie de 3.965 metros de altura, en Tiahuanaco (Bolivia); una puerta solitaria que no conduce a ningún sitio. Grabado en la misma, se encuentra un sistema de diseños que se cree

está relacionado con la posición de la Luna durante las distintas horas del día, como asimismo unas señales relacionadas con los equinoccios y solsticios. Los movimientos reales y aparentes de la Luna se hallan indicados en esta gigantesca mole pétrea, demostrando asimismo, por parte de los que la esculpieron, una absoluta indiferencia en cuanto a la rotación de la Tierra. Aún no ha sido establecida la antigüedad de Tiahuanaco, pues incluso los indios aymarás que encontraron los conquistadores españoles en aquellas tierras ignoraban quién había construido aquella gigantesca puerta pétrea, a menos que fuesen los dioses.



La Puerta del Sol, en Tiahuanaco (Bolivia), inexplicablemente tallada en un solo bloque de piedra de un peso superior a las diez toneladas.

La forma aproximadamente redonda de la Tierra era conocida y aceptada en períodos remotos de la civilización y en los más apartados rincones del mundo. Un antiguo libro hindú, el *Surya Siddhanta,* describe la Tierra como un planeta con armónicos términos de relatividad: «*...En todos los sitios de la esfera, los hombres creen que su lugar está arriba. Pero dado que se trata de una esfera en el vacío, ¿cómo puede haber un "abajo" y un "arriba"?*»

En la India se han descubierto unos antiguos manuscritos que demuestran que aquel pueblo estaba familiarizado con muchas partes del mundo, incluyendo lugares tan exóticos y distantes como Irlanda.

Según las inscripciones jeroglíficas de Sakara, en el antiguo Egipto, a los niños se les enseñaba que el mundo era redondo. El gran científico griego Eratóstenes (siglo III a. C), midiendo el ángulo del sol a mediodía en Siena y Alejandría, consiguió calcular la circunferencia de la Tierra, equivocándose sólo en unos cuantos cientos de kilómetros. La mayoría de las mediciones de los antiguos mapas marítimos podían haber sido hechas teniendo en cuenta la redondez de la Tierra.

En el diálogo de Platón titulado *Timeo* existe incluso lo que puede ser considerado como una referencia al continente americano. En efecto, Critias, uno de los que intervienen en este diálogo, escrito hace alrededor de 2.400 años, al describir la legendaria Atlántida, hace un comentario que puede referirse muy bien a América. Dice lo siguiente: «...en aquellos días el Atlántico era navegable; y existía una isla situada enfrente de los estrechos que vosotros llamáis las Columnas de Hércules.

Esta isla era más grande que Libia y Asia juntas, siendo el camino hacia las otras islas, desde las cuales se podía pasar al continente situado en el lado opuesto y que estaba rodeado por el verdadero océano; pues el mar comprendido entre los estrechos de Hércules es simplemente una bahía con una entrada muy angosta, mientras que el otro es un auténtico mar, y la tierra que circunda debe llamarse un verdadero continente, en el sentido más alto de esta palabra...»

Las referencias de Platón sobre el continente hundido de la Atlántida continúan siendo un tema fascinante para el estudio y las especulaciones científicas, pero su alusión a la existencia de un continente al otro lado del «verdadero océano» es una realidad; un hecho que sabía o había oído 2.000 años antes de que Cristóbal Colón descubriera América.

Colón se maravilló tanto con la segunda parte de la obra *Medea,* de Séneca, escrita alrededor de 1.500 años antes de su época, que la copió a mano y, frecuentemente, se refería a ella. Aunque Séneca, en su *Medea,* no es tan explícito como Platón, lo que expone es igualmente asombroso. A continuación exponemos la versión latina, tal como la leyó Colón, seguida de una traducción literal aproximada:

Venient annis saecula seris Quibus oceanus vincula rerum Laxet et ingens pateat tellus Tethisque novos detegat orbes Nec sit terris ultima Thule.

[Vendrán siglos en las últimas edades del mundo Durante los cuales el océano, encadenador de las cosas, Descansará; y el mundo se mostrará inmenso Y el mar revelará nuevos continentes, Y Thule dejará de ser el fin del mundo.]

La sugerencia de tierras y continente desconocidos más allá de donde se suponía que acababa el mundo fue una fuente de inspiración para Colón, el cual proyectó su viaje teniendo en cuenta todas las teorías, alusiones y referencias clásicas relativas a la verdadera forma de la Tierra.

Naturalmente, no todos los griegos y romanos de la Antigüedad creían que la Tierra era plana, ni en Apolo y su carro del sol, ni en el mar de los Sargazos, ni en otras fantasías relativas al cosmos. Tampoco los hindúes creían que la Tierra plana estaba sostenida por cuatro gigantescos elefantes apoyados en el caparazón de una tortuga aún más gigantesca, de la misma forma que los americanos no creen actualmente en la existencia de Santa Claus, el conejito de Pascua o el del Playboy. Sin embargo, cuando consideramos las «intuiciones» o «profecías» hechas muchos años antes de llevarse a cabo un descubrimiento, o aquellas otras relativas a la existencia de satélites alrededor de Júpiter y de Urano, o sobre los anillos de Saturno, o sobre las dimensiones de las lunas de Marte, o sobre una descripción de la Cruz del Sur, o sobre la existencia de un continente al otro lado del océano con sus islas adyacentes, uno tiene la sensación de que alguien viajó a estos lugares antes que nosotros.

Mientras estas asombrosas «previsiones» astronómicas y geográficas, que encontramos en los antiguos manuscritos, indican una retención literaria de unos conocimientos mucho más amplios y viejos, ciertos artefactos mecánicos, de los que conservamos representacio-

nes pictóricas o archivos, nos ofrecen un extraño y asombroso aspecto moderno del pasado.

Por ejemplo, todos sabemos que el napalm es un artefacto de guerra de muy reciente invención, y, sin embargo, el «fuego griego», utilizado por los barcos de guerra de la antigua Bizancio, se fabricaba utilizando una misteriosa fórmula química entre cuyos ingredientes se incluía la nafta y el azufre o el petróleo y el salitre, teniendo casi los mismos efectos que el napalm; y por ser impermeable al agua, continuaba ardiendo incluso en el mar, en el que morían los superviviente de los barcos enemigos hundidos que se arrojaban a él. Recipientes cerrados conteniendo esta arma química eran auto-incandescentes, pudiendo ser lanzados mediante catapultas, por medio de cohetes, o proyectados contra los barcos enemigos mediante una especie de tubos lanzallamas de bronce. Los marinos bizantinos iban equipados a menudo con lanzallamas portátiles, tan pequeños que podían ser transportados como una pistola.

Los extraordinarios inventos de Arquímedes de Siracusa (287-212 años a. C), algunos de los cuales pertenecen a la época en que estudiaba en la biblioteca de Alejandría, incluían una bomba por hélices, ingeniosos sistemas de palancas, poleas, y aparatos para lanzar grandes pesos, estos últimos utilizados contra las galeras romanas en la bahía de Siracusa, durante el asedio de esta ciudad, destrozándolas y hundiéndolas. Asimismo, Arquímedes inventó un método de refracción de rayos solares para incendiar las naves enemigas.

Pero no todos los «progresos» técnicos de la Antigüedad estaban relacionados con la guerra. Así, el maravilloso palacio de Creta (2.500 años a. C), estaba dotado de canalizaciones de agua corriente y cuartos de baño en hermosos apartamentos de paredes decoradas con frescos de delfines y muchachas desnudas saltando por encima de enormes toros (quizá un remoto antecedente de las modernas corridas de toros). Los hombres de negocios babilonios dictaban las cartas a sus secretarios los cuales las inscribían en tablillas de arcilla. Estos tenían sus oficinas en enormes emporios de ladrillo. En algunas ocasiones se han encontrado sobres de arcilla conteniendo algunas de estas cartas aún sin abrir. Los habitantes de la antigua Roma disponían de un sistema de calderas y termos que les permitía conservar los alimentos y líquidos tanto fríos como calientes. El tiempo era calculado de una forma bastante exacta mediante relojes de agua, basados en 12, no en 24, divisiones del día y de la noche. Los inmensos bloques de piedra utilizados en las construcciones eran elevados mediante gigantescas grúas que funcionaban gracias a la fuerza de varios esclavos caminando sobre molinos de ruedas de escalones conectados mediante correas a la misma.

Algunas de las técnicas quirúrgicas y médicas de aquella época no fueron superadas (o incluso adoptadas) hasta el siglo XIX, y algunas de las operaciones quirúrgicas practicadas en el cerebro por los antiguos egipcios aún no han podido ser comprendidas ni repetidas. Otros descubrimientos en el campo de la medicina pudieron llegar hasta nosotros durante la Edad Me-

dia, pero envueltos en un halo de magia y brujería, como, por ejemplo, la utilización de la tela de araña (penicilina) para el tratamiento de las heridas infectadas. Vetustos manuscritos de la antigua India nos muestran que sus habitantes estaban familiarizados, hace miles de años, con la cirugía plástica, con las intervenciones quirúrgicas en el cerebro y la operación cesárea, como asimismo con tratamientos médicos a base de plantas para curar afecciones de los ojos, piel, dientes y para recuperar la memoria y la vitalidad (rejuvenecimiento). Tema este último no menos interesante hoy día que en aquellos remotos siglos de la humanidad.

En los dos últimos siglos antes de Jesucristo, la biblioteca de Alejandría se convirtió en el principal centro de investigación del mundo clásico. Un gran científico griego llamado Hero llevó a cabo un asombroso estudio de ingeniería técnica y construyó una máquina-herramienta para cortar rocas y una turbina de vapor en la que ésta se utilizaba por primera vez como fuente de energía. Sin embargo, en un mundo con tan gran cantidad de mano de obra proporcionada por el ingente número de esclavos, estos inventos no llegaron a utilizarse.

El gran Arquímedes, que también llevó a cabo una gran labor de investigación en Alejandría, es considerado como el inventor del tornillo, aunque existen pruebas de que este invento fue utilizado en Egipto muchos siglos antes, formando parte de los conocimientos técnicos de aquel pueblo.

Tesibio, otro sabio de Alejandría, inventó una máquina de fuego con una bomba de doble acción, muy útil en aquella época en que los señores feudales construían sus reductos con gruesas murallas de elevada altura. Fue por este motivo por lo que las autoridades de Roma prohibieron la construcción de edificios de «elevada altura».

Los romanos de las regiones orientales y occidentales de su vasto Imperio disponían de luz indirecta en el interior de sus residencias; paredes «irrompibles» y suelos de cristal; un sistema de calor radiante e incluso calefacción por aceite (en Bizancio) para los grandes baños. El sistema romano de conducción de agua mediante acueductos, con sus estructuras de válvulas y bombas, tan sólidamente construidos que aún están en uso, podía suministrar agua tan rápidamente, que todo el circo se llenaba hasta una altura suficiente como para que los barcos pudieran emprender una batalla naval durante los breves intervalos de tiempo entre las diversas distracciones.

Poco antes de la caída del Imperio Romano, que arrastró a Europa a una época de semi-barbarismo, la «modernización» llegó a tal grado que se utilizaron cosechadoras múltiples para recoger el grano debido a la carestía de esclavos (detalle que, en cierto modo, puede considerarse como una faceta más del genio inventivo de aquel pueblo). Hechos como éstos no se mencionan en los manuscritos que conservamos de aquella época, y habrían pasado desconocidos de no haberse descubierto entre los restos romanos en Francia, hace pocos

años, un bloque de piedra esculpida en la que se ve una segadora múltiple.

Aparte de estos modernos instrumentos de las civilizaciones antiguas, ciertas técnicas sugieren que en aquellos tiempos se desarrollaron unos progresos que nosotros aún no hemos descubierto. Sabemos, por ejemplo, que tanto el hierro como el acero se oxidan cuando están expuestos durante cierto tiempo a la acción de los elementos. Asimismo sabemos que los antiguos egipcios poseían hierro, pero jamás se encontró huellas del mismo hasta que no fue abierta la tumba del faraón Tutankhamón.

Sin embargo, existe una prueba insólita de una columna de hierro que ha permanecido sin oxidarse, a pesar de haber estado expuesta a los elementos, durante más de mil años, y sin presentar, además, ninguna clase de erosión en su superficie.

En efecto, en el patio del palacio de Qutb Minar, en Delhi (India), se encuentra la columna de Asoka de hierro fundido, que fue torneada en Muttra y transportada a Delhi durante la invasión árabe de la India en el siglo X. Anteriormente, esta columna estuvo durante más de 600 años en el tempo de Muttra, en cuyo vértice se hallaba apoyada un Garuda (la forma de pájaro adoptada por el dios Visnú durante uno de sus periódicos salvamentos de la humanidad). Tanto el Garuda como las demás columnas (si es que existieron más) desaparecieron desde entonces, probablemente fundidas para transformarse en las espadas de los invasores árabes de

la India. La característica más asombrosa es la supervivencia de la columna, pues tendría que haber desaparecido carcomida hace muchos años, máxime si tenemos en cuenta que ha estado expuesta a la acción de los elementos durante un período de dieciséis o más siglos. El posible uso de algún misterioso ingrediente metalúrgico o algún secreto durante el proceso de su fabricación puede ser la explicación de su larga longevidad, lo que constituye una prueba más de las avanzadas técnicas antiguas desaparecidas u olvidadas con el paso del tiempo.

Aunque a los cuerpos planetarios se les dio los nombres de los dioses mitológicos o de los héroes (que aún seguimos utilizando), sin embargo, existen evidencias que demuestran que nuestros remotos antepasados los relacionaban más con la ciencia que con la mitología. Considerando los grandes conocimientos astronómicos de los antiguos y dado que es imposible apreciar a simple vista las características de los cuerpos celestes, abrigamos la sospecha de que tenían que disponer de alguna especie de telescopio. Según Plutarco, Arquímedes utilizó algunos instrumentos ópticos «*...para... calcular el tamaño del Sol*». Pero, aunque no disponemos de ninguna prueba que corrobore esta tesis, sí disponemos de algunos pequeños artefactos, descubiertos recientemente, que demuestran el conocimiento de los antiguos de las lentes ópticas.

En efecto, en 1853, el gran arqueólogo británico sir David Brewster presentó un extraño objeto en el Instituto para el Avance de las Ciencias, de Londres. Este obje-

to, después de ser examinado minuciosamente, resultó ser una lente óptica, una lente perfecta teniendo en cuenta las que existían en aquella época. Pero lo más asombroso de esta lente es que había sido descubierta durante unas excavaciones efectuadas en las ruinas de Nínive, capital del Imperio asirio; ruinas cuya antigüedad se remontaba al año 600 a. C. Hecho asombroso ya que está comprobado que las lentes no se conocieron hasta diecinueve siglos más tarde. Aunque no se dudó de su autenticidad en aquella época, se pensó que no habría sido utilizada como lente, sino como una joya; y, aunque realmente era una lente, no fue usada como tal por los antiguos asirios. Resumiendo, la presencia de una lente óptica en las ruinas de Nínive fue considerada simplemente como algo sin explicación y, al final, la lente, joya, o lo que fuese, acabó en algún lugar del Museo Británico.

Desde entonces, otras muchas lentes han sido descubiertas en distintos lugares del mundo, incluyendo Libia, Irak, México, Ecuador e incluso en Australia central. Una lente cóncava de obsidiana fue descubierta en el fondo del mar de Esmeraldas (Ecuador), y minúsculos espejos cóncavos, pulidos mediante un proceso que aún se desconoce, se encontraron en unas excavaciones efectuadas en La Venta (México). Estos extraños espejos se cree que pertenecieron a la civilización olmeca, siendo considerados como los más antiguos descubiertos en México.

Esta misteriosa técnica de los antiguos puede proporcionar una explicación a esos maravillosos trabajos en

metal y piedras semipreciosas pertenecientes a las civilizaciones de la América precolombina. A este respecto, Hyatt Verill, el gran arqueólogo americano comenta lo siguiente: «*...¿Cómo pudieron las antiguas razas civilizadas de América llevar a cabo sus asombrosas proezas y sus portentosos trabajos en metal y en las piedras más duras? ¿Cómo pudieron construir sus diminutos rosarios de oro cuyas cuentas no eran más grandes que la cabeza de un alfiler? ¿Cómo pudieron cortar, pulir, perforar y tallar el topacio, la amatista, el granate, el ágata, el cristal y otras piedras preciosas? ¿Cómo pudieron trabajar la quebradiza obsidiana hasta convertirla en delgados y pulimentados anillos...?*»

Otro hecho asombroso es que las civilizaciones amerindias alcanzaron un alto grado de cultura mucho antes de la conquista de América, detalle muy significativo si tenemos en cuenta el estado de barbarie propio de aquella época.

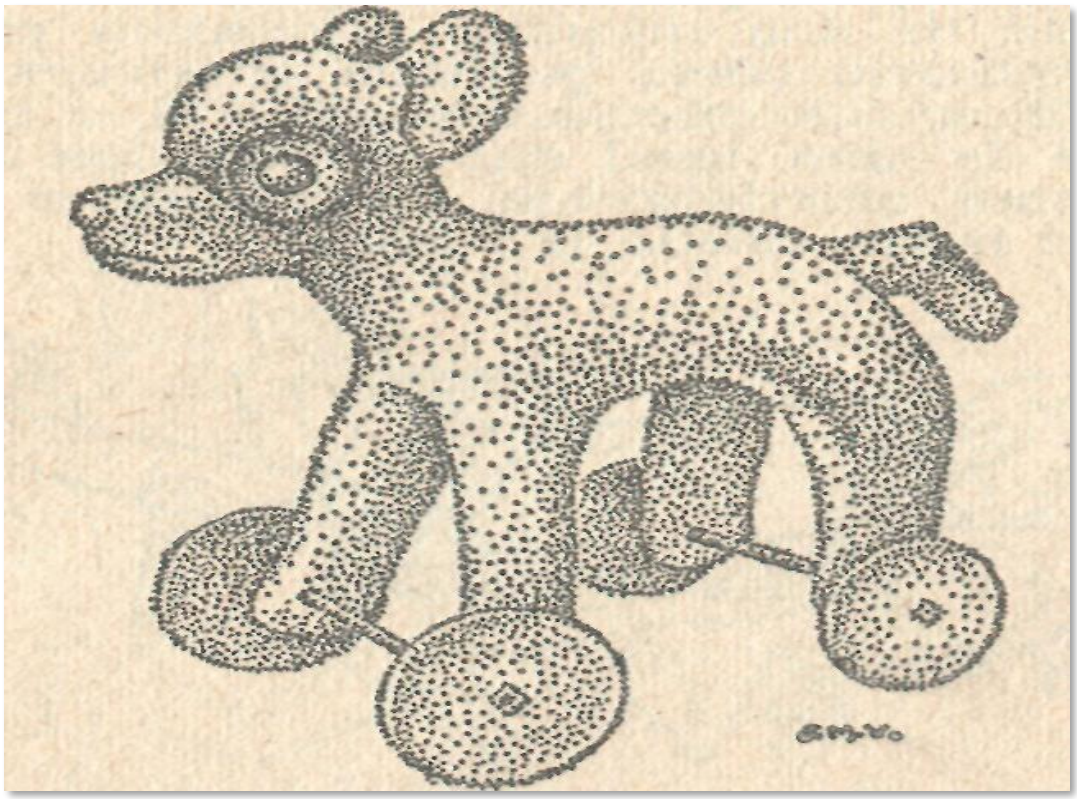
Otro ejemplo sobresaliente de conocimientos perdidos lo tenemos en lo concerniente a la rueda. De todos es conocido que cuando los conquistadores españoles llegaron a América encontraron una cultura india muy avanzada en México, Centroamérica y en la altiplanicie de los Andes: carreteras pavimentadas, pasajes y túneles a través de las montañas, estriberones sobre los lagos y largos puentes colgantes. Todo lo necesario para un sistema de transportes altamente desarrollado, exceptuando los medios corrientes, pero no encontraron huellas de ruedas, ni nada que demostrase que habían sido utilizados por estos pueblos precolombinos. Todo parecía transportado por caravanas de hombres o, como

en los Andes, a lomos de las llamas. En tiempo de los incas, los chasquis (corredores humanos) desempeñaban el papel de cabalgaduras, siendo tan veloces en las carreras por relevos, que los habitantes de las montañas principales recibían y comían el pescado fresco de la costa en el mismo día, cosa que, dicho sea de paso, no ocurre actualmente en Cuzco, la antigua capital inca. Pero a pesar de toda esta organización, de esta técnica tan avanzada, de sus grandiosos sistemas de construcción y del sistema de transporte de alimentos y vituallas, la falta de ruedas ha sido considerada generalmente como una prueba de que los habitantes precolombinos de América jamás llegaron a pasar del umbral de la Edad de Piedra.

Sin embargo, existen numerosas pruebas que van en contra de esta teoría. En efecto, en muchos antiguos artefactos mexicanos se han encontrado algunas «cosas» que pueden considerarse como ruedas; generalmente en forma de juguetes con ruedas representando a perros (o coyotes) y carros. En distintos lugares de México se han encontrado ruedas (en Cholula, Oaxaca, Tres Zapotes y en El Tajín, cerca de Veracruz), como asimismo en algunos sitios de Panamá. Cuesta trabajo creer que los antiguos americanos «inventaran» las ruedas para utilizarlas únicamente en los juguetes y no en otros usos mucho más importantes, como tampoco podemos asegurar que los discos circulares que observamos en los monumentos precolombinos no son los predecesores de la rueda. Tampoco podemos estar seguros incluso de si lo que parecen ser juguetes lo son real-

mente.

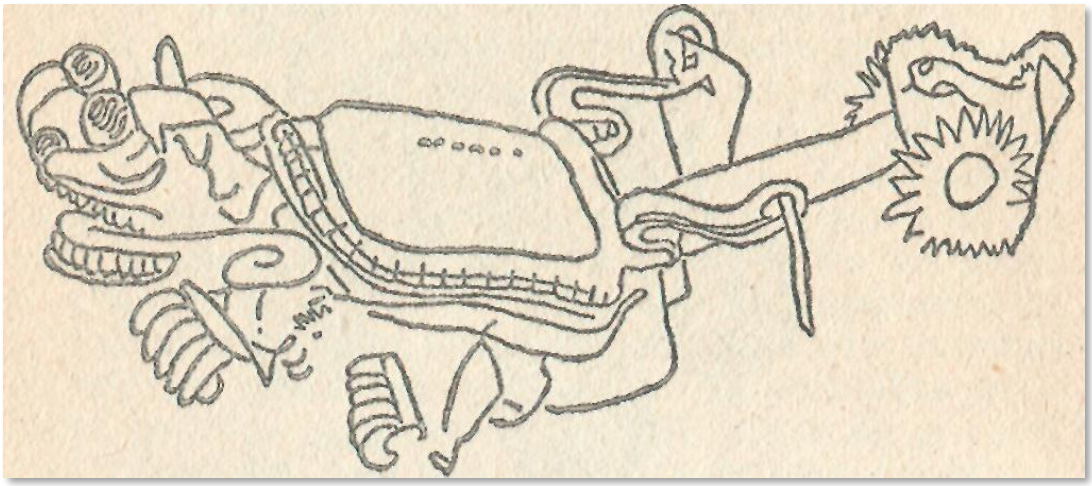
Y es que esos artefactos podían haber tenido otro uso y significado de los que les atribuimos desde el punto de vista de nuestra época y civilización actuales.



Perro con ruedas de la época precolombina descubierto en una excavación cerca de Veracruz (México). Durante mucho tiempo se pensó que las ruedas eran desconocidas entre los amerindios precolombinos, pero se han encontrado muchos juguetes con ruedas (si es que verdaderamente eran juguetes) en el Nuevo Continente.

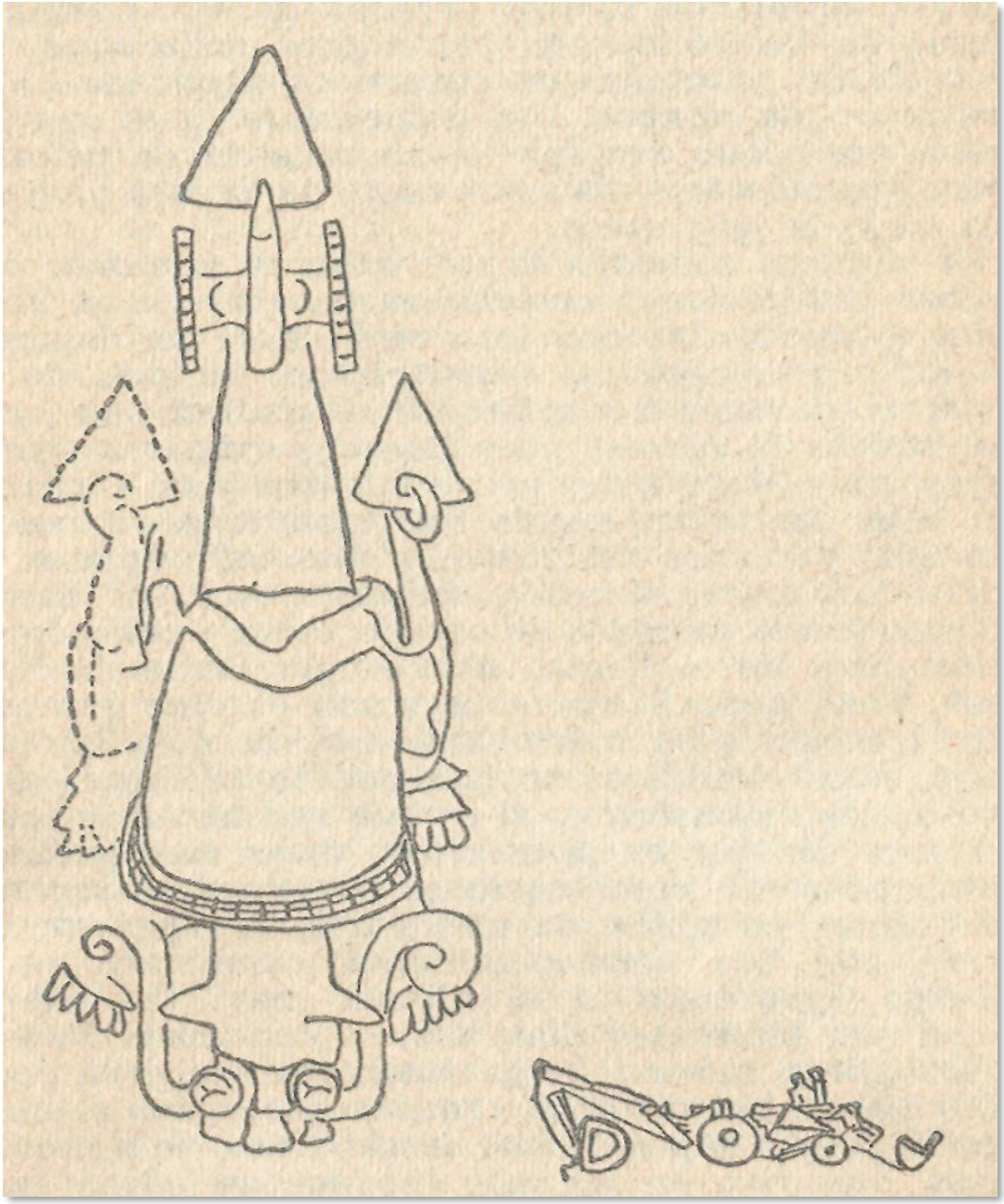
Por ejemplo, uno se pregunta cuál podía ser el significado de un objeto de oro, en forma de jaguar o de un cocodrilo de pequeña talla, descubierto en unas excavaciones en Panamá. Este misterioso objeto, perteneciente a la muy poco conocida civilización de Coclé, fue hallado por una expedición de arqueólogos en 1920, encontrándose actualmente en la Universidad de Pensilvania en Filadelfia. Lo curioso de este artefacto es que tiene

ruedas dentadas situadas a ambos extremos de un eje y con un brazo de piedra entre ambas. Además, en la parte posterior presenta dos brazos articulados y en la boca del jaguar, se ven unos dientes en forma de paletas. El doctor Ivan Sanderson, que examinó minuciosamente este extraño objeto y que está familiarizado con jaguares y cocodrilos vivos, cree que este artefacto es una especie de excavadora o *bulldozer* precolombino construido bajo la forma de un jaguar. Este científico añadió el siguiente comentario: «Las articulaciones de las patas no están en su debida posición, pero sí lo están si el artefacto fue diseñado para desempeñar duros trabajos de excavadora.» Como este objeto está incompleto, no podemos asegurar si se trata verdaderamente de una máquina excavadora prehistórica (lo que explicaría cómo pudieron construirse esas inmensas edificaciones precolombinas) o si es únicamente un juguete de niño, igual que el perro con ruedas del que hablamos anteriormente, en una tierra donde se supone que nunca existió la rueda.



Vista lateral de una figura de jaguar en oro perteneciente a la época precolombina descubierta en Coclé (Panamá), y que ha sido considerada como una antigua máquina excavadora. (De un dibujo de Ivan Sanderson.)

Existen muchos objetos extraños entre los pertenecientes a las civilizaciones precolombinas, destruidos por los españoles, así como a las que las precedieron, y que desaparecieron o fueron destruidas durante la época de la conquista de América. No sabemos, por ejemplo, cómo los antiguos indígenas del Perú fueron capaces de mover gigantescos monolitos y luego colocarlos uno junto a otro de un modo tan exacto, utilizando las rudimentarias herramientas de aquella época; cómo asimismo el llevar a cabo delicadas operaciones de trepanación, es decir, extracción de un trozo del cráneo e inserción de una lámina de oro o cobre. Tampoco sabemos cómo consiguieron desarrollar un asombroso sistema médico que condujo a un gran conocimiento de las drogas en una época tan remota; también ignoramos de qué modo los indios chibchas colombianos y los indios chimús peruanos conseguían dorar metales preciosos sin utilizar la electricidad. No sabemos siquiera el uso que hacían de los numerosos artefactos descubiertos por los arqueólogos, como por ejemplo, sillas talladas en las rocas de las altas montañas de Colombia sin haber en las proximidades ningún vestigio de construcciones. También ignoramos cómo los antiguos indígenas colombianos fueron capaces de transformar las laderas de las colinas en verdaderos anfiteatros, y las cimas de las montañas en auténticos depósitos de agua para regar los campos. Indudablemente tiene que haber alguna razón que explique la abundancia de pelotas de piedra gigantescas en la costa oeste de México y en Costa Rica, pero la ignoramos.



Vista superior del jaguar de oro, mostrando una especie de palas en los lados y en la parte posterior. Las líneas punteadas de la izquierda del dibujo indican las piezas desaparecidas desde entonces. En la parte inferior derecha se muestra un dibujo de una máquina excavadora moderna a título de comparación. (De un dibujo de Ivan Sanderson.)

Ni siquiera sabemos los verdaderos nombres de las muchas civilizaciones amerindias desaparecidas, limitándonos a bautizarlas con los nombres de los lugares en que los arqueólogos las descubrieron. Algunos de estos misterios podrían ser aclarados si pudiésemos leer

los manuscritos indígenas, pues las numerosas inscripciones mayas, muy abundantes en el Yucatán y en Centroamérica, aún continúan siendo un misterio para nosotros, pues sólo podemos descifrar en ellas los números y las fechas. Los antropólogos y arqueólogos rusos han aplicado modernos métodos de computación a estos antiguos manuscritos en el Centro de Computadoras de Novosibirsk, pero, aunque han conseguido obtener numerosos datos (recogidos en tres volúmenes) de singular importancia, estos científicos no han podido «romper» el misterio de los manuscritos, si es que realmente lo son.

Parece ser que en la escritura maya han podido ser identificadas mil combinaciones o elementos separados, consistentes en glifos de una parte, dos partes o tres partes, con sus correspondientes combinaciones. Sin embargo, ignoramos si el idioma maya, hablado hoy día en sus diferentes dialectos, es realmente la lengua de los glifos mayas. Estos fascinantes signos podrían seguir siendo un misterio, a menos que, como alguien ha sugerido, algún superviviente descendiente de los antiguos mayas, aún vivo en las más intrincadas selvas, conservara el secreto para descifrarlos. Los indios lancadones de las selvas de Chiapas, que consiguieron huir a la llegada de los españoles, y que son buscados en estos últimos años por los antropólogos, han sabido conservar ciertas tradiciones mayas, pero han olvidado aparentemente sus conocimientos sobre la escritura de su raza.

En Sudamérica existen inscripciones escritas, locali-

zadas en diversos lugares de la altiplanicie de los Andes y en la región amazónica, pero en su mayoría son intraducibles e indescifrables. También existe una leyenda del tiempo de los incas en la que se cuenta que la escritura era conocida en épocas remotas en el Perú y tierras adyacentes, pero que fue abolida bajo pena de muerte por un rey maya al ser advertido éste por sus sacerdotes de que ella era la causa de la plaga que en aquella época asolaba su Imperio (se podría incluso presumir una alusión alegórica en cuanto al poder maléfico de la palabra escrita). Exceptuando estas vagas e indemostrables indicaciones, no han podido ser hallados ninguna inscripción grabada o datos escritos de los imperios prehistóricos de Sudamérica.

Sin embargo, los incas utilizaban un extraño sustituto de la escritura, que quizá aún no hemos podido comprender del todo. Este era el *quipu,* una cinta adornada con borlas, con cuerdas anudadas de distintos colores, que los españoles vieron utilizar en todo el Imperio inca para registrar el número de habitantes, los tributos, la producción de la tierra, las levas militares y, aparentemente, todo el «papeleo» de aquel Imperio tan perfectamente organizado y esencialmente socialista. Una casta especial de «lectores» de *quipu* se encargaba de traducir estas cintas de cuerda, y era tan exacto el control de cuentas que llevaban que, según se decía, si faltaba una sola sandalia en todo el vasto Imperio, ellos lo sabían. También es posible que el *quipu* fuese una forma de escritura o bien una escritura «más allá de la escritura», prescindiendo del alfabeto y convirtiéndose en un

sistema de computación. Cuando consideramos las posibles variantes de elementos separados implicados en una cinta de *quipu,* no sólo debemos tener en cuenta el número de cuerdas, su longitud, el color de las hebras, los variantes trenzados, la frecuencia y separación de los nudos e incluso la forma de cada nudo, forzosamente tenemos que llegar a la conclusión de que las combinaciones son infinitas, por lo que todas las palabras de este idioma podían encerrarse dentro de su marco lingüístico.

Al analizar los progresos científicos y mecánicos de las antiguas civilizaciones del mundo, sus técnicas de construcción demasiado avanzadas para aquella época remota, sus conocimientos de las matemáticas y de la medicina, sus conceptos sobre la naturaleza y el cosmos, uno llega a preguntarse si las antiguas civilizaciones del mundo no llegarían incluso a conocer la estructura atómica, el triunfo más grande del hombre moderno.

A este respecto, existe la oscura, aunque fascinante, suposición de que algunas civilizaciones, durante alguna época del pasado, llegaron a conocer la composición de la materia. Nuestra propia palabra «átomo» deriva de una palabra griega que significa «aquello que no puede dividirse» o «cortado». Existe incluso una referencia de Demócrito, aunque atribuida a fuentes fenicias, según la cual el átomo indivisible era, en efecto, divisible. Algunos de los textos budistas y de los *Vedas* de la antigua India contienen incluso descripciones de uniones de partículas de entidad que ahora podemos

comprender en el sentido de la teoría atómica y de las interrelaciones moleculares, aunque ello no obsta para que estos pasajes de dichos textos, considerando la época en que fueron escritos, nos suenen a algo verdaderamente asombroso.

Los comentarios de los antiguos budistas nos proporcionan un medio fácil para comprender las descripciones que hacen sobre la interrelación de las moléculas al hablarnos de uniones de lengüetas interfiriendo y uniéndose con otras uniones de lengüetas, y al exponer que es imprescindible desarticular las conexiones para escapar del «renacer y de la rueda de la existencia» (esto último podría considerarse como otro ejemplo del conocimiento antiguo reapareciendo a través de la filosofía).

El escritor y yogui indio Paramhansa Yogananda demostró en 1945 (año I de la Edad Atómica), que un sistema de filosofía hindú, el *Vaisesika,* se deriva de la palabra sánscrita *visesas,* la cual puede traducirse como «individualidad atómica». De acuerdo con ciertos manuscritos sánscritos que aún se conservan, un indio llamado Aulukya, en el siglo VIII a. C, expuso, utilizando misteriosas palabras, lo que parece ser la moderna teoría científica sobre la naturaleza atómica de la materia, las distancias interatómicas, la relatividad del tiempo y del espacio, la teoría de los rayos cósmicos, la naturaleza cinética de la energía, la ley de la gravedad como algo inherente a la materia en el campo terrestre y el calor como causa principal de los cambios moleculares.

Sería sorprendente si todo este conocimiento de extrema antigüedad, que el hombre moderno comenzó a intuir durante el Renacimiento (y que aún continúa redescubriendo), hubiese sido realizado por los antiguos astrónomos, matemáticos, filósofos y pedagogos. Quizá sería más comprensible si considerásemos todo esto como un legado de una civilización, o sistema de civilizaciones, mucho más antigua y más extendida de la que sólo una parte, igual que la que emerge de un iceberg, ha llegado hasta nuestros días o ha sido descubierta por el hombre moderno.

IV

UN OBSERVATORIO ASTRONÓMICO DE 45 PISOS DE ALTURA

Además de las muchas referencias e indicaciones de una cultura avanzada antigua y algunos inexplicables artefactos que podrían ser considerados como vestigios de la misma, existe un objeto perteneciente a la civilización prehistórica que ha llegado hasta nuestros días tan intacto, tan sólido y tan familiar que su verdadero mensaje es oscuro. Nos estamos refiriendo a la gran pirámide de Gizeh, achacada a Kefrén, segundo faraón de la IV dinastía de Egipto, y que se supone fue construida hace 4.500 ó 5.000 años. Es la más grande de las setenta pirámides de Egipto, e incluso hoy día, a pesar de que una parte de su cúspide fue demolida, tiene una altura de unos 45 pisos, y se compone de cinco millones y medio de bloques, pesando cada uno de dos y media a doce toneladas.

Pero no es por su altura y masa por lo que esta pirámide es sorprendente: podía haber sido tanto un mar-

cador o principal meridiano como una cápsula de tiempo casi permanente, de acumulados conocimientos, correspondiente a un período intermedio de la historia, comprendido entre el final de una civilización más antigua y el principio de una nueva.

A pesar de que generaciones enteras de ladrones de tumbas y otros exploradores han estado buscando un tesoro escondido dentro de la gran pirámide, y a pesar de que durante la Edad Media los gobernantes de Egipto trataron de abrirse camino por los secretos pasadizos que fueron descubiertos, ningún gran tesoro, que nosotros sepamos, fue descubierto, excepto un sarcófago de piedra vacío encontrado en la cámara real de la pirámide, sin ninguna huella de haber sido violada anteriormente.

Durante muchos siglos este gran descubrimiento fue conocido por todos, pero su verdadero significado científico no fue captado hasta que los arqueólogos de nuestra época lo estudiaron minuciosamente. Y es que el «tesoro secreto» consistía en la situación de la gran pirámide, en su volumen, en sus dimensiones interiores e incluso en la orientación y dirección de sus secretos pasadizos interiores.

Aunque, generalmente, se supone que la gran pirámide fue construida como tumba para el faraón Kefrén, gran número de leyendas han envuelto con un halo de misterio esta maravillosa y sorprendente construcción egipcia, ya que, según ellas, dicho faraón estuvo vivo (o muerto) durante cuatro o cinco mil años. Esta tradición

de secreta sabiduría fue mantenida vigente por los coptos, una secta cristiana cuya antigüedad se remonta a la época de los antiguos egipcios (Egipto fue cristianizado varios cientos de años antes de ser conquistado por los musulmanes), y que incluso hoy día utilizan en sus iglesias un lenguaje derivado del de los antiguos egipcios, reuniéndose en logias secretas donde los dioses del antiguo Egipto son aún honrados.

Un texto copto superviviente, escrito por Masudi, un famoso historiador de la Edad Media, establece lo siguiente:

«Surid..., uno de los reyes de Egipto anterior al diluvio..., construyó dos grandes pirámides... También ordenó a sus sacerdotes que depositaran dentro toda su sabiduría y conocimientos de las diversas artes, de las ciencias matemáticas y de la geometría con el fin de que beneficiaran a aquellos que pudieran, eventualmente, comprenderlos...»

El texto continúa refiriéndose a la pirámide y a la profecía, pero al llegar a este extremo, su autenticidad no resiste a la menor investigación científica, por lo que no puede otorgársele ningún valor histórico.

Los árabes, después de haber conquistado Egipto para el Islam durante el siglo VII d. C, oyeron hablar de las leyendas coptas y del tesoro, como asimismo de aquellos manuscritos «antes del diluvio» encerrados en dichas pirámides y que contenían toda clase de conocimientos científicos, incluyendo algunos secretos relativos a ciertas armas que no se oxidaban y a unos cristales que no se rompían. Estas referencias a los cristales

irrompibles están presentes en muchas leyendas árabes sobre secretos de la Antigüedad (incluyendo la creencia de que el famoso Faro de Alejandría, de 183 metros de altura, situado a la entrada de su puerto, se erigía sobre sólidos bloques de cristal).

Ansioso de apoderarse del tesoro —real o fantástico— oculto en la gran pirámide, un califa musulmán de la Edad Media, Al Mamún, ordenó a una brigada de trabajadores que examinasen el lado norte de la misma con el fin de descubrir una entrada secreta mencionada por el historiador romano Estrabón. Esta búsqueda produjo grandes desperfectos en la gran pirámide, ya que los obreros, en su afán de localizar dicha entrada secreta, destruyeron partes importantes de la misma, y sin conseguir ningún resultado positivo en cuanto al descubrimiento del famoso tesoro. Lo único que consiguieron fue demostrar la existencia de largos pasadizos secretos en el interior de la pirámide, uno de los cuales les condujo hasta la cámara mortuoria del faraón. Aquí sólo encontraron un sarcófago de piedra vacío, pero ni la más mínima huella del faraón Kefrén ni del famoso tesoro.

Fue a principios del siglo XIX cuando se descubrió el verdadero secreto de la gran pirámide. Ello ocurrió durante la conquista de Egipto por los ejércitos de Napoleón. Cuando los ingenieros militares del ejército napoleónico se decidieron a trazar un mapa de Egipto, y escogieron la gran pirámide por parecerles el mejor punto de triangulación.

Mientras estudiaban sus puntos de triangulación, estos ingenieros se dieron cuenta de que el lado este de la pirámide señalaba precisamente al este, estando además alineado hacia el eje polar de la Tierra mucho más correctamente que si se hubieran utilizado instrumentos modernos. Hecho que reviste más importancia si

tenemos en cuenta que el conocimiento de la existencia del eje polar se considera como uno de los logros de las técnicas científicas «modernas». Después se descubrió que si las líneas diagonales se extendían desde los ángulos sudoeste y sudeste hacia los ángulos noroeste y noreste, estas líneas trazaban exactamente el Delta del Nilo, lo que podía ser considerado como un beneficioso legado del pasado con el fin de vigilar esta zona tan importante de la desembocadura del Nilo. Incluso se comprobó que el meridiano pasaba a través del vértice de la gran pirámide cortando el Delta del Nilo casi exactamente en dos partes. La posición exacta de la pirámide no parecía tener ninguna relación especial con el Nilo o con cualquier lugar determinado, excepto que coincidían con las mencionadas mediciones o límites.

En realidad, la ubicación de la gran pirámide sería, y probablemente lo era, un excelente lugar para establecer el meridiano principal, tal como ocurre con el meridiano de Greenwich, ya que, si seguimos el meridiano que pasa a través de la pirámide en su dirección alrededor del mundo, nos encontramos con que actúa como una gran línea que divide los continentes habitables en dos partes iguales. Asimismo es evidente que esta línea, después de pasar por los polos, divide el Pacífico en

otras dos partes también iguales.

El gran historiador griego Herodoto, igual que otros científicos de la Antigüedad, sostenía que la exacta altura oblicua de la gran pirámide era de un estadio, es decir, el equivalente a dividir un grado de latitud por seiscientos. Agatárquides de Cnido, famoso geómetra del siglo II a. C, sostenía que la longitud de un lado de la gran pirámide era un octavo de minuto de un grado de latitud.

Estas referencias sobre medidas geodésicas, que implican unos grandes conocimientos de los antiguos sobre las dimensiones de la Tierra, nos sugieren que podrían hallarse otras mediciones en la gran pirámide si ésta fuese examinada detenida y minuciosamente. Y éste ha sido el caso durante los últimos doscientos años. En efecto, un gran número de arqueólogos, científicos, agrimensores, astrónomos, cartógrafos, ingenieros, arquitectos, astrólogos e incluso místicos la han estado examinando concienzudamente y han consagrado gran parte de su vida al estudio y la interpretación de los «secretos» de la gran pirámide.

Actualmente se ha podido establecer las medidas exactas de la gran pirámide, teniendo en cuenta, evidentemente, las piedras de recubrimiento que faltaban, y que en otra época hacía que la pirámide brillase intensamente bajo el sol de Egipto. Las medidas exactas de la parte interior y exterior de la pirámide nos han proporcionado toda una serie de dimensiones, cuyo significado es tan asombroso como la teoría que sostiene que las

dimensiones y rodeos de los pasadizos interiores y las estancias de la gran pirámide constituyen un recuerdo del pasado y una advertencia para el futuro.

Dado que las numerosas teorías relativas al pasado y al futuro de la historia, teniendo en cuenta las mediciones, no pueden ser fijadas con cierto grado de exactitud, y dado que los resultados finales predichos son más bien pesimistas (la decadencia del mundo comienza en el año 1962 y el «calendario» se detiene en el año 2001) es mejor examinar las coincidencias en la forma de la pirámide ya que esto está más sujeto a nuestras modernas técnicas de control y valoración.

Sin embargo, los resultados interpretativos de las mediciones que tenemos a mano son ya de por sí lo suficientemente sorprendentes. Algunos de los ejemplos más fáciles de comprender y unas cuantas estadísticas más accesibles de comprobar nos dan la impresión de que la gran pirámide es realmente una auténtica biblioteca donde las inmensas y meticulosamente unidas piedras han ocupado el lugar de los papiros y rollos de pergamino destruidos, un repositorio de conocimientos científicos en pleno desierto esperando, cual una gigantesca cápsula de tiempo, ser interpretado por futuras razas con la suficiente preparación científica para llevar a cabo esta labor.

Las mediciones de la pirámide dan aparentemente el «moderno» valor de *pi* como igual a 3,1416; una figura obtenida dividiendo la distancia total de sus lados por el doble de su altura (un método normal de calcular

la relación existente entre la circunferencia y su radio). Pues bien, los grandes matemáticos griegos, incluyendo a Arquímedes, sólo se aproximaron, en cuanto al valor de *pi,* a 3,1428; y esto miles de años después de que fuese construida la gran pirámide. La *pulgada piramidal* se supone que fue basada en la forma actual de la Tierra, ya que cincuenta de estas pulgadas hacen una longitud de casi exactamente una diezmillonésima parte del eje polar.

Con la revolución científica que siguió a la Revolución francesa, los científicos franceses adoptaron el metro como unidad de longitud, sin ninguna relación con el codo piramidal, considerando que representaba la diezmillonésima parte del meridiano. En efecto, así es, pero existe un error de cinco milésimas, ya que los contornos de la Tierra no son uniformes y cada meridiano tiene su propia longitud. Por lo tanto, una unidad más perfecta estaría basada no en el meridiano, sino en la longitud fija del radio polar o eje. Todo lo cual nos conduce a que el sistema utilizado por los antiguos egipcios era más lógico que el que disponemos en la actualidad.

Con el establecimiento de la pulgada piramidal se puso de manifiesto que toda una serie de coincidencias tenían una base justificada. Así, la suma de los lados de la base de la pirámide indica el número de días del año, o 365,240 pulgadas piramidales si sólo tenernos en cuenta la longitud.

La altura de la pirámide multiplicada por diez millo-

nes, nos da aproximadamente la distancia existente entre el Sol y la Tierra.

Una pulgada piramidal multiplicada por 100.000.000 nos da casi (pero no exactamente) la distancia recorrida por la Tierra en su órbita alrededor del Sol. Sin embargo, esta ligera diferencia tiene su explicación si consideramos el ensanchamiento de la órbita solar en 5.000 ó 6.000 años.

Si duplicamos la longitud de los cuatro lados de la pirámide obtenemos casi exactamente el equivalente a un minuto de un grado en el ecuador. Medida en metros, la pirámide tiene un perímetro de 1.842,92.

La gran pirámide ha sido tan perfectamente construida y medida que si escogemos un radio igual a su altura y con él trazamos un círculo, la superficie del círculo dibujado es igual al cuadrado de la superficie de la base.

Cada día, el eje polar de la Tierra se inclina hacia un punto distinto en el espacio no consiguiendo alcanzar su posición original más que una sola vez en 25.827 años. Pues bien, este mismo número se presenta casi exactamente en las mediciones de la gran pirámide si sumamos las líneas diagonales de su base: 25.826,6.

El peso de la gran pirámide es superior a los 60 millones de toneladas. Si multiplicamos esta cantidad por cien mil billones, obtenemos la masa aproximada de la Tierra.

Una extraña indicación sobre la edad de la gran pirámide existe en su orientación hacia la Estrella Polar

(En realidad, no apunta exactamente hacia la actual Estrella Polar (Polaris) sino hacia Thuban (Alfa del Dragón), que es una estrella mucho menos brillante. (N. del E.)),

claramente visible a través de los millones de toneladas de bloques perfectamente ajustados gracias a un túnel que va desde la cámara mortuoria del faraón a un orificio situado en la parte superior de la pirámide. Existen pruebas que demuestran que en la época en que la estrella polar era visible desde la pirámide, aquélla se encontraba en la constelación del Dragón, llegando a formar parte desde entonces de la Osa Mayor.

Esto nos conduce a la verdadera utilización que se hacía de la gran pirámide, es decir, como tumba, como marcador, como depósito de conocimientos y mediciones y como observatorio astronómico. Aparte de otros usos, muchos de los cuales aún desconocernos, está el de haber servido de gigantesco calendario y reloj de estaciones del año. La forma ligeramente cóncava de las piedras recubiertas de blanca piedra caliza, que fueron extraídas para construcciones en El Cairo, tenía una finalidad verdaderamente singular para los antiguos egipcios: les indicaba la llegada del equinoccio de primavera, el paso de los años e incluso de las horas del día.

Edmé Francois Jomard fue un pionero francés en el campo del estudio de las pirámides, cuyo interés por la gran pirámide se remonta a la época en que Napoleón invadió Egipto con su numeroso ejército y con casi una división de científicos. Entre sus muchas contribuciones al estudio de esta famosa pirámide, se cuenta su teoría

sobre el sarcófago de granito rojo, hallado vacío en la cámara mortuoria. Cree que no se trataba de un sarcófago de piedra destinado a encerrar la momia del faraón, sino de un recipiente que representaba una medida *Standard* de volumen, de la misma forma que la propia pirámide representaba una medida de distancias y otras dimensiones.

L. Sprague de Camp, un moderno historiador, escritor e investigador arqueológico, no comparte esta teoría de su compatriota, expresando su escepticismo en cuanto a la tesis que sostiene que todo en la pirámide puede considerarse como un mensaje, con las siguientes palabras sobre el ataúd de piedra vacío: «...En cuanto a la tesis que sostiene que el sarcófago de piedra era una medida de volumen, sólo me cabe decir que sólo la mente de un lunático podría pensar en construir un recipiente con una capacidad de una tonelada y cuarto de agua y luego introducirlo en el interior de una montaña hecha por el hombre de forma que nadie pudiese utilizarlo...»

Otro arqueólogo sostiene la siguiente tesis: «...El verdadero misterio de la gran pirámide se reduce simplemente a que el faraón Kefrén cambió de opinión en cuanto a ser enterrado en ella, ya que, según todo lo que sabemos hasta nuestros días, el sarcófago del faraón siempre estuvo vacío.»

Entre los numerosos misterios que uno encuentra al estudiar la gran pirámide de Egipto está aquel otro relativo a las setenta pirámides del Alto y Bajo Egipto.

¿Fueron todas ellas simples tumbas o eran además otra cosa? Si realmente fueron tumbas de faraones, ¿cómo es que en la historia de Egipto existen más faraones que pirámides descubiertas? Tomemos como ejemplo el caso del gran faraón Ramsés II, tan vanidoso, que hizo decorar murallas con alusiones a sus numerosas virtudes y que mandó tallar, en Abú Simbel, estatuas con su efigie de 20 metros de altura en sólida roca. Estas estatuas fueron salvadas de la inundación durante la construcción de la gran presa de Assuán cortándolas y elevándolas a la cima de la escarpadura; operación en gran parte financiada por los habitantes de unas naciones en las que Ramsés II no podría ni siquiera haber soñado, miles de años después de su muerte. ¿Dónde está la pirámide de Ramsés II, como asimismo las de otros grandes faraones de Egipto? Lo más probable es qué los faraones desearan simplemente ser enterrados en el interior de las pirámides con el fin de preservar sus momias y sus tesoros de los futuros ladrones de tumbas.

También existe la posibilidad de que algunas de las pirámides fuesen copia de la más grande, sin que sus constructores se preocupasen de otra cosa que de mantener un recuerdo de su fama personal. Herodoto nos ofrece el relato de una antigua leyenda sobre una princesa egipcia, la cual, deseosa de tener su propia pirámide, se vendió a numerosos amantes con el fin de obtener el dinero necesario para pagar la construcción de la misma. Seguramente el motivo más original en todo el vasto campo de la historia para que una princesa se convirtiese en prostituta.

Por regla general, las pirámides se consideran relacionadas, igual que los obeliscos, con la adoración del Sol, marcando el avance de este astro durante los días y los años. Cerca de algunas pirámides se han encontrado «barcos solares» para que los faraones enterrados en ellas pudiesen llegar al cielo siguiendo el curso del sol. Dichos «barcos solares» estaban exactamente orientados según un eje oeste-este.

Una teoría muy original fue recientemente formulada en 1971 por el doctor Kurt Mendelssohn, de la Universidad de Oxford; según ésta, las pirámides fueron construidas para mantener ocupados a la superabundancia de obreros egipcios durante los períodos anuales de tres meses en que el Nilo se desbordaba. En otras palabras, se trataba de unos programas de trabajo (y de bienestar social) encaminados a utilizar ese exceso de mano de obra en las construcciones de las pirámides; programas que, por otra parte, servían para unificar y controlar la economía del país. Gracias a unas inscripciones talladas en los bloques de algunas pirámides, descubiertas recientemente, sabemos que los trabajadores (que no eran esclavos) sé pagaban con trigo, cerveza, ajo y otros productos indispensables para su sustento.

Esta teoría podría ser también aplicada a otros lugares del mundo, como, por ejemplo, los increíbles edificios y carreteras del «socialista» Imperio inca de Sudamérica, y las murallas y canales de China, aunque no fue utilizada por los romanos ya que los trabajadores utilizados por éstos en las construcciones eran pagados de una manera que nada tenía que ver con el «bienestar

social» de los mismos. De todos modos, el aplicar modernas teorías a las antiguas civilizaciones, cuyas verdaderas metas sólo podemos vislumbrar, constituye un método bastante arriesgado e inseguro. Podemos suponer, por ejemplo, que la salida de las tribus de Israel de Egipto fue debida a una disputa laboral ocasionada por la cantidad de pajizo utilizado en la construcción de ladrillos, pero ello no deja de ser una suposición.

La gran pirámide de Egipto fue construida en una época remota de la historia de este pueblo, y, sin embargo, a pesar de que se trataba de un monumento gigantesco, no fue mencionada por los escritores de aquellos tiempos, siendo los griegos y los romanos, que llegaron miles de años después a aquella tierra, los que la describieron en sus escritos. La historia antigua de Egipto presenta una extraña anomalía, ya que su período de civilización superior parece arrancar de golpe (casi al final del cuarto milenio antes de Cristo) de una previa cultura neolítica, sin ninguna apreciable evidencia de los corrientes estadios de transición. En efecto, las técnicas, el arte, la ingeniería, la medicina, las ciencias y la organización de las enormes ciudades parecen haber brotado de pronto, como si hubiesen sido importados de otras regiones, a pesar de que la civilización de Egipto es casi contemporánea de aquellas otras del Oriente Medio, que, dicho sea de paso, en nada se le parecen.

Pero esta primera floración de la civilización, ejemplarizada en la gran pirámide de Egipto, en lugar de seguir desarrollándose, llegó incluso a retroceder, del mismo modo que aquellas antiguas, civilizaciones de

Sudamérica y Centroamérica parecían mucho más fuertes, más vitales y mucho más avanzadas técnicamente cuando comenzaron que cuando fueron «descubiertas» por los españoles. Es como si hubiesen recibido una «infusión» inicial de las técnicas de una civilización desconocida, un impulso que a través de los siglos se fue diluyendo poco a poco hasta llegar a perder su fuerza inicial.

Uno de los estudios más detallados y sorprendentes de la gran pirámide fue llevado a cabo recientemente por Peter Tomkins «Secrets of the Great Pyramid» *(Horizon,* 1971). Este científico llega a la conclusión de que la gran pirámide era, además de otras cosas, un observatorio astronómico, como asimismo, debido a sus indicaciones longitudinales, la clave de «un mapa escala del hemisferio del norte». Al referirse a los grandes conocimientos científicos y geodésicos de sus constructores, Tomkins hace esta observación tan convincente: «Quienquiera que fuese el que construyó la gran pirámide de Egipto tenía que saber forzosamente, tal como afirman las leyendas, cómo trazar cartas de las estrellas para poder calcular correctamente la longitud, y cómo poder dibujar mapas del Globo, para poder así atravesar a voluntad sus continentes y océanos.»

Parece que debió existir una relación distinta entre los conocimientos científicos del pueblo (sea éste cual fuere) que construyó la gran pirámide y los conocimientos de los cartógrafos que trazaron los originales mapas marítimos, mucho más antiguos que todos los existentes entonces en el mundo y, al mismo tiempo, mucho

más exactos y concisos.

Si adoptamos la suposición de que una raza antigua, en una época muy remota, evolucionó de tal modo que llegó a adquirir una cultura muy avanzada, como se refiere en muchas leyendas, tendremos que admitir que muy poco ha llegado hasta nuestros días, y ello bajo la forma de extraños artefactos o manuscritos y teniendo en cuenta el lapso de tiempo transcurrido, los cambios de clima, los desperfectos causados por el hombre y las modificaciones del nivel del mar y de la tierra. Si los conocimientos tienen que sobrevivir al paso del tiempo, es necesario que estén registrados en manuscritos tan grandes como para ser prácticamente indestructibles o tan útiles como para seguir siendo empleados o copiados, aunque imperfectamente.

Pues bien, el primero de estos requisitos lo cumple la gran pirámide de Egipto, y el segundo, las copias medievales de los antiguos mapas del mundo.

V

LAS IMPOSIBLES CONSTRUCCIONES

Cuando intentamos investigar las huellas de las civilizaciones prehistóricas a través del tiempo, tenemos la impresión de que solamente recibimos u oímos sus ecos; los que percibimos en las leyendas que han llegado hasta nuestros días, en las viejas copias de mapas y en antiguos manuscritos. Pero estas huellas, con el paso de los años, han ido perdiendo cierta claridad, ofreciéndonos interpretaciones más o menos erróneas e inexplicables fragmentos de ciertos conocimientos científicos. ¿Pero no disponemos de nada más que esto? ¿Existen otras construcciones o vestigios de construcciones que indiquen unas técnicas que las diferencien claramente de otras antiguas ruinas cuyo significado arqueológico nos es más fácil de comprender?

Si consideramos el paso del tiempo teniendo en cuenta los datos que nos proporcionan los antiguos mapas marítimos, sobre todo aquellos que nos hablan de un continente antártico exento de hielo, forzosamente he-

mos de llegar a la conclusión de que han tenido que pasar de doce a quince mil años desde los primeros días de esta hipotética civilización hasta el presente, junto con importantes cambios climáticos en todas las regiones del mundo. Teniendo en cuenta este lapso de tiempo, los utensilios de hierro y las estructuras de madera debían haber desaparecido. Las construcciones de ladrillos, a pesar de ser enormes, tendrían que haber sufrido tales deterioros como para ser indistinguibles desde las cimas de las colinas o pequeñas montañas, como ha ocurrido en Mesopotamia donde inmensas zonas metropolitanas, incluyendo la misma Babilonia, han estado «perdidas», ya que por estar cubiertas de terreno o de tierra no podían ser vistas. En Sudamérica y en Centroamérica se llevan a cabo misiones de reconocimiento de colinas y montañas, mediante la utilización de aeroplanos, con el fin de poder descubrir antiguas contracciones o ciudades.

Es posible que existan ruinas de unas civilizaciones prehistóricas en la Antártida cubiertas por cientos de metros de hielo, ya que si mereció el interés de los antiguos navegantes como para llegar a trazar minuciosos mapas de sus costas, ríos, montañas e islas adyacentes, es lógico presumir que en cierta época allí vivieron gentes que se dedicaban al comercio (una buena razón para trazar mapas). Ahora bien, tales evidencias prehistóricas no están, sin embargo, a nuestro alcance en la actualidad, a menos que utilicemos unas máquinas especiales para remover el hielo y descubrir vestigios de una civilización. Actualmente, y mediante modernos y potentes

bulldozers, se ha llegado a descubrir en Alaska, en el norte del Canadá y en Siberia dientes de tigre, caballos prehistóricos y otros animales que no son propios del Ártico, como también antiguos emplazamientos de tamaño aproximado a una ciudad tales como el de Point Barrow y Port Hope en Alaska. En un lugar cerca de Port Hope, se han encontrado pruebas de una cultura prehistórica ártica muy avanzada, incluyendo tumbas que aún contenían esqueletos con ojos de marfil insertados en las cuencas orbitarias de sus cráneos.

Es muy probable que en el fondo del mar existan construcciones prehistóricas, ya que de todos es harto conocido que continentes enteros quizá hayan sido «devorados» por el mar. Tales descubrimientos serán más frecuentes en un futuro próximo cuando se inventen modernos equipos de investigación subacuática e incluso vehículos submarinos.

Pero existen construcciones, o parte de construcciones (no sumergidas ni bajo el hielo ni bajo el mar), aunque relativamente inaccesibles, que pueden representar un vínculo entre las civilizaciones prehistóricas y la moderna. Estas construcciones macizas pueden ser muy bien calificadas como «las imposibles construcciones», ya que su construcción por los pueblos primitivos puede considerarse imposible de llevar a cabo teniendo en cuenta las técnicas de que disponían en aquella época tan remota.

Tales ruinas se encuentran en diversos lugares del mundo. En todos los casos, los indígenas alegan la más

completa ignorancia sobre quiénes las construyeron, aunque suponen que fueron obras de superhombres, gigantes o dioses.

En Sudamérica, en la altiplanicie de los Andes, en las cimas de las montañas, colgando sobre profundos precipicios de miles de metros e incluso en las altiplanicies de desolados desiertos, tan altos que los hombres y los animales encuentran dificultad en respirar, existen ruinas ciclópeas cuya construcción es simplemente inexplicable sin la utilización de las modernas máquinas cortadoras de piedra y especiales medios de transporte.

Los conquistadores españoles encontraron ciudades, fuertes y palacios incas erigidos sobre auténticos cimientos, como asimismo murallas que indicaban la existencia de unas civilizaciones anteriores. Sus paredes aún siguen en pie, y muestran algunas modificaciones efectuadas en ellas por los incas. La misteriosa raza o razas que precedieron a los incas no sólo eran capaces de tallar y colocar enormes monolitos, sino que además transportaron los gigantescos bloques de pórfido rojo a través de largas distancias por las montañas, ríos y torrentes, algunas veces desde lugares distantes cerca de 2.000 kilómetros, depositándolos en las escarpaduras y las cimas de las montañas, como ocurre en Ollantaypa-rubo (Perú), dando la impresión de que fueron llevados allí por el aire, tal como sostienen las antiguas leyendas incas. Algunos de estos bloques de granito y andesita pesan de 150 a 200 toneladas y están tallados con misteriosas inscripciones. En las tierras mayas de Centroamérica existen numerosas construcciones de piedra

apoyadas sobre pilares y parecidas a obeliscos.

El famoso arqueólogo Hyatt Verrill, considerando las toscas herramientas de piedra utilizadas por aquellos pueblos, llega a la siguiente conclusión: «Ningún ser humano, ya fuese indio o de cualquier otra raza, podría haber llevado a cabo... esas tallas de las piedras utilizando las rudimentarias herramientas de piedra que encontramos en las excavaciones allí efectuadas. No se trata de una cuestión de destreza, ni de paciencia ni de tiempo: es un hecho imposible de llevar a cabo por un ser humano.»

Pero aquellas sorprendentes y asombrosas inscripciones en piedra no constituyen la nota más misteriosa de estas construcciones: éstas aún podemos examinarlas, pero ignoramos cómo pudieron ser edificadas.

Quien haya visitado las ruinas incas de Perú o Bolivia forzosamente se habrá quedado asombrado al contemplar los monolitos pluriangulares de los palacios, fortalezas y templos, construidos con piedras tan estrechamente adosadas unas a otras que es imposible pasar una hoja fina entre las mismas. Algunas piedras son más o menos rectangulares y otras tienen hasta treinta y dos planos angulares. Pues bien, cada una de ellas encaja exactamente con la siguiente, y no sólo en todos sus lados, sino también en sus superficies internas. La razón de este hermetismo tan perfecto tal vez sea el pretender que tales construcciones fuesen «a prueba de terremotos». Se ha comprobado que los últimos edificios construidos por los españoles en aquellos lugares se de-

rrumbaron en el curso de los años debido a los terremotos, tan frecuentes en las zonas andinas.

¿Cómo pudieron cortar piedras tan enormes? ¿Qué medios utilizaron para transportarlas a las cimas de las montañas? ¿Cómo pudieron adosarlas tan exactamente unas a otras? Para que dichas piedras formasen una muralla perfecta, los constructores tenían forzosamente que haberlas colocado y retirado muchísimas veces (cortándolas y retocándolas otras tantas) hasta conseguir un exacto encaje de las mismas. Pero aunque los pre-incas hubiesen dispuesto de las herramientas necesarias para cortar y tallar dichas piedras y así conseguir tal exactitud en el encaje de las mismas, todo el sistema pétreo de trabazón y ensambladura tenía que ser dificilísimo por no decir imposible.

Ahora bien, nos consta que los antiguos indígenas sudamericanos no disponían de aquellos instrumentos o máquinas capaces de permitirles llevar a cabo la perfecta ensambladura de tan gigantescas moles de piedra. Por este motivo, existen numerosas leyendas que sostienen que los antiguos constructores habían logrado elaborar un «ingrediente secreto»: un extracto de planta radiactiva que comía y disolvía la piedra más dura, permitiendo que se adhiriesen unas a otras o, por lo menos, haciendo que sus bordes se tornasen maleables. Tal invento, si en realidad existió, explicaría el increíble ajuste de las enormes rocas, los bellos grabados en piedra (que podía haber sido moldeada) y la construcción de las carreteras incas que se extendían en una distancia de 5.000 kilómetros a través de montañas, cañones y ba-

rreras infranqueables en línea recta.

El coronel P. H. Fawcett, famoso explorador de las selvas sudamericanas y un gran investigador de las civilizaciones precolombinas que desapareció en las selvas brasileñas en 1925 mientras trataba de descubrir una ciudad perdida en el área del río Xingú, creía que los constructores prehistóricos de tales edificaciones eran capaces de ablandar las piedras y, después de colocarlas una junto a otra, dejaban que se secasen y endureciesen.

En uno de sus libros, el coronel Fawcett hace alusión a un hecho cruel y asombroso acaecido en el Perú. Unos ingenieros de minas norteamericanos, mientras llevaban a cabo unos trabajos de prospección en uno de los numerosos *huacas* (cementerios indígenas situados en terraplenes), encontraron un recipiente cerrado, también llamado *huaca* (generalmente en forma de cabeza humana o de cuerpo de animal o de persona) que los antiguos incas y pre-incas utilizaban para almacenar líquidos, polvo de oro, granos de trigo y otras sustancias.

Al descubrir cierto líquido misterioso en el interior del *huaca,* los ingenieros intentaron forzar a uno de los trabajadores indios para que lo bebiese. El infeliz, dominado por un gran terror, se resistió violentamente, rompiendo el *huaca* durante el forcejeo, y consiguiendo huir finalmente. Cuando los ingenieros regresaron al campamento después de haber tratado de atrapar al pobre indio, observaron asombrados que la roca sobre la que se había derramado el misterioso líquido conte-

nido en el *huaca* se tornaba blanda y maleable.

Si se puede extraer cierto líquido capaz de ablandar las piedras a partir de algunas plantas (no olvidemos que los indios sudamericanos conocían desde tiempos muy antiguos misteriosas plantas alucinógenas o muy venenosas, como el curare), esas plantas todavía no han podido ser descubiertas por los botánicos, aunque, según el coronel Fawcett, sabemos aproximadamente qué aspecto tienen.

Este famoso explorador también nos habla de cierto hombre que fue a la selva a recoger su caballo y, al hallarlo, observó asombrado que sus espuelas se habían derretido. Cuando regresó al *chacra* (rancho) y contó lo que le había sucedido, le preguntaron si había dejado su corcel en una zona de la selva donde abundaban unas plantas de escasa altura y hojas rojas. Al afirmarlo, aquella gente le dijo que esas plantas eran utilizadas por los incas para ablandar las rocas.

Aún más asombroso es aquel relato de Fawcett según el cual en los Andes existen unos pequeños pájaros que hacen boquetes en las rocas más sólidas donde instalan sus nidos. Fawcett observó que dichos pájaros frotaban la roca con una hoja y luego se ponían a picotearla.

Sin embargo, debemos hacer constar que Fawcett nunca logró apoderarse de una muestra de esa hoja misteriosa ni tampoco explicar cómo un agente ablandador tan potente no corroe el recipiente que lo contenía ni las patas de los caballos que atravesaban las zonas selváticas donde crecía dicha planta ni, como ob-

servó el gran naturalista y explorador Ivan Sanderson, el pico del pájaro que sujetaba dicha hoja.

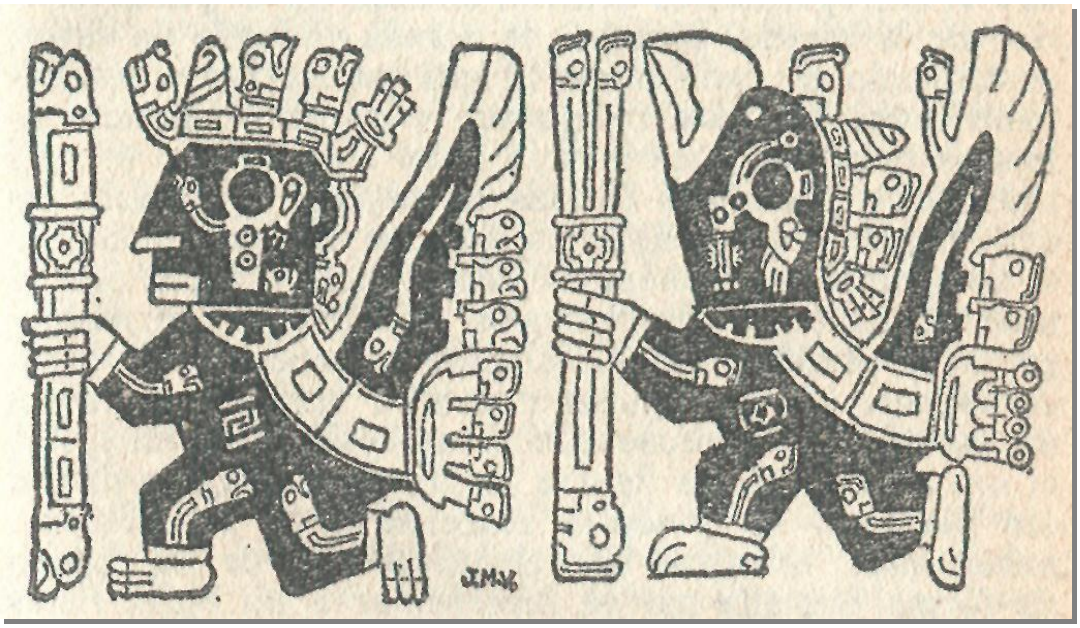
Y, sin embargo, estos monumentos aún existen en las cimas de las montañas y en escarpaduras casi inaccesibles. Todo ello nos enfrenta a un dilema arqueológico, a un *fait accompli:* no podían haber sido construidos, pero, a pesar de todo, ¡ahí están a la vista de todos!

La «imposible» estructura de Tiahuanaco, una ciudad de gigantescas ruinas a orillas del lago Titicaca (Bolivia), nos demuestra que, a pesar de todo, fue construida completamente. Esta ciudad se encuentra en una desolada altiplanicie a más de 4.000 metros de altura; una elevación que produce *soroche* (mal de montaña) a los que no están acostumbrados a estas altitudes. Su ubicación no permite crecer el trigo, ni vivir a los gatos; las mujeres blancas no pueden dar a luz, y es demasiado alta para una población lo suficientemente grande como para haber podido cortar y tallar las piedras que forman dicha ciudad prehistórica. A pesar de la enorme altura, forzosamente tuvo que existir una población en la vecindad, ya que a muy poca distancia de Tiahuanaco se han encontrado un puerto abandonado, numerosas ruinas y laderas de colina talladas en forma de terraplén.

Cuando los españoles llegaron a Tiahuanaco, los indios quechuas y aymarás no pudieron decirles gran cosa sobre la inmensa ciudad desierta, excepto que fue construida por los dioses. Después de una minuciosa inspección, los españoles comprobaron que los enormes muros de piedra de los templos, cuyos cimientos con-

sistían en gigantescos bloques de roca de cien toneladas cada uno, estaban fijados por espigas de plata. Los conquistadores españoles no tardaron en apoderarse de estas trabazones, llevando a cabo una verdadera labor destructora en beneficio propio. Desgraciadamente, muchas de las murallas se derrumbaron a causa de los terremotos, incluyendo las estatuas y bloques grabados de los templos, y gran parte de las piedras de las ruinas fueron utilizadas a lo largo de los siglos para otras construcciones (incluso gran parte de la ciudad de La Paz, capital de Bolivia, está construida con piedras procedentes de estas ruinas). También se utilizaron para cimentar el firme de un ferrocarril. La mayor parte de los restos de las ruinas no pudieron ser empleados debido a que eran demasiado grandes para transportarse.

Con todo, aún quedan en Tiahuanaco suficientes restos como para proporcionarnos un auténtico rompecabezas arqueológico. No sólo resulta increíble que tan esmerados grabados en roca fuesen efectuados con herramientas de piedra, sino, además, el que los bloques fuesen tan geométricamente perfectos, como cortados con modernas herramientas de acero. Todavía permanece en pie una portada de piedra, llamada por los indios actuales la Puerta del Sol (aunque la figura central de la misma parece representar más bien al dios de la Lluvia); está cortada de un solo y gigantesco bloque de roca y en ella se pueden apreciar unas enigmáticas inscripciones, algunas de ellas incompletas, como si algo hubiese interrumpido la labor de los grabadores.



Figuras grabadas en el Templo del Sol. Algunos científicos que han investigado estas figuras sugieren que antiguos vestigios de las modernas invenciones pueden observarse en estos (y en otros) restos de la Antigüedad. Hacen hincapié en que el ojo de la figura de la izquierda parece un buzo o un astronauta, mientras que el ojo de la figura de la derecha en forma de ave simula una nave espacial.

La edad de Tiahuanaco es un tema de controversia, variando entre los 1.500 y 15.000 años, o quizá más. Aunque en estas ruinas se encontraron huesos de animales, ello no constituye una base lo suficientemente sólida como para establecer su edad. Sin embargo, cuando se descubrieron dibujos de animales ya extinguidos, como el toxodón, en fragmentos de alfarería, se dispuso de un medio eficaz para establecer la edad de esta antigua y misteriosa ciudad. En efecto, muchos arqueólogos sostienen que Tiahuanaco, un puerto que actualmente se halla alejado de las aguas del lago Titicaca, profundo lago con fauna oceánica, antaño se hallaba sobre el nivel del mar. Este lago fue elevado a una altura de casi 4.000 metros durante un violento terremoto que también formó la «nueva» cadena de los Andes. Según las teorías de estos arqueólogos, ello explicaría el

abandono de Tiahuanaco y la existencia de sal en las montañas vecinas.

Los orígenes de Tiahuanaco son tan misteriosos, su situación está en un lugar tan desolado y su construcción es tan inexplicable, que algunos investigadores, después de profundizar en estos misterios, han llegado a las más diversas conclusiones sobre esta enigmática y asombrosa ciudad.

Algunas de ellas se refieren a la Puerta del Sol. La figura antropomórfica central, situada en la parte superior de la misma, presenta la cabeza rodeada de rayos, sosteniendo en cada mano lo que parece ser antorchas simbólicas. Se halla flanqueada por otras veinticuatro figuras menores, doce a cada lado, algunas con formas humanas y otras con formas de pájaros. Todo ello podría haber desempeñado la función de un calendario u otro objeto astronómico, como suele ocurrir muy a menudo en otras inscripciones amerindias. Sin embargo, si se observa minuciosamente la cabeza y el rostro de algunas de las figuras menores, vemos que tienen un parecido asombroso con otras cosas u objetos. Así, el ojo de una de las figuras en forma de pájaro parece ser parte de un avión a reacción o de un vehículo subacuático, mientras que el ojo de una de las figuras de forma humana parece representar a un buzo. Estas asombrosas similitudes realzan el significado y el misterio de la Puerta del Sol; en parte porque están relacionadas con aquellas leyendas que nos hablan de unos «dioses del cielo» que descendieron a Tiahuanaco, y en parte, también, debido a los rumores sobre la existencia de unas

gigantescas ruinas bajo las aguas del lago Titicaca, las cuales, sin embargo, no fueron observadas por el capitán Cousteau durante su exploración submarina de una parte del fondo del lago.

Como consecuencia de haberse perdido algunos manuscritos antiguos (o, al menos, manuscritos que podamos leer), ciertas enormes montañas de América no han podido ser localizadas incluso hoy en día; pero no porque se hayan perdido, sino a causa de su gigantesco tamaño. Tal es el caso de El Panecillo, una montaña situada cerca de Quito (Ecuador) y que, como su nombre indica, tiene un gran parecido con un panecillo. Desde los tiempos en que Quito (antigua capital del Imperio inca) fue conquistada e incendiada por los españoles, se han llevado a cabo grandes excavaciones en El Panecillo debido a los persistentes rumores de que los incas habían escondido allí barras de oro y de plata, y también piedras preciosas.

Durante los últimos años, el estudio de la estratigrafía de El Panecillo, o más bien de su carencia de estratos, ha demostrado que no se trata de una montaña, sino de un enorme montículo artificial construido durante una época tan anterior a los incas que no existe incluso ni una sola leyenda sobre el mismo. Recientes excavaciones efectuadas en la cima han puesto al descubierto una extraña construcción en piedra parecida a una colmena o a un convertidor de un horno Bessemer, aunque nadie sabe lo que es realmente ni cuáles fueron las razones por las que se construyó.

En numerosos lugares de América se han descubierto muchas otras montañas y colinas, ignoradas durante siglos por haber estado cubiertas de maleza, que luego han resultado ser verdaderas pirámides o montículos artificiales hechos por el hombre. Sabemos, por ejemplo, que la colina sobre la cual se eleva la iglesia de Cholula (México) fue la plataforma de una pirámide-templo azteca, de 61 metros de altura y que cubría una superficie considerablemente mayor que la gran pirámide de Egipto.

El edificio más alto de América, antes de que fuesen construidos los primeros rascacielos de Nueva York, fue un olvidado templo maya en Tikal (Guatemala), designado actualmente con el nombre de Tikal IV. Por hallarse cubierto por la maleza de la selva, Tikal IV fue ignorado durante muchos siglos, y, aunque más bien tiene la forma de una torre escalonada que la de una pirámide, su altura es de 44,66 metros.

De igual modo, gigantescos palacios en forma de pirámide, templos y fortalezas existentes en la costa peruana, fabricados con ladrillos de arcilla, fueron considerados durante mucho tiempo como simples estructuras geológicas hasta que, durante un vuelo en avión, se comprobó que se trataba de construcciones hechas por la mano del hombre pertenecientes a la preincaica civilización chimú y a otras más. En cierta ocasión, durante el período revolucionario mexicano, unos soldados de Pancho Villa montaron un puesto de artillería en la cima de una colina con el fin de poder bombardear al ejército federal. Debido al incesante movimiento de las

piezas de los cañones, se desprendió parte de la tierra sobre la que se hallaban, poniendo al descubierto la cúspide de una pirámide azteca.

Si estudiásemos detenidamente otras estructuras geológicas existentes en diversos lugares del continente americano, es muy posible que ello nos condujera a unos resultados verdaderamente asombrosos. En efecto, en algunas partes de la cuenca del Amazonas existen unas colinas y escarpaduras que bien podrían ser auténticos montículos artificiales construidos por la mano del hombre. En las altiplanicies de Marcahuasi (Perú), grandes secciones de una montaña de roca han sido talladas en forma de rostros humanos, leones, camellos, y lo que parece ser lagartos e hipopótamos, como asimismo algo que tiene todo el aspecto de un estegosaurio prehistórico. Estas tallas sólo pueden ser apreciadas durante ciertas épocas del año, como durante el equinoccio de verano, cuando el sol, al proyectar de modo exactamente perpendicular sus rayos sobre las mismas, pone al descubierto sus verdaderas formas. Durante un movimiento sísmico acaecido en el Paraguay en 1947, se produjo la resquebrajadura de una montaña, descubriéndose en su interior una muralla de cerca de 36 metros de altura y de 1.600 metros aproximadamente de longitud. Pero, al igual que con otros restos existentes en Sudamérica, se consideró que se trataba de una maravilla de la naturaleza dado su enorme tamaño y la imposibilidad de examinarla minuciosamente.

Evidentemente, es muy cómodo suponer que algunas

construcciones antiguas son simplemente unas estructuras geológicas naturales. Tal es el caso de unos gigantescos pilares de piedra caliza descubiertos en Australia a cinco kilómetros al norte del río Roper, y que, según las leyendas, fueron construidos por los miembros de una raza blanca que desembarcaron en aquella tierra hace miles de años. Asimismo, durante la II Guerra Mundial, los pilotos norteamericanos observaron que a unos 64 kilómetros de Sian-fu, en la provincia de Shensi (China), existían unas enormes pirámides hechas de tierra, aproximadamente dos veces más grandes que las de Egipto y cuyo lado de base tenía una longitud aproximada a los 450 metros. Las fotografías hechas por estos pilotos se conservan en los archivos del Ministerio del Aire norteamericano, pero no han sido hechas públicas. Una tendencia muy humana de «considerar» ciertas estructuras de los terrenos como artefactos se comprobó durante los recientes viajes a la Luna llevados a cabo por los rusos. En efecto, según la revista soviética *Technology of Youth,* el 4 de febrero de 1966, el «Lunar 9» fotografió una alineación de «piedras marcadoras» en el mar de las Tormentas. De acuerdo con esta revista rusa, los científicos soviéticos habían logrado revelar en unas fotografías obtenidas por los norteamericanos a 4,60 kilómetros por encima del mar de la Tranquilidad una serie de espirales o «pirámides punteadas». Según el doctor Ivanov, una de estas «pirámides» tenía una altura de quince pisos.

Los obeliscos, templos y pirámides de Egipto también se hallan envueltos en un halo de misterio si tenemos en

cuenta que pueden considerarse como auténticos depósitos de sabiduría. En cuanto a su construcción y al transporte del material, ésta es la teoría más aceptada por la mayoría de los arqueólogos: los enormes bloques eran extraídos de las canteras utilizando poderosas cuñas, elevándolos luego mediante poleas y transportándolos finalmente por medio de unos rodillos o mediante una especie de trineos que se deslizaban por un lecho previamente engrasado. Aparentemente, los obeliscos eran elevados mediante rampas y luego colocados en unos agujeros rellenos de arena, la cual, al ser retirada, hacía que el obelisco penetrase en el agujero permaneciendo perfectamente erecto.

Según la mayoría de los arqueólogos, los bloques de la gran pirámide de Egipto eran colocados en su sitio utilizando enormes rampas de una altura equivalente a cincuenta pisos. Si esto es cierto, habría que volver sobre la teoría de Herodoto. En efecto, este historiador griego sostenía que las pirámides fueron construidas por cien mil obreros trabajando continuamente durante un espacio de veinte años. Ahora bien, si consideramos el tiempo necesario para extraer los bloques de las canteras y transportarlos, el personal necesario para proporcionar agua y alimentos a esta multitud de trabajadores, la construcción y constantes reparaciones de las rampas, las minuciosas y exactas medidas que debían ser tomadas y, finalmente, el colocar los bloques en su sitio y revestirlos de piedra caliza, nos vemos obligados a admitir que el número de trabajadores era mucho mayor de lo que suponía Herodoto.

Aunque las pirámides no son un «imposible», todavía subsiste cierta incredulidad sobre la forma tan precisa con que fueron colocados los bloques. En cierta ocasión, un capataz árabe de un equipo de treinta trabajadores, mientras se hallaban colocando de nuevo en una pirámide un bloque de varias toneladas de peso, mediante rodillos, cuerdas y palancas, le hizo la siguiente observación al famoso arqueólogo Reisner: «Si fuésemos tan ordenados como nuestros antepasados, podríamos construir igualmente una pirámide».

El misterio de cómo las grandes estatuas de lava de la isla de Pascua pudieron ser colocadas en su sitio fue parcialmente resuelto por el arqueólogo Thor Heyerdahl durante sus investigaciones *in situ*. En la isla de Pascua, situada en el Pacífico a unos 3.750 kilómetros de la costa de Chile, existen casi seiscientas estatuas enormes de piedra. Éstas estatuas, llamadas *moai* muestran torsos y cabezas de figuras enigmáticas, algunas de las cuales tienen una altura de cuatro pisos y pesan alrededor de cincuenta toneladas cada una. En un principio se hallaban situadas sobre unas plataformas de piedra y sobre sus cabezas sostenían unos enormes bloques de roca rojiza extraídos y transportados desde una lejana cantera. La mayoría de estas estatuas se hallan actualmente volcadas, y han perdido los bloques rojizos que sustentaban sus cabezas, mientras que otras tienen rotos sus falos. Algunas se encuentran todavía en las canteras, lo que hace suponer que acaeció un desastre mientras sus escultores se hallaban trabajando en las mismas.

La población indígena de la isla de Pascua era de unos cuantos miles de habitantes cuando fue descubierta en 1722 (población que fue reducida, durante el siglo XIX, a cien habitantes por los traficantes de esclavos peruanos), es decir, un número muy reducido para haber podido construir tan gran cantidad de colosales estatuas. Algunos arqueólogos sostienen la teoría de que la isla de Pascua formó parte, en una época muy remota, de una gran masa de tierra, la cual, como en el caso de Egipto, proporcionó el número suficiente de obreros. Realmente, parece imposible que los habitantes de esta isla del Pacífico hayan podido tallar estas estatuas, transportarlas hasta su debido lugar y, finalmente, colocar los gigantescos bloques rojizos sobre sus cabezas. En una palabra, una serie de operaciones muy difíciles de llevar a cabo incluso con moderna maquinaria.

Sin embargo, el arqueólogo Thor Heyerdahl descubrió vestigios de una tradición oral entre los habitantes de la isla de Pascua gracias a la cual podían elevar enormes bloques de piedra. Incluso pudo fotografiar el momento en que dichos habitantes alzaban uno de ellos mediante pértigas a modo de palancas, cuerdas y pequeñas rocas que utilizaban como alzaprimas y también como soportes. La preparación psicológica de los obreros se llevaba a cabo mediante canciones y ceremonias que duraban toda una noche (incluyendo una danza ritual por una doncella virgen), lo que les permitía trabajar al unísono y en perfecta armonía al día siguiente en las canteras. Lo que aún sigue siendo un misterio es por qué sus antepasados construyeron tantas estatuas y por

qué interrumpieron de repente dicha construcción. Las leyendas de la isla de Pascua nos hablan de guerras entre tribus y castas, de matanzas y mortandad que acabaron finalmente en canibalismo; una especie de *áescensus averni* de una antigua y desarrollada civilización.

Un sistema similar de palancas, cuerdas y piedras de apoyo tuvo que ser utilizado para izar los pilares de piedra de Stonehenge, en Salisbury Plain (Inglaterra) y los dólmenes y mentares existentes en Bretaña (Francia).

Estas prehistóricas construcciones en piedra parecen hallarse concentradas a lo largo de las costas atlántica y mediterránea e islas adyacentes, aunque también existe en otros lugares de Europa, incluso en los Urales. Algunas de estas construcciones son enormes. Recientemente se descubrió una tumba en Francia cubierta por bloques de piedra de más de 80 toneladas de peso cada uno. Durante unas excavaciones efectuadas en Locmariquer (Francia), se halló una piedra erecta de 19,80 metros de altura y de 343 toneladas de peso.

Existe un cierto parecido arquitectónico entre los círculos de enormes piedras descubiertos en Stonehenge y las construcciones megalíticas halladas en Tiahuanaco y en otras ruinas arqueológicas de Sudamérica. En efecto, en ambos casos puede apreciarse un sistema muy parecido de espigas de piedra y de ensambladuras. Pero este paralelismo no se limita solamente a los detalles meramente arquitectónicos sino, además, al fin con que fueron levantados: estas construcciones eran

realmente unos gigantescos «relojes» astronómicos para calcular las estaciones del año, aunque podían tener otros fines que aún no han sido descubiertos por los arqueólogos.

Existen otras pruebas, descubiertas *in situ* en objetos de joyería y distintas clases de armas, que demuestran que los representantes de una raza mucho más avanzada pudieron haber contribuido a las construcciones megalíticas de Stonehenge y de otros lugares. Contribución que bien pudiera haberse extendido a establecer aquellas mediciones según las cuales el Sol se elevaría sobre la aguja de piedra, marcando el eje principal de Stonehenge al comenzar el verano, es decir, el 21 de junio. Dado que la posición del sol y de la Tierra ha cambiado ligeramente desde la época en que Stonehenge fue construido, se ha calculado que el sol pasó exactamente sobre la aguja de piedra de Stonehenge en el año 2000 a. C. Una ligera diferencia similar en cuanto a la posición del sol durante el equinoccio ha sido observada en el santuario pre-inca de Machu Picchu, en los Andes, aún llamado *intihuatana,* es decir, «puesto de enganche del Sol».

También se puede citar como ejemplo el enorme calendario zodiacal en piedra de Glastonbury (un círculo de 48 kilómetros de circunferencia cerca de Stonehenge) que sólo puede ser observado desde el aire. No se ha podido calcular su edad, pero la de unos poblados existentes en aquella época en sus cercanías se ha estimado, utilizando la técnica del carbono 14, en 20.000 años. Otra enorme pictografía prehistórica de incierta edad o

finalidad se encuentra en la ladera de una colina en Dorset (Gran Bretaña), muy parecida al Candelabro de los Andes del Perú.

El gran templo de Avebury, en Wiltshire, se supone que fue más grande que Stonehenge. Se hallaba rodeado por 650 enormes rocas formando un gran círculo, pero a lo largo de los años estas rocas fueron arrancadas para utilizarlas en otras construcciones quedando solamente veinte en la actualidad.

En la amplia llanura de Carnac, en Bretaña (Francia), se encuentran cientos de piedras erectas dispuestas en líneas perfectamente rectas. Podían haber sido un calendario, un sistema aritmético para contar, conmemoración de grandes hazañas de los jefes de tribu o estar relacionadas con algo que desconocemos, incluso con la astrología. Pero el aspecto de estas rocas, al igual que las de Stonehenge, sugiere que en tiempos prehistóricos existía en Europa occidental un sistema de construcción perfectamente organizado.

En Baalbek (Líbano), cerca de la plataforma sobre la que está levantado el templo de Júpiter, existen varias piedras ciclópeas cuyo tallado y transporte son casi imposibles de explicar. Al lado de esta plataforma se encuentran tres enormes piedras de 1.000 toneladas de peso, mucho más grandes y pesadas que todas las descubiertas hasta ahora en construcciones prehistóricas. Con todo, existe otra mucho más pesada (2.000 toneladas), pero hay que tener en cuenta que, si bien fue tallada, jamás se transportó.

El inmenso e ilógico tamaño de estas rocas nos recuerdan aquellas de los fuertes pre-incas en Sacsahuaman, Cuzco, y en otros sitios. Los pre-incas parecían utilizar todo lo que hallaban a mano, sin preocuparse por el tamaño. Por lo tanto, y de igual modo, a menos que los antiguos constructores del templo de Baalbek dispusieran de algún sistema de transporte y colocación de bloques, ¿no habría sido más lógico cortar dichas piedras ciclópeas y luego colocarlas en su sitio? Los obeliscos egipcios, tan pesados, constituían al menos una pieza arquitectónica conmemorativa, pero estos bloques, encajados con otros de un tamaño más normal, eran simplemente los cimientos del templo.

Mucho antes de que el Partenón fuese construido en la Acrópolis de Atenas, ya existían allí estructuras ciclópeas, de remota antigüedad. La palabra «ciclópea» deriva de Cíclope, el gigante al que dejó ciego Ulises y sus hombres durante uno de los muchos desastres ocurridos a su regreso de la guerra de Troya. Los griegos, al comprobar la existencia de ciertas estructuras megalíticas en sus tierras y en muchas otras islas y costas del Mediterráneo, pensaron que no podían haber sido hechas por los hombres, sino por gigantes.

Estas estructuras megalíticas se encuentran en numerosos lugares del Mediterráneo: Grecia, Creta, Cerdeña, Asia Menor, Pantelleria, Malta, sur de España, islas Baleares, en las antiguas ruinas de Egipto y en el fondo del mar Egeo a la altura de las islas de Milo y Tera.

Por una curiosa e interesante coincidencia, la mayoría

de estas ruinas ciclópeas se encuentran cerca del mar. El culto a las grandes piedras se extendió a Inglaterra, a las costas de Francia y Portugal y sobre todo a Irlanda, donde el origen de las fortalezas megalíticas de Aran es atribuido a los gigantes o a un misterioso pueblo del mar llegado a aquellas tierras en época muy remota. Lejos de Irlanda, en Rhodesia, se encuentran las misteriosas ruinas de Zimbabwe, consideradas por algunos arqueólogos como los restos de un antiguo palacio, templo o fortaleza, aunque también hay quien sostiene que fueron las famosas minas del rey Salomón. Esta extraña construcción está hecha a base de piedras talladas, lo que resulta un hecho insólito, pues en este lugar nunca se necesitó y es lógico que nunca fueran utilizadas. Pero una comparación de las murallas de Zimbabwe con las de los misteriosos fuertes atlánticos de Irlanda sugiere que, al igual que otras estructuras megalíticas descubiertas en otros lugares del mundo, sobre todo en islas y costas, fueron construidas (o proyectadas) por los mismos individuos.

En Sudamérica y en los océanos Atlántico y Pacífico se han descubierto unos monumentos ciclópeos que constituyen unas construcciones verdaderamente sorprendentes. También en el centro de los Estados Unidos se encuentran vestigios arqueológicos prehistóricos, donde miles de montículos piramidales, tallados en forma de animales y reptiles (uno de ellos en forma de elefante), han proporcionado, durante siglos, un interesante campo de investigación. Desgraciadamente, muchos de ellos han sido destruidos por los primeros po-

bladores o bien por los *bulldozers*. La mayoría de los arqueólogos sostienen que fueron construidos por una civilización perdida o simplemente por los antepasados de los indios americanos, quienes, víctimas de una curiosa regresión, se «olvidaron» de ellos. En cualquier caso, estos montículos o pirámides americanos encajan dentro de una línea de gigantescos montículos que se extienden por todo el mundo (llamada el «cinturón piramidal») a lo largo de Egipto, Mesopotamia, Europa occidental, América, zona oriental de la India, Asia central, China, Indonesia y otras islas del sur del Pacífico.

Resulta una difícil conjetura establecer si estos enormes montículos artificiales fueron inspirados en una civilización común (como la de Sumeria, Egipto o incluso otra mucho más antigua ya desaparecida), si se trata simplemente del deseo de construir una tumba que perdurase siempre, o bien de templos «situados en lugares elevados» vinculados con la astronomía o la adoración del Sol.

Recientes descubrimientos arqueológicos en los Estados Unidos podrían indicar la presencia de una cultura megalítica distinta a la civilización de aquellos indios constructores de montículos artificiales y a aquella otra del sudoeste norteamericano caracterizada por edificios de adobe en elevados riscos. Estos descubrimientos megalíticos en lugares tan insospechados como New England, New Hampshire y otros estados atlánticos norteamericanos han sido ignorados durante siglos, ya que fueron utilizados como cimientos o incorporados a nuevas construcciones. Y es que los primeros poblado-

res de estos lugares, más interesados en su propio acomodo y supervivencia, no se preocuparon por el origen arqueológico de estas estructuras, limitándose simplemente a hacer uso de ellas.

Los Estados Unidos, durante mucho tiempo considerados como una especie de *parvenú* entre las demás naciones desde el punto de vista arqueológico, pueden reservarnos ciertas sorpresas en cuanto al estudio de la Prehistoria. Dado que nunca se han encontrado huellas de una cultura indígenas en el este de los Estados Unidos, ni siquiera a lo largo de la costa, como ocurre con otras regiones, los arqueólogos aceptaron esto como una tesis irrefutable de que nunca existió una civilización prehistórica en dicha zona.

Sin embargo, a la altura de la costa de los Estados Unidos, conservadas en el gran depósito del mundo —el océano—, unos submarinistas han descubierto y fotografiado lo que parece ser estructuras megalíticas y rocas ciclópeas. En prensa ya este libro, estos insospechados descubrimientos están siendo examinados minuciosamente por los arqueólogos, y no sería de extrañar que el resultado de sus investigaciones alterase el concepto que tenemos actualmente de las tierras hundidas, la edad del hombre civilizado americano y las primeras rutas de comunicación entre América y otras partes del mundo.

VI

CIUDADES HUNDIDAS A LA ALTURA DE LA COSTA AMERICANA

Durante el período comprendido entre las dos guerras mundiales, el avión contribuyó en gran manera al desarrollo de la arqueología, no sólo obteniendo fotografías aéreas de antiguas ciudades, murallas y carreteras invisibles desde tierra, sino descubriendo bajo las claras aguas de los mares Mediterráneo y Egeo pueblos, ciudades y puertos sumergidos bien por la elevación del nivel de las aguas, bien por haber caído en el mar. Para obtener fotografías aéreas de estas ruinas hundidas, el agua debe estar en calma, clara y con poco movimiento en su superficie. Asimismo debe tenerse en cuenta que lo que un día es visible desde el aire al día siguiente puede dejar de serlo. Gracias a la fotografía aérea, ha sido posible obtener valiosos detalles de ciudades romanas hundidas bajo el mar, como la antigua ciudad de Baiae, los grandes puertos fenicios de Tiro y Sidón, e incluso parte de la primitiva Cartago, arrasada por las le-

giones romanas. A pesar de que estas ciudades y ruinas hundidas bajo el mar estuvieron durante miles de años al alcance de la mano del hombre (sobre todo para los buscadores de esponjas), hasta el advenimiento del avión no fue posible localizarlas, fotografiarlas y trazar un plano detallado de muchas de ellas.

En América no se localizaron tales ruinas porque nadie se preocupó nunca de buscarlas. Durante la II Guerra Mundial, sin embargo, muchos pilotos que patrullaban las aguas del Caribe informaron haber visto edificaciones hechas por el hombre y otros tipos de misteriosas construcciones. Dichos pilotos, mientras trataban de detectar la presencia de submarinos, observaron unas líneas rectas, y a veces rectángulos, bajo el agua (a menudo unidas a tierra), sobre todo cerca de las costas de México, Honduras Británica y Yucatán.

A la altura de las costas de Cozumel, islas Mujeres, Quintana Roo (México) y en la bahía de Chetumal existen unos arrecifes de piedra visibles bajo el agua, a una profundidad de 9 a 30 metros, continuación de unos estriberones existentes en tierra firme hoy día cubiertos por la maleza de la selva. En algunas ocasiones, estos arrecifes son visibles a todo lo largo de la costa, desde Cozumel hasta Belice (Honduras Británica).

A la altura de la costa de Yucatán y, sobre todo, de las Bahamas, una extensa formación de piedra caliza hace que el fondo del mar esté a una profundidad relativamente pequeña. En esta zona se encuentran unas cuevas submarinas con formaciones de estalactitas y esta-

lagmitas, lo que demuestra que toda esta área estuvo, durante cierto período del pasado, bajo el nivel del mar. Por lo tanto, es lógico suponer que estos arrecifes (si realmente lo eran) unían a los templos o ciudades mayas cuando estaban en tierra firme. Hoy día, si bien estos arrecifes en tierra firme han desaparecido, sus prolongaciones en el mar conducen, en cambio, a otras ciudades actualmente sumergidas.

En las islas Bahamas, no lejos de la costa de Florida, se ha llevado a cabo una intensa exploración submarina desde el aire que ha aportado resultados verdaderamente sorprendentes. Estos descubrimientos submarinos han ido acompañados de toda una serie de coincidencias extraordinarias, pretensiones y contradicciones, llegando a crear una auténtica controversia arqueológica. Dichos hallazgos están relacionados con templos, construcciones, murallas, carreteras, puertos y ciudades enteras bajo las aguas del anaquel continental de América.

En las costas atlánticas americanas y en las del Caribe se han encontrado ruinas submarinas y restos de naufragios, pero hasta ahora siempre han estado relacionados con los colonizadores españoles y las fortalezas que edificaron, o con sus barcos hundidos por las tormentas o los piratas. A lo sumo, sólo sabemos con absoluta certeza de una ciudad americana que se hundió en el mar. Esta fue Port Royal (Jamaica). Y no sólo sabemos la fecha en que se hundió (7 de junio de 1692), sino incluso la hora (gracias al reloj que llevaba una de las víctimas) en que un violento terremoto hundió en el mar, a seis

brazas de profundidad y bajo varios metros de lodo, a la ciudad refugio de piratas y a todos los habitantes que moraban en ella.

Ahora bien, los descubrimientos llevados a cabo en aguas de las islas Bahamas no datan de la época colonial, sino de antes de la llegada de Colón al Nuevo Continente, quizá hace miles de años. Existen muchas razones que justifican por qué estos descubrimientos no se hicieron hasta 1968: podían haber estado cubiertos por la arena y luego una tormenta, al arrastrarla, los puso al descubierto; pequeños terremotos podían haberlos hecho más prominentes; dado que no existían rumores de que ocultasen valiosos tesoros, nadie se preocupó de buscarlos en aquella parte del océano; o, quizá, y ésta será la explicación más lógica, porque nadie se preocupó de hallarlos.

Las circunstancias que permitieron el descubrimiento de estos valiosos hallazgos en aguas de las islas Bahamas, tan numerosos que aún no han podido ser verificados arqueológicamente, se presentaron cuando dos pilotos de guerra, durante sus vuelos de rutina sobre los bancos de dichas islas, trataban de localizar algún resto emergido de la Atlántida. Según Platón, este continente perdido se hundió en el Atlántico 9.000 años antes de su época, es decir, alrededor de 11.500 años antes de nuestra Era. La reaparición de la Atlántida (para 1968) había sido profetizada en 1923 por Edgard Cayce.

Edgard Cayce consagró toda su vida al estudio de las lecturas psíquicas, y llegó a resolver muchos problemas

sanitarios en diversos lugares del mundo, algunos de los cuales jamás había visitado. Esta labor condujo al establecimiento de la Fundación Edgard Cayce y de la Asociación de Investigación y Cultura en Virginia Beach (estado de Virginia), las cuales siguen atrayendo gentes de todas las partes del mundo, intrigadas por las dotes curativas y sorprendentes profecías de este sabio registradas en los numerosos manuscritos allí existentes. Algunas de estas profecías, concernientes a asesinatos de presidentes, terremotos, desórdenes raciales e incluso fallas de lodo en California, se han confirmado después mientras que otras, según previera Cayce en su época, se cumplirán dentro de veinte años, aproximadamente. Pues bien, cuando estudiamos sus lecturas psíquicas, encontramos un gran número de referencias sobre la Atlántida y la reaparición de parte de la misma en el año 1968.

Aparte de estas profecías, establecidas por Cayce cuando se hallaba en estado de trance, se cuenta que este sabio hizo el siguiente comentario sobre la cuestión; «Me pregunto cuál fue el origen de este continente perdido y qué hay de cierto sobre el mismo» (es decir, una duda compartida hoy día por la mayoría de los arqueólogos). Sin embargo, en 1933, Cayce escribió sobre la Atlántida: «Una parte del templo (de la Atlántida) algún día será hallado bajo las aguas, cubierto de lodo, a la altura de la costa de Florida, en un lugar llamado Bimini.» Más adelante, en 1940, hizo una exacta predicción sobre el descubrimiento de la zona occidental de la Atlántida en 1968: «Y Poseidia será una de las primeras

porciones de la Atlántida que emergerá del fondo del mar. Estoy convencido de que ello sucederá en 1968, o en 1969 a lo sumo.»

Cuando los pilotos Robert Brush y Trigg Adams (que por cierto eran miembros de la Asociación de Investigación y Cultura) vieron por primera vez la isla de Andros, trataban de confirmar la profecía de Cayce sobre la Atlántida. Por lo tanto, para aquéllos que creían ciegamente en sus predicciones, el descubrimiento fue una revelación, mientras que, para los que enfocaron el problema desde un punto de vista estrictamente científico, tal descubrimiento no era más que una mera coincidencia.

El hallazgo, efectuado en 1968, a la altura de la isla de Andros, cerca de Pine Key (USA) consistía en una construcción rectangular cubierta por algas y plantas marinas, muy cerca de la superficie del agua y estaba dividida en varias partes. Sus primitivas murallas se encuentran aún bajo la arena submarina, mientras que el pavimento, si existe, aún no ha sido descubierto por los arqueólogos.

Aquellos que creen en la existencia de la Atlántida interpretan las referencias de Cayce sobre su ubicación («...las Bahamas constituyen una parte... que podrá ser vista en un futuro no lejano...») a la luz del descubrimiento de 1968; lo suponen una confirmación de la profecía de aquel sabio, y consideran que dicha construcción era un templo de la Atlántida que emergió literalmente del fondo del mar.

Otros arqueólogos, aunque admiten que esta misteriosa construcción rectangular se debe a la mano del hombre, argumentan que los indios del Caribe, en la época en que fue descubierta América, no construían con piedra. Suponen que podía tratarse de un fortín levantado por los conquistadores españoles (aunque no pueden explicar cómo se encuentra bajo el mar), una especie de trampa para atrapar peces (aunque cuesta trabajo creer que se construyera una estructura de piedra tan perfecta para tan vulgar finalidad) o, incluso, un depósito submarino para almacenar conchas, esponjas o tortugas. Esta última teoría ha creado una gran confusión entre los arqueólogos, debido a la increíble coincidencia de su pavimento con el del Templo de las Tortugas de Uxmal, en Yucatán (México).

A medida que se han tomado más fotografías aéreas de esta zona, se ha podido comprobar la existencia de más «construcciones» bajo el agua, que tal vez sean vestigios de poblados, o pequeñas ciudades remotas. Mientras se llevan a cabo estas investigaciones, se ha debido establecer un sistema de vigilancia para evitar que los buscadores de tesoros dinamiten estos restos arqueológicos para ver lo que ocultan. Sólo una cosa es cierta: los constructores que levantaron estas «edificaciones» no lo hicieron bajo el agua. Esto ha podido ser comprobado gracias a las últimas investigaciones, que han confirmado que, al principio, dichos edificios estaban situados en tierra firme.

Otras evidencias de lo que pudo haber sido trabajos portuarios antes del descubrimiento de América las en-

contramos en Miami, en la orilla sur del río Miami. Se trata de un gran hoyo redondo cerca de la playa «prehistórica», tallado con forma perfectamente circular en las rocas de la misma y de un perímetro de 1.800 metros. Después de minuciosas observaciones, se ha podido apreciar huellas de herramientas. A este respecto, debemos hacer notar que los puertos circulares interiores eran muy frecuentes en las construcciones de los cartagineses. Actualmente está rellenado, y lo que pudo haber sido un puerto prehistórico hoy se encuentra oculto bajo un gigantesco edificio en la plaza Dupont de Miami. Otra construcción antigua —un canal construido a lo largo de un arrecife y que también muestra huellas de herramientas— todavía puede observarse bajo las aguas, frente a Key Largo, en Florida (USA). Todavía más asombroso fue el descubrimiento, también en 1968, de algo que parecía ser una construcción ciclópea en piedra a 900 metros de profundidad y a un kilómetro, aproximadamente de la orilla de North Bimini. Descubrimiento llevado a cabo gracias a los esfuerzos de Manson Valentine, antropólogo y arqueólogo; Dimitri Rebikoff, inventor y arqueólogo submarinista, y Jacques Mayol, campeón mundial de inmersión subacuática sin escafandra. Esta serie de enormes piedras, que al principio parecían formar una carretera, ya que los bloques, vistos desde arriba, se asemejan a piedras de pavimentación, actualmente son consideradas por los arqueólogos como parte de una muralla. Tampoco se descarta la idea de que constituyesen los cimientos de una construcción o incluso la parte superior de una pared

maciza que aún se halla enterrada en la arena del fondo del mar. Existen pruebas que parecen indicar que la parte expuesta, fotografiada y luego examinada, quizá forme una guirnalda pétrea alrededor de toda la isla de Bimini o de gran parte de la misma.

Según esta última teoría, la muralla no ha sido esculpida en forma de tortuga, sino que adquirió esa apariencia debido a la acción erosiva del agua del mar. A pesar de todo, una inspección más detenida de la forma de la muralla, de la aparente ensambladura de sus piedras y su asombroso parecido con las construcciones pre-incas del Perú, nos obliga a pensar que fue construida por la mano del hombre.

A medida que prosiguen las investigaciones en la zona de Bimini, se encuentran nuevos restos. Desgraciadamente, muchos de ellos no pueden ser examinados con todo detalle ya que las arenas del fondo del mar los vuelven a cubrir, y algunas veces desaparecen para siempre. Por otra parte, los descubridores de lo que podrían ser ruinas o artefactos son incomprensiblemente reacios a hacer públicos sus hallazgos con el fin de investigar por su propia cuenta; una tendencia que no sólo es usual entre los arqueólogos subacuáticos.

Uno de los hallazgos más sensacionales es el del capitán de un buque cartógrafo que descubrió una «pirámide escalonada» a una profundidad de 12 brazas. También se han observado otras murallas en el fondo del mar, y raíces fosilizadas de mangle a lo largo de otra pared de nueve kilómetros de longitud y cuya antigüe-

dad, según el método del carbono 14, se remonta de 6.000 a 12.000 años. Dimitri Rebikoff descubrió recientemente una muralla construida alrededor de lo que hoy es un manantial de agua fresca. Ello hace suponer que, en cierta época, pudo haber sido la piscina de un jardín antes de que la tierra se hundiera.

Continuamente se obtienen nuevos hallazgos gracias a la fotografía aérea (sobre todo, desde que los pilotos se interesan por localizar los vestigios de construcciones subacuáticas). En la zona de Andros se han descubierto por lo menos doce, y muchas otras lejos de la costa, pero siempre en el área de los bancos de las Bahamas.

Robert Marks, un famoso explorador submarinista y arqueólogo, refiere que un piloto de la compañía aérea Pan American le contó haber descubierto otra muralla bajo las aguas de Bimini a una profundidad de 12 brazas, la cual presentaba un largo pasaje abovedado en el centro. Si bien cabe dentro de lo posible que el piloto pudiera observar desde el aire dicha muralla, resulta difícil admitir que distinguiera dicho pasaje abovedado. Por añadidura, según las modernas teorías arqueológicas, la presencia de un pasaje abovedado de la época precolombina iría en contra de la tesis que sostiene que los amerindios jamás construyeron bóvedas ni arcadas.

Estos hallazgos han hecho que se vuelva a examinar las aguas de los bancos de la Gran Bahama, lo que ha conducido al descubrimiento de una construcción subacuática más grande, de forma piramidal, y en aguas mucho más profundas. Esta construcción mide 54

por 42 metros. Si se trata realmente de una pirámide, es truncada, o bien la plataforma de un templo cuya cúspide es sólo visible.

Dado el enorme entusiasmo que se ha despertado entre los submarinistas por localizar restos de civilizaciones antiguas en el fondo del Atlántico, los arqueólogos se han visto obligados a advertirles que no traduzcan sus deseos y suposiciones en conclusiones definitivas. Así, algunas columnas «antiguas» de piedra descubiertas en el fondo del mar cerca de Bimini resultaron ser, después de examinadas, lastres de cemento de forma cilíndrica. No obstante, unos submarinistas descubrieron recientemente en aguas algo profundas unas columnas estriadas de piedra, como asimismo soportes también de piedra, aún en pie, cuya obra es parecida a la utilizada en los puertos del Mediterráneo antiguo, donde este tipo de construcciones permitía el paso libre del agua bajo los diques.

A medida que se examinan las aguas del Caribe y de las Bahamas, se encuentran más construcciones hechas por la mano del hombre, y no siempre cerca de la costa sino a veces, a cientos de kilómetros mar adentro. Construcciones que, dada su forma, podrían ser restos de edificios, murallas, pasajes abovedados, calles, plazas y puertos. Incluso se ha descubierto recientemente una ciudadela de mármol o acrópolis, que cubre una superficie de cuatro o cinco acres bajo el mar, con carreteras que conducen a lugares desconocidos. Desgraciadamente, este último descubrimiento plantea un gran problema para los arqueólogos, ya que se encuentra en

aguas jurisdiccionales de Cuba, recorridas constantemente por los patrulleros cubanos.

También se han descubierto otras edificaciones y murallas subacuáticas antiquísimas en otros lugares, a la altura de la costa de los Estados Unidos, como asimismo en algunos de sus lagos. Uno de estos hallazgos fue localizado, en 1935, en Brenton's Point, Newport (estado de Rhode Island). Cuando un submarinista de la marina estadounidense se hallaba limpiando un mecanismo para recuperar torpedos, encontró un montículo con paredes y mampostería en su parte superior a una profundidad de 1.200 metros. Aunque, al principio, se especuló que podría tratarse de la base o cimientos de un faro, dado que hasta épocas relativamente recientes no se ha podido construir uno a tanta distancia de la costa (casi dos kilómetros) forzosamente tenía que estar registrado en los archivos de la Marina. Pero, según el Servicio de Guardacostas, no existía constancia de ningún faro en el área de Brenton Reef. Ahora bien, sí dicha construcción tuviese una antigüedad de mil o varios miles de años, ello significaría que el actual fondo del mar en aquella zona estuvo forzosamente, en tiempos remotos, por encima del nivel del mar.

Desde que se descubrió esta extraña construcción subacuática, varios submarinistas han efectuado diversas investigaciones en la misma. La más sensacional de todas se llevó a cabo en 1958, por el buzo Jackson Jenks, quien informó que se trataba de «una torre de forma cónica, de 18 metros de altura y de 15 metros de diámetro, cuya extremidad superior estaba a 12 metros por

debajo de la superficie... construida con piedras de cantera, cada una del tamaño de una mesa de escritorio... con un parapeto alrededor de su parte superior... (y) con una puerta situada también en este sitio...».

La situación exacta de esta torre no está aún marcada por boyas flotantes, ni los submarinistas han proporcionado más detalles sobre la misma; es una costumbre muy corriente entre los buzos que exploran el fondo del mar y logran descubrir algún tesoro o una pieza arqueológica valiosa.

En 1960, cuando unos pescadores se dirigían al norte de Newport (USA), observaron, cuando la marea estaba muy baja, una bóveda pétrea incrustada de percebes. Se olvidaron de marcar el lugar exacto en que la hallaron y, por este motivo, tanto la bóveda como la torre anteriormente citada no han podido ser localizadas por los miembros de la Asociación de Investigaciones Arqueológicas de New England.

Se ha sugerido que estas construcciones pétreas subacuáticas podían haber sido realizadas por los vikingos, a los que también se atribuye la construcción de la torre redonda de piedra de Newport; sin embargo, no faltan arqueólogos que consideran que pudo haber sido construida por el abuelo de Benedict Arnold. Pero, aunque existen pruebas de que la utilizó como molino, no hay ninguna referencia sobre una torre redonda de estilo europeo del siglo XI, descubierta en las colonias americanas y que se erige en el hemisferio occidental como vestigio enigmático de lo que pudo haber

sido la primera construcción europea en el Nuevo Continente. En cuanto a esta torre «vikinga», cuyos restos fueron hallados bajo el mar, es muy poco probable que se construyera en una época tan reciente (geológicamente hablando). Otras ruinas subacuáticas, pendientes aún de examen, se han localizado en algunos lagos interiores de Nueva Inglaterra (USA), como, por ejemplo, en el lago Meddybemps (estado de Maine). Sin embargo, es muy posible que sean restos de construcciones prehistóricas o de templos indios levantados en una época en que tanto el nivel de las aguas de los lagos como del mar era considerablemente bajo. Este hecho ha quedado confirmado con el descubrimiento, en 1957, de un horno tallado en una gran peña en el lago Assawompset (estado de Massachussets) cuando éste quedó parcialmente vacío debido a una gran sequía que asoló aquella región estadounidense.

En 1966, un gran descubrimiento llevado a cabo a la altura de la costa del Perú produjo gran conmoción en el mundo de la arqueología, aunque nunca se llegó a hacer público. Todo comenzó cuando la Universidad de Duke patrocinó un viaje de investigación oceanográfica, bajo la dirección del doctor Robert Menzies, con el exclusivo fin de localizar cierta especie rara de molusco marino en la zanja de Milne-Edward, frente a la costa peruana. En el curso de esta búsqueda, las cámaras fotográficas captaron lo que luego fue descrito como columnas talladas, que se extendían por una llanura submarina a una profundidad de mil brazas. Posteriormente se utilizaron modernos aparatos de sonar, y se com-

probó la existencia de otras columnas y rocas talladas en la vecindad, que parecían ser restos de antiguas construcciones, aunque, según el doctor Menzies «...la idea de una ciudad hundida en pleno Pacífico era algo verdaderamente increíble...». Una inspección preliminar de las fotografías que se obtuvieron demostró que las columnas no sólo estaban talladas sino que, además, parecían grabadas con ciertos caracteres escritos.

El hecho de que las columnas fuesen fotografiadas a tanta profundidad no significa forzosamente que fueran construidas en aquel lugar cuando la tierra estaba por encima del nivel del mar; podían ser los restos del cargamento de un galeón español hundido en aquellos parajes. No obstante, la presencia cercana de lo que parecían restos de edificaciones encaja perfectamente con la teoría arqueológica sobre catastróficos cambios de terreno en muchos lugares de Sudamérica. Nos referimos a aquellos cataclismos que elevaron a cientos de metros muchas tierras bajas; que vaciaron lagos y mares interiores, el nivel de cuyas aguas puede observarse todavía en las marcas que dejaron en las montañas circundantes; que resquebrajaron ciertas montañas, pusieron al descubierto sus cuevas interiores y lanzaron parte de las mismas sobre las altiplanicies vecinas; que hundieron otras ciudades en profundas zanjas a la altura de la nueva costa formada.

Las fotografías de estas columnas talladas se guardan celosamente en los archivos oficiales y jamás se ha dado ninguna información sobre las mismas. Tampoco se ha intentado organizar una expedición para rescatarlas del

fondo del mar, ya que ello implicaría unos gastos considerables, casi iguales a los que costó recuperar la bomba atómica que cayó en Palomares (España) mediante el submarino de salvamento *Alvin.*

Vistos bajo el agua, tanto los restos de un naufragio como las construcciones arqueológicas subacuáticas son difíciles de distinguir, excepto para un ojo experto. Por añadidura, las cosas son tan cambiantes bajo el agua que, lo que un día puede observarse con toda nitidez, al día siguiente desaparece debido a su desplazamiento por las fuertes corrientes marinas. Un ejemplo que ilustra lo anteriormente expuesto nos lo ofrece la misteriosa escalera descubierta en 1964 por unos oficiales de la Marina francesa durante una inmersión a grandes profundidades a bordo del batiscafo *Archiméde.* Estos oficiales (el capitán Houot y el teniente de navío Froberville) observaron a través de una de las claraboyas de su batiscafo, cuando se hallaban en una profunda grieta submarina, una escalera de peldaños de piedra que descendía más al fondo de la mencionada grieta. Evidentemente, tal formación pétrea submarina puede ser explicada científicamente como un desconchamiento o astillamiento de una roca marina, igual que sucede con la Escalera de los Gigantes, unas piedras en forma de escalones situadas por debajo y por encima del agua a la altura de la costa irlandesa, construida, según las leyendas gaélicas, por unos poderosos gigantes.

El examen de un mapa de profundidades de las aguas que circunvalan las islas Bahamas indica la existencia de una masa de tierra que se considera estuvo por en-

cima del nivel del mar durante la última Edad del Hielo, cuando las aguas quedaron heladas ante los alternativos avances y retrocesos de los glaciares del norte. Esta inmensa isla, constituida principalmente por piedra caliza, presenta numerosos cortes debido al empuje y azote del mar. Entre ellos se encuentra el gran cañón subacuático llamado Lengua del Océano, que penetra profundamente en los bancos de las Bahamas, al este de Andros. Allí el agua cae de forma vertiginosa desde la profundidad relativamente pequeña de 6 metros a más de 1.200 metros. En esta escollera se encuentran los famosos «boquetes azules» o aberturas subacuáticas parecidas a cavernas, que conducen a pasadizos submarinos cuya longitud es de varios kilómetros. El hecho de que esta especie de cavernas estuvieron en cierta época por encima del nivel del mar es evidente, dada la presencia de estalactitas y estalagmitas en su interior.

Si toda la zona de los bancos de las Bahamas, excepto las cortaduras del océano, estuvo por encima del nivel del mar hace 12.000 años, cabe confiar que en dichas cavernas se encuentran huellas del paso del hombre o esculturas y tallas, como se han hallado en formaciones parecidas en la costa de Florida. La existencia de ruinas subacuáticas en esta parte del Atlántico y del Caribe tendría la misma explicación: fueron construidas en tierra firme que después quedó sumergida cuando los hielos se derritieron a un ritmo acelerado. Esta solución tan evidente puede ser aplicada a aquellas tierras «perdidas» en otras partes del océano a medida que nos acercamos a la línea fronteriza en que la leyenda se convier-

te en historia.

VII

CONTINENTES PERDIDOS Y EL FONDO DEL MAR

Ciertos manuscritos del antiguo mundo que han sobrevivido hasta nuestros días nos indican que, mientras nuevas tierras han emergido del fondo del mar, otras viejas se han hundido en él, borrando de este modo civilizaciones anteriores.

Los sacerdotes egipcios, que durante mucho tiempo conocieron la existencia de conchas de fósiles marinos en el valle del Nilo y colinas adyacentes, informaron de esto al historiador viajero Herodoto (484 a. C.) cuando éste visitó Egipto, Hermanando lo que le habían dicho los sacerdotes egipcios con su descubrimiento sobre la constitución salina de las rocas del Mare Nostrum, Herodoto dedujo que la zona mediterránea de Egipto había estado cubierta por las aguas en tiempos remotos.

Janto (500 a. C), historiador griego de la ciudad de Sardes (Asia Menor), observó la presencia de conchas de fósiles en las montañas de Armenia y Asia Menor, y

llegó a la conclusión de que el lecho del océano y la tierra cambiaban constantemente de posición. Otro sabio griego, Jenofonte, al hablarnos de ciertos cataclismos y catástrofes del Asia Menor, hace mención a ciertas hojas de laurel incrustadas en unas rocas cercanas al mar, y deduce que antaño hubo allí un bosque sumergido.

En su famosa *Metamorfosis,* Ovidio (43 a. C.) nos dice lo siguiente sobre lo que puede considerarse una referencia a la separación de Sicilia de Italia: « Vi que lo que antiguamente era tierra firme es un estrecho, y que las tierras se elevaron por encima del nivel del mar...» Apuleyo, un escritor latino del siglo II a. C, en su obra *Del mundo,* comenta lo siguiente: «Tierras que antes eran continentes se han convertido en islas, y otras, que habían sido islas, se convirtieron en continentes al retirarse el mar...» Los griegos y los romanos sabían que ciertas ciudades históricas se habían hundido en el mar a causa de los terremotos. Una de esas ciudades, Heliké, en el golfo de Corinto aún era visible desde la superficie en los tiempos clásicos. Esta ciudad sumergida, con sus calles y casas intactas, era visitada frecuentemente por los viajeros antiguos, que la observaban desde embarcaciones. Mientras, los pescadores de esponjas buceaban por sus calles cubiertas por las aguas, y llegaron en alguna ocasión a encontrar valiosos objetos.

Sobre las diversas tierras sumergidas, que se consideraron en la Antigüedad como centros de grandes civilizaciones, existen numerosas referencias, así como sobre misteriosas islas en el océano Atlántico, más allá de las Columnas de Hércules, situadas a la entrada (o salida)

del Mediterráneo. Estas tierras e islas han recibido, a lo largo de la historia, nombres como Atlántida, Antillas, islas Afortunadas, Hespérides, etc. Dichas alusiones están relacionadas a menudo con legendarias proezas de dioses y héroes, pero el científico no puede resistirse a la tentación de considerar que, en épocas remotas, existió un poderoso imperio en tierras o continentes al otro lado del Atlántico. Homero (siglo VIII a. C.) nos habla en su *Odisea* de Cheria, «situada en las inmensurables profundidades», así como de «muchos otros» continentes. Aristóteles (nacido en el año 384 a. C.) hace mención a las Antillas; Plutarco (nacido en el año 46 d. C.) se refiere a un continente llamado Saturnia; Marcelino (nacido en el año 330 d. C.) nos habla de la creencia general existente en su época sobre la Atlántida y de que «una isla inmensa fue tragada por el mar». Procio (nacido en el año 410 d. C.) afirmaba que los habitantes de las islas del Atlántico se parecían mucho a los de una isla más grande desaparecida en el fondo del mar. Timógenes (nacido en el siglo I a. C.) hace alusión a una «isla situada en medio del océano» de cuyos indígenas los galos se consideran descendientes. Tertuliano considera el hundimiento de la Atlántida como un ejemplo de los cataclismos que afectaron a la Tierra, al mismo tiempo que hace hincapié en que «siempre fue buscada en vano». Sin embargo, algunas referencias sobre dicho continente perdido no pueden considerarse dignas de crédito, como, por ejemplo, lo que nos cuenta Teopompo sobre una guerra sostenida entre el rey Midas de Creta y Silenos por la conquista de un continente

lejano.

La referencia más completa sobre la Atlántida es la de Platón (siglo V a. C), quien la describió en dos de sus famosos *Diálogos (Timeo* y *Critias).* Esta referencia, estudiada y comentada durante 2.400 años, dio lugar a una controversia en pro y en contra de la existencia de la Atlántida, que, ha durado hasta nuestros días. Para corroborar lo anteriormente expuesto, basta decir que se han escrito numerosos libros y más de diez mil artículos sobre este continente perdido. Por ello, cuando en una discusión sobre Prehistoria se menciona la palabra Atlántida, inmediatamente se forman dos bandos: los que sostienen que se trata de una leyenda o un bulo y los que evocan un antiguo paraíso terrestre; ciudades de oro perdidas en el fondo del mar, un continente hundido a causa de un enorme cataclismo cuyos habitantes huyeron a otros lugares del mundo para preservar la cultura que luego se convirtió en la nuestra.

Según Platón, todas las referencias sobre la Atlántida se basaron en unos manuscritos conservados por los sacerdotes de Sais (Egipto), quienes los mostraron a Solón, el famoso legislador ateniense y antepasado de Platón. Sin embargo, hay quien sostiene que Platón utilizó una tradición existente en su época como «vehículo» para desarrollar sus propias tesis sobre buen gobierno, sobre el heroísmo de los atenienses al repeler una invasión atlantea y el final de la Atlántida como castigo del demonio... «Se produjeron violentos terremotos y diluvios, y durante una lluvia que duró un día y una noche, todos los guerreros se hundieron en la tierra, y la isla de

la Atlántida desapareció del mismo modo, sumergiéndose bajo el mar. Y éste es el motivo por el que el mar es infranqueable en aquellos lugares...»

Los *Diálogos* de Platón dan tan exactas descripciones de los edificios, facilidades de comunicación, costumbres, tipo de gente, historia, topografía y distancias, que más bien parecen una antigua «guía turística» de la Atlántida. En los siglos siguientes e incluso hoy en día, se han examinado todos estos detalles con el fin de establecer dónde se hallaba situada la Atlántida. Se han llevado a cabo investigaciones en Creta, en Thera y en otros lugares, ninguno de ellos situado en pleno Atlántico donde el mismo Platón sostenía que se hallaba dicho continente. En algunos de los pasajes más inspirados de sus *Diálogos* se afirma que *alguien,* en tiempos muy remotos, fue testigo de una poderosa y altamente desarrollada civilización.

Después de describir la fundación de la Atlántida por Poseidón, dios del Mar, Platón describe con todo detalle el poderío y esplendor de un imperio que ocupaba una extensión tan grande como Egipto. Afirma lo siguiente:

«...Tenían tantas riquezas como jamás las tuvo ningún rey o potentado de la Tierra, y poseían todo lo que necesitaban, tanto en las ciudades como en el campo. Y es que, debido a la grandeza de su imperio, muchas cosas les eran llevadas desde países extranjeros, aparte de que la misma isla les proporcionaba muchos de los productos que necesitaban para sí mismos. En efecto, de su subsuelo extraían casi todo lo que deseaban, incluyendo

metales y minerales, y lo que hoy día es sólo un nombre (el oricalcum), también era extraído en muchos lugares de la isla, el cual, exceptuando el oro, era considerado como el más precioso de los metales entre los hombres de aquellos tiempos...»

Platón hace también una curiosa referencia a los elefantes, lo que ha inducido a algunos hombres de ciencia a establecer cierto paralelismo con las leyendas y representaciones de este animal en América. En efecto, el gran filósofo griego manifiesta lo siguiente a este respecto: «...había un gran número de elefantes en la isla, y existían suficientes provisiones para toda clase de animales, tanto para los que viven en ríos, lagos y marismas como para aquellos que habitan en las montañas y llanuras; y, por lo tanto, para el más grande y más voraz de todos ellos...»

Sus referencias al clima de la Atlántida y a la diversidad de alimentos que producía nos hace pensar en un verdadero paraíso terrestre donde se podía vivir sin ningún esfuerzo. Platón nos escribe: «...cualquier cosa fragante qué pueda encontrarse en la tierra, ya sean raíces, plantas, maderas o sustancias aromáticas extraídas de las flores o de las frutas, crecía y abundaba en aquellas tierras. Los frutos cultivados de la tierra, incluyendo los de corteza seca y otras especies, aquellos otros de corteza dura, las castañas, y aquellos otros que nos confortan después de haber comido, cuando estamos llenos y cansados, todos ellos eran producidos en gran abundancia por esta isla sagrada actualmente bajo las aguas del mar...»

La descripción que hace de las construcciones e inmensos palacios nos trae a la memoria las ciclópeas estructuras existentes en otros lugares del mundo. Platón nos relata lo siguiente: «Construían puentes sobre aquellas zonas del mar que rodeaban a la antigua metrópolis, e hicieron un pasadizo que comunicaba el palacio real con el exterior; y luego comenzaron a construir un palacio en el recinto sagrado reservado a sus dioses y a sus antepasados... Empezando desde el mar, excavaron un canal de 92 metros de anchura, 3 de profundidad y 50 estadios de longitud, que conducía a la zona más extrema. Luego construyeron desde este lugar hasta el mar un pasaje, que se convertía en puerto, y dejaban una abertura lo suficientemente amplia para que las naves, incluso las más grandes, pudieran penetrar. Además, dividían las zonas de tierra que separaban las zonas de mar, construyendo puentes de tal anchura que podían dar paso a dos trirremes. También había un camino por debajo para que pasaran las naves, ya que los bancos de aquellas zonas estaban muy por encima del agua... La isla en la que estaba situado el palacio tenía un diámetro de cinco estadios. Este, las zonas y el puente —de una sexta parte de estadio de anchura— se hallaban rodeados por una muralla de piedra. El puente tenía unos ojos por donde pasaban los barcos al interior del puerto...»

Un hecho asombroso es que el color que Platón atribuye a las piedras de la Atlántida es igual al de las piedras de las islas Canarias. Por añadidura, Quetzalcóatl, el blanco maestro barbudo que trajo la escritura y otras

artes al antiguo México, se considera que llegó procedente de «la tierra negra y roja». Pues bien, Platón dice lo siguiente: «*...las piedras que utilizaban en sus construcciones las extraían de unas canteras existentes en el centro de la isla. Unas piedras eran de color blanco, otras de color negro y unas terceras de color rojo; y, a medida que las extraían de las canteras, practicaban unos cortes de tal manera que quedaba una concavidad en forma de habitáculo. Algunas de sus construcciones eran simples, pero en otras utilizaban diferentes clases de piedras, que entreveraban para realzar su belleza, resultando de todo ello unos edificios realmente hermosos...*»

La insistencia de Platón en cuanto al oro y a las riquezas allí existentes ha sido interpretada como un vínculo con las antiguas civilizaciones americanas, ricas en dicho metal precioso, o con la misteriosa y desaparecida cultura de Tartessos en el sudoeste de España (la Tarshis del Antiguo Testamento). Las obras de Platón eran conocidas por los españoles en tiempos de Colón, por lo que éste esperaba encontrar grandes cantidades de oro en el Nuevo Mundo. En sus *Diálogos,* Platón dice lo siguiente: «*...Todo el circuito exterior de la muralla estaba recubierto de bronce, el de la siguiente muralla con estaño, y el tercero, que rodeaba la ciudadela, brillaba bajo la luz roja del oricalcum... En el centro había un templo sagrado dedicado a Cleito y a Poseidón, inaccesible para todo el mundo, el cual se hallaba rodeado por una valla de oro macizo... Toda la parte exterior del templo, exceptuando los pináculos, estaba revestida de plata, y los pináculos de oro. En el interior del templo, el techo era de marfil con numerosos adornos de oro, plata y oricalcum, mientras que las murallas y las columnas estaban revestidas de oricalcum. En el templo estaban colocadas esta-*

tuas de oro. Una de éstas representaba al mismo dios sentado en una carroza arrastrada por seis caballos alados, y era de tal tamaño que tocaba el techo del templo con su cabeza. Alrededor de la estatua del dios se hallaban cien nereidas montadas en delfines, ya que en aquella época se suponía que éste era el número de las ninfas de los mares... En la parte exterior del templo y alrededor del mismo, estaban colocadas unas estatuas de oro representando a los diez reyes y a sus esposas...»

Aquellas referencias que hace Platón sobre manantiales de agua fría o caliente para baños termales corresponden exactamente a ciertos fenómenos geológicos muy corrientes en algunas islas del Atlántico. Así, en Reykiavik (Islandia), tanto la calefacción de las casas como su suministro de agua caliente se debe a los manantiales de agua caliente. Asimismo, en las islas Azores (consideradas por algunos como la cima de las montañas de la Atlántida...) también son aprovechados los manantiales volcánicos de agua caliente.

Pues bien, Platón nos dice lo siguiente: «*...En otros lugares, utilizaban fuentes de agua caliente y fría procedente de manantiales; éstos abundaban mucho en la isla, y dada la excelencia de sus aguas, sus habitantes las aprovechaban para diversos usos. Construían edificios cerca de estos manantiales, y plantaban árboles en los alrededores, así como cisternas, unas abiertas y otras cerradas, estas últimas para ser utilizadas durante el invierno como baños calientes. Los baños del rey estaban separados de los demás súbditos, así como los de las mujeres. También había baños para caballos y animales vacunos, provistos de todas las comodidades para los mismos...*»

También hay una referencia a los sistemas de irrigación, que nos recuerda aquellas gigantescas obras existentes en las costas sudamericanas y en las altiplanicies, que pertenecen a la época precolombina: «...El agua corriente de los manantiales era canalizada en parte hacia los jardines de Poseidón, donde crecía toda clase de árboles de gran altura y belleza, debido también a la excelente tierra de los mismos...»

Al describir el comercio del puerto, hay quien sostiene que Platón utilizó como modelo Tiro u otras ciudades fenicias o cretense, famosas en la Antigüedad por su intenso tráfico portuario. Sin embargo, parece existir cierto paralelismo entre los fenicios y los habitantes de la legendaria Atlántida en este terreno. En efecto, Platón nos dice lo siguiente en el *Timeo: «...Los muelles estaban llenos de trirremes y de atarazanas, y todas las cosas estaban dispuestas para ser utilizadas inmediatamente... Cruzando los puertos más exteriores, que eran en número de tres, se llegaba a una muralla que comenzaba en el mar y circunvalaba toda la zona portuaria; ésta tenía una longitud de 50 estadios y terminaba en la boca del canal existente frente al mar. Toda esta zona estaba densamente ocupada por edificaciones; y el canal y los puertos más grandes estaban llenos de barcos y de comerciantes procedentes de todas las partes del mundo, por lo que, de día y de noche, había un continuo ruido ensordecedor...»*

Su descripción sobre los canales interiores y los sistemas de irrigación nos recuerda aquellos de Mesopotamia y de las costas del Perú: *«...Y ahora describiré las tierras llanas que durante muchos años fueron cultivadas por*

numerosas generaciones de reyes. Estas eran rectangulares y, en su mayor parte, rectas y oblongas; y... seguían la línea de un foso circular. La profundidad, anchura y longitud de este foso eran increíbles, dando la impresión de que tal obra, lo mismo que otras numerosas construcciones, no podía haber sido hecha por la mano del hombre. Pero tengo que decir lo que he oído. Dicho foso estaba excavado hasta una profundidad de 30 metros, y tenía una anchura constante de un estadio. Este foso rodeaba todo el terreno, y tenía una longitud de 10.000 estadios. Este foso recibía el agua procedente de los arroyos de las montañas, la cual, después de irrigar todo el terreno y bañar algunos puntos de la ciudad, era canalizada hacia el océano. En dicho terreno existían unos canales rectos de 30 metros, de anchura cuyas aguas desembocaban en el foso, y de aquí eran conducidas al mar. Estos canales se hallaban a una distancia entre ellos de 100 estadios, siendo utilizados para traer las maderas desde las montañas a la ciudad, y por ellos se deslizaban los barcos cargados con los frutos que producían las tierras. Hacían dos cosechas al año: en invierno, aprovechando el agua de las lluvias, y en verano, introduciendo agua en los canales...»

Platón da incluso un número aproximado de las levas militares, lo que ha sido puesto en duda por muchos críticos, tanto en lo que se refiere a los nombres como a los caballos. En efecto, los caballos no fueron domesticados hasta miles de" años después, a menos que el año 9000 (fecha en que Platón estableció el hundimiento de la Atlántida) sea incorrecto, o a menos, también, que los caballos fuesen domesticados en una época mucho más remota de la que suponemos. Pero, oigamos lo que nos dice Platón sobre este extremo: «*...El jefe de cada sección*

estaba obligado a proporcionar, en tiempos de guerra, la sexta parte de un carro de guerra, con el fin de que entre todos los jefes pudiesen reunir un total de 10.000 carros de guerra. También tenía que aportar dos caballos con sus correspondientes jinetes, y un carro ligero sin asiento, un soldado con un pequeño escudo y un conductor para guiar los caballos. También tenía que proporcionar dos hombres bien armados, dos arqueros, dos honderos, tres lanzadores de piedras, tres lanzadores de jabalinas y cuatro marineros para completar las tripulaciones de 1.200 naves. Esta era la estrategia militar en la ciudad real, pero en las otras nueve ciudades el sistema era distinto en cada una de ellas...»

La caza y sacrificio del toro en la Atlántida nos ofrece otro vínculo con Creta y otras islas del Mediterráneo (una ceremonia que aún une a las naciones hispanas con el pasado remoto). Dice Platón lo siguiente*: «Los toros también ocupaban un lugar destacado en el templo de Poseidón. Los diez reyes se encerraban solos en el templo para dedicar sus oraciones a los dioses y para obtener su permiso para el sacrificio. Luego salían y recorrían los bosques tratando de cazar los toros sin utilizar armas (sólo empleaban lazos y duelas); y cuando lograban cazar uno de estos animales, lo conducían hasta la columna del sacrificio donde lo ataban. La víctima era golpeada en la cabeza y matada sobre la sagrada inscripción...»* Platón utiliza el número diez refiriéndose a los diez reyes de la Atlántida, los cuales, alternativamente, elegían a uno de entre ellos mismos para reinar sobre los demás. Una leyenda que tiene su contrapartida histórica en los diez reyes de los mayas y en los diez reyes de las islas Canarias.

Los elementos descriptivos utilizados por Platón en sus *Diálogos* establecen cierto paralelismo entre el antiguo Mediterráneo y la América prehistórica, pudiendo representar una síntesis de leyendas atlánticas y mediterráneas, aunque sin descartar, claro está, que podría tratarse de un hecho fortuito. Sin embargo, todo lo que Platón expone sobre la Atlántida ha sido considerado por muchos críticos como una mera invención fruto de su mente imaginativa. Incluso su mejor discípulo, Aristóteles, al comentar los *Diálogos* sobre la existencia de la Atlántida, dijo lo siguiente: «Quien la inventó (la Atlántida) la mató.» Stephan Gsell, crítico y comentarista moderno, le dio el *coup de gráce* al decir que «la Atlántida es mencionada únicamente por Platón y por aquellos que han leído sus *Diálogos*».

Tanto Aristóteles como Stephan Gsell están equivocados. La Atlántida no fue «inventada» por Platón, sino sugerida por el recuerdo de un continente atlántico llamado Atlántida, u otros nombres que nunca podremos averiguar, de unas gentes o tribus que vivían en el litoral a ambos lados del Atlántico: en el este, en lo que hoy es Irlanda, Gales, Francia, España, Portugal, Marruecos y otras islas del Atlántico y del Mediterráneo; y en el oeste, en lo que hoy es América del Sur, Estados Unidos, México y América Central.

Entre las mil «pruebas» relativas a la existencia o no existencia de la Atlántida, una, quizá la más ambigua, es tal vez la más convincente. Esta prueba es la misma palabra Atlántida, llave que casi encaja en la cerradura que abre la puerta del pasado remoto. Y es que entre las

numerosas razas antiguas que habitaron la costa atlántica, sobre todo aquellas que comparten las mismas estructuras ciclópeas, herramientas, conocimientos médicos, adoración del Sol, métodos de momificación y parecidas costumbres y leyendas, el nombre de un continente desaparecido bajo el mar, o paraíso, o tierra de los muertos, tiene un sonido similar al de la consonantes y vocales claves de la palabra Atlántida: las letras A-T-L-N.

Platón utilizó la palabra Atlántida significando la hija o la tierra de Atlas (el legendario gigante que sostenía el cielo). Atlas es el nombre de una cadena de montañas existentes en el noroeste de África cuyos picos aún asoman por encima de las aguas del océano Atlántico, sobre todo en la zona de las islas Canarias. En las mismas islas Canarias recibe este nombre un complejo de cavernas megalíticas llamado Atalaya, Cuando los habitantes de las islas Canarias estaban aún en contacto con el mundo romano, eran considerados como los supervivientes de un continente perdido. Ciertas tribus del noroeste de África eran llamadas atarantes y atlantioi, y muchos escritores clásicos se refieren con frecuencia a los habitantes de España llamándolos atlantes.

Aparentemente, los cartagineses y sus predecesores, los fenicios, visitaron una isla en el centro del océano Atlántico llamada por ellos Antilla, la cual aparece con mucha frecuencia en los mapas antiguos y puede representar a las Azores o a la misma Atlántida. Es muy probable que Cristóbal Colón, en su primer viaje, llevase con él una copia del mapa de Benicasa, que muestra a

Antilla, o Antilha, en el centro del Atlántico.

También sabemos que los antiguos aztecas informaron a los conquistadores españoles de que sus antepasados, la gente de Az, llegaron de Aztlán, una tierra hundida en el este, y que su dios Quetzalcóatl, un maestro de barba blanca, también llegó procedente de una tierra, situada en el mar, llamada Tollán-Tlallapan. Otras coincidencias lingüísticas aparecen cuando consideramos que la palabra azteca para «agua» *(atl)* también significa agua en idioma beréber, lengua de un pueblo no árabe que habitaba en las montañas norteafricanas del Atlas.

Los mayas de Centroamérica también conservaban esta tradición de un dios blanco, llamado Kukulkán, el cual trajo la civilización a aquellas tierras. También recuerdan la tierra de Aztlán, como ocurre con los indios blancos venezolanos (se extinguieron después de la conquista de América por los españoles) que se establecieron en una colonia llamada Atlán después de que la isla desapareciera. En cuanto a Europa, podemos reconocer este sonido en el nebuloso y perdido Avalón de los galeses, y quizá incluso en el germánico Valhalla, el paraíso de los guerreros, donde se luchaba y bebía. Y, volviendo a lo que consideramos la civilización más antigua del mundo, encontramos la Tierra de los Muertos, en Egipto, situada al oeste, y llamada Aalu o Amenti, mientras que el paraíso de los babilonios era Arallu. En el Corán, libro sagrado del Islam, parte del cual contiene referencias a antiguos escritos, nos encontramos con que en las suras VII, XXVI, XLI, XLVI y LXXXIX la pri-

mera sílaba del nombre del continente perdido es casi reconocible al mencionar a la gente de Ad, una raza avanzada que construyó la Ciudad de las Columnas, y que fue castigada por Dios debido a su maldad, como lo fueron los judíos de las últimas generaciones antes de Noé, durante el diluvio universal, hecho que encontramos en casi todas las razas del mundo. Pero, aparte de la mención que se hace en el Antiguo Testamento sobre el diluvio, no existe ninguna que tenga relación con la palabra Atlántida, a menos que el nombre del primer hombre (Adán) fuese el nombre colectivo de la primera gran raza civilizada, es decir, «la gente de Ad» *(Ad-am)*.

Las diversas interpretaciones de esta palabra, los muchos puntos en común de las costumbres, las alusiones que encontramos en la mitología, las antiguas referencias, leyendas e historias idénticas, conocimientos y sistemas arquitectónicos similares son verdaderamente asombrosos y chocantes, pero, para el ojo frío del científico, no constituyen una prueba positiva y aceptable sobre la existencia de la Atlántida.

La presencia inexplicable de ciertos animales e insectos continentales en las islas Azores, Canarias y Madeira implica que las Azores fueron, en otra época, parte de un continente o un puente de tierra. Esto puede aplicarse a la foca fraile de las Azores, una especie que generalmente vive a lo largo de las costas o archipiélagos; a los conejos descubiertos en las Azores; a los perros indígenas de las Canarias (de los cuales deriva el nombre actual de estas islas); a la misma especie de gusanos de

tierra existentes en Europa, África del Norte y las islas atlánticas; a las mariposas y escarabajos comunes a América y África; a un molusco de agua fresca muy corriente en Europa y América y también en las Azores: los moluscos *Cypraea,* una especie muy común en las islas Azores, las Canarias, costa occidental de África y en la costa oriental de los Estados Unidos, cuyas sensitivas larvas no sobreviven en las aguas profundas; y, finalmente, un pequeño crustáceo de las islas Canarias, con los miembros ciegos, cuya especie habita en cavernas submarinas (mientras que los no ciegos viven en las aguas del océano), como si los primeros hubiesen sido atrapados en dichas cuevas a causa de un repentino cataclismo.

Con el fin de dar una explicación a la presencia, no sólo de pequeños animales comunes a Europa y al Nuevo Mundo, sino también de los más grandes (mastodontes, elefantes y caballos), se ha sugerido muy a menudo que los puentes de tierra aún unían a los dos hemisferios durante los períodos Pleistoceno y Plioceno. Dejando a un lado la teoría de Wegener sobre la traslación continental, la corriente continental es demasiado lenta (varios centímetros por año) para explicar satisfactoriamente la presencia de algunas formas avanzadas de vida animal. En cuanto a la existencia de puentes de tierra entre continentes, creemos un deber citar la observación del famoso arqueólogo Charles Hapgood a este respecto:

«*...Los puentes de tierra han sido un arma muy útil para algunos científicos que evitan así admitir la existencia de anti-*

guos continentes.»

Sin embargo, la presencia de animales no demuestra forzosamente la existencia de una antigua civilización avanzada. El hecho de que los guanches de las Canarias, que aún tenían diez reyes electivos (tal como Platón expone sobre la Atlántida) cuando fueron descubiertos por los navegantes españoles en el siglo XXV, se sorprendieran de que los españoles hubiesen sobrevivido al hundimiento de su continente no es una prueba concluyente, ya que se trata simplemente de otra tradición oral conservada por ellos después de haber olvidado su idioma escrito.

Las islas Canarias, donde una antigua raza superviviente fue descubierta (y exterminada), y las islas Azores, donde fueron localizadas ruinas submarinas, estatuas y platos decorativos, son consideradas por algunos investigadores como las cimas de las montañas del continente hundido de la Atlántida.

Actualmente existe una gran inquietud por todo lo relacionado con la Atlántida, pero ello se manifiesta más bien como un fenómeno periódico, como esas olas del océano que golpean intermitentemente los rompientes de las playas. Sin embargo, dado el interés cada vez mayor por este continente perdido, y gracias a los progresos en exploración submarina y a recientes y valiosos descubrimientos arqueológicos, es posible que nos estemos acercando a la meta final de esta carrera para descifrar dicho enigma.

Se han escrito miles de libros para demostrar o com-

batir la existencia de la Atlántida, pero todos han fallado a la hora de encontrar la explicación más lógica de todas: una explicación íntimamente vinculada con los hallazgos descubiertos en aguas de las Bahamas y del Caribe y que ha sido aceptada por muchos arqueólogos. Lo curioso del caso es que el hecho es tan evidente que quizá, precisamente por eso, ha pasado desapercibido.

Veamos: se admite que los bancos de las Bahamas estuvieron por encima del nivel del mar durante el último período glacial, como lo estaban grandes zonas de la corteza continental en todo el mundo. El río Hudson, en Nueva York, continúa deslizándose por cañones que llegan muy lejos mar adentro, igual que ocurre con otros ríos franceses y españoles que desembocan en el Atlántico, con el río de La Plata y otros que desembocan en el océano. Ahora bien, tales cañones no han podido ser tallados bajo el agua por la mano del hombre, ni tampoco la acumulación de arena puede formar playas en el fondo del océano, como ocurre con las playas sumergidas de las Azores.

Para «solucionar» un aspecto de la controversia sobre la Atlántida, sólo debemos formularnos una pregunta: ¿se elevó considerablemente el nivel del agua en los tiempos más remotos de la historia? Los geólogos y los especialistas en glaciares responden a esta pregunta con un rotundo «sí» (hace casi 12.000 años, coincidiendo con la descongelación acelerada de los últimos glaciares). Esto representa una elevación de unos 180 metros, que cubrió las llanuras costeras de los continentes e islas; y también, si existieron, carreteras, murallas y ciu-

dades de las gentes que vivieron en una época anterior al diluvio, cuyos supervivientes habrían conservado un recuerdo inolvidable de toda esa serie de cataclismos.

Las profundidades oceánicas han sido calculadas en diversos períodos de la historia, pero más exactamente cuando, en 1920, se utilizó el eco sonda. Últimamente, con la invención del sonar y de un moderno aparato electrónico (el Precisión Depth Recorder) disponemos de una gama tan completa de ecos sondas de todos los océanos del mundo que fácilmente podemos trazar un plano mundial de las tierras existentes durante el último período glacial. Gracias a estas conquistas de la técnica, nos encontramos muy cerca de averiguar los primeros lugares que habitó el hombre y, posiblemente, las primeras civilizaciones.

Son tan pequeñas las profundidades que encontramos en el mar del Norte, en el canal de la Mancha y en la zona marítima al sur y al oeste de Irlanda, que podemos presumir que fueron tierra firme antes de la elevación de las aguas oceánicas. Esta hipótesis se ve reforzada por el hallazgo de huesos de mastodontes y herramientas de la Edad de Piedra en el fondo del mar del Norte y otras construcciones submarinas actualmente investigadas por un equipo de arqueólogos a las órdenes de Pastor Spanuth, situadas a la altura de la costa de Helgoland. En las costas occidentales de Francia e Irlanda abundan las leyendas sobre ciudades hundidas bajo el mar, que, aunque atribuidas a la imaginación de los celtas, han sido corroboradas por los recientes hallazgos neolíticos submarinos a la altura de la costa occidental

francesa. A lo largo de esta costa pueden apreciarse largas avenidas de menhires, y, cuando la marea es sumamente baja (cosa que ocurre cada cinco o diez años) se observa que esta cadena de menhires continúa mar adentro en el Atlántico.

En el Mediterráneo, una disminución del nivel del agua de cientos de metros tenía que haber acumulado una gran masa de tierra en la costa oriental de Tunicia y haber unido Sicilia a Italia, como sostienen muchos escritores romanos en sus obras. Las islas griegas debían ser más grandes y considerablemente más numerosas, como puede comprobarse en el mapa de Ibn ben Zara, de Alejandría, descubierto en 1487. Como el mapa de Piri Reis y muchos más, fue copiado de otros más antiguos. En estos mapas se detallan muchas islas del mar Egeo que actualmente se encuentran sumergidas bajo las aguas.

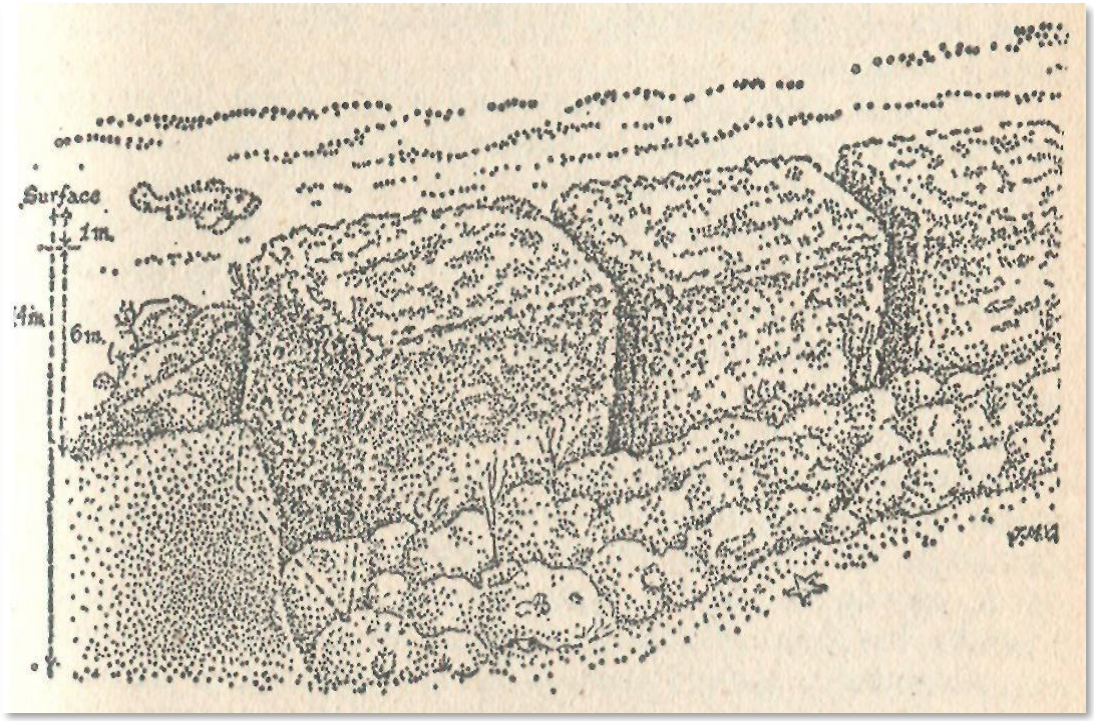
Un hecho muy interesante y digno de tenerse en cuenta es que, según las recientes teorías de los arqueólogos griegos Drs. Galanapoulos y Marianatos, la isla de Thera, situada al norte de Creta, era la legendaria Atlántida o, por lo menos, fue la cuna de las leyendas atlanteas. Pues bien, en el mapa de Ibn ben Zara se puede observar una isla muy parecida a Thera, aunque más grande, si bien debemos tener en cuenta la época en que dicho mapa fue trazado (posiblemente hace miles de años). Se considera que la actual isla de Thera perdió una gran parte de su superficie debido a una explosión volcánica acaecida en el año 1500 a. C. Desde entonces ha sufrido muchos terremotos.

Todavía hay más: una gran parte del fondo del Mediterráneo está compuesto de escarpaduras, despeñaderos y valles, dando la impresión de que no se trata del fondo de un mar, sino de tierra cubierta por el agua. Muchas de las ciudades y puertos del Mediterráneo, actualmente sumergidos, se hundieron en tiempos remotos, llegando incluso, algunas veces, a emerger de nuevo. Una prueba de esto se encuentra en las columnas del antiguo templo de Pozzuoli (Italia), actualmente bajo las aguas, donde puede observarse unas marcas talladas después de su última y prolongada inmersión en el mar.

En 1958, Marc Valentín descubrió en el fondo de las aguas marroquíes mediterráneas unas enormes murallas compuestas de bloques de 8 metros de largo y 6 de alto, a una profundidad de 14 metros. El tipo de construcción de estas murallas, rodeadas de piedras más pequeñas, presenta un asombroso parecido con los prehistóricos y ciclópeos trabajos en piedra descubiertos en la costa del Atlántico y en las islas mediterráneas que aún están por encima de la superficie de las aguas. Otras construcciones y pueblos hundidos bajo el mar han sido localizados cerca de la isla de Thera y, sobre todo, cerca de la isla de Milo. Cerca de allí, un buceador, Jim Thorne, trataba de encontrar los brazos de la Venus de Milo, cuando descubrió una prehistórica ciudadela hundida a varios metros de profundidad, de la que partían otros caminos y senderos en dirección a profundidades aún más grandes.

Como acabamos de ver, además de algunos puertos

históricos hundidos bajo las aguas del Mediterráneo, se han descubierto construcciones e incluso caminos; muchos de estos hallazgos han sido localizados por buceadores *amateurs* cuando se dedicaban a la caza de un pez o trataban de buscar cualquier otro objeto.



Bosquejo de una muralla descubierta por un pescador submarinista en el fondo del mar cerca de la costa de Marruecos. Esta muralla está compuesta por largas lajas y guijarros y se extiende por el fondo del mar en una longitud aproximada de 14,5 kilómetros.

En América encontramos un amplio anaquel continental que se extiende desde Newfoundland hasta Nueva Escocia, donde alcanza una anchura de varios cientos de kilómetros, continuando desde aquí durante muchos kilómetros más al este del cabo Cod hasta Florida. Esta zona subacuática, probablemente tierra firme en otros tiempos, se hace mayor a la altura de las Bahamas, del Yucatán y de Centroamérica. A la altura de la costa septentrional de Sudamérica, se estrecha

frente a Brasil y se extiende durante cientos de kilómetros desde Río de Janeiro en dirección al sur.

El océano Atlántico está dividido en el centro por una cordillera montañosa, o una serie de cadenas montañosas, que se extiende desde Islandia hasta la costa nordeste de Sudamérica. Desde aquí, se dirige en dirección este, hacia África para luego continuar hacia el sur. En la zona de 38 grados longitud norte y 37 a 30 grados longitud oeste, algunos de los picos de estas montañas se elevan por encima de la superficie del Atlántico, convirtiéndose en las islas Azores. Una de las islas Azores, Pico, es una gigantesca montaña de *7.320* metros de altura, de los cuales 5.002 están bajo el agua y los otros 2.318 se encuentran por encima del nivel del mar. La cima de Pico nos recuerda la descripción que hace Platón sobre la gran montaña central de la principal isla de la Atlántida, elevándose sobre la fértil llanura atlantea.

Durante estos últimos noventa años, se ha despertado un gran interés sobre la posibilidad de existencia de la Atlántida, y se han escrito miles de libros sobre este tema. Entre ellos destaca el *best-seller Atlantis-Myths of the Antediluvian World,* escrito en 1882 por Ignatius Donnelly, que aún sigue publicándose en el Reino Unido en una edición puesta al día por el famoso atlantólogo Edgarton Sykes.

Aunque la Atlántida ha sido «localizada» en muchas partes del mundo, más de un tercio de los investigadores que han estudiado el «problema» atlante están de acuerdo en situarla en la altiplanicie hundida bajo el

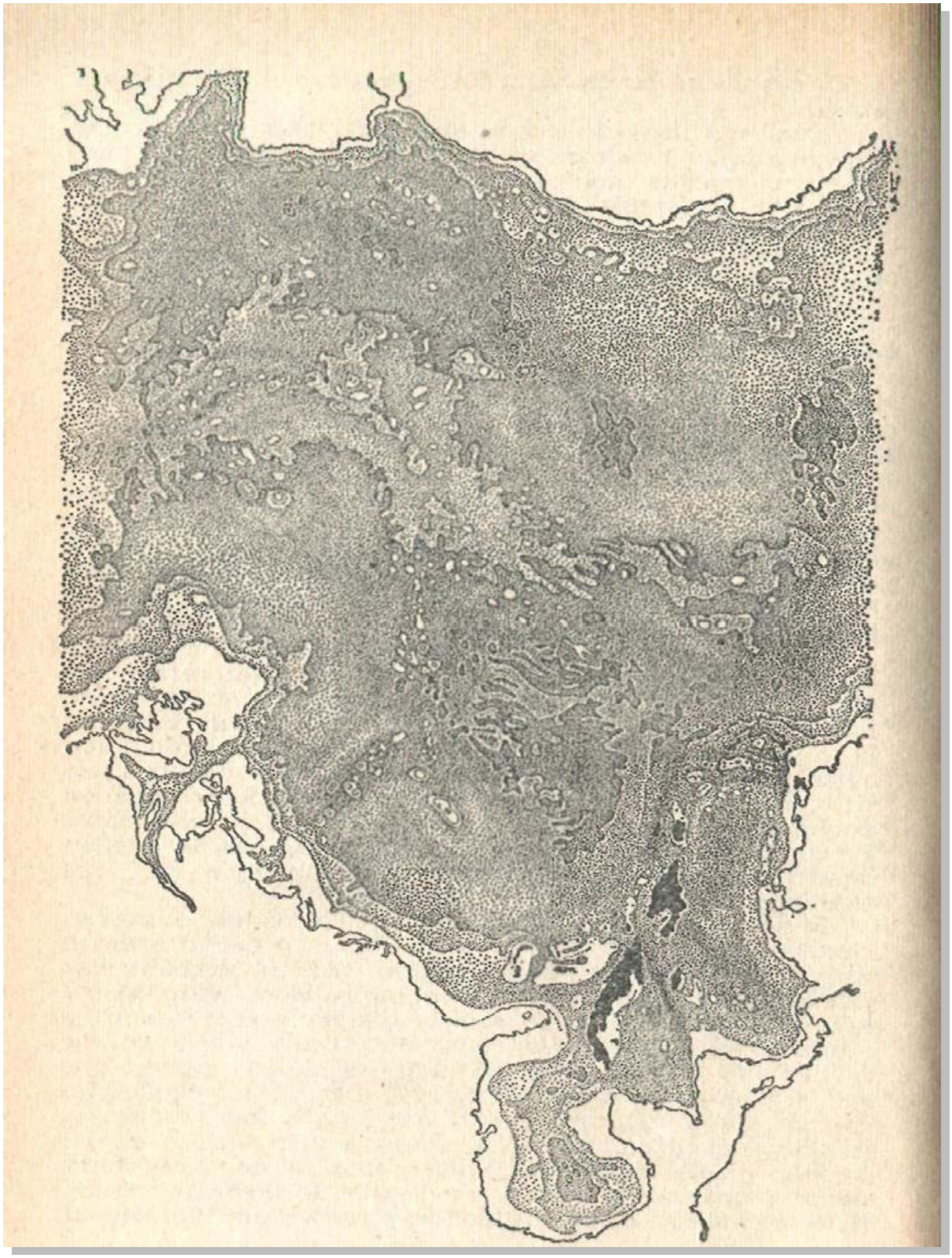
mar alrededor de las islas Azores, posiblemente incluyendo las islas Madeira y Canarias (cuyos habitantes se consideran supervivientes de la Atlántida) y otros lugares bajo el mar. Esta localización se aproxima más o menos a la expuesta por Platón en sus *Diálogos,* aparte de ser la zona más ancha de la cordillera atlántica entre el verdadero fondo marino al este de la cuenca ibérica y el oeste de la cuenca norteamericana y la llanura abisal.

Gracias a los modernos sistemas para calcular las profundidades marinas, se han conseguido unas mediciones tan exactas que, sin duda alguna, habrían entusiasmado al famoso Donnelly y a otros investigadores de la Atlántida del siglo pasado y del presente. Si consideramos la altiplanicie submarina que rodea las islas Azores, encontramos una masa de tierra sumergida, con penínsulas, istmos, bahías, montañas y valles, más grande que Portugal. Esta masa de tierra se encuentra a una profundidad de 125 a 275 metros; la mayor parte de la misma, al igual que otras islas próximas situadas al norte y al este de las Azores, estuvo por encima del nivel del mar hace 12.000 años (¡Platón decía que existían unas islas a través de las cuales se podía navegar hasta alcanzar el verdadero continente situado al otro lado!). Y si se desciende a una profundidad más grande (de 300 a 600 metros), en la altiplanicie submarina de las Azores, podemos obtener medidas de una inmensa isla o un pequeño continente cuya topografía es completamente distinta de la llanura abisal que circunda el verdadero océano.

Ciertos aspectos de las Azores actuales, e incluso al-

gunas costumbres marineras de sus habitantes, nos indican que se trata de tierras hundidas. Al oeste de Flores, en un determinado lugar del océano lejos de la costa, los pescadores de las Azores sacan con cubo agua potable del mar. Estos pescadores conocen un sitio, a 180 kilómetros del archipiélago, donde pueden anclar sus botes a pesar de estar en medio del océano. Frecuentemente, cuando lanzan sus redes, éstas quedan destrozadas por las rocas de lava en un lugar que lógicamente debería ser muy profundo.

Parte de las Azores parece que continúa desapareciendo bajo el mar. Las islas de Flores y Corvo estaban muy cerca una de otra cuando fueron descubiertas por primera vez por los portugueses, pero actualmente han perdido tanta tierra que la distancia entre ellas ha aumentado. Debido a la constante acción volcánica, las mediciones de las profundidades oceánicas tienen que ser revisadas frecuentemente; y esta acción volcánica es, sin duda alguna, la explicación de los numerosos manantiales de agua fría y caliente que existen en las Azores (¡otra vez Platón!) así como la de otros fenómenos acuáticos, como la existencia de lagos contiguos, pero separados, de aguas azules y verdes en Sao Miguel, un lago submarino en Graziosa y la cama de un lago seco en Flores.



Mapa de las profundidades del océano Atlántico. Cuanto más oscuras son las zonas sombreadas, más grandes son las profundidades. Las tierras continentales aparecen en blanco y las islas oceánicas en negro. Las extensas áreas de poca profundidad existentes a lo largo de las islas Azores, Canarias, Madeira y Bahamas indican la posibilidad de grandes masas de tierra, actualmente sumergidas, existentes por encima del nivel del mar, probablemente hace unos diez mil años.

Existen numerosas evidencias de tierras hundidas bajo el mar: cerca de las Azores se han conseguido muestras de algas de agua potable a una profundidad de 3.600 metros, lo que demuestra que estas algas vivían en otros tiempos en un lago sobre el nivel del mar. Más todavía: a miles de metros bajo el océano existen anaqueles cubiertos por la arena, a pesar de que las playas de arena sólo se forman donde las olas se han roto durante siglos en una ribera de tierra.

Las rocas extraídas del fondo del océano confirman la teoría de tierras hundidas en esta zona del Atlántico. En 1898, un buque que trataba de recuperar un cable telegráfico roto a la altura de las Azores, comprobó, al izarlo a bordo, que estaba recubierto de trozos de taquillita, una especie de lava vítrea que sólo se forma por encima del nivel del agua y bajo presión atmosférica normal. Luego se comprobó que dicha taquillita tenía una antigüedad de 12.000 años.

Más recientemente, una expedición patrocinada por la Academia de Ciencias de la URSS y dirigida por la doctora María Klinova, consiguió extraer unas rocas del fondo del mar a 90 kilómetros al norte de las Azores y a una profundidad de 2.000 metros. Posteriormente examinadas, se comprobó que se habían formado bajo una presión atmosférica normal y se estableció su antigüedad en 15.000 años a. C. El interés por la Atlántida y por los océanos ha aumentado últimamente en la URSS, cuyos submarinos, en el curso de sus actividades normales, han representado una gran contribución a la investigación atlantea. Pues bien, estos dos descubrimientos

(el del buque cablero y el de la expedición soviética) establecen una antigüedad del fondo del Atlántico a la altura de las Azores que se acerca mucho a la establecida por Platón en lo referente al hundimiento de la Atlántida.

Las recientes investigaciones llevadas a cabo por los científicos y oceanógrafos norteamericanos parecen corroborar la teoría de las tierras atlanteas sumergidas. El profesor Edwig, de la Universidad de Columbia, encontró evidencias de que la lava se extendió por el fondo del océano, llegando a afirmar lo siguiente: «O bien la tierra se hundió dos o cuatro kilómetros bajo el mar, o bien el mar estuvo dos o cuatro kilómetros más bajo de lo que está actualmente. Cualquiera de estas conclusiones resulta algo verdaderamente asombroso.» El profesor Bruce Heesen, de la Universidad de Duke, mientras llevaba a cabo unas investigaciones en la zanja de Puerto Rico, descubrió unos arrecifes de coral a gran profundidad. Este científico nos dice lo siguiente: «Los arrecifes de coral no crecen a más de quince metros de agua. Esto significa que la zona que investigamos tuvo que estar en otra época cerca del nivel del mar.»

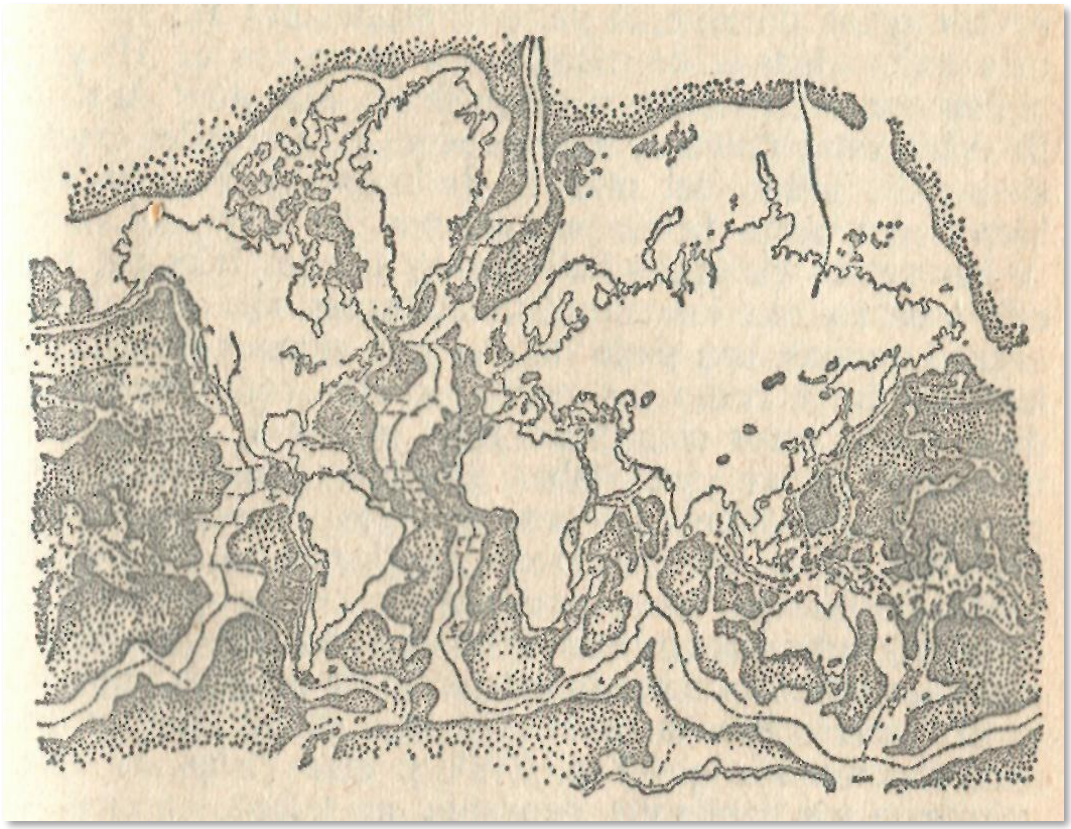
Durante recientes períodos, las profundidades oceánicas han sufrido grandes variaciones en los mismos lugares, dando la impresión de que el fondo del océano ha estado subiendo y bajando constantemente. En 1923, un buque cablero de la Western Union registró una aparente subida de tres kilómetros del fondo del mar donde un cable telegráfico había sido depositado veinticinco años antes. Puesto que las técnicas de sondeo en

aquella época estaban considerablemente menos perfeccionadas que las desarrolladas a partir de 1950, debemos esperar que, en un futuro próximo, se obtendrán unos datos más precisos y seguros sobre las profundidades oceánicas, como, por ejemplo, sobre la elevación del suelo del Caribe por empuje de las rocas basálticas (de naturaleza «continental») en el fondo del mar.

¿Se hundió en realidad la Atlántida o fue simplemente cubierta por la elevación de las aguas? Parte de ella podía haberse hundido, ya que la cordillera submarina del centro del Atlántico se encuentra en la zona de terremotos más activa del mundo, con constantes perturbaciones volcánicas submarinas que alteran la profundidad y topografía del fondo del mar. Debido a este fenómeno geológico, se formaron islas que han aparecido y desaparecido de modo alternativo en el curso de los siglos, haciéndose más grandes o más pequeñas. Recientemente, una gran isla, Surtsey, emergió por encima del nivel del mar a la altura de Islandia, siendo acompañado este fenómeno por grandes explosiones volcánicas.

Cada año se producen aproximadamente 100.000 terremotos, causados por las tensiones a que es sometida la corteza terrestre a lo largo de las «líneas de debilitamiento». La mayoría de estos terremotos, de los que sólo un millar son verdaderamente importantes, se producen bajo el mar, a lo largo de la gran falla sísmica submarina que se extiende desde el centro del Atlántico hasta el este en dirección al Mediterráneo. Continúa hacia el Asia central, circunvalando principalmente Áfri-

ca, y se dirige luego al mar Índico para continuar hacia el sur en dirección a Australia, y de aquí, a través del Pacífico, hacia Indonesia, Japón, islas Aleutianas, Alaska y California, así como, en dirección sudeste, hacia México, Chile y Perú. Durante incalculables siglos, una de las principales zonas de terremotos, probablemente la mayor del mundo, ha sido la cordillera atlántica submarina, precisamente donde se supone que se hundió el famoso octavo continente (la Atlántida), en el océano que ahora ostenta su nombre.



Principales zonas de quebraduras por temblores de tierra existentes en todo el mundo, en las que se puede observar un área de gran actividad tectónica a lo largo de la cordillera submarina atlántica. Las zonas blancas punteadas en los océanos indican la trayectoria de áreas resquebrajadas.

Si examinamos el Pacífico, encontraremos que no presenta una gran cordillera central y submarina como el

Atlántico. El Pacífico está considerado como el gran océano original del mundo —el *Panthalassa*—, el mar que todo lo circunda. Según la teoría de Wegener, en él se formó la primera masa de tierra de nuestro planeta, que luego se dividió en secciones continentales. Estas se separaron como gigantescas islas flotantes y se transformaron finalmente en las actuales islas y continentes que aún continúan moviéndose a un promedio de varios centímetros al año.

Las extensiones submarinas de este supermar residual no forman, excepto en la cercanía de las masas continentales, ninguna masa de tierras hundidas que demuestre la existencia, en época remota, de un continente extra por encima del nivel del mar, es decir, durante el período Holoceno. Las cadenas de montañas submarinas, algunas de las cuales se extienden de este a oeste, se elevan ocasionalmente por encima de la superficie bajo la forma de islas, tales como las Carolinas, Marianas, Marshall, Gilbert, Hawai, Aleutianas y el grupo de Melanesia. Sin embargo, si consideramos que el nivel de las aguas durante el período glacial era 183 metros más bajo, algunas de estas islas, como las de Hawai, tenían que estar unidas a tierra firme. Más aún: Australia debió estar unida al sudeste asiático, y grandes extensiones del fondo del mar en Indonesia y Malasia debieron ser tierra firme por encima del nivel del mar. Las ruinas ciclópeas halladas en algunas islas del Pacífico, de las que los actuales habitantes sólo conservan vagas leyendas, han dado lugar a que algunos científicos las consideren como los restos de otro continente

perdido. Según estos científicos, tales masas de tierra continentales tenían que haber existido, justificando los cientos de estatuas ciclópeas y otras estructuras descubiertas en la isla de Pascua, la gigantesca ciudad de piedra de Ponape (islas Carolinas), las ruinas y caminos de piedra subacuáticos existentes en otras islas, así como todas las leyendas sobre la existencia de un gran imperio en el Pacífico. Prueba de la existencia de tal imperio las encontramos aún en Yap, Truk y otras islas de este océano, cuyos habitantes depositan un tributo en ciertos puntos sin saber por qué, excepto que sería tabú el no hacerlo.

Al contrario de la Atlántida, este continente perdido del Pacífico presenta cierta confusión en su mismo nombre, Mu o Lemuria. En efecto, el nombre de Lemuria fue inventado por los biólogos para un hipotético continente en el océano Índico que explicaría la existencia de lémures y otra fauna sólo existente en Madagascar; y de este nombre se apropiaron los que sostienen la teoría de un continente perdido en el Pacífico. La palabra *Mu* fue utilizada por primera vez en el siglo XIX, por los «americanistas» franceses Le Plongeon y Brasseur de Bourbourg, al traducir unos manuscritos mayas.

La existencia de un continente perdido en el inmenso océano Pacífico es dudosa. Algunos de los misterios arqueológicos existentes en varias islas de este océano están separados por miles de kilómetros. La ciudad desierta de Nan Madol (islas Carolinas) se encuentra casi en el centro del Pacífico, es decir, a enorme distancia de

la misteriosa zona arqueológica de Rapa Nui, o isla de Pascua. Otras ruinas, caminos de piedra, puertos, tallas de la cima de las montañas para formar altiplanicies, rocas esculpidas y escritos grabados existen en lugares tan distantes entre sí como Hawai, Pit-cairn, Yap, Malden, Line Islands e islas Marquesas.

La ciudad desierta de Ponape, de incierta fecha, cuyo tamaño y construcción prueban la existencia de una antigua cultura poderosa y bien organizada, ha desaparecido casi sin dejar huellas. La ciudad de Nan Madol, llamada también Metalanim (o Metaranimu, durante la ocupación japonesa de las Carolinas) ocupa una superficie de 18 kilómetros cuadrados, atravesada por canales, y está construida con gigantescos bloques de basalto perfectamente tallados y transportados desde unas canteras a 45 kilómetros de distancia. Algunas de sus murallas tienen 13 metros de altura y 5 de espesor. Una de las características de los canales es que aparentemente parecen estar construidos hacia arriba, y las mismas islas son casi artificiales. En la actualidad parecen auténticas plataformas de piedra en el océano. Otra de las características consistía en colocar piedras encima de los arrecifes de coral para formar una serie de islas y canales unidos entre sí. Gigantescos rompeolas para proteger la ciudad habían sido construidos en el mismo océano, dejando el espacio suficiente para una «puerta de mar», que permitía la entrada y salida de grandes barcas.

La cantidad de hombres necesarios para construir semejante ciudad y la posibilidad de que ésta se hallase

sobre una zona de tierra hoy sumergida bajo el océano son comentadas por J. Macmillan Brown en su libro *The Riddle of the Pacific*. Este famoso arqueólogo afirma: «*El transportar en balsas durante la marea alta tan gigantescas piedras y el elevar tan enormes bloques (muchos de ellos de más de veinticinco toneladas de peso) para depositarlos sobre los arrecifes a una altura de más de diecinueve metros tenía que implicar forzosamente la utilización de miles de obreros especializados; obreros a los que había que proporcionar, como es natural, vivienda, comida y ropa. Pues bien, actualmente no existen más de cincuenta mil habitantes en esta isla de las Carolinas. He aquí uno de los misterios del Pacífico, a menos que presumamos el hundimiento en el océano de veinte veces más tierra de la que existe hoy día...*»

Las leyendas de los nativos sobre la construcción de esta ciudad carecen de detalles técnicos y atribuyen a héroes y semidioses el haber transportado por el aire, desde lejanas canteras, aquellos gigantescos bloques de piedra para después colocarlos en las murallas, canales y rompeolas. Otra explicación similar la encontramos en las leyendas relativas a las construcciones ciclópeas de los Andes. Una población numerosa, bien organizada y con herramientas rudimentarias podía, desde luego, haber sido capaz de construir Nan Madol, así como las misteriosas construcciones existentes en otras islas del Pacífico.

La mayoría de estas islas tenían una población mucho más grande cuando fueron descubiertas por los hombres blancos. Luego, el alcohol, las enfermedades, los mercaderes de esclavos, e incluso, las matanzas en masa

diezmaron su población. Sin embargo, lo que aparentemente parecían ser unas civilizaciones bien desarrolladas se encontraban en un estado de retroceso cultural cuando fueron descubiertas. También entre los indios americanos, al igual que entre los indígenas de esas islas misteriosas del Pacífico, se han conservado ciertas leyendas sobre la existencia de otras razas muy remotas.

Es posible que las gigantescas y enigmáticas construcciones de Ponape, Rape Nui y de otras islas del Pacífico no formasen parte de la cultura de un «continente perdido», sino que fuesen llevadas a cabo por los descendientes de otras razas que, a su vez, fueron influenciados, conquistados o enseñados por los miembros de una civilización que llegó de un lugar muy distante; raza que desde entonces desapareció, absorbida por otras, o debido a razones que desconocemos.

Existen muchas leyendas que hablan de catástrofes y destrucciones repentinas en algunas islas del Pacífico en las que se hace alusión a «estancamiento imprevisto» del desarrollo cultural. Incluso las ruinas muestran huellas de una repentina interrupción. Por ejemplo, en la isla de Pascua, se han encontrado unas estatuas que demuestran que «algo» tuvo que ocurrir de improviso para que los escultores tiraran sus herramientas y las dejasen inacabadas. Asimismo, en otros lugares se han encontrado bloques de piedra dispuestos en los muelles para ser embarcados, y en Nan Madol algunas de las murallas ciclópeas en construcción no llegaron a terminarse del todo.

Es posible qué las erupciones volcánicas hayan causado considerables cambios en las montañas sumergidas bajo el mar y cuyas cimas son las actuales islas del Pacífico. Por ejemplo, la isla de Pascua se halla sobre un alto cono pétreo que se eleva desde el fondo del mar en la altiplanicie de Nazca, situada entre tres «zonas de fracturas»: al norte, la zona de fractura de la isla de Pascua, y al sur, las de Challenger y Méndez.

El Pacífico, lo mismo que el Atlántico, se caracteriza por una gran profusión de «montículos submarinos», es decir, unos misteriosos conos pétreos (de vértices truncados) que se elevan desde el fondo del mar y que algunas veces llegan muy cerca de la superficie. Algunos geólogos sostienen que en cierta época estos montículos submarinos fueron islas, cuyas superficies planas estuvieron por encima de la superficie del mar en el pasado. A la inversa, tanto en el Atlántico como en el Pacífico, encontramos antiguas playas elevadas a gran altura: a 124 metros en Paracas (Perú); a 395 metros cerca de Valparaíso (Chile); a 455 metros en el norte de California (USA) y a 515 metros en la costa de Groenlandia. Que tales cambios se produjeron durante períodos de civilización queda demostrado por el hecho de haber sido descubiertos trozos de redes de pescar, tiestos y ropa tejida en playas de arena, conchas y tierra elevadas a cientos de metros por un cataclismo- submarino, como las existentes en algunos lugares del Perú. Ahora bien, si estas playas pudieron ser levantadas a tales alturas, es lógico suponer que otras tierras también pudieron quedar sumergidas como reacción geológica

compensatoria.

Considerando la enorme difusión de la cultura prehistórica del Pacífico y la habilidad de los navegantes en descubrir distantes y relativamente pequeñas islas, uno llega a la conclusión de que los primeros hombres que surcaron las aguas del Pacífico tenían que disponer de unas técnicas adquiridas y de un arte primitivo y avanzado de navegación, gracias a lo cual los antiguos navegantes llegaron muy lejos en sus periplos por todo el mundo, y trazaron mapas de sus océanos y de sus cielos.

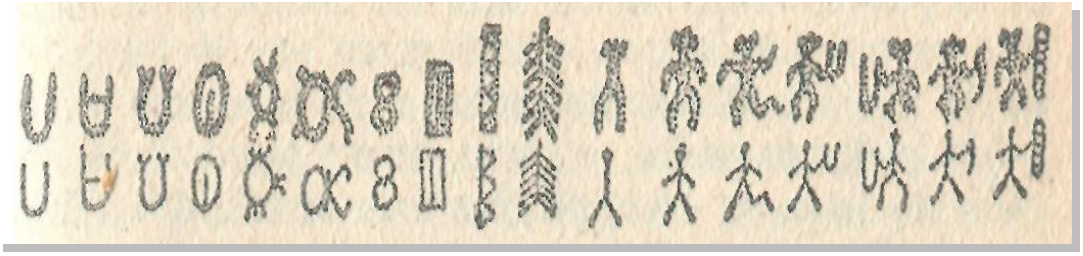
Algunos asombrosos e insospechados conocimientos desarrollados o heredados por los habitantes de algunas islas del Pacífico tienden a demostrar, igual que sus sorprendentes ruinas, la existencia de lazos con una cultura mucho más sofisticada. En efecto, los antiguos navegantes, en sus grandes canoas dobles, eran capaces de recorrer grandes distancias por el Pacífico ya en época muy remota, llegando a realizar viajes muchos más largos que los efectuados por Colón. Según sabemos, disponían de unos extraños aparatos de madera para orientarse durante sus travesías; aparatos que les servían para localizar la posición de las estrellas y que quizá fueron un legado de otra raza de navegantes anterior a la suya. El viaje de los hawaianos desde Tahití a las islas Hawai es sólo un ejemplo de su maestría en el arte de la navegación. Los maoríes, que hace mil años emigraron en masa desde la Polinesia a Nueva Zelanda, no sólo sabían muchas cosas sobre las posiciones de las estrellas, sino además que el planeta Saturno tenía anillos.

Gracias a las investigaciones arqueológicas llevadas a cabo en la isla de Pascua, se han podido establecer tres niveles culturales, siendo el más antiguo de ellos el más avanzado. Unos grabados en piedra descubiertos en la isla de Pascua muestran un antiguo barco con tres mástiles, más grande y diferente a los utilizados por los habitantes de dicha isla cuando fue descubierta.

En la Polinesia, muchos de los tabúes (o cosas que no debían ser hechas o descuidadas so pena de enojar a los dioses o a los espíritus), así como los sortilegios de los magos, pueden ser considerados como vestigios de antiguos conocimientos médicos disfrazados de magia. Sibley S. Morill, en un documentado libro sobre Ponape, nos cuenta que los «hombres de medicina» de esta isla conocían un tratamiento efectivo para curar el tétanos y la gonorrea, y que disponían de unas pociones para mitigar los ataques cardíacos y detener el embarazo.

Un ejemplo sobresaliente de regresión cultural entre las gentes de las islas del Pacífico es la pérdida del sistema de escritura utilizado por habitantes de la isla de Pascua antes de que pudiera ser traducido. Cuando fue descubierta la isla, algunos de sus habitantes (integrantes de una población que no llegaba a los 6.000) aún podían leer las misteriosas escrituras *rongo-rongo,* grabadas o talladas en tablas planas y también en rocas. La escritura parecía ser un alfabeto silábico; algunos de sus caracteres representaban figuras humanas y lineales de simple diseño. Debido a las enfermedades y a los mercaderes de esclavos, la población quedó reducida a sólo

cien supervivientes; al morir o desaparecer todos aquellos que podían leer la escritura *rongo-rongo,* desapareció también el secreto del «alfabeto» y el contenido de los escritos tallados en piedra. Otra escritura similar, igualmente indescifrable, fue descubierta en las islas Carolinas.



Ejemplos de escritura antigua de la isla de Pascua (arriba) y del valle del Indo (abajo) comparados. Estos dos tipos de escritura, ambos intactos, fueron descubiertos en lugares diametralmente opuestos del mundo y a una distancia equivalente a la mitad del diámetro de la Tierra. Aún no han sido hallados escritos interconcurrentes o coordinantes.

El alfabeto de la isla de Pascua, o silabario, como se supone, ya que contiene alrededor de quinientos signos, presenta otro misterio, igual o más grande que las mismas estatuas de esta ínsula. Este misterio está aparentemente relacionado con la escritura de una civilización desaparecida, que se sitúa en la otra parte del mundo. Nos explicaremos: si pudiéramos atravesar la Tierra con un eje, entrando por la isla de Pascua y saliendo por el punto diametralmente opuesto, la punta del eje saldría a la altura del valle del Indo (Pakistán), lugar donde se encuentran las grandes ciudades de Mohenjo-Daro y Harappa. Estas ciudades tienen una antigüedad de 4.500 años y se considera que pertenecen a una época anterior a la cultura histórica de la India. La civilización del valle del Indo incluye enormes, populosas y bien

trazadas ciudades de ladrillos, con canalizaciones de agua, alcantarillados y sistemas para eliminar los desechos. Esta civilización desapareció en el año 1500 a. C. cuando las hordas del norte conquistaron y asolaron todo el valle del Indo. Fue una invasión tan repentina que los esqueletos de los habitantes asesinados han sido hallados preservados en lo que fue pavimento de sus calles.

Se considera que la civilización del valle del Indo fue contemporánea de la de la antigua Sumeria, pero, si bien podemos leer la escritura de esta última, la de Mohenjo-Daro y Harappa continúan siendo indescifrables, ya que la misma lengua murió junto con las personas que la hablaban.

Es tan inmensa la distancia entre el valle del Indo y la isla de Pascua (la máxima posible entre dos puntos de la Tierra), que resulta increíble que las letras o sílabas de la escritura superviviente del valle del Indo y las de la isla de Pascua, grabadas en roca o en maderas (tablas *rongo-rongo),* sean tan idénticas. El parecido es tan grande que, considerando que la escritura de la isla de Pascua presenta a menudo una línea doble, podemos trazar, a partir de un signo de la del valle del Indo, su correspondiente en la escritura de la isla de Pascua.

La escritura de la isla de Pascua estaba en uso hasta hace relativamente poco tiempo, pudiéndose salvar algunas de las tablas de madera (escritura *rongo-rongo)* de la destrucción llevada a cabo por los misioneros. Gracias a un superviviente de la isla de Pascua, residente

actualmente en Tahití, el obispo Jaussen de Tahití logró identificar una línea de una de las tablas. Este isleño recordaba aparentemente el contenido, pero no consiguió separar el sonido de algunas sílabas, logrando traducir una sola frase como «dirigieron sus oraciones al dios de Rangitea». Si la traducción es correcta, ello serviría para descifrar el misterio, ya que Rangitea se encuentra en las islas Tonga, a 2.400 kilómetros en mar abierto.

La existencia de una escritura aislada en una isla a miles de kilómetros de cualquier tierra en el océano más grande del mundo y similar a otra existente en un lugar antípoda de la misma implica no sólo un origen común, sino una difusión de la cultura, así como una prueba irrefutable de antiquísimos viajes por mar de un alcance y extensión considerados hasta ahora imposible.

Con todo, si el nivel del mar estuvo más bajo o las masas de tierra estaban dispuestas de otra forma, tales viajes, a pesar de ser tan largos, fueron factibles y, por consiguiente, facilitaron la difusión cultural, racial y lingüística por todas las tierras costeras del mundo.

VIII

LOS DIOSES DEL MAR

La mayoría de los antropólogos aceptan la teoría de que los antepasados de los indios americanos procedían de Siberia, de donde llegaron atravesando el entonces puente helado del estrecho de Bering; de este modo, poblaron América desde Alaska hasta el extremo meridional de la Tierra del Fuego con tribus salvajes, imperios civilizados y naciones que más tarde encontraron los primeros exploradores europeos. Todo el mundo parece aceptar esto, excepto los mismos indios (los de antaño y los de ahora), que han sabido conservar las tradiciones escritas, orales y pictóricas de su procedencia; éstas nada tienen que ver prácticamente con Siberia.

Los aztecas de México, los toltecas, que les precedieron, los mayas y otras tribus de Centroamérica sostenían que su país de origen era una isla del mar oriental llamada Aztlán o Atlán (hecho que satisfará a los que sostienen la teoría sobre la existencia de la famosa Atlántida). Incluso describieron, en documentos hallados por los conquistadores españoles, cuando la tradi-

ción aún era reciente, el lugar de la costa mexicana donde desembarcaron sus antepasados (cerca de Veracruz) y cómo trajeron con ellos sus valiosos libros y pinturas. El obispo Landa, el enigmático instigador de la destrucción de las memorias mayas, aunque más tarde, cuando la conquista del Yucatán, investigó y estudió lo que quedó de ellas, sostiene que todas las tradiciones de esta zona de México tienden a indicar un lugar «oriental y extraño» como origen de la raza. Los primeros traductores de las crónicas mayas sostenían que «los nativos creían que sus antepasados habían atravesado el mar por un pasaje abierto para ellos».

En las crónicas de los indios mayas quichés de Guatemala (el *Popul Vuh)* se dice lo siguiente: «*Los tres hijos del rey Quiche visitaron una tierra situada al este, de la que llegaron nuestros antepasados.*»

Entre los indios de Estados Unidos existe una tradición bastante extendida sobre la llegada de sus antepasados procedentes del este, generalmente a través del mar. Los indios de los Grandes Lagos creen que sus progenitores residieron en cierta época «en un lugar situado por donde se levanta el Sol». Según las tradiciones de los indios hopis, sus antepasados caminaron errantes por el sur tropical, y, en cierta ocasión, lograron salvarse de la destrucción viviendo bajo el mar, mientras que otros supervivientes consiguieron huir del diluvio del «Tercer Mundo» cruzando el mar en enormes balsas de caña. Los indios lenilenapis de Delaware (Estados Unidos) creen que proceden de «la primera tierra... más allá del gran océano», mientras que la tra-

dición de los indios sioux sostiene que «antiguamente todas las tribus formaban una sola, y todos vivían juntos en una isla... situada al este...» y que llegaron al Nuevo Mundo navegando «durante muchas semanas» en enormes canoas. También los indios iowas se refieren a una isla como lugar primitivo de sus antepasados en una leyenda que dice lo siguiente: «Al principio, todos los hombres vivían en una isla donde nace la estrella de la mañana.»

En Sudamérica, los indios chimús pre-incas, que desarrollaron una civilización avanzada en la costa oeste del Perú, y que construyeron una enorme ciudad (Chan- Chan) cuyas ruinas abarcan una extensión de veinte kilómetros cuadrados, recuerdan que sus antepasados llegaron por mar en una gran flota de largas canoas.

Si bien los antropólogos no están de acuerdo con las pintorescas leyendas indias sobre su primitivo lugar de origen, sí lo están, en cambio, en cuanto a que los indios americanos no son originarios del Nuevo Mundo. Una de las razones más convincentes sobre la estancia relativamente reciente del hombre en el continente americano es la ausencia de restos fósiles de las grandes especies de monos antropoides o humanoides. Otra de las pruebas es que no se han encontrado huellas humanas en un período de tiempo generalmente establecido entre diez y treinta mil años atrás, mientras que el protohombre africano y asiático existió hace millón y medio o dos millones de años.

Incluso el período de diez mil años ha sido considerado como excesivo en cuanto a la existencia del hombre en las Américas. Cuando en 1920 se descubrieron los restos fósiles de un monstruoso búfalo *(bos americanus),* extinguido hacía ya diez mil años, cerca de Folsom (Estado de Nuevo México), entre cuyos huesos se halló una flecha finamente tallada, los «expertos» afirmaron que se trataba de una flecha india que había sido arrastrada hasta allí por algún roedor. Más adelante, cuando se volvió a encontrar otra flecha entre las costillas de otro búfalo extinto, se empezó a cambiar de opinión y se estableció que el «hombre de Folsom» era uno de los habitantes más antiguos del continente americano. Diversas huellas del hombre prehistórico se han descubierto en otros lugares de Estados Unidos, como, por ejemplo, en la costa atlántica de Florida, donde se hallaron fósiles de dientes de tigre y de camello entre restos de alfarería y herramientas de piedra hechas por el hombre.

Aunque generalmente se considera que el caballo desapareció del continente americano antes de la llegada del hombre, en 1938 se descubrieron juntos huesos de caballos primitivos y de hombres en algunas cuevas del estrecho de Magallanes (Cerro Sota, Palo Aike y Cueva de los Páramos), cuya antigüedad se estableció en unos nueve mil años más o menos. Esto no significa forzosamente que el caballo hubiera sido domesticado, pues los hombres primitivos de la Tierra del Fuego podían haberlo utilizado como alimento en lugar de como medio de transporte.

Pero aún existe un hecho mucho más asombroso en cuanto a la antigüedad del hombre en Sudamérica. Cerca de Pisco (Perú), en los alrededores de los misteriosos terrenos de Nazca y entre las ruinas de dos ciudades costeras construidas en su mayor parte de piedra de pórfido, descubiertas por el doctor Julio Tello, famoso arqueólogo peruano, se descubrieron unos objetos de alfarería decorados con representaciones de llamas. En dichos objetos estos animales aparecían con cinco dedos en cada pata, en lugar de dos como actualmente tienen. Pues bien, las llamas tenían realmente cinco dedos hace miles de años.

En cuanto a la existencia de elefantes y mastodontes en el Nuevo Mundo, se han encontrado grabados y dibujos representando al primero de estos animales en el antiguo arte mexicano, aparte del famoso «montículo del elefante» existente en Wisconsin (Estados Unidos). La misma deducción puede aplicarse a unos dibujos representando a un toxodonte (mamífero que existió en dicha zona hace miles de años) pintados en unos objetos de alfarería descubiertos en Tiahuanaco (Bolivia). Figuras parecidas a dinosaurios han sido descubiertas en el valle del Amazonas (talladas en roca y en bloques de piedra) y en algunas excavaciones llevadas a cabo en la región central de México. También en los frisos de algunos templos existentes en diversos lugares de México y de Centroamérica se han encontrado figuras representando a dragones o a enormes lagartos.

Desde luego, las pictografías del Amazonas pueden ser simples representaciones de monstruos y enormes

lagartos, tal como ocurre en China, pero, por otra parte, los dragones mayas muestran una gran similitud con los dragones chinos. Sin embargo, los dibujos de dinosaurios descubiertos en Acámbaro (México) fueron puestos en entredicho incluso cuando se estaban llevando a cabo las excavaciones de los mismos. En cuanto a los primeros pobladores de América, cada día resulta más evidente que residieron en el Nuevo Mundo durante un considerable período de tiempo; el suficiente como para haber estado en contacto e influenciados por otras culturas, y no sólo con aquellas de Siberia que llegaron a través del estrecho de Bering.

Entre las naciones más avanzadas culturalmente de la antigua América existe una curiosa y persistente tradición relativa a repetidas visitas de dioses barbudos, semidioses y maestros de piel blanca. Según las leyendas del antiguo México, el «bondadoso dios» Quetzalcóatl estaba relacionado con el planeta Venus y prefería las ofrendas de flores a los sacrificios humanos. Pues bien, se considera que Quetzalcóatl enseñó muchas de las artes de civilización a los predecesores de los aztecas y que llegó a América procedente de un lugar en el mar oriental llamado Tula, Tollán o Hue Hue (viejo, viejo) Tlapallan. Aparte de su barba y de su pálida piel coloreada, Quetzalcóatl era también notable por utilizar unas vestiduras bordadas con cruces.

En las tierras mayas era adorado un dios similar llamado Kukulkán. Según los atlantólogos, la leyenda sobre Quetzalcóatl-Kukulkán constituye una clave importantísima para la llamada teoría atlantea, mientras que

otros hombres de ciencia consideran que este dios podía haber sido minoico, fenicio, cartaginés, romano o vikingo. Por su parte, los arqueólogos e historiadores irlandeses, con ese entusiasmo tan típico de la raza celta, creen que este dios podía haber sido San Borodón, que en el año 484 a. C. zarpó de Tralee (Irlanda) en dirección oeste con una expedición de monjes, y del que nunca se volvió a saber nada; o quizá Cuchulain, el jefe principal de los guerreros irlandeses, debido a la similitud de su nombre con el Kukulkán.

Según la tradición de los mayas, también existieron otros maestros de piel blanca que iban y regresaban de «una isla o tierra más allá del mar donde el Sol se eleva». Este dios maestro era llamado Cucumatz por los indios mayas quichés de Guatemala. Itzamna, el dios maya de la Medicina, de la Escritura y de los Libros, parece ser otro ejemplo de la importante cultura existente en la América antigua. En Colombia, el dios del Sol de los indios chibchas (Bochica) se parece a Quetzalcóatl en cuanto a sus atributos de maestro y portador de civilización. Sin embargo, una faceta muy extraña de la leyenda del dios Bochica es que éste llegó a Colombia (junto con su esposa) procedente del este y montado en camello. Samé, el maestro semidiós de los indios del Brasil, a quienes enseñó la agricultura y la magia, también llegó atravesando el océano, y procedía de un lugar donde el Sol nace. Igual que Quetzalcóatl y otros misteriosos dioses maestros, Samé también tenía, según cuentan las leyendas, una barba rubia.

Una leyenda en cierto aspecto diferente, pero igual-

mente intrigante, fue traducida al español, en 1961, por el obispo de Chiapas, que después ordenó la quema de los libros mayas de los que había obtenido la información. Esta leyenda hace referencia a un grupo de colonizadores, vestidos con largas vestimentas, que llegaron a las tierras de los mayas. Según este obispo y su ayudante esto ocurrió alrededor del año 1000 a. C. Iban conducidos por un semidiós llamado Votan, considerado algunas veces como nieto de Quetzalcóatl, y tanto él como sus seguidores se casaron con doncellas mayas y fundaron la ciudad de Palenque. Un detalle verdaderamente interesante de la leyenda de Votan es que en ella se cuenta que este semidiós retornó muchas veces a su tierra, al otro lado del océano, para traer más seguidores.

Estas persistentes leyendas podrían constituir un factor crucial en lo referente al colapso del Imperio azteca y, más adelante, de las ciudades mayas bajo el dominio de los españoles, ya que, por una increíble coincidencia, Cortés y su ejército de conquistadores llegaron a México en el «año famoso» *ce-acatl* (una caña) del dios Quetzalcóatl, es decir, en la misma fecha que el dios había profetizado que llegaría, procedente de Hue-Hue Tlapallan. Cuando los aztecas vieron las vestimentas multicolores de los españoles, no dudaron un segundo de que se trataba de los emisarios de Quetzalcóatl y que Cortés, o quizá el rubio capitán Alvarado, a quien llamaron Tonantiuh (Hijo del Sol) era el mismo dios o un familiar suyo. Al principio de la contienda, los aztecas, un pueblo guerrero y combativo por excelencia, se ha-

llaron dominados por la confusión y la división entre ellos mismos, ya que consideraban que aquella guerra iba en contra de la voluntad de los dioses, un fenómeno no patrimónico de aquel período histórico.

El inmenso Imperio inca, que se extendía desde Colombia hasta Chile y Bolivia, y cuya población era de veinte millones de habitantes, bien organizados y gobernados, cayó por la misma razón: su dios Viracocha (mar Borrascoso) había llegado procedente del gran océano y luego había regresado a una tierra situada al oeste (lo contrario de la leyenda de Quetzalcóatl-Kukulkán). Cuando los primitivos peruanos se encontraron con los españoles, pensaron que Pizarro y sus hombres tenían alguna relación con su dios Viracocha. Su deseo de resistirse se vio afectado más adelante por una profecía hecha por el decimosegundo rey inca, Huayna Cápac, el cual, mientras estaba agonizando, vaticinó que durante el reinado del decimotercero rey inca «unos hombres blancos llegarían procedentes del país donde nace el Sol y conquistarían a los peruanos».

La incidencia de profecías mezcladas con la tradición de dioses benefactores procedentes del mar es uno de los aspectos más extraños de la conquista de las civilizaciones de los indios nativos americanos. La hermana del último emperador azteca, la princesa Papantzin, también profetizó la llegada de dioses blancos, procedentes del mar, a las costas de México; dicho vaticinio afectó a su hermano Moctezuma que, cuando llegaron los conquistadores españoles, fue incapaz de defenderse. Chilám Balám, un gran sacerdote de los mayas,

también profetizó que al final de la Edad XIII unos hombres blancos volverían a desembarcar de nuevo en las costas del Yucatán.

También existía otra profecía azteca según la cual, después de la llegada de los hombres blancos y de la destrucción de los antiguos dioses y sus templos, estos mismos dioses y sus templos volverían a establecerse de nuevo en el valle de México; profecía que aún mantienen viva algunas tribus indias en la actualidad, aunque ignoran la fecha exacta de tal acontecimiento.

A medida que los conquistadores españoles se iban apoderando de los territorios americanos, encontraron razas de indios tanto de piel blanca como oscura. En un pueblo llamado Atlán, en la costa atlántica de Panamá, descubrieron que sus habitantes eran de piel blanca, mientras que las mujeres tenían la tez del mismo color que las españolas meridionales. Desgraciadamente, no se llevó a cabo ninguna investigación antropológica (y si se hizo, no ha sido descubierta hasta la fecha).

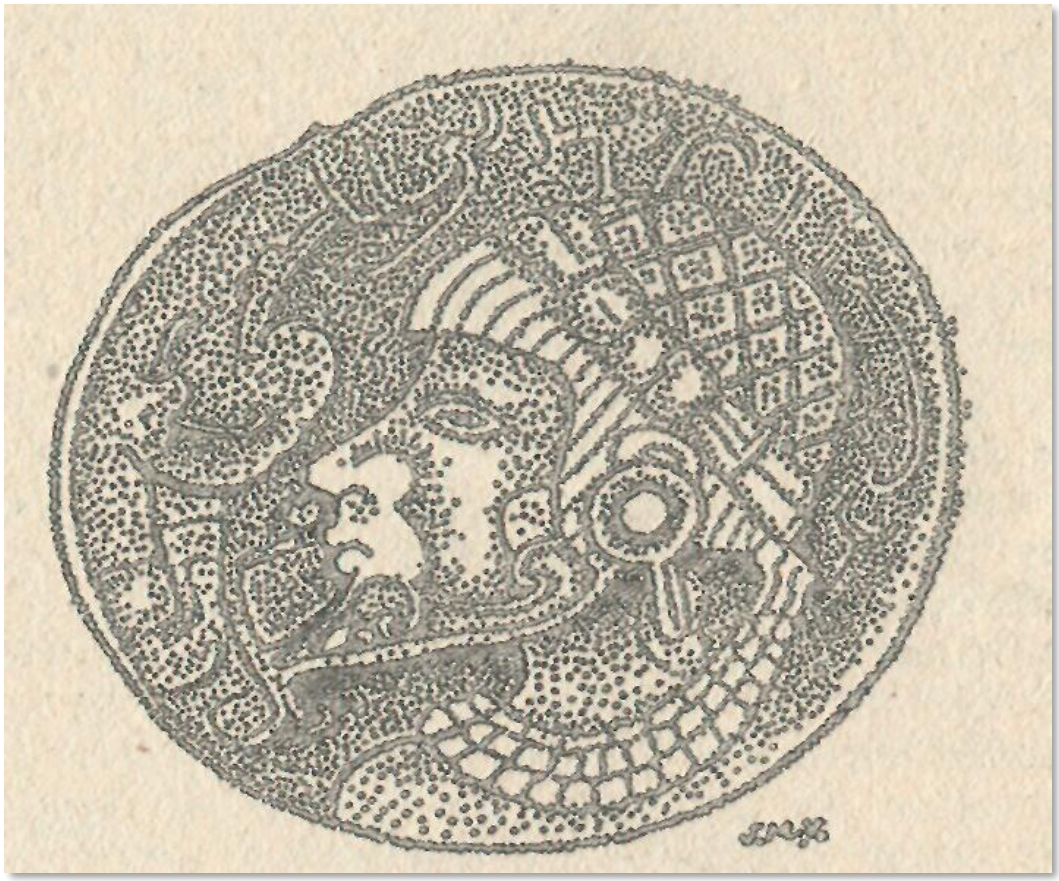
Asimismo, en las selvas sudamericanas los españoles descubrieron unos indios de piel muy oscura, casi negra, y también extremadamente belicosos. Cuando los conquistadores hispanos ocuparon el Perú, observaron que los miembros aristocráticos de aquellas tribus tenían la piel extremadamente clara y los cabellos castaños, rubios o rojizos, mientras que las bellas y escogidas vírgenes del Sol eran las que tenían la tez más clara.

Los antiguos peruanos embalsamaban a sus muertos igual que los egipcios, y utilizaban algunas de sus téc-

nicas de momificación, tales como la extracción de las vísceras, embalsamamiento y previsión de la momia con todos sus objetos de valor para su largo viaje al otro mundo. Esta costumbre ha sido la causa principal del robo y saqueo de numerosas tumbas, tanto en el Perú como en Egipto. En el caso del Perú, ello ha conducido al descubrimiento de importantes hallazgos antropológicos: muchos de los antiguos peruanos tenían los cabellos de color ceniza o pardo rojizo, exactamente tal como los describieron los primeros conquistadores del Perú.

Otras figuras barbudas, de aspecto absolutamente no indio, a veces en grupos, pueden ser observadas talladas en las ruinas mayas de Chichén Itzá (Yucatán), en Tres Zapotes, en La Venta (cerca de Veracruz). En México y en otros lugares de Centroamérica se han descubierto, gracias a las excavaciones llevadas a cabo, numerosas y pequeñas figuras de piedra y de arcilla que no presentan los rasgos típicos indios, ofreciendo a menudo las características faciales semíticas. En los alrededores de Veracruz, donde se han descubierto estas estatuas, tallas y grabados, también se han encontrado enormes cabezas talladas en basalto y. cuyas características son típicamente negroides. Estas gigantescas cabezas, algunas de las cuales pesan alrededor de 24 toneladas y tienen una altura de más de dos metros, fueron descubiertas en unas excavaciones efectuadas en Tres Zapotes (México), habiendo permanecido casi ocultas bajo la tierra durante muchos siglos. Dichas cabezas presentan un extraordinario parecido con aquellas otras

(con yelmo) descubiertas en La Venta, en el estado de Tabasco, cerca del mar. Más al interior, en las ruinas de Monte Albán, también se han descubierto unos bloques tallados representando danzarines cuya fisonomía no corresponde a la típica de los indios americanos (más bien negroide o semítico).



Reverso de un espejo de la época precolombina descubierto cerca de Veracruz (México). El rostro que aparece en el mismo resulta sorprendentemente extraño en el arte de los amerindios, pero guarda cierta semejanza con Egipto, Creta o Fenicia.

Estas tallas y otros artefactos más pequeños (incluyendo los juguetes con ruedas) son atribuidos generalmente a la cultura olmeca, la más antigua de México. Ante la yuxtaposición de estas diversas razas no indias, el antropólogo se ve obligado a considerar un pasaje del

Popul Vuh (antiguos manuscritos mayas) en el que se habla de una tierra primitiva «donde los hombres blancos y los negros vivían juntos en paz»; una observación muy extraña sobre un continente cuyos habitantes no eran ni blancos ni negros.

Constance Irwin, autora del famoso libro *Fair Gods and Stone Faces,* nos ofrece en su obra una explicación imaginativa sobre el anacronismo racial aparente en el antiguo México. Esta autora sugiere que las figuras de aspecto semítico que aparecen en los frisos y en las pequeñas estatuas representan a mercaderes navegantes fenicios. Se trata de una suposición apoyada en el tipo de vestimentas, calzado y yelmos que utilizaban. También admite la posibilidad de que pudiera tratarse de cartagineses fugitivos después de la destrucción de Cartago por los romanos, y que los danzarines negroides de Monte Albán, así como las gigantescas cabezas negras de La Venta y Tres Zapotes, representen a africanos que los cartagineses trajesen con ellos como esclavos. No obstante, esta tesis no podría explicar por qué las gigantescas cabezas negras representan a africanos, cuya supuesta condición de esclavos no podría justificar tal exaltación a un nivel comparable al de las estatuas faraónicas de Egipto. Y, finalmente, aparte del misterio racial de las gigantescas cabezas, no se puede afirmar si éstas formaban parte de enormes columnas (igual que las columnas de apoyo «atlanteas» descubiertas en las excavaciones arqueológicas en Tula, México), o bien eran restos de estatuas que han desaparecido o que nunca pudieron ser reunidos.

Es cierto que las corrientes del océano Atlántico podían haber facilitado el viaje hasta América partiendo de la costa de Europa occidental, alcanzando las Canarias, y desde aquí, con la ayuda de los vientos constantes, llegar hasta la corriente ecuatorial septentrional y arribar a la costa nordeste de Sudamérica. O bien, a través de las Antillas, alcanzando el mar Caribe para luego desembarcar en Venezuela, Colombia y en la costa de Centroamérica; desde aquí, costeando, alcanzar el Yucatán y su península hasta Veracruz. Esto explicaría muchos misterios como los descubrimientos de monedas romanas en Venezuela, las inscripciones fenicias halladas en el Brasil y los enigmas de La Venta y Tres Zapotes. También explicaría los famosos (aunque no oficialmente reconocidos) vestigios de diversas civilizaciones mediterráneas o de otros países en la costa de Estados Unidos que se extiende desde Florida hasta Maine. A los navegantes les habría resultado muy fácil alcanzar estos lugares de la costa norteamericana aprovechando los vientos y la corriente del Golfo.

A la inversa, la corriente del Golfo y las corrientes marinas del Atlántico norte podían lógicamente haber permitido a los navegantes indios americanos alcanzar la costa europea. Aparentemente, esto pudo suceder en el primer siglo d. C., cuando una canoa ocupada por hombres de piel cobriza alcanzó la costa septentrional de Europa a través del mar del Norte. Los tripulantes de esta canoa, según ciertas versiones, fueron apresados y entregados como esclavos al procónsul romano Publius Metellus Cellar. Incluso existe un busto romano

cuyas características corresponden, sin lugar a duda, a la fisonomía típica de los indios americanos. Incluso Cristóbal Colón observó dos cadáveres en una canoa que embarrancó en la costa de Galway (Irlanda). Al principio se pensó que eran chinos, pero probablemente eran indios americanos o esquimales. Este suceso alentó más aún a Colón a emprender su proyecto cuyo fruto fue el descubrimiento de América.

También los vikingos establecidos en Groenlandia pudieron haber aprovechado las corrientes marinas favorables y alcanzar el continente americano. Téngase en cuenta que las corrientes de Groenlandia se dirigen al oeste y que la corriente de Labrador desciende a lo largo de la costa de Newfoundland. Así, aprovechando ambas, podían haber penetrado en el golfo de San Lorenzo y, desde aquí, llegar hasta Nueva Escocia, la isla de Newfoundland y otros lugares meridionales a lo largo de la costa. A pesar de que tales viajes a través del Atlántico, sobre todo, por el norte y desde África occidental hasta el Brasil, son de una duración considerablemente más corta que los viajes de los habitantes de las islas del mar del Sur utilizando pequeñas balsas, siempre ha habido cierta reticencia por parte de los científicos norteamericanos en aceptar como verídico cualquier viaje trasatlántico antes de Colón. Michael Bowen, investigador especializado en los primeros viajes trasatlánticos, ha acuñado una frase para definir esta tendencia: «el principio de NEAC» (siglas que representan «Ningún Europeo Antes de Colón»). En su libro *They áll discovered América,* Bowen nos habla de los

probables viajes precolombinos de Cortereal de Portugal (1477); de Scoot, del príncipe Henry Sinclair y de los hermanos Zeno de Venecia (1395); del nórdico Paul Knutson (1355); del príncipe Madoc de Gales (1171); del obispo Eric Gnupsson,, enviado por el Vaticano (1121); de Thorfinn , Karlseffni, un islandés (1010) y de los vikingos Leif Ericson (1003) y de Thorvald Ericson (1007) y de otros navegantes que atravesaron el Atlántico. A pesar de todo, hasta la fecha ha habido muy poca posibilidad de establecer científicamente la existencia de viajes precolombinos, y mucho menos todavía, de contactos trasatlánticos o interatlánticos en épocas mucho más remotas.

Mientras que las tribus indias americanas consideran todos estos viajes y visitas de hombres procedentes de otro mundo como algo perteneciente a las leyendas, he aquí que muchos de los que han analizado *in situ* todos estos enigmas regresan a su tierra y escriben sobre lo que han visto con indudable exageración. Los nórdicos conservan unas crónicas de Groenlandia o Tierra Verde (que actualmente tiene muy poco de verde, ya que en tiempos remotos el clima era más cálido) en las que se habla de poblados antiguos, construidos en piedra, y que actualmente se encuentran cubiertos por el hielo. Los vikingos llamaban a Groenlandia con el nombre de Vinland, es decir, tierra de las uvas. Probablemente, Vinland era lo que hoy constituye el estado de Nueva Inglaterra (Estados Unidos), mientras que la tierra donde San Borodón descubrió una colonia de monjes irlandeses emigrados es posible que sea Bermuda, Bahamas,

las grandes Antillas o, incluso, la costa este de Florida.

Diversos lugares del Nuevo Continente, además de las Indias Occidentales, indios, etc., deben sus nombres a que los europeos les llamaron como a las tierras legendarias que suponían debían estar cerca de aquellas que descubrieron. Así, las Antilles, versión inglesa de la palabra española Antillas, puede estar relacionada con la misma Atlántida, y Brasil surgió de la palabra Brazil o Hy Brazil, correspondiente a una misteriosa tierra occidental de la que hablan algunas leyendas irlandesas. Resulta verdaderamente sorprendente que el nombre Hy Brazil (I BRZL) signifique «isla de hierro» en la antigua lengua semita, e incluso hoy día, en el idioma hebreo moderno, B-R-Z-L significa hierro. La Isla de Hierro, nombre utilizado por los irlandeses para designar una tierra occidental y cuyo significado ignoraban, parece referirse al país brasileño tan rico en hierro, la tierra que, cuando fue descubierta, se bautizó con el misterioso nombre de «isla de hierro».

Es muy posible que los chinos realizaran expediciones a la costa oeste de América del Norte, Un antiguo libro chino, *Hai King*, escrito en el año 2250 a. C, describe la travesía del «Gran Océano del Este» así como un viaje en dirección al sur a partir del lugar en que desembarcaron, incluyendo una incursión a las tierras del interior en las que descubrieron un «gran valle luminoso de paredes de roca» (que algunos suponen ser el Gran Cañón de Colorado). Otro viaje transpacífico más meridional, efectuado en un gran junco, es relatado por un sacerdote budista chino, Hwui Shin, en el siglo V a.

C, durante el período histórico de las Seis Dinastías. A las tierras que visitó al otro lado del mar las llamó *Fu-sang* (nombre chino del árbol áloe) y las descripciones que hizo de ellas parecen referirse a México (país donde abundan mucho los áloes) y a Centroamérica. Una prueba de la posibilidad de los viajes desde China al Nuevo Continente, como, por ejemplo, el de Hwui Shin, podría ser la influencia del «dragón» en el antiguo arte mexicano, así como las representaciones del loto, la esvástica (que los chinos llamaban «Corazón de Buda» dos mil años antes de que Hitler hubiese oído hablar de ella) y otros motivos orientales. Los orientales, que trajeron el mítico motivo del dragón, y quizá otros navegantes procedentes del antiguo Mediterráneo, es posible que hubiesen visto el búfalo americano y lo considerasen un dragón. Unas palabras escritas en idioma turco antiguo en el mapa de Piri Reis se refieren a «unos monstruos de siete palmos de largo. La distancia entre sus ojos era de un palmo. Pero son animales inofensivos...».

Ninguno de los vestigios o mensajes que podían haber sido dejados en el continente americano por navegantes o colonizadores antes de Colón han sido aceptados por los científicos. La mayoría de estos vestigios han sido considerados como meros engaños. La famosa Roca de Kensington, desenterrada por un granjero de Minnesota en 1898, constituye un ejemplo palpable de lo que acabamos de exponer. Algunos arqueólogos pensaron que podía tratarse de una roca en la que estaba registrado el viaje efectuado por los bárbaros, los suecos

o los noruegos desde Vinland occidental. En esta roca hay grabadas unas inscripciones en las que se habla de un ataque a su colonia y a la demanda de auxilio. El hecho de que esta roca fuese descubierta por un descendiente de los vikingos en una comunidad escandinava no es quizá la razón más insignificante para que fuese rechazada por los científicos no escandinavos. Mucho más difícil de explicar es el caso de las miles de inscripciones fenicias o cartaginesas halladas en el Brasil, de las cuales una, tallada en una roca descubierta en 1872 en el estado de Paraíba, reza lo siguiente: «...Somos de... Sidón... En nuestro afán de comerciar por todo el mundo, hemos llegado a estas distantes orillas, a una tierra de montañas...» En esta inscripción también se especifica que el número de los barcos era diez, y que habían partido de un puerto fenicio situado en el golfo de Akaba, muy cerca de donde actualmente se encuentra el puerto israelita de Elath. Aunque estas inscripciones fueron consideradas durante mucho tiempo como falsas, parece ilógico que los brasileños falsificasen inscripciones fenicias y luego las enterraran en lugares inhóspitos y deshabitados. Una autoridad en antiguas lenguas semitas, el profesor Cyrus Gordon, declaró, en el año 1968, que, en su opinión, una falsificación putativa no podía haber utilizado ciertos aspectos del estilo de escritura fenicia, ya que éstos no fueron conocidos por los filólogos hasta el año 1872.

Otro caso mucho más difícil de falsear lo constituye la representación de un barco tallado en roca y muy parecido a una nave fenicia o minoica, descubierto en un

peñasco cerca del lago Assawompset, en Massachussets (Estados Unidos). La dificultad en este caso concreto reside en que la enorme roca tallada se encontraba bajo las aguas y no fue descubierta hasta que, en 1957, debido a una gran sequía, el nivel de las aguas empezó a bajar. Debemos tener en cuenta que si el nivel de las aguas fue considerablemente más bajo en cierta época del pasado remoto, el nivel de las aguas de los lagos interiores también tenía que ser más bajo, lo que explicaría no sólo el misterio de esta talla submarina representando un barco, sino también las construcciones submarinas existentes en algunos lagos de Nueva Inglaterra (Estados Unidos) y de Haití. Por lo tanto, los vestigios de culturas prehistóricas en América del Norte suelen encontrarse generalmente bajo las aguas del anaquel continental, de las bahías costeras, ensenadas y de los estuarios.

En tierra firme, sin embargo, se han llevado a cabo diversos descubrimientos en lugares muy distantes entre sí, que han revelado la existencia de poblados en la zona oriental de Estados Unidos pertenecientes a una cultura mediterránea o posiblemente atlántica. Tales vestigios son tan impropios de esta zona del mundo que han pasado desapercibidos, viéndose afectados de modificaciones y otras alteraciones destructivas antes de ser estudiados científica y detalladamente. Un buen ejemplo de esto último lo constituyen las maravillosas construcciones megalíticas de Mystery Hill, en North Salem (estado de New Hampshire, USA), donde, a cuarenta kilómetros de la actual costa atlántica, se encuen-

tran veintidós estructuras pétreas ruinosas en la cima de una colina de sesenta metros de altura. Estas estructuras, llamadas antiguamente Cuevas de Pattee, ya que Jonathan Pattee fue el primer colono que se estableció en aquella colina, fueron utilizadas por él para construir una bodega y un almacén, sin preocuparse de su antigüedad ni de cómo llegaron a parar allí. Poco a poco, estas históricas piedras tuvieron un triste destino arqueológico: fueron utilizadas en la construcción de las alcantarillas de la ciudad de Lawrence (estado de Massachussets).

Lo que quedó de estas ruinas fue finalmente adquirido por la Asociación de Investigaciones de Antigüedades de Nueva Inglaterra (New England Antiquities Research Association) la cual, bajo la dirección de Robert Stone, está llevando a cabo un vasto programa de investigación para establecer la identidad y antigüedad de estas construcciones. Actualmente, y gracias al método del carbono 14, se ha calculado su antigüedad entre 1225 y 865 años a.C.

Existen muchas teorías en cuanto a los constructores de estos pasadizos pétreos, túneles, cuevas megalíticas, menhires, dólmenes, y lo que parece ser una piedra de sacrificio. Hay quienes los atribuyen a los fenicios, a los cartagineses, a los minoicos, a los monjes irlandeses, e incluso a los indios. El famoso arqueólogo Robert Stone, que durante muchos años ha estado investigando en estas ruinas, tratando de buscar una explicación al relacionarlas con otros descubrimientos arqueológicos existentes en otros lugares del mundo, sostiene que son es-

tructuras megalíticas similares a las halladas en la península Ibérica, sobre todo en Portugal, y que se parecen en cierto aspecto a algunas construcciones prehistóricas descubiertas en Malta, Cerdeña y otras islas del Mediterráneo.

Aún no han podido ser interpretadas las inscripciones de Mystery Hill, aunque algunas letras o símbolos presentan cierto parecido con los del alfabeto fenicio. En 1948, se descubrieron en Mechanicsburg (estado de Pensilvania) otras letras aparentemente fenicias al ser halladas cerca de un millar de piedras marcadas no con inscripciones, sino sólo con letras fenicias. El arqueólogo Charles M. Boland, que investigó esta cuestión junto con el doctor William Strong, de Mechanicsburg, opina que estas piedras acanaladas fueron expresamente talladas para que encajaran unas con otras de acuerdo con cierto código alfabético.

Otras veces, lo que al principio se interpretó como meros petroglifos indios de fecha relativamente reciente, resultaron ser auténticas palabras en fenicio minoico, o en otra lengua de aquella época. Una prueba de esto fue la roca descubierta en 1885 cerca de Morganton (estado de Tennessee). En principio se pensó que se trataba de una inscripción en cherokee, ya que la tribu de los cherokees de Georgia tenía su propio alfabeto antes de que emigrara hacia el oeste. Sin embargo, al ser estudiada detenidamente por el doctor Cyrus Gordon, de la Universidad de Brandéis, experto en lenguas y civilizaciones antiguas, descubrió que la inscripción *for Jehu* estaba escrita en cananeo.

Más recientemente, en 1968, Manfred Metcalf, un funcionario del Ayuntamiento de Fort Benning (estado de Georgia), mientras buscaba piedras para construir un pozo, halló una con una extraña inscripción. Al ser estudiada por los doctores Gordon y Joseph Mahan, del Museo Colón de Arte, éstos descubrieron que se trataba de escritura minoica en la que se podía observar no sólo números, sino también el clásico símbolo minoico de las dos hachas.

Con relativa frecuencia se han llevado a cabo otros descubrimientos en Estados Unidos, cuya supervivencia ha sido debida a la emigración de los habitantes de Nueva Inglaterra y otras zonas de la costa central del Atlántico a las ciudades, al oeste y también a los grandes centros urbanos del este. Al quedar abandonadas estas extensas áreas de terreno, ello ha permitido a los arqueólogos encontrar en los bosques, ríos, lagos y otras zonas, restos de la cultura megalítica o pre-amerindia, así como otros artefactos correspondientes a la Edad del Bronce o quizá a la Edad de Piedra.

Varias pirámides escalonadas de piedra, rehuidas por los indios seminólas americanos, que sostienen haberlas visto, se afirma que están situadas en un lugar llamado Big Cypress Swamps of the Evergladés, al sudoeste de Okeechobee, y al norte del antiguo camino de peaje entre Fort Lauderdale y Naples (estado de Florida), en un cruce de este camino llamado Pasadizo del Lagarto.

Tales pirámides o montículos podían haber sido construidos por los pre-indios o por los indios caloosa, pues,

según los arqueólogos, esta tribu construyó montículos en forma de pirámide, revestidos de conchas, arcilla y barro, en la costa y cayos de Florida, y que podían haber sido los restos de una civilización mucho más antigua. Ante la evidencia de que la arqueología americana es mucho más antigua de lo que en un principio se creyó, viejos descubrimientos a los que no se otorgó ninguna importancia han vuelto a ser estudiados. En Virginia oriental (Estados Unidos), en una misteriosa gruta montañosa por encima del valle de Kanawha, cerca de Chelyan, fue descubierta en 1896 una gran estatua de madera, representando a una mujer que conducía una cría de búfalo. Cerca de esta gruta había un largo muro de piedra. Pues bien, los indios cherokees y shawnees de esta región no acostumbran tallar grandes estatuas de madera. Y cuando se les preguntó quién construyó aquella muralla de piedra, respondieron de la misma manera que los indios sudamericanos ante similares preguntas, es decir, que un pueblo de raza blanca había vivido en el valle mucho tiempo antes que ellos. Esta Madonna de Búfalo dio origen a numerosas teorías que sostenían que los pre-indios habían logrado domesticar al búfalo, utilizando su carne, su cuero y empleándolo como medio de transporte de personas o de materiales. La Madonna del Búfalo se exhibe hoy en el Museo de Montreal (Canadá), y está considerada como una pieza de singular valor, perteneciente a la civilización de los Constructores de Montículos, sobré todo la de Adena, que se remonta al año 1500 antes de Cristo.

La civilización de los Constructores de Montículos

representa otro hito arqueológico que ha perdido su halo de misterio, ya que existen muchas pruebas de la misma, si bien éstas van desapareciendo con el paso del tiempo y la acción de los *bulldozers*.

Los primeros pobladores del sur y del centro de Estados Unidos descubrieron millares de montículos o pirámides truncadas a lo largo de los valles del Mississíppi y de Ohio y de casi todos los ríos del Medio Oeste y de la región del golfo de México. Algunos de estos montículos eran enormes, como el montículo Cahokia, en el estado de Illinois, que cubría una superficie de dieciséis acres y era tan alto como un edificio de diez pisos. Otros eran pequeños y parecían más bien tumbas. Algunos tenían la forma de un animal, como, por ejemplo, el montículo de la Serpiente, cerca de Louden (estado de Ohio), que es la representación más grande del mundo de una serpiente (sus fauces abiertas medían 1,5 metro de largo). Y otros montículos eran aparentemente altas plataformas para templos. Algunos parecían constituir la base de edificios o ciudades enteras circunvaladas por murallas de tierra. El doctor James Ford, del Museo Americano de Historia Natural, ha calculado que la cantidad de tierra utilizada en el montículo-ciudad de Poverty Point (estado de Louisiana) es 35 veces mayor en volumen que la gran pirámide de Egipto.

Al principio, los primeros pobladores de estos lugares no se dieron cuenta del valor histórico y arqueológico de dichos montículos utilizándolos como refugio en tiempos de tormenta, riadas y otras catástrofes. Cuando

se preguntó a los indios sobre los montículos, éstos contestaron que habían sido construidos hacía ya mucho tiempo por un pueblo muy antiguo cuya identidad desconocían. Los primeros pobladores de estas regiones destruyeron o alteraron dichos montículos, bien para limpiar las tierras, bien para edificar encima o alrededor de los mismos. Más adelante, empezaron a excavarlos pensando que encontrarían algún tesoro. Un complejo de estos montículos ha podido conservarse intacto debido a que se encontraba en un terreno de golf en Newark (Ohio).

Durante el siglo XIX, se despertó un gran interés por estos extraños montículos en los jóvenes Estados Unidos, deseosos, psicológicamente, de poseer sus propias tradiciones de extrema antigüedad. Robert Silverberg, en su documentado libro *The mound Builders of Ancient América,* nos habla del gran entusiasmo de los investigadores de aquella época, al darse cuenta de las extrañas esculturas, las efigies en forma de animales, los artefactos de cobre, los yelmos, las armas y piedras semipreciosas descubiertos en aquellos montículos. Entusiasmo que les llevó a considerar a los constructores de montículos como descendientes de los atlantes, de los galeses, e incluso de las diez tribus perdidas de Israel. Atribuyeron a estos misteriosos habitantes preindios la construcción de enormes ciudades y la domesticación del búfalo y del mastodonte, llegando a suponer que utilizaron estos dos animales en la construcción de los gigantescos montículos y otros trabajos de tierra.

Los investigadores de épocas posteriores sostuvieron

otras teorías muy distintas en cuanto a estos constructores de montículos, afirmando que dichos montículos fueron construidos por unos antepasados mucho más remotos de estas tribus de indios que, más tarde, se olvidaron de ellos, o bien, retrocedieron culturalmente hasta el extremo de no saber continuar aquellas construcciones. Durante los últimos 160 años, se despertó cierto escepticismo en cuanto a los numerosos descubrimientos hechos en los millares de montículos que durante este tiempo fueron abiertos y saqueados. En un antiguo montículo de Wisconsin (Estados Unidos) se descubrió un interesante brazalete de plata con unas extrañas inscripciones grabadas en el mismo. Examinadas por los expertos, correspondían fonéticamente a la palabra «Montreal». En otro montículo de Illinois se descubrió una lámina metálica con unas inscripciones muy parecidas a caracteres chinos. Pues bien, una vez examinada, dicha inscripción correspondía, efectivamente, a una palabra china relativa a una especie de té. Sin embargo, el hecho de que los indios utilicen actualmente dichos montículos para enterrar a sus muertos o el que algunos investigadores intenten separar la historia de América de su Prehistoria, ello no afecta en nada a la importancia de estos antiguos montículos.

Actualmente, parece evidente que los montículos en forma de pirámide existentes en la zona meridional de Mississíppi y en la región del golfo de México fueron influenciados por las civilizaciones de México, mientras que los montículos existentes en las zonas septentrionales se hallaron sometidos a otras influencias, quizá más

antiguas. Si los montículos de los Estados Unidos fueron construidos por unas tribus indias culturalmente avanzadas, que más tarde olvidaron el sistema de construcción de los mismos, ello parece encajar con la tendencia retrógrada de la cultura americana y de otras mucho más antiguas, en las que, a medida que retrocedemos en el tiempo, se encuentra un nivel cultural mucho más elevado que en los siglos siguientes. Esto es cierto en México, donde los aztecas no lograron superar la civilización de sus predecesores (los toltecas o los olmecas), si bien debemos admitir que conservaron gran parte de sus conocimientos científicos, artísticos y literarios, así como la práctica de sacrificios humanos y canibalismo. Lo mismo ocurre en la tierra de los mayas, donde existía una gran civilización antes de que llegaran los conquistadores españoles, así como en el Imperio inca de Sudamérica cuyas construcciones, a pesar de ser tan grandiosas, no pueden compararse a las anteriores a ellos, y que, según la opinión común, recuerda la pérdida del arte de la escritura.

Esto es asimismo cierto en el caso de las islas del Pacífico, donde aquellas civilizaciones que fueron capaces de erigir en épocas remotas ciudades de piedra y enormes estatuas han decaído hasta llegar al barbarismo y al canibalismo. En algunas de las grandes ciudades del sudeste asiático podemos encontrar pruebas de cómo una gran civilización ha ido decayendo poco a poco hasta desaparecer por completo. Entre éstas se encuentran los templos desaparecidos de las ciudades de Ankor Wat y de Ankor Thom, en Camboya, de los que sólo

quedan algunas piedras talladas. En cuanto a las casas de madera de estas inmensas poblaciones metropolitanas se han ido deteriorando durante estos últimos mil años, hasta desaparecer completamente. Lo mismo ha sucedido con las enormes ciudades de las selvas de Ceilán, Anuradhapura y Polarmaruwa, la primera de ellas con un perímetro de 30 kilómetros y una población de más de un millón de habitantes.

Existen muchas ciudades perdidas en las selvas de Centroamérica que podrían arrojar más luz sobre la Prehistoria del Nuevo Continente. Algunas de ellas fueron descubiertas desde el aire por pilotos de aviación, los cuales observaron unas simétricas y misteriosas colinas cubiertas de árboles. Luego resultaron ser templos y palacios de antiguas ciudades mayas.

Existen persistentes e intrigantes leyendas, periódicamente resucitadas, relativas a otras ciudades perdidas, aún no descubiertas, en las selvas del Brasil o del Amazonas, según las cuales los descendientes de los constructores de la Edad de Piedra siguen aún viviendo allí. Estas ciudades, sobre todo una llamada Manoa, ya eran, conocidas por los primeros españoles y portugueses que llegaron a aquella zona en busca de oro. He aquí la descripción que hicieron los indios de dicha ciudad al capitán español Francisco López durante la época de la conquista del Perú; una descripción que entusiasmaría a más de un buscador de tesoros: «*...Ma-Noa se encuentra en una isla situada en el centro de un gran lago de agua salada. Las murallas y los techos de esta ciudad son de oro puro. Todos los platos que se utilizan en el palacio...*

son de oro puro y plata, e incluso las cosas más insignificantes están hechas de cobre y plata... En el centro de la isla se encuentra un templo dedicado al Sol. Alrededor de los edificios se encuentran unas estatuas de oro que representan a unos gigantes. También hay árboles hechos de oro y plata en la isla... y la estatua de un príncipe cubierta completamente con polvo de oro.»

Durante cientos de años se ha hablado mucho de esta ciudad colmada de tesoros, en cierta época habitada por indios de piel blanca. Según otras versiones, sus alrededores eran frecuentados por una peligrosa y salvaje tribu de indios. Algunos han llegado incluso a indicar su situación geográfica (región del Amazonas, norte de Guayanas y Venezuela) contribuyendo indirecta y considerablemente a que esta vasta zona fuese explorada por aventureros y buscadores de tesoro. Incluso sir Walter Raleigh trató inútilmente, en 1595, de localizar esta ciudad de tan vastos tesoros. Confiando en la veracidad del informe de un tal Raposa, que aseguraba haber visitado aquella ciudad de oro en 1743, en 1764 se organizó una expedición brasileña de cuatrocientos hombres bajo el mando de un tal Bodavilla, de los cuales sólo regresaron veinticinco sin haber descubierto la misteriosa y rica ciudad de Ma-Noa. En otra ocasión, un ejército entero integrado por 1.400 brasileños desapareció en la selva. La búsqueda de la ciudad de oro de Ma-Noa ha costado la vida a muchos exploradores incluso en nuestros días: en 1925 desapareció el coronel Fawcett, y más recientemente el explorador francés R. Manfrais, en 1950.

Considerando que muchas «ciudades perdidas» han sido descubiertas recientemente en las selvas americanas, desde la famosa ciudad de Machu Picchu en el Perú, hallada a principios del siglo XX, hasta la metrópolis maya de Dzibilchaltún, de tres mil quinientos años de antigüedad, localizada veinte años después bajo la maleza de la selva, a pesar de que sólo estaba a unos cuantos kilómetros de la ciudad de Mérida (México), no ha vuelto a descubrirse ninguna más. Es muy posible que una o más ciudades de piedra se encuentren aún ocultas en el Brasil, en Venezuela o en Guayanas, ya que muchos pilotos de aviación aseguran haber visto algunas mientras volaban por encima de estas regiones selváticas americanas, si bien, en otros vuelos sobre dichas zonas, no lograron volver a localizarlas.

Lo que ya parece más dudoso, aunque no imposible, es que aún existan supervivientes de estas antiguas civilizaciones ocultos en secretas ciudades sudamericanas rodeadas por terrenos imposibles de atravesar, reacios a tratar con gente extraña y defendiendo su independencia con sus mortíferos dardos ponzoñosos. Dado el gran número de leyendas sobre tierras ricas en oro referidas por los indios a los exploradores, es muy posible que éstos engañasen a los hombres blancos y les enviaran a lugares muy lejanos de aquellos donde ellos situaban dichas zonas o ciudades ricas en ese metal precioso.

Pero las últimas palabras del explorador coronel Fawcett, puesto que nunca regresó de su expedición, despertaron cierta fascinación, no sólo entre los buscadores de oro, sino también entre aquellos que deseaban

investigar el pasado e iluminar sus oscuros y ocultos secretos. Estas fueron las últimas palabras del explorador coronel Fawcett:

«Una cosa es cierta: la respuesta al misterio y enigmas de Sudamérica —y quizá de todo el mundo prehistórico— podrá ser hallada cuando se localice el lugar de esas ciudades antiguas y puedan ser accesibles a la exploración científica. Lo único que sé es que esas ciudades existen... Yo mismo he visto parte de ellas... y éste es el motivo por el que estoy decidido a seguir adelante... Los restos parecen ser las avanzadas de grandes ciudades, las cuales..., estoy convencido de ello, pueden ser descubiertas si se organiza una auténtica expedición científica dotada con todos los medios. Desgraciadamente, no he tenido éxito al tratar de persuadir a los hombres de ciencia, pues ni siquiera han querido aceptar la sencilla suposición de que Brasil contiene las huellas de una antigua civilización. He explorado muchas regiones... Los indios me han repetido una y mil veces la existencia de tales construcciones, las características de la gente que las habitan, y las extrañas cosas que se encuentran más allá...»

Aparte de las ciudades perdidas en las selvas, de aquellas otras situadas en las cimas de montañas inaccesibles o sumergidas como ruinas bajo el anaquel continental, otros importantes descubrimientos relativos a la primitiva arqueología americana o vestigios de visitantes a la antigua América, que procedían de otros lugares, han sido descubiertos en unas cuevas del Yucatán. Una prueba de esto es el conjunto de cuevas de Lo-

ltún, en las colinas de Púuc del Yucatán central. El doctor Manson Valentine, famoso arqueólogo y zoólogo, que ha llevado a cabo grandes descubrimientos en este lugar, dice lo siguiente:

«Desde el punto de vista arqueológico, Loltún es quizá el complejo subterráneo más importante de América. Existen numerosas y antiguas leyendas que se refieren a este lugar. La palabra "Loltún" significa "flor de piedra", y ello obedece a que la distribución de los espaciosos pasadizos y cámaras adopta la forma de una gigantesca flor con los pétalos abiertos. De todos modos, la "flor de piedra" (muy parecida al loto) es un arcaico y venerado símbolo universal que se encuentra en muchos templos, adornando la frente de los dioses, del mundo antiguo, incluyendo el de los mayas. También está íntimamente relacionada con el más significativo y ubicuitario de todos los símbolos: el círculo-cruz. Loltún puede ser comparado con este símbolo si tenemos en cuenta que sus pasadizos, unidos entre sí, parecen los radios de una rueda. Aquí, en esta fabulosa caverna conocida y utilizada por el hombre desde tiempos muy remotos, encontramos la prueba de que sus numerosas tallas, formaciones modificadas y glifos no fueron efectuados por los mayas, sino por una raza (o razas) mucho más antigua...»

Entre los numerosos y extraños descubrimientos efectuados por el doctor Valentine se encuentran estatuas gigantescas, aparentemente talladas en una edad extremadamente remota en pilares de roca, estalactitas y estalagmitas existentes dentro de estas cuevas de Loltún. Las huellas dejadas por el agua en estas cavernas y en estas estatuas indican que las cuevas, actualmente

a varios metros por encima del nivel del mar, estuvieron bajo el agua después que las extrañas figuras pétreas fuesen talladas. La teoría según la cual toda la sección de piedra caliza de la zona estuvo bajo el nivel del mar fue corroborada tiempo después cuando unos buceadores, mientras se hallaban explorando los pozos sagrados o *cenotes,* localizaron muestras de vegetación marina oceánica.

Aunque generaciones enteras de mayas ocuparon el complejo cavernícola de Loltún, gran parte del mismo aún sigue sin explorar, las estatuas más antiguas, talladas antes de que las cuevas fuesen inundadas por las aguas, parecen haber sido realizadas por un pueblo de cultura completamente diferente. A este respecto, el doctor Valentine nos dice lo siguiente:

«Una de esas figuras, que representa a un siniestro gigante barbudo de tres metros de estatura, tiene alas, y su cuerpo se halla perforado vertical y horizontalmente con numerosos orificios, los cuales, probablemente, fueron utilizados para colocar antorchas u otros accesorios ceremoniales... Sin embargo, lo más extraño e importante de Loltún es el hecho de que existen numerosas piedras talladas representando rostros de hombres, animales, dioses, etc. Muchas de estas tallas no pertenecen en absoluto al arte maya. Y los rostros corresponden a unos hombres barbudos...»

Como suele suceder en todos los casos de restos muy antiguos de civilizaciones americanas, los pueblos indígenas que viven en dichos lugares o cerca de ellos sólo poseen vagas leyendas relativas a los mismos. Sobre este extremo, el doctor Valentine nos hace observar lo si-

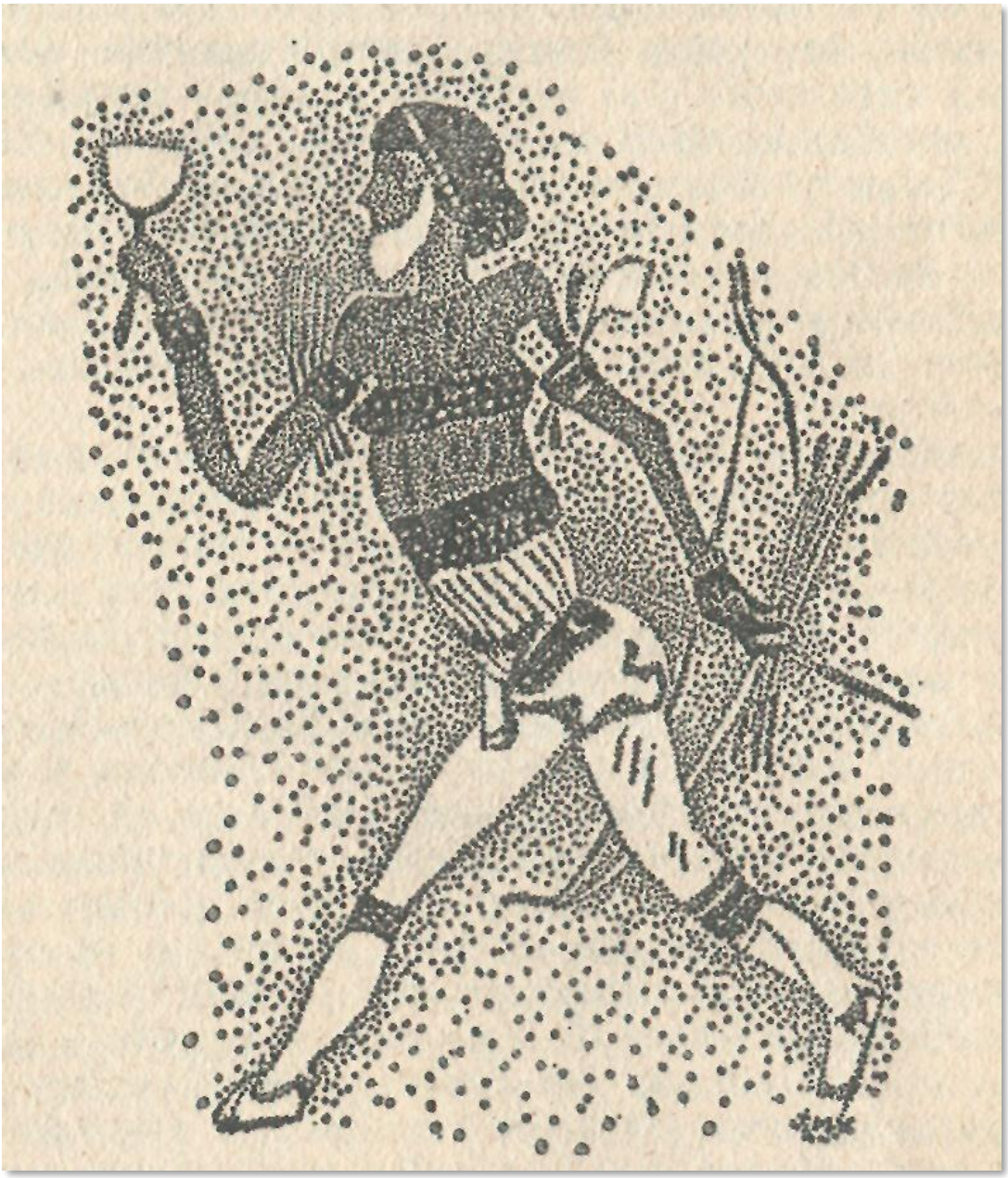
guiente:

«Los actuales descendientes de los mayas (como raza) sostienen que su pueblo no tiene nada que ver con esas tallas localizadas en Loltún y en otras cuevas cercanas. Aseguran que esas "cosas" fueron colocadas allí por los primeros habitantes del Yucatán, los pequeños y gibosos hombres llamados por ellos púus. Según cierta leyenda, los púus fueron completamente destruidos por una catástrofe que asoló en tiempos remotos el Yucatán, arrasando todo lo que había sobre la superficie de la Tierra y dejando sólo las tallas en las cuevas como testimonio de que un día las habitaron. Los descendientes de los mayas sostienen que más tarde, sus antepasados, los primeros mayas, entraron en dichas cavernas y encontraron estos extraños vestigios de los púus.»

Es un hecho muy natural que los pueblos atribuyan extrañas características físicas a sus antepasados, como ha sucedido frecuentemente en otras partes del mundo y como lo confirman aquellas leyendas que nos hablan de hombres de corta estatura, habitantes de las cavernas, o aquellas otras sobre antiguos gigantes. Así, los enanos o gnomos poseerían estas características físicas para tener más fácil acceso a las cavernas y vivir en ellas, mientras que los gigantes, como en el caso de los de las tierras andinas, irlandesas, mediterráneas, norteafricanas y los de las islas del Pacífico, debían tener esa enorme estatura ya que, de otro modo, no se explicaría esas enormes construcciones que se han descubierto.

Aquellos miembros de una raza diferente a la de los habitantes nativos de las costas e islas tenían forzosamente que parecer extraños y exóticos a estos últimos al

verlos por primera vez. Los indígenas hicieron reproducciones pictóricas de estos extranjeros, bien en la época en que fueron visitados por los mismos, bien copiando, más adelante, las estatuas, bajorrelieves o pinturas que sobrevivieron de los mismos. Los rasgos de tales representaciones tendían a hacer patente las distintas características raciales y físicas que los distinguían de ellos. Esto puede apreciarse en los rasgos africanos y mediterráneos observados en las pictografías antiguas americanas, en los extraños dibujos tallados en los monolitos de la isla de Pascua, en los raros dibujos de figuras vestidas descubiertos en las paredes de las cuevas de Tassili (África del Norte) y en las cuevas del desierto de Kalahari (Sur de África), así como los dibujos de la «gente del mar» pintados en los muros de Madinet Habu (Egipto). Incluso las más antiguas leyendas de Sumeria, el lugar del mundo donde se supone que tuvo lugar el nacimiento de la civilización, nos hablan de que ésta llegó a Sumeria procedente del mar. El denominador común de estas visitas de los «dioses procedentes del mar» a tribus y naciones es que vinieron en son de paz, trayendo la civilización con ellos, si bien existe un relato de Platón en el que nos habla de un ejército de atlantes llegados en son de guerra y que fueron detenidos por los atenienses.



Pintura descubierta en una caverna prehistórica del desierto de Kalahari (Sur de África). La vestimenta de la figura en la misma es impropia para el lugar y la época: aparentemente parece que lleva botas, guantes y otros atavíos difíciles de definir.

Aun a riesgo de atribuir motivos contemporáneos a unos pueblos tan antiguos de los que ignoramos sus aspiraciones o intenciones, podíamos sugerir que estos «dioses procedentes del mar», o simplemente hombres del mar, podrían haber llegado de lejanas tierras a aquellas ciudades subdesarrolladas del mundo con el

fin de establecer industrias (enseñando a las poblaciones nativas cómo fabricar ciertas cosas, tales como joyas, objetos de alfarería, telas, tallas de piedra, etc.) y luego traficar con ellas transportándolas a otros lugares civilizados del mundo. Es posible que muchos de estos objetos se encuentren actualmente bajo el mar o incluso bajo el hielo. Entonces, cabe dentro de lo posible que, al no regresar (quizá debido a catástrofes sucedidas en sus tierras), las poblaciones de estas diversas avanzadas permaneciesen esperando el retorno de los «dioses procedentes del mar» y, mientras tanto, continuasen fabricando los objetos cuya técnica aquéllos les enseñaron. Pero, a medida que iba pasando el tiempo y las sucesivas generaciones aprendían unas de otras este arte, sus objetos de artesanía fueron cada vez más imperfectos, y, finalmente, incluso el recuerdo del por qué estaban haciendo estas cosas, o quiénes hicieron los originales que ellos habían copiado, se perdió.

Existe un sorprendente paralelismo en nuestros días. Por ejemplo, los nativos de Nueva Guinea, durante la Segunda Guerra Mundial, se alegraron mucho de que los «dioses blancos» llegasen a su tierra en máquinas voladoras, trayendo todo género de asombrosas invenciones y tesoros que distribuyeron pródigamente entre los pasmados y asombrados nativos, dándoles incluso unas medicinas mágicas para curar algunas de sus enfermedades. Desde aquel día, en los villorrios perdidos en lo más profundo de sus selvas, los nativos siguen esperando aquellos «dioses blancos» que sus padres conocieron durante la Segunda Guerra Mundial, Y no sólo

esto, sino que estos indígenas y sus descendientes continúan construyendo lastimosas efigies de aviones, campos de aterrizaje, *jeeps* y arados utilizando tierra, palos, piedras y tejidos, con la esperanza de que una milagrosa visita de los dioses del cielo vuelva a repetirse de nuevo algún día.

IX

EL TELÓN DEL TIEMPO Y LAS EDADES PERDIDAS DEL HOMBRE

Si existió una avanzada cultura anterior a la antigua civilización que comenzó en el Oriente Medio, entonces no sólo debemos preguntarnos sobre las posibles huellas de la misma, sino también si el tiempo de aquella era fue de suficiente duración como para acelerar el crecimiento de la civilización en ciertas zonas de la superficie de la Tierra, algunas de las cuales podían haber estado sumergidas durante los siglos siguientes.

Durante los últimos años, el telón del tiempo ha ido descorriéndose a un promedio verdaderamente vertiginoso. Los descubrimientos del doctor Louis Leaky en África, aunque no universalmente aceptados como definitivos, indican que un tipo de homínido existió en Olduvai Gorge (Tanzania) hace un millón y medio o dos millones de años. En este punto no puede aplicarse la técnica del carbono 14, ya que ésta es sólo efectiva hasta los cincuenta mil años más o menos, por lo que

hay que utilizar el sistema del potasio argón en aquellos depósitos donde se han encontrado restos humanos y artefactos. Un muro, posiblemente construido por la mano del hombre, ha podido ser identificado, utilizando esta técnica, como perteneciente a este período tan increíblemente remoto. Evidentemente, un simple muro no constituye una prueba irrefutable de la existencia de una cultura o de una civilización, ya que los animales e insectos construyen sus moradas, como ocurre con los castores, las aves, las taltuzas y las hormigas, amén de cierta clase de pulpos que construyen sus refugios en las rocas submarinas y en los bancos de coral. Aparte de esto, algunos de los grandes monos, como el babuino, se ha averiguado que utilizan palos y piedras para defenderse de los ataques de otros miembros de su especie. Por lo tanto, la antigüedad del hombre primitivo debe calcularse quizá a partir del momento en que empezó a utilizar el lenguaje articulado (que aún no hemos podido averiguar) o cuando comenzó a manejar utensilios de piedra artificialmente modificados (ya que ningún animal es capaz de ello) o cuando comenzó a pintar, a hacer fuego, a domesticar a los animales irracionales y a cultivar los campos. Actualmente se sabe con toda certeza que los utensilios cortantes fueron utilizados hace un millón de años en las cuevas del Vallonet (Francia); así como las cortantes hachas de piedra descubiertas en Olduvai Gorge (Tanzania), junto con unos huesos de época contemporánea.

La luz apareció en el mundo, gracias a la habilidad del hombre en hacer fuego, hace setecientos mil o qui-

nientos mil años. Este importante paso adelante de la civilización, relacionado con una antigua leyenda inmortalizando a Prometeo, que robó el fuego de los dioses, puede proporcionarnos una simple, pero útil indicación para calcular el tiempo en que el hombre actuó como tal, diferenciándose de los antropoides. Pruebas antiquísimas de la utilización del fuego por el hombre han sido descubiertas en Asia, África y Europa. En China, sobre todo en Chou-Kou-Tien, cerca de Pekín, se han descubierto cráneos muy cerca de restos de cenizas cuya antigüedad se ha podido calcular.

La presente edad en que vivimos, período Holoceno, se remonta a once mil años, mientras que el período Pleistoceno, que le precedió, época en que se produjeron los glaciares, se remonta entre los quinientos mil y dos millones de años. Por lo tanto, cualquier consideración sobre la extrema antigüedad del hombre civilizado se situará a finales del período Pleistoceno, una teoría aún no aceptada por muchos prehistoriadores, pero de la que cada día existen más pruebas que la confirman.

La opinión general sobre el hombre prehistórico, alentada por las películas y la televisión, es que se trataba de una feroz criatura parecida a un mono, que vivía en cavernas, mataba a garrotazos a sus enemigos y roía los huesos de los animales que cazaba. Sin embargo, las recientes investigaciones antropológicas sobre la Prehistoria nos presentan un cuadro bien distinto en el que vemos al hombre primitivo viviendo en tribus y utilizando herramientas y otros utensilios. Generalmente suele clasificarse al hombre primitivo de acuerdo con

los períodos de tiempo correspondientes a los pueblos o regiones donde fueron descubiertas ciertas herramientas típicas para tallar la piedra y el hueso. El nivel cultural entre el período Paleolítico, Mesolítico y Neolítico queda determinado considerando si las herramientas utilizadas eran simplemente de piedra toscamente tallada (período Paleolítico) o pulimentada (períodos Mesolítico y Neolítico). Según los prehistoriadores, el período Neolítico comenzó hace treinta mil años.

Como es natural, en el estudio de un período tan remoto existen numerosas opiniones y discrepancias en cuanto al valor de los restos prehistóricos. Por ejemplo, hasta fecha muy reciente, las numerosas hachas prehistóricas de piedra descubiertas en Europa eran consideradas por el clero como armas arrojadas desde el cielo durante las batallas entre Dios y Satán.

Incluso en tiempos modernos ciertas teorías han sido revisadas de nuevo, tales como aquellas relativas a los numerosos cráneos machacados de gigantescos osos descubiertos en cuevas prehistóricas. ¿Por qué estaban allí estos restos óseos? Al principio se pensó en ciertos sacrificios rituales de animales en el fondo de estas misteriosas cavernas, o bien se consideró que eran simplemente los restos de una cacería o de alimentos. Sin embargo, hoy día se sabe que los prehistóricos habitantes de las cavernas, al disputar la posesión de éstas con sus eternos enemigos, los osos, esperaban a que éstos quedasen dormidos durante el período de hibernación y entonces les machacaban los cráneos arrojándoles enormes piedras.

Ciertos investigadores, al estudiar la época de las cavernas, no le conceden la debida importancia, al considerar que estos restos de la cultura prehistórica se han conservado por hallarse en las profundidades de dichas grutas.

Parece ser que el hombre de Neanderthal ocupó no sólo Europa sino también, y durante un largo período de tiempo (quizá durante ciento cincuenta mil años), otros lugares del mundo. Los modernos prehistoriadores han sido capaces recientemente de reconstruir su apariencia: cuerpo rechoncho, frente hundida y dotados de una poderosa musculatura.

Hace treinta o treinta y cinco mil años, una nueva raza, la de Cro-Magnon, apareció en Europa, contemporánea, pero no descendiente, de la del hombre de Neanderthal, a la que hizo desaparecer después de una larga guerra de exterminio. Según la mayoría de los antropólogos, el hombre de Cro-Magnon tenía una capacidad cerebral muy superior a la del hombre moderno y, considerando el desarrollo de sus armas, alimentación, estatuillas y pinturas (como las existentes en numerosas cavernas de Francia y España), se confirma su superior nivel cultural sobre el hombre de Neanderthal. El hombre de Cro-Magnon era alto, esbelto, bien formado y con una capacidad cerebral muy desarrollada. Recientemente se le preguntó al doctor Jerome Bruner, una autoridad mundial en el campo de la antropología, qué papel habría desempeñado un joven Cro-Magnon en una Universidad moderna como la de Harvard (la más famosa de los Estados Unidos). Pues bien, el doctor

Bruner contestó lo siguiente: «Sin duda alguna, no habría sido un mal alumno.»

No existe ninguna evidencia que permita suponer que el hombre de Cro-Magnon adquirió parte de la cultura del hombre de Neanderthal, ya que, durante todas las edades de la historia de la humanidad, tribus y naciones subdesarrolladas y avanzadas han convivido al mismo tiempo, hecho confirmado desde la época del hombre de Neanderthal hasta nuestros días, conservando cada una sus características culturales patrimónicas.

Por consiguiente, hace treinta o treinta y cinco mil años, con la repentina aparición del hombre de Cro-Magnon (en primer lugar en la bahía de Vizcaya, en la costa atlántica de Francia y España), ciertas huellas concretas de civilizaciones avanzadas más antiguas (incluso que las de Egipto y de Sumeria) pueden ser consideradas como evidentes.

Una característica peculiar de la aparición del hombre de Cro-Magnon en el continente europeo y África del Norte es que las diferentes olas de cultura parecen sucederse unas a otras, pero presentándose repentinamente cada una de ellas. Si observamos un mapa de Europa en el que estén indicados aquellos lugares en que se descubrieron restos prehistóricos y cavernas con pinturas en las paredes, forzosamente se llega a la conclusión de que los portadores de las nuevas culturas llegaron procedentes del mar a las costas orientales de Europa. Esta teoría, no tan extraña si consideramos los numero-

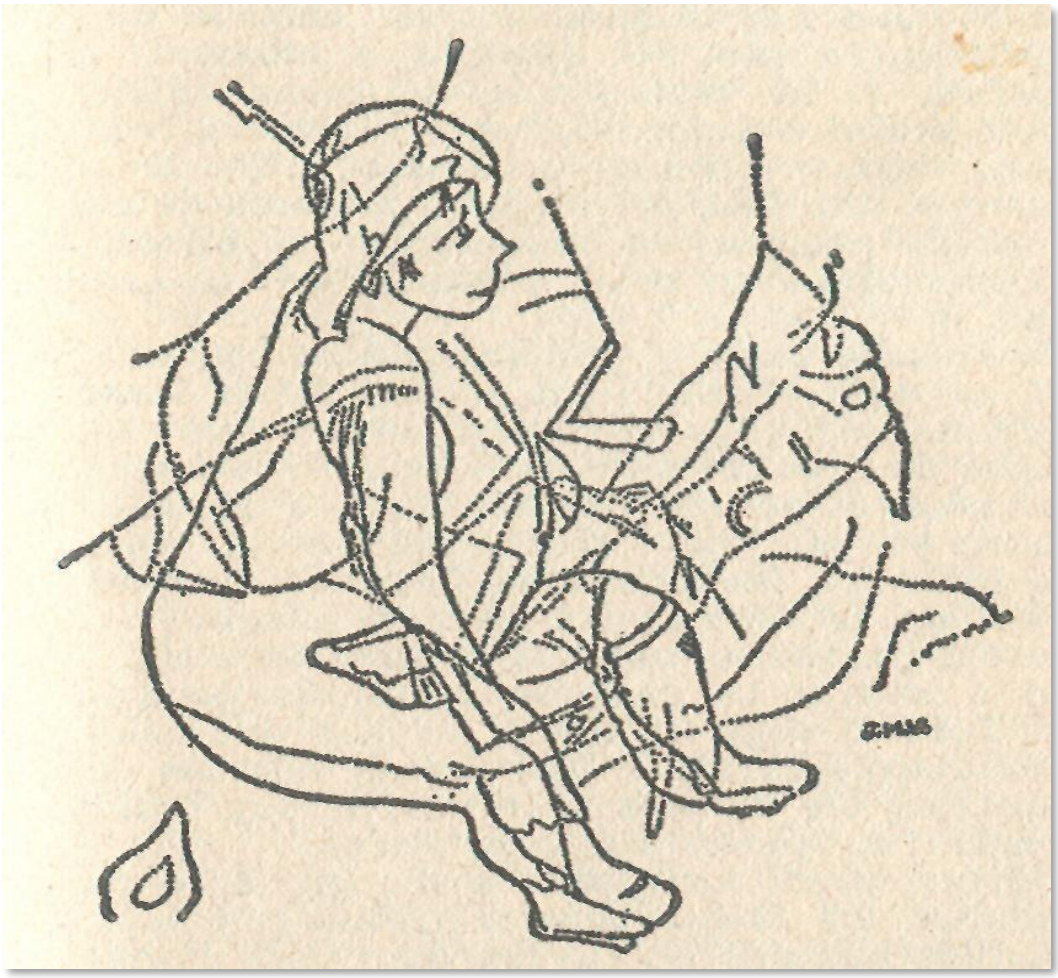
sos dibujos de barcos en el arte neolítico, es- aceptada por aquellos investigadores que defienden la existencia de un continente atlante preglacial. En efecto, según el prehistoriador Lewis Spence, la aparición de nuevas culturas prehistóricas en Europa, como la Auriñaciense, Magdaleniense y Aziliense (alrededor de treinta y dos, dieciséis y doce mil años respectivamente antes de nuestra era actual) corresponden a periódicos hundimientos de tierras oceánicas durante la retirada de los glaciares, o incluso durante las perturbaciones climáticas o sísmicas ocurridas durante los dos últimos períodos glaciares. Por lo tanto, si los habitantes de otros lugares de la Tierra vinieron a refugiarse en Europa, sólo habrían podido conservar una parte imperfecta del su civilización, pero hubieran continuado siendo un foco de cultura después de sus predecesores, los hombres de Neanderthal.

Por extraño que nos parezca, y a pesar de la escasez de restos y artefactos de que disponemos, algo de esto parece haber sucedido, no sólo con la llegada de los hombres de Cro-Magnon, sino también durante un extraño intervalo histórico después de que se hubieron establecido en Europa. Esto está relacionado con la aparición de la cultura solutrense (llamada así por haber sido descubierta en el pueblo francés de Solutré), hecho acaecido entre los períodos Auriñaciense y Magdaleniense, hace veintidós o veinte mil años. Las fantásticas y delicadas tallas en piedra de este misterioso pueblo (algunas hechas en piedras semipreciosas) no tenían ningún propósito utilitario según nuestro actual punto

de vista arqueológico. Resulta inexplicable que, en una época de la historia del hombre en la que suponemos que todos sus esfuerzos iban encaminados a mantener su cuerpo caliente, a obtener alimentos y a evitar el ser devorados por las fieras o presos por sus enemigos, este pueblo misterioso se dedicase a hacer delicadas y convolutas tallas. Utilizó piedras semipreciosas además del pedernal, como si tratase de combinar un arte que le era natural con una técnica de supervivencia que se había convertido en necesaria. Algunos de sus cuchillos y flechas están tan finamente tallados que no podían ser utilizados como armas sino, más bien, como instrumentos de ceremonia o como adornos. Las pinturas de sus cavernas estaban extrañamente desarrolladas, y muy sofisticadas. En cuanto a sus agujas de coser de hueso, de pequeños ojos, sugieren que fueron utilizadas para coser excelentes y primorosas ropas de cuero o de piel (lo que encaja con esa idea del hombre de las cavernas envuelto en la piel de un oso que tienen algunos).

Dibujos prehistóricos descubiertos en Lussac (Francia), actualmente sometidos a estudio en el Musée de l'Homme de París, nos presentan al hombre del Magdaleniense bien vestido con unas ropas extrañas de aspecto moderno. Aparte de esto, dichos dibujos constituyen una fantástica mezcla de estilos pictóricos recientes: abstracto, impresionista y expresionista. Algunas de las pinturas de las cavernas europeas y africanas de los períodos Auriñaciense y Magdaleniense son tan modernas, decorativas y sofisticadas en su técnica que incluso

se ha llegado a pensar que eran falsificaciones recientes.



Bosquejo de una cueva hallada en Lussac (Francia), de la época Magdaleniense, de 12.000 a 15.000 años de antigüedad. Aunque éste es uno de los bosquejos naturalistas más antiguos de un ser humano, la técnica utilizada es asombrosamente moderna y muestra unas vestimentas no relacionadas hasta entonces con seres de aquella edad tan remota. La existencia de agujas de coser curvas, hechas con huesos, sugieren, no obstante, la capacidad para confeccionar excelentes atavíos en aquellos tiempos.

Sin embargo, después de largos y minuciosos estudios llevados a cabo por autoridades en materia de pinturas prehistóricas, como, por ejemplo, el eminente sabio Abbé Breuil, se ha demostrado que eran auténticas. Un famoso prehistoriador, Robert Silverberg, después de examinar estas pinturas de Lussac, dijo lo siguiente: «*...hasta el año 1400 los mejores pintores de Europa no han*

sabido plasmar en sus lienzos ese aliento de vida que observamos en estas pinturas de las cavernas de Lussac...»

No se sabe cómo y por qué fueron hechas estas pinturas, es decir, ¿cómo han podido durar tanto tiempo los pigmentos? y, ¿cómo pudieron ser tan exactamente pintadas en esas cavernas tan oscuras? ¿De qué clase de iluminación disponían? Aparentemente no utilizaron antorchas, ya que no existen huellas de humo negro; en el techo de las cavernas. También se ignora si los dibujos de toros salvajes, leones, mamuts, rinocerontes, osos, gacelas, o caballos y otros animales representaban el éxito en las cacerías o eran simplemente ilustrativos. Pero lo más intrigante es por qué fueron pintados en cuevas de tan difícil acceso, algunas de las cuales, durante los últimos mil años, se han hundido y actualmente se encuentran bajo tierra.

Algunos prehistoriadores sostienen la teoría de que el hombre del Magdaleniense poseía poblados e incluso pueblos fuera de las cuevas, pero tales construcciones excepto las que son de piedra (las estructuras pétreas prehistóricas son las más difíciles de datar) y las que están conservadas bajo el lodo o las aguas, desaparecieron hace ya mucho tiempo. Más todavía: no es inconcebible que los hombres de la Edad de Piedra utilizasen la argamasa, ya que tanto los mayas de Centroamérica como los indios chibchas de Colombia la utilizaron, ambas culturas pertenecen a la Edad de Piedra. Pero a través de los siglos, tanto el ladrillo como el yeso, el estuco o la argamasa se deteriorarían más rápidamente en los bosques o zonas sujetas a extremados cambios climáticos

que en un clima seco como el de Egipto y tierras vecinas, que son precisamente los lugares donde se han encontrado los pueblos y ciudades más antiguos del mundo: la ciudad amurallada de Jericó y las ruinas de Wadi-ál-Natuf, cuya antigüedad se remonta a diez mil años. También es posible que las arcaicas estructuras pétreas de las costas occidentales de Europa y de América sean más antiguas de lo que en un principio se creyó. En efecto, cabe dentro de lo posible que hayan sido reparadas o parcialmente reconstruidas por generaciones posteriores, que les han dado un aspecto más reciente. El padre Poidebard, llamado «el arqueólogo francés del aire», fue uno de los primeros en hacer sensacionales descubrimientos desde el aire, y comprobó en sus excavaciones efectuadas en el Oriente Medio que los planificadores de pueblos y arquitectos militares romanos habían incorporados simplemente los antiguos sistemas asirios, babilónicos e hititas en sus planos (los hititas ya habían llevado a cabo construcciones durante la Edad de Piedra). Es el mismo caso de las gigantescas pirámides descubiertas en América, las cuales, cuando son excavadas, revelan una o más pirámides dentro de las mismas, cada una de ellas cubierta por otra más reciente. De la misma forma, páginas enteras de la historia de la humanidad podían haber encubierto razas más recientes por no haberse juzgado que existía una relación con la historia de sus antepasados, utilizando únicamente lo que era interesante de las viejas culturas.

A lo largo de la historia existen numerosos casos de grandes y poderosas ciudades que desaparecieron sin

dejar la menor huella. En el caso de Babilonia, gran metrópoli que llegó a tener una población de varios millones de habitantes, se perdió su verdadera situación bajo las arenas del desierto hasta que fue redescubierta al cabo de dos mil años. Lo mismo ocurrió con Spina. Esta gran ciudad marítima y comercial de los misteriosos etruscos, los legisladores prerromanos de Italia, no fue redescubierta hasta el año 1935, y ello gracias al azar, al observarse por casualidad bajo las aguas de los pantanos de la costa las sombras difusas de antiguos palacios, edificios, calles y canales.

Otras antiguas ciudades que han podido ser descubiertas, tales como Tiahuanaco, algunos centros urbanos de la Edad del Bronce en Europa septentrional, ciudades abandonadas en los desiertos del Asia central y en el valle del Indo, se han perdido para la historia en el sentido de que no existen manuscritos contemporáneos relativos a ellas en los que podamos documentarnos. Los antiguos caldeos establecieron un amplio espacio-tiempo para las culturas prehistóricas, fijando un período de 39.180 años exactamente entre el diluvio y la primera dinastía histórica.

Y es que sólo podemos hablar de historia cuando ésta se halla escrita y podemos disponer de datos relacionados con la misma. Al carecer de manuscritos sobre las antiguas culturas y civilizaciones, nos hallamos sumergidos en un mar de conjeturas y suposiciones. Y por ello, miles de años de Prehistoria vienen a quedar reducidos a un conjunto de leyendas que luego, con el paso del tiempo, llegan incluso, a olvidarse.

Una importante ciudad prehistórica que aún no ha sido descubierta, a pesar de los numerosos manuscritos existentes que hablan de ella, es la fabulosa Tartessos, situada en la costa sudoeste de España, cerca del lugar donde actualmente se encuentra la ciudad de Cádiz. Aunque disponemos de datos que nos hablan de su conquista y destrucción por los cartagineses en el año 533 a. C, así como numerosas referencias sobre su prosperidad y poderío en antiguos escritos griegos, como también alusiones sobre Tarshis (o Tartessos) en la Biblia, aún no ha podido ser localizado el lugar en que se hallaba situada tan fabulosa ciudad. Se supone que puede hallarse bien bajo el mar, bien bajo el fango del estuario del río Guadalquivir o incluso bajo las actuales calles de Sevilla. Existen otras ruinas ciclópeas en Niebla y Ronda (España), descubiertas al producirse grandes riadas y desbordamientos en el año 1923, que se considera podrían tener alguna relación con la desaparecida Tartessos. Asimismo, cerca de Huelva existen unos enormes rompeolas y unas escaleras de piedra que se parecen a los trabajos ciclópeos de albañilería realizados por los incas y sus antecesores.

Un aspecto muy interesante de Tartessos o Tarshis es que se hallaba situada en la costa oceánica de España, así como que disponía de una importante flota mercante. La Biblia, al describir la magnificencia de la corte de Salomón, habla específicamente de este comercio con la ciudad de Tartessos en el *Libro de los Reyes,* capítulo 10, versículo 22: «Pues el rey disponía en el mar de la armada de Tarshis y de la armada de Hiram. Una vez ca-

da tres años llegaba la armada de Tarshis trayendo oro, plata, marfil, monos y pavos reales.» Y también en el *Libro de Ezequiel,* capítulo 27, versículo 12, leemos lo siguiente: «Tarshis era una ciudad comercial importante en razón de la multitud de todo género de riquezas, como plata, oro, plomo y estaño, con que traficaban en sus ferias...» Uncís antiguos manuscritos griegos nos refieren que la plata abundaba tanto en Tartessos que los barcos que hacían escala en aquella ciudad sustituían sus anclas de plomo por unas de plata en su viaje de regreso.

La presencia de esta metrópoli mercantil en la zona oceánica de Gibraltar ha dado origen a unas teorías en las que se sostiene que Tartessos era la legendaria Atlántida, y que los griegos y minoicos que la visitaron fueron, en cierto modo, los primeros en propagar el descubrimiento de esta poderosa y rica ciudad que, en efecto, «desapareció» después de su conquista. Por cierto que Cartago estableció un pacto con Roma según el cual sólo las naves cartaginesas podían navegar más allá del estrecho de Gibraltar.

Esta desaparecida cultura de Tartessos tenía fama de haber utilizado la escritura, gracias a la cual los habitantes de esta legendaria ciudad pudieron redactar manuscritos miles de años antes de su desaparición. Estrabón, un historiador griego del siglo I a. C, dice lo siguiente sobre los habitantes de Tartessos: «Son los más civilizados de todos los iberos. Conocen la escritura y poseen antiquísimos libros, poemas y leyes redactados en verso a los que atribuyen una antigüedad de siete mil años»

(*El autor desconoce el desciframiento de la lengua y alfabeto ibero, conseguido a mediados de nuestro siglo por el arqueólogo español M. Gómez Moreno, actualmente aceptado por todos los científicos contemporáneos. (N. del E.)*).

En el sudoeste de España, África del Norte y en las islas Canarias se han descubierto ciertas inscripciones en roca que parecen ser alfabéticas y no escritura pictórica (*Actualmente consideradas, en su mayoría, como inscripciones ibéricas, de alfabeto independiente, aunque con relaciones con los de origen mediterráneo. (N. del E.)*). Estas inscripciones parecen fenicias o etruscas, pero aunque aún no han podido ser descifradas, muchos prehistoriadores las relacionan con la escritura de Tartessos. Una inscripción grabada en un anillo descubierto por un arqueólogo alemán (*Se refiere al profesor Adolf Schulten, que buscó, sin éxito, el reino de Tartessos por el sur de España (N. del E.)*) cerca del lugar donde se supone que estuvo la legendaria Tartessos muestra un escrito que puede ser pronunciado en idioma etrusco, pero cuyo significado es indescifrable.

La cuestión de cuándo fue inventado el alfabeto es realmente intrigante, ya que el mismo alfabeto, generalmente atribuido a los fenicios, sólo se remonta al principio del segundo milenio a. C. Esto, desde luego, no significa que el hombre no escribiera antes de dicha época, sino simplemente que no utilizaba una escritura con valores alfabéticos, es decir, deletrear las palabras utilizando letras individuales en lugar de dibujos, como ocurre con los jeroglíficos egipcios, las ideografías chinas u otros sistemas más sencillos como la escritura cu-

neiforme de los babilonios que representaban sílabas completas. La escritura silábica aún se utiliza en el idioma moderno japonés, en el coreano y en otros escritos, pero en general resulta engorroso debido a los números y símbolos adicionales necesarios, aparte de que no es tan efectivo como el alfabeto fonético. El alfabeto original fenicio, del que parecen derivar todos los demás alfabetos, se empezó a utilizar en Biblos (Líbano), donde ya se usaba hace más de cuatro mil años. De la palabra Biblos derivan aquellas otras como Biblia, bibliografía, bibliófilo, etc.

El hecho de que el tipo de escritura fenicia fuese descubierto en las zonas occidentales del Mediterráneo, en la costa oeste de España, en las islas, del Atlántico y en el Nuevo Continente implica que los fenicios no sólo eran unos grandes navegantes, como ya hemos visto, sino que otros pueblos africanos, ibéricos y atlánticos, aparentemente, utilizaban este alfabeto para escribir sus propias lenguas. Muchas de las inscripciones fenicias descubiertas en la zona del Amazonas, en algunas rocas de las islas atlánticas e incluso en la costa de los Estados Unidos parecen ser meras falsificaciones, aunque existe la posibilidad de que, aunque las letras puedan ser fenicias, el lenguaje sea diferente.

Dada la extrema antigüedad de Tartessos y la atribuida antigüedad de sus escritos, así como las indescifrables inscripciones españolas y norteafricanas, nos vemos obligados a considerar la intrigante posibilidad de que los fenicios no desarrollasen su alfabeto de las fuentes cuneiformes y jeroglíficas de que disponían,

sino que podían haberlo obtenido de otras fuentes durante sus largos viajes por mar a otras tierras, utilizándolo como medio de entenderse en su comercio con los habitantes de dichas tierras.

La teoría más interesante sobre el origen del alfabeto la ha expuesto el famoso lingüista Hugh Moran en su obra *The Alphabet and the Ancient Calender Signs* y el investigador doctor Cyrus Gordon, autor de numerosos libros sobre la antigua cultura mediterránea. Esta teoría consiste brevemente en que nuestro alfabeto derive de los signos del Zodiaco, a los que se ha añadido ciertos signos para contar los días del mes lunar.

El alfabeto (o alfabetos) original se componía generalmente de casi treinta fonemas o letras, por lo que se deduce que se hallaba influenciado por el número de días del mes así como por el número de signos del Zodiaco y otras constelaciones. Los antiguos navegantes forzosamente tenían que haber dispuesto de algún medio para calcular los días que duraban sus periplos, por lo que tenían que haber inventado unos números simplificando sus signos que luego se podrían haber convertido en su alfabeto. Se sabe que, en los primeros alfabetos, las letras se utilizaban tanto para escribir como para contar. En el caso del idioma hebreo, una lengua antigua que aún se utiliza, los números eran expresados por las letras del alfabeto. Así, las palabras *alef, bet, gimmel* y *dalet* corresponden a los números 1, 2, 3 y 4. Esto podemos observarlo incluso hoy día en algunos relojes y relojes de pared construidos en Israel, los cuales tienen letras hebreas en lugar de los números ro-

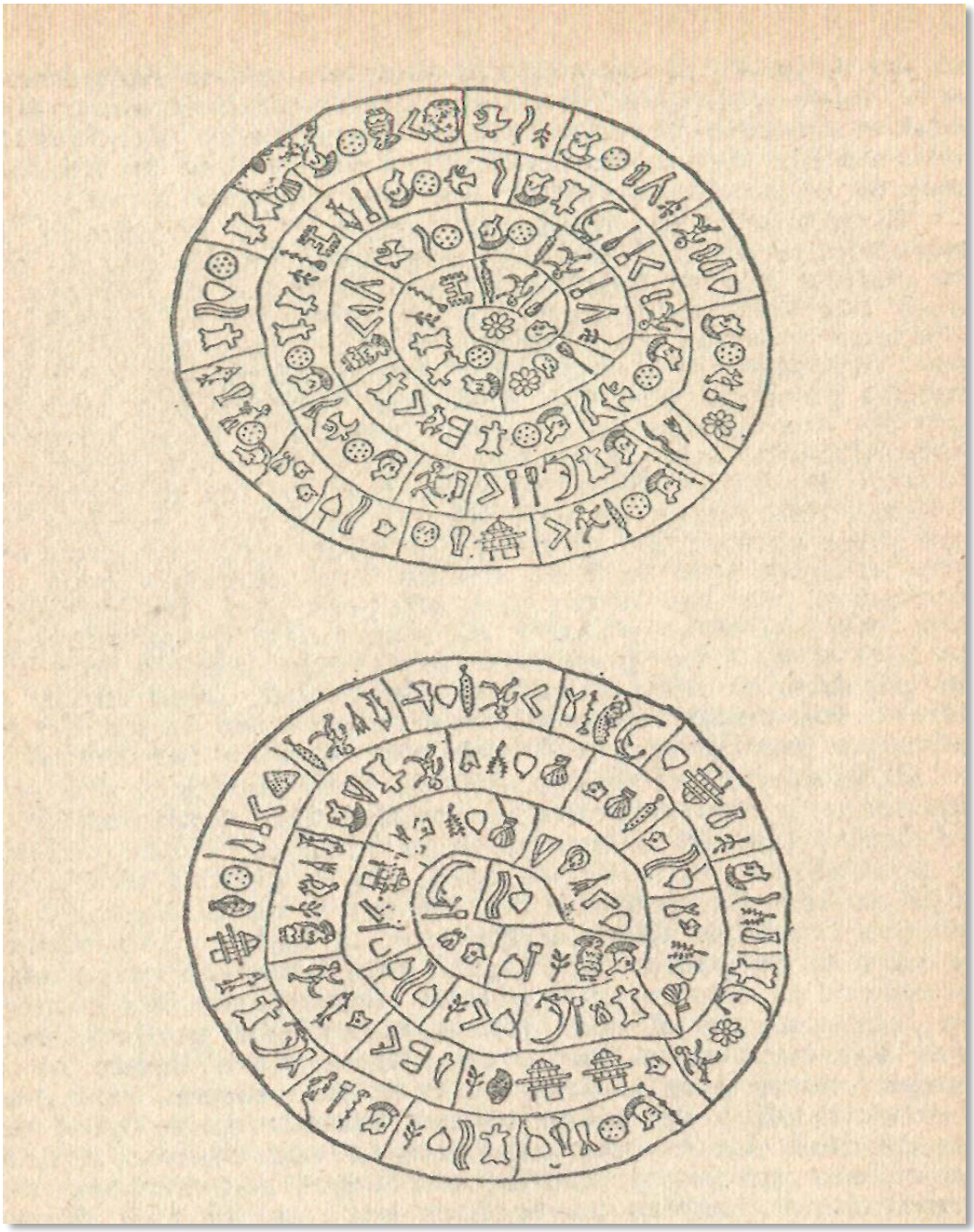
manos o arábigos para indicar las horas.

El misterio del origen del alfabeto fonético, por consiguiente, puede remontarse incluso a la consecución de un logro científico mucho más antiguo, el de contar; y el alfabeto podía haber sido, según ciertas teorías, el hijo de las matemáticas. El concepto de alfabeto, o escritura fonética, fue ciertamente un «gran paso adelante para la humanidad», citando esta frase del astronauta Shephard al comentar el primer desembarco del hombre en la Luna, sin el cual jamás habríamos podido registrar los suficientes datos científicos para llegar hasta nuestro planeta nocturno. De la misma forma, este gran logro científico del alfabeto fue iniciado quizá hace miles de años. La misma Luna, cuyas fases fueron tenidas en cuenta por los primeros astrólogos, astrónomos, matemáticos o simples navegantes para calcular el tiempo cósmico, junto con los signos del Zodiaco podían haber dado lugar a un sistema de signos que luego se convirtió en el alfabeto.

El Disco de Faistos, en Creta, un disco de barro con figuras jeroglíficas impresas en espiral a ambos lados, podría ser un ejemplo del desarrollo del alfabeto a través de los signos del Zodiaco, como algunos científicos han sugerido, si es cierto que utiliza signos zodiacales en lugar de símbolos fonéticos. Desde que el Disco de Faistos fue descubierto en 1908, los filólogos han intentado descifrarlo como un texto lingüístico que podía ser «partido» y luego traducido. Una autoridad en cultura minoica, el doctor Léon Pomerance, opina que no está escrito en ningún tipo de lengua, sino que se trata de un

sistema alusivo a los signos alegóricos, derivados de las constelaciones del Zodiaco, así como de otras constelaciones, que debe ser «interpretado», pero no traducido. De esta forma, según dicho científico, al ser correctamente comprendido, puede representar una invocación o himno al Sol. Una de las figuras que aparecen en dicho disco es una cabeza que parece estar cubierta con un adorno de plumas, un detalle que ha hecho pensar a algunos en la influencia transatlántica, y a otros, en la influencia atlantea. Algunos signos del Disco de Faistos se repiten en otros grabados de monumentos descubiertos en Creta y en otras islas del mar Egeo y del Mediterráneo, así como en una piedra redonda grabada descubierta en Dendera (Egipto).

Un detalle muy sorprendente del Disco de Faistos es que los distintos símbolos fueron grabados en barro húmedo, es decir, que el Disco de Faistos fue grabado utilizando una prensa, miles de años antes de que ésta fuese inventada. Sin embargo, es cierto que los «sellos», una especie de impresión, de forma circular, fueron utilizados en la Antigüedad a partir de las más remotas culturas de Egipto, Sumeria, valle del Indo y de otros lugares del mundo. Por este motivo, se considera que el Disco de Faistos, de extraordinario aspecto, consistía en una colección de «sellos» o símbolos que formaba un texto mucho más completo. En una palabra, el principio de impresión mediante imprenta era ya conocido en tiempos muy antiguos. Ahora bien, aún sigue siendo un misterio para nosotros si fue utilizado en papiros, piedras o en otras sustancias parecidas al papel.

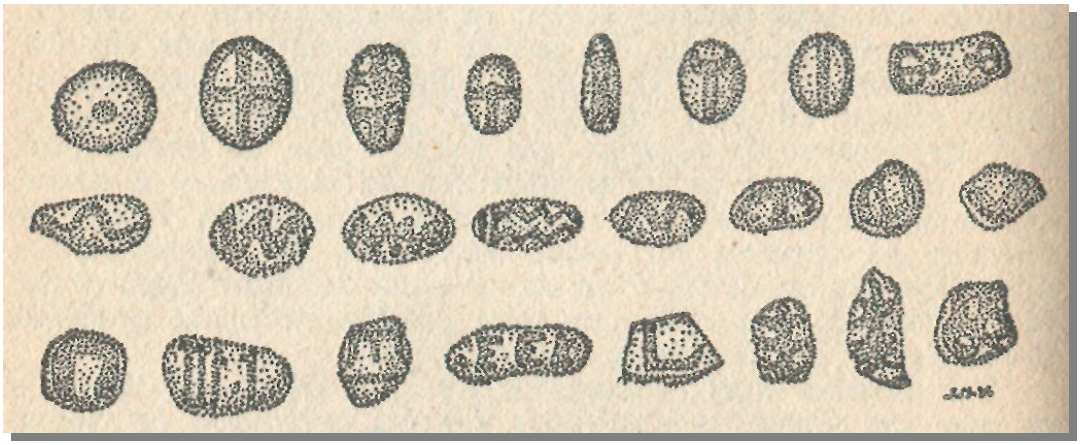


El Disco de Faistos, descubierto en 1908 en Creta. Aún no se sabe lo que significa dicha figura o si representa un sistema de escritura alfabético o jeroglífico. Otro misterio lo constituye el hecho de que dichas figuras fueron pintadas con grasa de foca. En otras palabras, una antigua forma de pintar.

El principio de la escritura (fuese de la clase que fuese), bien como marcas grabadas o escopleadas en astas de reno o en otros huesos, pintadas o grabadas en piedra, talladas en barro, o pintadas en paredes de cavernas, continúa siendo estudiado constantemente por los

filólogos modernos. Una escritura de tal tipo no debería ser considerada como meras escenas pictóricas, sino simplemente como marcas o símbolos que conducen a unas ideas concretas o abstractas.

Algunas de estas inscripciones han sido descubiertas en la Europa occidental, y son de tanta antigüedad que aunque los objetos son genuinos, no puede tratarse de escritura. Un trozo de asta de reno, descubierto en una cueva de Rochebertier (Francia), parece contener algunos símbolos muy parecidos a la indescifrable inscripción del anillo descubierto en Tartessos, mientras que unos guijarros o «pebbles» hallados en unas cuevas de Mas d'Azil y en La Madeleine también se hallan grabados con signos que se parecen extraordinariamente a letras fenicias.

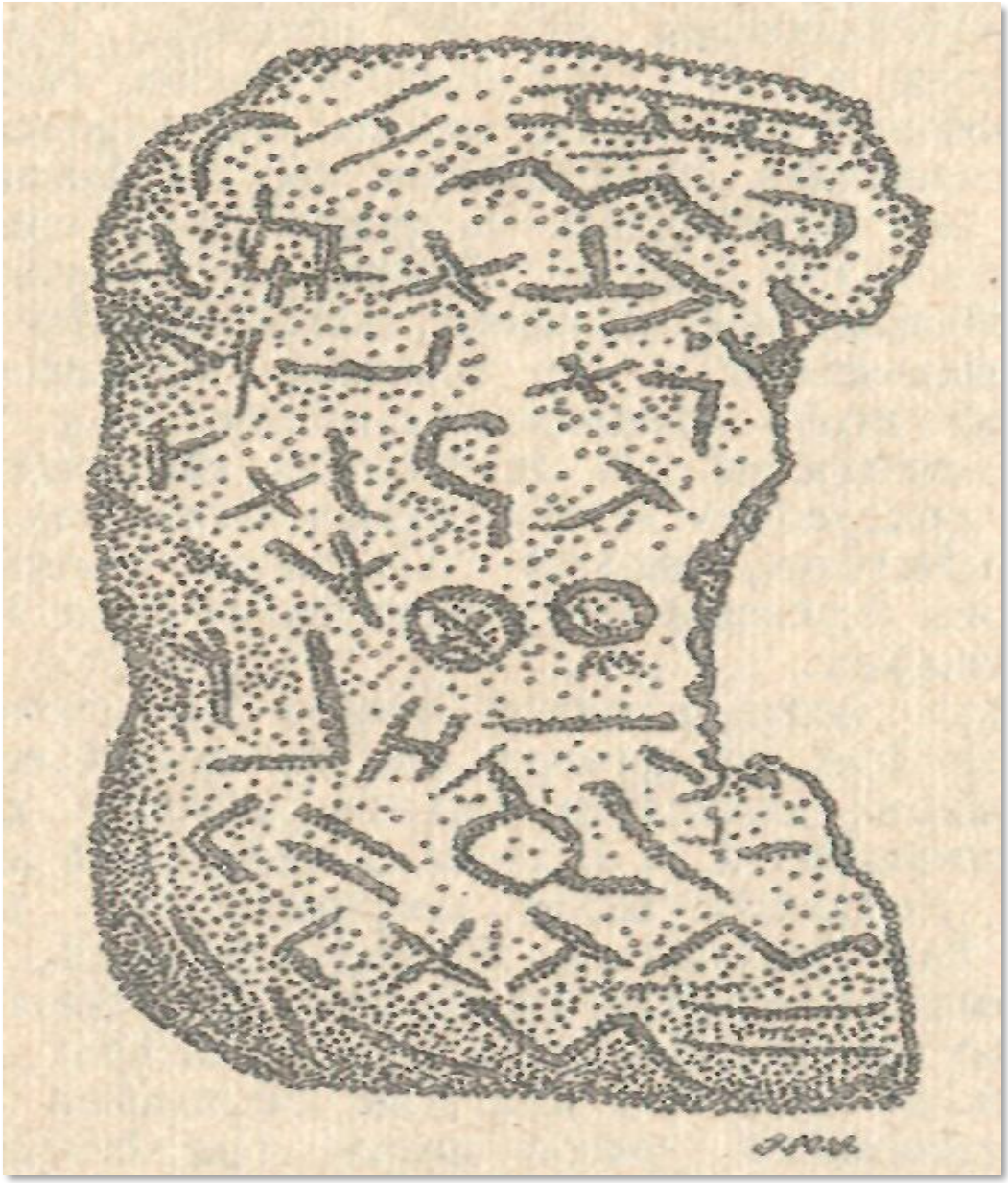


Ejemplos de guijarros azilienses. Estos guijarros pintados de la época prehistórica Magdaleniense han sido considerados como una forma de escritura o quizá la escritura más antigua del mundo. Investigaciones recientes demuestran, no obstante, que este tipo de anotación astronómica (una forma de escribir al fin y al cabo) existía en la época del Cro-Magnon, hace unos 30.000 años.

En las cuevas de Mas d'Azil se han encontrado estos guijarros en gran abundancia. Algunos de ellos, coloreados, parecen presentar letras, aunque también es

posible que dichas letras sean meramente símbolos, signos totémicos, marcas para contar o simples diseños, aunque ello no les restaría ningún valor científico. Uno de ellos presenta una cruz encerrada en un círculo, un diseño que se encuentra muy frecuentemente en la esvástica; utilizado como símbolo de fuerza de vida y divinidad muchos miles de años antes de que se convirtiera en un símbolo de nacionalismo y de raza, como, por ejemplo, la esvástica en Alemania y la cruz céltica en Francia.

Mucho más interesante incluso fue el descubrimiento de un «alfabeto» en Glozel, cerca de Vichy (Francia), en el año 1924, que desde entonces sigue siendo objeto de una gran polémica entre los filólogos. Entre los ladrillos, hachas, objetos de alfarería y tablillas del período Magdaleniense, una tablilla grabada en particular, muestra un conjunto de signos o letras, algunos de los cuales se parecen a los fenicios o griegos, mientras que otros no han podido ser identificados. Desde el punto de vista estrictamente arqueológico, es imposible que en aquella era existiese una escritura definida en tal lugar, y aunque las tablillas de Glozel han sido consideradas auténticas por muchos prehistoriadores, el misterio aún continúa. Un misterio que, de ser revelado, demostraría que unos habitantes desconocidos de Europa septentrional fueron capaces de escribir miles de años antes de que los egipcios desarrollasen su escritura jeroglífica (un hecho que trastornaría todos los conceptos establecidos por la arqueología tradicional)



Una tablilla descubierta en Glozel (Francia) también de la época Magdaleniense, con evidentes muestras de letras. Aunque ha sido considerada auténtica por muchos especialistas en Prehistoria, algunos la consideran falsa, posiblemente porque aceptar aquella tesis implicaría una revalorización de las teorías establecidas.

Una teoría mucho menos ortodoxa, relativa a la escritura prehistórica del período Auriñaciense, fue hecha pública en 1971 por Alexander Marshack, investigador antropólogo, el cual estudió, durante mucho tiempo, los huesos de águilas, mamuts y ciervos descubiertos en cuevas del período Auriñaciense, y que actualmente se

conservan en diversos museos de Europa. Según este antropólogo, las marcas, muescas e incisiones de estos huesos servían de calendario (ajustado a las variaciones y fases de la luna), y fueron talladas con diversos tipos de herramientas rudimentarias. Para Marshack, esto sería el equivalente a una primitiva forma de escritura o, por lo menos, un conjunto de anotaciones relativas al tiempo. De ser cierto, situaría las anotaciones escritas (si no la misma escritura) a unos treinta mil años de antigüedad.

Estas marcas ya habían sido observadas anteriormente en huesos prehistóricos, pero fueron atribuidas a decoraciones o incisiones en el mango de una probable herramienta con el fin de manejarla mejor. Alexander Marshack, al observar una serie de signos variables parecidos a los cuartos crecientes de la luna y unas líneas rectas (como si tuvieran alguna relación), dedujo la teoría del calendario lunar. Para cerciorarse mejor, confrontó otras piezas de museo, utilizando un sistema especial de iluminación y de lentes de gran aumento con las que analizó más detenidamente las verdaderas formas de estas marcas. A menudo descubrió figuras de animales o de mujeres mezcladas con las aparentes anotaciones calendarías, estas últimas posiblemente relacionadas con las épocas de cacería o con los ciclos menstruales de la mujer.

Un paso tan importante para la civilización, como el de establecer los orígenes de la escritura hace treinta y cinco mil años, cuando hasta ahora considerábamos que sólo se remontaba a cinco o seis mil años, a lo sumo,

permitiría un considerable espacio de tiempo para efe desarrollo de las culturas prehistóricas, de las que actualmente tenemos vagos indicios. Evidentemente, se podría argüir que la verdadera civilización no podía haber comenzado sin el cultivo de los cereales y la domesticación de los animales, pero aquí también se ha demostrado que ello ocurrió varios miles de años antes del punto de partida de la civilización de Sumeria. Recientemente se ha podido demostrar que el cultivo de las plantas se remonta a una antigüedad de once mil a doce mil años, y cabe dentro de lo posible que los futuros descubrimientos hagan retroceder esta fecha muchos años más atrás.

El concepto de edades perdidas de la civilización, de avanzadas culturas en el remoto pasado que no encajan con ningún modelo preestablecido de civilización, es observado con cierto escepticismo, sospecha, e incluso, algunas veces, con alarma por los arqueólogos modernos. Resulta comprensible en una época en que los objetos arqueológicos descubiertos fueron atribuidos ocasionalmente a visitantes de otros planetas de nuestro Sistema Solar (Venus o Marte); pero, no obstante, el deseo, en cierto modo comprensible, de los expertos en mantener las cosas dentro de sus límites establecidos no significa que los nuevos descubrimientos alterarán básicamente los conceptos previos. Esto ha sucedido muchas veces en la historia en aquellos casos en que se han aceptado teorías o inventos científicos, proceso que refleja, aquí en nuestro planeta, el flujo y reflujo de la misma civilización.

X

LA GRAN MEMORIA RACIAL

Existen en el mundo ciertas leyendas o tradiciones tan similares en su contenido básico, que cuesta trabajo creer que no tuvieron un origen común. La más dramática de todas es la leyenda del diluvio, relativa a la maldad de la civilización prediluviana que Dios, o los dioses, según la tradición, decidió destruir, escogiendo en cada caso un hombre, una pareja, o más, como supervivientes y previniéndoles antes de la catástrofe. Nuestra propia tradición judeocristiana de Noé y de las diez generaciones anteriores a él quizá derive o esté relacionada con una leyenda babilónica similar, como ocurre con la tradición islámica, donde el pueblo destruido es denominado —coincidiendo con los atlantólogos— «la gente de Ad». El diluvio universal y la subsiguiente repoblación de la Tierra por los supervivientes escogidos era conocido por todos los pueblos de la Antigüedad mucho antes de que apareciera el cristianismo: Grecia, los países ribereños del Mediterráneo, las tribus de la

Europa septentrional, así como en Sumeria, Babilonia, Persia, India, China y otros lugares de Asia. Esta leyenda tan extendida fue hallada incluso entre las poblaciones amerindias del Nuevo Mundo, si bien con ciertas modificaciones sobre cómo los supervivientes pudieron ponerse a salvo y los animales llegaron a adaptarse al continente americano (búfalos, coyotes, llamas, jaguares y otros). Algunas veces, incluso el número de días que estuvo lloviendo coincide casi en ambos lados del Atlántico, variando desde los cuarenta días y noches bíblicos hasta los sesenta según algunas versiones amerindias.

La supervivencia de estas leyendas sobre el diluvio, así como la altura que las aguas alcanzaron en las altiplanicies y montañas en todo el mundo, incluyendo huellas de vida marina en el Himalaya y un «lecho marino» en Mesopotamia, implica que uno o varios diluvios, o elevación de las aguas, ocurrió realmente y, además, fue observado por los supervivientes, que mantuvieron viva dicha historia a través de las leyendas hasta nuestros días. Y, si una o más masas de tierra quedaron sumergidas en aquella época, los supervivientes tuvieron que desembarcar en otros lugares del mundo y comunicar a sus habitantes que eran los únicos que sobrevivieron a dicha catástrofe, En otras palabras, hubo muchos «Noé».

Parece que no existe ninguna relación lingüística entre los nombres de los supervivientes del diluvio con el Noé de la tradición judeo-cristiana-islámica. Según la leyenda babilónica, era Utanapistim; en la antigua Per-

sia, Yima; en las leyendas grecorromanas, Deucalión; en la mitología hindú, Baisbasbata; según las antiguas y actuales leyendas aztecas, Coxcox o Tezpi; y según las leyendas guaranís del Brasil, Paraguay y Argentina, Tamandaré.

La gigantesca pirámide de Cholula (México) fue llevada a cabo, según cuentan las leyendas, para que sus constructores pudieran hallar un lugar de refugio en caso de producirse otro diluvio; pero se dice que fue abandonada por ellos antes de alcanzar la altura proyectada, debido a una confusión de lenguas. Este último ejemplo de leyendas, como la de la Torre de Babel, contribuyó, al cruzar los océanos, a que los sacerdotes españoles creyesen que Satán se había aprovechado de estas coincidencias para confundir a los verdaderos creyentes. Tales coincidencias incluyen las cruces esculpidas existentes en todo México, las cruces de la túnica de Quetzalcóatl, la existencia de la confesión, ayuno y penitencia y el perdón de los pecados en la religión azteca, exceptuando los sacrificios humanos, no permitidos, lógicamente, en la religión cristiana.

A medida que las costumbres, leyendas e historias se difundieron a través de Europa y Asia y a través del Mediterráneo y África, la verdadera difusión de lo que podían haber sido modelos de culturas pudo localizarse en los lugares más apartados del mundo, en remotas islas en ambos océanos y también en remotos continentes, como las Américas. El hecho de que existieran culturas similares en lugares tan aislados nos sugiere que quizá no lo estaban tanto en tiempos prehistóricos (la

palabra «prehistóricos» la empleamos en el sentido de «anterior a la historia que conocemos»). Los pueblos y las razas tienden a recordar las cosas según ciertas razones. Recuerdan lo que han encontrado útil, divertido o bello, y también lo que les ha causado cierto terror o pánico.

La utilización del algodón en la América antigua puede clasificarse dentro de esta categoría de lo «útil», pero contiene elementos de misterio, sobre todo, como Constance Irwin hace observar en su libro *Fair Gods and Stone Faces,* a causa del recuento de cromosomas. En efecto, el algodón silvestre americano posee trece cromosomas pequeños, mientras que el algodón del Viejo Mundo tiene trece cromosomas grandes. Pero cierto tipo de algodón descubierto en Huaca Prieta, uno de los lugares más antiguos del Perú (2347 a. C), tenía trece cromosomas pequeños y trece cromosomas grandes, probablemente como resultado de la hibridación, hace miles de años, del algodón del Viejo Mundo con el del Nuevo Continente. Más aún, los telares utilizados para tejer algodón en el Perú eran casi idénticos a los del antiguo Egipto, hasta el extremo de que cada uno de ellos tenía once partes mecánicas. Según la teoría de Thor Heyerdahl, tales intercambios procedían de este a oeste, aunque existe la posibilidad de que las dos zonas se beneficiasen de una fuente común y más central.

Cuando los invasores españoles conquistaron el antiguo México, descubrieron que los aztecas jugaban (antes de la llegada de los españoles ya tenían tiempo para jugar) a algo que era exactamente igual al parchís, co-

nocido hacía miles de años en India y Persia. La única diferencia consistía en que los aztecas utilizaban habichuelas en lugar de dados. Los aztecas denominaban a este juego *patolli,* un nombre vagamente reminiscente, pero no recordaban quién lo inventó o en qué barcos cruzó el Pacífico si, realmente, cruzó el océano para llegar a México.

Algunas veces, la fuente más improbable parece indicarnos un puente entre el aislado Nuevo Continente y los «viejos» continentes. Como un ejemplo de lo que acabamos de decir, una simple historia relatada por los irlandeses del Nuevo Continente y otra de los indios ojibways de la América precolombina. Todo indica que coinciden hasta en los más pequeños detalles. Helas aquí:

Leyenda de los indios ojibways: *Cierto día las aves se reunieron para averiguar cuál de ellas podía volar más alto. Algunas se elevaron rápidamente, pero pronto se agotaron y fueron sobrepasadas por otras, de alas más poderosas. Pero el águila fue la que llegó más alto, y cuando estaba a punto de proclamar su victoria, he aquí que un pajarillo muy pequeño, un pardillo, se elevó del lomo del águila, donde había estado escondido; y, como estaba fresco y sin agotamiento, logró volar más alto. Cuando las aves regresaron y se reunieron en consejo para otorgar el premio, éste fue entregado al águila, ya que no sólo se había acercado más al Sol, sino que, además, habla transportado al pardillo en su lomo.*

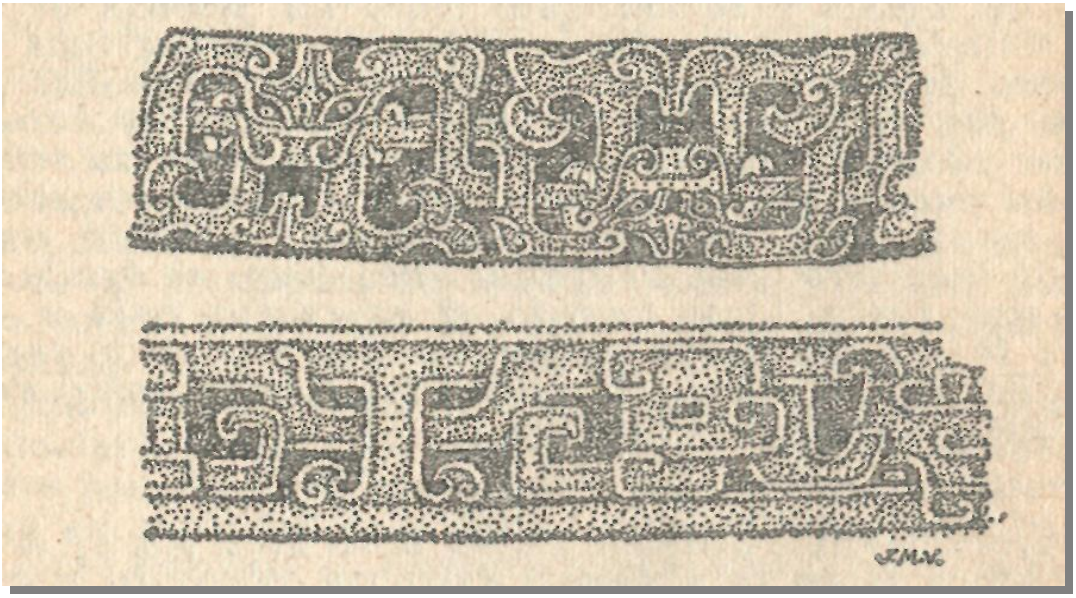
Por este motivo, las plumas del águila se convirtieron en las más honorables marcas de distinción que un guerrero podía ostentar.

Leyenda gaélica: *Un día, las aves se reunieron y determinaron entre ellas que aquella que fuese capaz de volar más alto, sería la reina de todas. Cuando se disponían a volar, un reyezuelo se subió, sin ser visto, al lomo del águila y se encendió entre las plumas de su cola. Entonces todas echaron a volar, cada vez más alto, pero pronto el águila se halló a muchas millas de altura por encima de las demás, y entonces se detuvo porque yo estaba cansada y, además, segura de su triunfo. «Así pues —dijo el águila—, soy la reina de las aves.» « ¡Te equivocas!», exclamó el reyezuelo, volando unos metros más alto que el águila. Pues bien, el águila se enfureció tanto... que cuando el reyezuelo bajó a su altura le dio un fuerte golpe con sus alas; y a partir de aquél día el reyezuelo nunca ha podido volar más alto que un arbusto de espino.*

Harold Sterlin Gladwin, en su libro *Men out of Asia,* hace hincapié en la similitud existente entre un pequeño instrumento musical de América y del Viejo Mundo: el caramillo. Este instrumento musical consta de unos tubos o cañas paralelos, y, según cuentan, fue tocado por el dios Pan y los pastores de la Grecia antigua. Pues bien, unos de casi idéntica forma han sido descubiertos en las islas Salomón del Pacífico y en las altiplanicies de los Andes, donde los pastores aún siguen tocándolo para llamar a las ovejas y las llamas, y donde, asimismo, constituye un elemento esencial en la música indígena. Además de su parecido estructural, incluso la tonalidad de tales caramillos parece la misma en estos lugares, tan distantes entre sí.

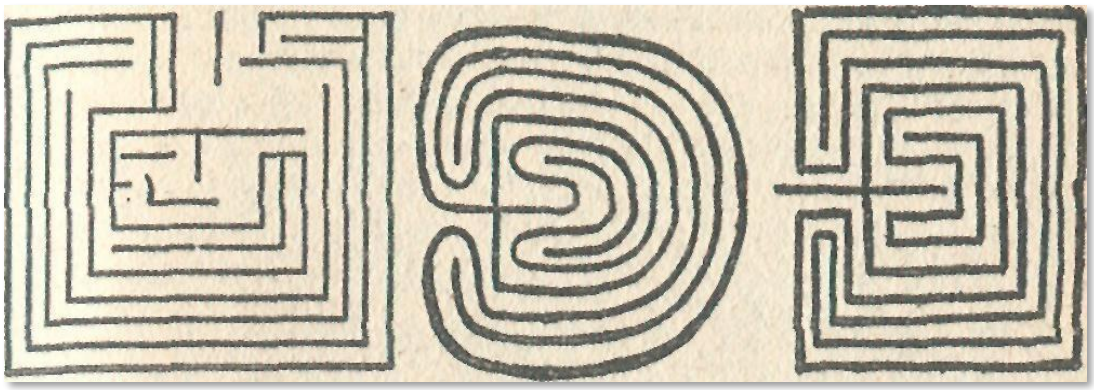
Al intentar establecer cierto paralelismo entre los objetos descubiertos en América y parecidos a los del Vie-

jo Mundo, no debemos confundir simples diseños grabados o esculpidos en rocas, metales, objetos de alfarería pintados o simplemente tejidos en ropas, ya que muchas figuras simbólicas representando al hombre, animales, el Sol, la Luna, estrellas, montañas y partes de la anatomía humana son dibujadas generalmente casi de la misma forma sólo porque éste es el método más sencillo y natural. En algunas ocasiones, sin embargo, nos encontramos con un objeto tan extraño que cae fuera de toda posibilidad el que pueda hallarse en dos lugares completamente apartados del mundo. Un ejemplo de esto lo tenemos en los motivos de los frisos «chinos» descubiertos en El Tajín y otros lugares de México cuando los comparamos con otros de remota antigüedad descubiertos en China y pertenecientes a las primeras dinastías, como las de Hia, Chang y Tchou (2000 a 250 a. C).



Una asombrosa similitud puede observarse entre los motivos de arte de China y México en las dos molduras decorativas mostradas en estos grabados. La superior procede de la dinastía de Tchou, y la inferior de El Tajín (México). El parecido, incluyendo el uso de la doble línea como realce y los penachos curvados en forma de tigre en la parte inferior, es demasiado exacto para ser fortuito.

Otra sorprendente coincidencia es la del laberinto, que encontrarnos esparcido entre las culturas india de Norteamérica y América del Sur, en las tumbas egipcias y en la antigua Creta, donde se le otorgaba tanta importancia que incluso fue grabado en las antiguas monedas cretenses. Según la leyenda griega, el laberinto era literalmente la jaula donde se hallaba el terrible Minotauro, u hombre-toro: interpretación primitiva de su verdadero significado, probablemente relacionado con ceremonias religiosas, al igual que los laberintos de las tumbas pre-cretenses con el antiguo Egipto, alegóricamente vinculados con los viajes descarriados del alma después de la muerte.



Diseño de un laberinto utilizado durante la época precolombina en Ecuador (izquierda) comparado con dos tipos de laberintos empleados por los indios Hopi. Existen otros diseños de laberintos en muchos pueblos ribereños del Mediterráneo, sobre todo durante la civilización minoica en la antigua Creta, con su temible, leyenda del Minotauro.

Los vestigios raciales de otras culturas, así como edificios y monumentos actualmente desaparecidos, podrían ser la explicación de que las tribus primitivas continuasen repitiendo la misma clase de construcciones, a pesar de haber olvidado las técnicas de civilizaciones

anteriores. Esto es lo que podría haber ocurrido con las gigantescas estatuas de la isla de Pascua, Rapa Nui; las estructuras pétreas de las islas Carolinas y Marianas; las monumentales figuras megalíticas de Nueva Guinea, repetidas por la primitiva tribu Malekula en honor de sus «antepasados»; las atalayas de piedra de Irlanda y de las islas de Aran; las construcciones ciclópeas de las islas del Mediterráneo, Portugal y España meridional; los millares de menhires cuidadosamente alineados en Carnac (Francia), en Avebury y Stonehenge (Inglaterra); y las inexplicables construcciones prehistóricas existentes a lo largo de las costas de América.

Pero existe otro lazo mucho más fuerte de memoria racial: la del idioma. Es muy interesante considerar que los sonidos hablados, uno de los medios de comunicación más efímeros y fácilmente modificables, se han conservado a través de incontables generaciones, y sean muy anteriores a nuestros más antiguos manuscritos: en el caso de algunas lenguas, descendiendo más o menos directamente desde los tiempos prehistóricos hasta nuestros días.

Durante la agitación intelectual del siglo XIX, cuando la Prehistoria y el origen del hombre fueron por primera vez sometidos a un minucioso estudio, muchas lenguas, antiguas y modernas, fueron comparadas teniendo en cuenta sus significados, raíces y construcciones, con el fin de establecer un origen común, quizá para hallar la lengua básica del hombre antes del incidente alegórico de la Torre de Babel. Casi todas las lenguas de Europa y algunas del Oriente Medio, incluyendo la de

la India, están relacionadas, tanto por su vocabulario como por su construcción; probablemente derivan de una lengua madre más allá de la historia, y que les confiere un aspecto común. Al principio, los lingüistas alemanes clasificaron todas estas lenguas como indogermánicas, aunque nosotros acostumbramos utilizar el término más neutral de los lingüistas franceses: lenguas indoeuropeas.

Al tratar de establecer la antigüedad y el origen de las lenguas indoeuropeas, se sugirió que la lengua madre podía haber comenzado en Europa en las cercanías del Rin, Oder, Elba y Vístula, sobre todo debido a la prevalencia de un juego de tres palabras existente en este grupo lingüístico y en ningún otro: «tortuga», «haya» y «salmón». Estas tres palabras existen en los límites geográficos de los ríos europeos anteriormente mencionados. Debido a su proximidad geográfica al grupo de lenguas indoeuropeas o indogermánicas, las semíticas de Oriente Medio y, en menor extensión, las turcas del Asia central, a menudo tienen más parecido con algunas de sus palabras que con las del grupo idiomático semita del Lejano Oriente, Los cientos de lenguas de las zonas sub-saharianas africanas, las lenguas de las islas del Pacífico y las más de mil lenguas amerindias, si bien Colón fue el primer contacto entre América y el resto del mundo (*El autor se refiere al primer contacto mencionado en la historia. Pero naturalmente, se pudieron dar —como en realidad se va comprobando que existieron contactos anteriores. (N. del E.)*), no tienen ninguna palabra en común con los idiomas de Europa y de Asia.

Por lo tanto, no es un fenómeno sorprendente el encontrar la misma palabra en una gran variedad de modernas y antiguas lenguas indoeuropeas puesto que la gran migración tribal extendió estas lenguas por toda Europa y gran parte de Asia. Lo que sí sería sorprendente es el que encontrásemos palabras o influencias de otros idiomas en las lenguas amerindias o en las de otras islas remotas y aisladas del mundo, demostrando que hace miles de años una cultura, o culturas, extendió sus elementos lingüísticos, así como su civilización, a tan apartados lugares.

La leyenda de la Torre de Babel, existente a ambos lados del océano, podría constituir un vestigio común de la desaparición de una lengua mucho más antigua, no necesariamente hablada como una lengua nativa por diversos pueblos, sino más bien como un vehículo de cultura y comercio, como ocurre actualmente con el uso del inglés en Asia y África, así como otras lenguas internacionales habladas por unos «segundos utilizadores», tales como el francés, el ruso, el español, el árabe y, más recientemente, el malayo y el suahili.

Quizá la desaparición de una lengua, o lenguas, antiguamente utilizada en numerosas partes del mundo como vehículo de comunicación entre los pueblos, y la subsiguiente comprobación de que dicho idioma dejó de ser utilizable, dio origen a la curiosa leyenda de la Torre de Babel, convirtiéndola en una especie de monumento lingüístico en honor de la lengua desaparecida.

Algunas veces, la pérdida de una lengua común es observada en algunas leyendas sin hacer referencia a la Torre de Babel.

El *Popul Vuh,* compilado del manuscrito maya original, dice lo siguiente:

«*Aquellos que habitaban las tierras por donde sale el Sol... no tenían más que una sola lengua... Esto fue después de que hubiesen llegado a Tula, antes de dirigirse al oeste. Aquí, la lengua de las tribus fue cambiando. Su forma de hablar se hizo diferente. Todo lo que habían oído y aprendido cuando partieron de Tula se hizo incomprensible para ellos...*»

Y en otro lugar se dice lo siguiente:

«*Pues su lengua (lenguas)... pronto se hizo distinta.*»...*¡Ay, ay, hemos abandonado nuestro propio idioma! ¿Por qué hemos hecho esto?... Nuestra lengua era una cuando partimos de Tula, sólo una en el país en que habíamos nacido...*»

La carencia de un puente lingüístico utilizable con sus conquistadores fue otra desventaja para las civilizaciones indias de Centroamérica ya que, si los indios hubiesen sabido lo que los españoles pensaban hacer con ellos, la historia del Nuevo Continente habría sido muy distinta. Cuando los conquistadores españoles entraron en contacto por primera vez con los indios de México, generalmente se dirigían a ellos en latín, y algunas veces en griego, ya que algunas de las sílabas mayas sonaban más al griego que al latín. Cuando los españoles, en el Yucatán, preguntaron en latín al jefe de una tribu maya cómo se llamaba su tierra, éste respondió: «Yucatán» («¿Qué dice usted?»), y desde entonces este nom-

bre se aplicó a dicho territorio mexicano. En otra ocasión, cuando un soldado español estaba a punto de matar a un indio, éste, ante la sorpresa del castellano, le dijo:

«No me mate, caballero, pues soy un español como usted.» Y decía la verdad: su barco había naufragado cerca de aquellas costas hacía ya muchos años, y ahora era un esclavo de los mayas. Después de unirse al resto de los conquistadores, resultó ser un intérprete muy útil para entenderse con los mayas, y, a través de esta lengua, con los aztecas.

A medida que se familiarizaron con las lenguas indias, los sacerdotes españoles creyeron encontrar palabras griegas y hebreas, e incluso vascas, mezcladas en las lenguas nativas de los indígenas, y no sólo en Centro-América, sino incluso en el Perú. Estas coincidencias fueron interpretadas en el sentido de que los indios eran las diez tribus perdidas de Israel o descendientes de los atlantes; motivos que fueron considerados por los conquistadores españoles para convertir a aquellos indios. Durante este período, los españoles comprobaron ciertas asombrosas coincidencias en muchas palabras indias: la palabra *wáthuatl* (azteca) o palabra prefijo para «dios» o «dioses» era *teotl,* reducida a *téo* en palabras compuestas *(theos,* en griego, significa «dios»), y a menudo se presentaba en combinaciones tales como *teocalli,* «casa del dios» (en griego, *kalía* significa «morada pequeña»). La palabra *teott* también era aplicada a diversos lugares, tales como las famosas pirámides de Teotihuacan («palacio de aquellos que tienen los dio-

ses»). La curiosa y doble coincidencia del parecido de *teocalli* con *theou kalías* («morada de dios» en el antiguo idioma griego) hizo que Alexander von Humboldt, un especialista en cuestiones aztecas, exclamase: « ¡Esto es puro griego!»; una afirmación demasiado entusiasta, pero comprensible si tenemos en cuenta aquellas circunstancias.

La lengua aymará, hablada en las altas montañas andinas, utiliza la palabra *mallku* para «rey», es decir, una reminiscencia de las palabras hebrea *melek* y árabe *malik;* mientras que la palabra *garúa* («rocío», «llovizna») era la misma en quechua, la lengua imperial de los incas, y en vasco. Fue descubierto un exorcismo maya que se parecía mucho a una frase utilizada en las antiguas ceremonias secretas de los griegos. El nombre de Tlaloc, el dios mexicano de la Lluvia y del Agua, ha sido comparado con la palabra griega para «mar» —*thalassa*— no sólo por la fonética del nombre, sino por los elementos que gobiernan. Incluso en Estados Unidos existen ciertas coincidencias fonéticas con ciertas palabras: el parecido entre el nombre del río Potomac con el de la palabra griega para «río», *potamos.*

Al examinar estas lenguas o grupos de lenguas tratando de buscar afinidades con otras, no debemos llegar a conclusiones definitivas, a menos, claro está, de que estén repetidas muy a menudo. La interjección y adverbio inglés *so,* por ejemplo, se utiliza exactamente de la misma manera en japonés. La palabra inglesa *hole* (boquete) es representada por el mismo sonido en el idioma maya. El hecho de que *so* fuese una palabra japone-

sa antes de que el Japón entrase en contacto con las demás naciones del mundo debe considerarse como una «coincidencia lingüística»; pero el hecho de que el japonés contenga ahora dos mil o más palabras inglesas adoptadas es suficiente para indicar a los arqueólogos del futuro un importante contacto cultural. Por lo tanto, a la hora de identificar antiguos contactos con las Américas, también debemos tener cuidado en no aceptar palabras nuevas, adoptadas en gran número por las lenguas indias de las de los conquistadores. En este sentido, desde el punto de vista lingüístico, podemos asegurarnos al examinar las palabras básicas, designación de cosas que son constantes a una cultura dada, como son los nombres de animales, aves, alimentos, relaciones familiares y tribales, sin olvidar las lenguas antiguas y aquellas que desaparecieron en la época del descubrimiento de América o de las islas del Pacífico.

Aparte de la influencia del griego antiguo, curiosas aportaciones procedentes de otras culturas más antiguas aparecen, bajo forma de nuevas palabras, en el Nuevo Mundo. Así, en las lenguas turcas del Asia central *tepe* significa «colina», y una palabra similar —*tepetl* o *tepec*— también significa «colina» en azteca, como sucede en la palabra Chapulíepec («Colina del Saltamontes») y Popoca-*tepetl* («Montaña Humeante»). En Egipto, el cocodrilo, un animal sagrado en los tiempos antiguos, era llamado *s-b-k* (ignoramos el exacto valor de las vocales), y en el idioma azteca *cipac-tli*. La palabra latina *papilio* («mariposa») aparece en azteca como *papalón,* e incluso una palabra parecida al extremadamente anti-

guo vocablo sumerio para «antílope» *(mash)* aparece en idioma azteca como la correspondiente a «ciervo» *(mazatl),* palabra utilizada por esta raza americana para designar a los caballos españoles, por carecer de otra palabra para describirlos. En el idioma maya, la palabra para «sacerdote» es *balaam,* mientras que *bileam* significa «mago» en hebreo.

Chocantes similitudes se presentan en las lenguas de tribus incluso más pequeñas. El nombre fenicio para el dios del Sol era *Shapash,* pero he aquí que *shapash* significa «el sol» para los indios klamath del norte de California y sur de Oregón. En la lengua hopi, el dios del Sol es llamado *Taiowa,* mientras que «el sol» (como astro) en idioma japonés es *taiyo-wa. Kharus,* en fenicio, significa «oro», mientras que *cuarasi* es la palabra para designar al «sol» en la lengua guaraní del sudeste de América del Sur. Estas palabras tienen un parecido que se hace más patente cuando consideremos que en Sudamérica el oro es el metal relacionado con el sol, siendo considerado por los incas como «las lágrimas del sol». El quechua, la antigua lengua cortesana y administrativa del Imperio inca, que aún sigue hablándose por millones de indios en la altiplanicie andina, presenta ciertas afinidades con idiomas tan lejanamente distanciados como el vasco y el japonés. Estos dos idiomas se parecen al quechua en algunas de sus sílabas, y al vasco en su construcción, dado que ambas son lenguas aglutinantes. Algunas palabras quechuas son sorprendentemente iguales que las vascas y japonesas, aunque con diferentes significados. La lengua vasca, que podría ser

la más antigua de Europa, no presenta ningún vínculo de unión con las demás lenguas europeas, excepto con una poco hablada en las montañas del Cáucaso, pero sí presenta ciertas afinidades con el quechua y otras lenguas amerindias. Por añadidura, el quechua parece poseer ciertas palabras específicas en común con las de algunas islas del Pacífico, sobre todo con la lengua maorí de Nueva Zelanda, e incluso con las lenguas de Malasia y de la India.

Palabras comunes entre el quechua y el maorí constituyen un ejemplo convincente de contactos culturales a través de viajes oceánicos por el Pacífico. He aquí algunas:

MAORÍ:						
Muna (Amor)	Nocu (Mi)	Kiri (Piel)	Mutu (Mutilado)	Pura (Entre)	Kura (Jefe)	Kumara (Boniato)
QUECHUA:						
Munay (Amor)	Ñuca (Yo)	Kara (Piel)	Mutu (Mutilado)	Pura (Entre)	Kuraca (Jefe)	Kumara (Boniato)

Otros sorprendentes vestigios de lenguas desaparecidas aparecen en quechua: la palabra para «mentira» (falsedad) es *llullu* en quechua y *luí* en el antiguo idioma sumerio; «ciervo» es *sug* en sumerio y *soco* en quechua, mientras que la palabra quechua para «cesto» *(kusuru)* tiene esencialmente las mismas consonantes que la sumeria *kasher.* Algunas veces, la similitud entre palabras tales como la babilónica para «pájaro grande» *(laklak)* y la quechua para «garza» *(lleka-lleka)* pueden ser simples ejemplos de onomatopeya, o palabras que

expresan el sonido de una acción (en este caso, el aleteo de las alas de las grandes aves).

Algo todavía más chocante es la semejanza de palabras entre el hawaiano y el griego antiguo, lo cual parece indicar que los navegantes que hablaban este último, o una lengua similar, frecuentaron un océano que, según nos consta, ignoraban que existiese. He aquí una lista compilada por Arnold Wadler en su libro *One Languaje,* en la que incluye palabras de un común sonido y significado, teniendo en cuenta la tendencia a la simplificación existente en la melodiosa lengua tahitiana y hawaiana:

HAWAIANO:						
Aeto (Aguila)	**Noo-Noo** (Pensamiento)	**Manao** (Pensar)	**Mele** (Cantar)	**Lahui** (Gente)	**Hiki** (Venir)	**Noko** (Vivir, posarse)
GRIEGO ANTIGUO:						
Aetos (Aguila)	**Nous** (Inteligencia)	**Manthano** (Aprender)	**Melodhia** (Melodía)	**Laos** (Gente)	**Hikano** (Llegar)	**Naio** (Habitar)

¿Qué ocurrió con los manuscritos de aquel mundo dominado por las flotas minoicas, griegas o fenicias? Es muy probable que muchos se perdieran durante las destrucciones de libros y manuscritos en las ciudades fenicias y en la extinción de Cartago por los romanos. El único dato que ha podido conservarse hasta nuestros; días se refiere a un viaje (más bien de placer) alrededor de África, realizado por los fenicios al servicio del faraón egipcio Necho. Este viaje comenzó en el mar Rojo; cuando el primitivo «canal de Suez», que iba desde el golfo de Suez hasta el Nilo y el Mediterráneo, no era ya

utilizable. (¡Un extraño antecedente del presente!) Probablemente, la única razón por la que este viaje tan particular ha llegado a nuestro conocimiento es porque fue patrocinado por el Imperio egipcio y registrado en unos papiros. Los fenicios tenían la costumbre de mantener en el mayor secreto sus rutas marítimas con el fin de que sus competidores no pudiesen conocerlas. Tanto era así, que se castigaba con la pena de muerte a aquellos que revelaban dicho secreto.

También es posible que las flotas que dejaron vestigios de cultura y lenguaje por todo el mundo no procediesen de los centros que generalmente relacionamos; con los griegos y fenicios, sino de otras tierras ahora perdidas y de las que sólo quedan imperfectos e ínfimos ecos de idioma y culturas en islas remotas y costas desconocidas. Seguramente nunca sabremos si estos navegantes hablaban griego, fenicio, sumerio, vasco, maya, quechua o, más probablemente, una lengua madre que ha dejado sus huellas en todas las lenguas desde aquellos días en que los océanos estaban más bajos, las islas eran más extensas y más numerosas y antes de que los cambios climáticos y los movimientos sísmicos modificasen zonas enteras del mundo destruyendo o dispersando sus poblaciones.

Las flotas que extendieron la civilización y la cultura por todos los océanos y costas antes de la historia desaparecieron desde entonces, aunque algunos barcos aún se encuentran conservados bajo las capas de hielo, los bancos de corales o incluso en las profundidades de los mares cubiertos por el lodo marino. Los vestigios de la

difusión de esta cultura nos son sugeridos únicamente por algunas palabras descubiertas en otras lenguas, conservadas en la gran memoria racial a través de milenios por la persistencia del idioma hablado.

Incluso el nombre de un lugar puede aparecer en diferentes partes del mundo, como si una ciudad nueva fuese denominada con el nombre de otra antigua. Un ejemplo de esto lo tenemos en Nueva York (del condado inglés de York) y en los muchos nombres europeos de ciudades americanas (en honor a sus predecesores). Este puede ser el caso de Carnac, en Bretaña, con sus miles de menhires alineados a lo largo de la costa, y el de Karnak, en Egipto, con sus hileras de enormes columnas de su templo. Otra antigua ciudad, llamada también Kanarak, se encuentra en el sur de la India, y otras dos en Escocia, ambas llamadas Carnock. Entre otras semblanzas de nombres, tenemos un Kanak en Turquía, un Kanayka en la URSS, un Carna en Irlanda, un Carnaxide en Portugal, algunos de los cuales pueden referirse a una ciudad muchísimo más antigua y de pronunciación similar. Cartago, la antigua metrópolis de África, posiblemente esté relacionada con Kar de Karnak, ya que *kart* en idioma fenicio significa «ciudad» o «pueblo». Una palabra similar para «pueblo» —*car*— la encontramos en Sudamérica entre los indios araucanos, así como en Bretaña, donde la palabra para «pueblo» es *ker*.

El nombre de Tula lo encontramos en la Irlanda occidental y en el México oriental, donde no sólo es el nombre de un lugar actual, sino también la morada legenda-

ria de Quetzalcóatl en el mar Oriental. La designación romana de Thule podía haberse referido a una de las islas Hébridas, o incluso a Islandia, y la indicación «Ultima Thule», que encontramos en los viejos mapas latinos, era para precisar el «final occidental de la Tierra». La palabra Tula o Thule forma un gran triángulo alrededor del océano, de la misma forma que los diferentes nombres de la Atlántida forman un círculo en el sentido de las agujas de un reloj comenzando en Venezuela y siguiendo por México, Centroamérica, Yucatán y las Antillas hasta Europa en dirección al Mediterráneo y África del Norte, para volver de nuevo por las islas Canarias. Esta «memoria mundial» de la Atlántida, o las más importantes letras componentes A-T-L-N, conservada por tantas naciones y tribus alrededor del perímetro del océano Atlántico, es quizá la más chocante memoria racial y lingüística de todas, y las variaciones regionales del nombre lo hacen todavía más convincente.

Los guanches de las islas Canarias conservaron una tradición oral y escrita durante miles de años de un suceso que parece la corroboración de la historia de Platón sobre la Atlántida. En el siglo XIV, cuando los primeros navegantes españoles llegaron a las islas Canarias, encontraron vestigios de una avanzada y bien organizada cultura, de la Edad de Piedra, incluyendo tales elementos atlantes como construcciones megalíticas, escritos, momias, adoradores del sol, peleas de toros e incluso los diez reyes elegidos, reminiscencia de los Diez Reyes de la Atlántida mencionados por Platón y los Diez Reyes de los mayas. Cuando los guanches estuvieron en

condiciones de comunicarse con los españoles, les expresaron su sorpresa de que otras gentes distintas a ellos hubieran sobrevivido a la catástrofe que asoló su antigua y más extensa patria de origen. En efecto, la catástrofe final para los guanches comenzó con la llegada de los españoles. Poco tiempo después, los manuscritos y la lengua de los guanches desaparecieron, junto con la mayoría de la población. Entre las palabras guanches que han sobrevivido, algunos vocablos básicos, tales como «dios», «sol» y «luna» poseen cierta intrigante semejanza con algunas figuras de la mitología griega. La palabra guanche para «dios» era *coron,* la cual se asemeja mucho a *chronos* (el titán que gobernaba el Universo y cuyo nombre ha figurado durante mucho tiempo en la leyenda de la Atlántida). La palabra guanche para Sol era *Alio* y para la Luna, *Sel,* correspondiendo casi exactamente al dios griego del sol *Aelios* o *Helios* y la diosa de la luna *Selene.* Las investigaciones sobre la cultura prehistórica atlántica avanzarían mucho más si pudiesen desarrollarse y estudiarse más elementos del idioma guanche. Algunas comunidades de pastores en Gran Canaria parecen haber conservado cierta pureza de raza e incluso algo de su antiguo idioma, pero han perdido todo entusiasmo, al igual que todos los primitivos supervivientes de una tierra, por hablar de su pasada cultura. La investigación de la lengua guanche y sus posibles vínculos con el vasco, el beréber, el antiguo idioma egipcio y el misterioso temanagh (el lenguaje de las tribus tuarégs del Sahara) podría conducir a ciertas sorpresas lingüísticas y culturales.

El instinto heredado o la memoria retenida de las especies, que pueden ser la misma cosa, frecuentemente se ha tenido en cuenta como una indicación de antiguas masas de tierra o de un continente sumergido bajo las aguas del Atlántico. Esta categoría incluye las migraciones suicidas de los lemmings desde Noruega, cuando verdaderas manadas de este pequeño roedor penetran en el mar y nadan en dirección al oeste, como si tratasen de buscar tierra firme, de la cual posiblemente han heredado el recuerdo.

Otro fenómeno muy sorprendente también son los vuelos de las aves, durante ciertas estaciones del año, a través del océano desde Europa a Sudamérica. Durante estos vuelos, algunas bandadas se ponen a revolotear estérilmente sobre ciertos lugares en medio del océano, como si estuviesen tratando de localizar tierra; con el tiempo reanudan su vuelo, después de que muchas han caído al mar.

En la costa occidental de Sudamérica encontramos lo que podría catalogarse como un ejemplo importante de nostofilia (resistencia a abandonar la casa ancestral). Ello ocurre en la altiplanicie andina, el único lugar del mundo donde los flamencos habitan en una cordillera de altas montañas, pero que vuelan a las tierras bajas de la costa del Pacífico para alimentarse. Es posible que los flamencos, reteniendo una memoria de la altiplanicie andina antes de que ésta alcanzara la altura que tiene hoy día (los lagos salinos y marismas de las cimas de las altiplanicies andinas desde el Perú hasta Chile muestran claras indicaciones de rápido levantamiento

orogénico sobre lechos marinos), continúen viviendo en lo que actualmente es el peor clima para estas aves y el peor lugar para alimentarse.

Pero el fenómeno más intrigante de todos es la migración para desovar de las anguilas europeas, un misterio mencionado por primera vez por Aristóteles. Estas anguilas no desovan en Europa, sino que cruzan el Atlántico en grandes bancos para hacerlo en el mar de los Sargazos. El mar de los Sargazos, llamado antiguamente «el mar de los barcos perdidos», donde las naves eran atrapadas e inmovilizadas por algas adherentes, es, sin embargo, un mar dentro del océano, donde abundan profusamente las algas. Está situado al oeste de la cordillera submarina atlántica *y* se baila rodeado por la corriente del Golfo. Las islas Bermudas son las únicas tierras en esta zona del Atlántico. Para los estudiosos en cuestiones de la Atlántida, la presencia constante de algas en este lugar es, desde luego, algo tan intrigante como la «memoria racial» de las anguilas, ya que demuestra la existencia de verdes bosques sumergidos, vestigios de los cuales aún siguen creciendo bajo el mar.

Si es concebible que los animales puedan heredar memoria, cuánto más lo sería para el ser humano, quien hereda, además, otras características físicas, mentales y emocionales. El cerebro del hombre aún continúa siendo un gran misterio. En efecto, existen grandes áreas «silenciosas» del mismo, que constituyen el noventa por ciento o más, cuya finalidad aún no ha podido ser determinada. Existen en el cerebro unos «caminos» neuronales que conducen a lo que podríamos llamar un

«banco de memoria», el cual supera en todos los órdenes a la más perfecta de las computadoras. La memoria de un individuo suele clasificarse en antro-genética (memoria de nuestras propias experiencias) y en filogenética (la que hemos heredado de nuestros antepasados). En otras palabras, esta última podríamos definirla como memoria racial. Los estudios sobre el contenido y los tipos de memoria en el cerebro aún se encuentran en una fase inicial, aunque es concebible, tal como nos sugieren las leyendas y los manuscritos antiguos, que en otras culturas remotas tales investigaciones, que bordean las fronteras de la parapsicología, se hallaran mucho más avanzadas.

Si fuese posible extraer de individuos seleccionados parte de su memoria protoplasmática heredada de pasadas generaciones, de experiencias individúales, y colocarla en su propia era, ello constituiría un medio más de investigación en el vasto campo de la historia. Nos proporcionaría, además, una lógica explicación de esos sorprendentes ejemplos de reencarnación en que simples niños hablan idiomas que nunca han aprendido, o de aquellos casos en que ciertos individuos, a través de los sueños o bajo estado de hipnosis, recuerdan detalles y sucesos de épocas pasadas, que en estado consciente ignoran.

De todos modos, lo que hoy sólo constituye una mera teoría fantástica o imaginativa, puede convertirse mañana en un hecho científico. E incluso es posible que la gran memoria racial pueda retener considerablemente más que la lengua, las costumbres y las leyendas here-

dadas.

Exceptuando el hinduismo o budismo, hemos oído hablar muy poco de seres humanos reencarnados en animales. Casi todos los casos misteriosos de reencarnación que conocemos actualmente son «de persona a persona», y no siempre del mismo sexo. Para un observador casual esto le parece comprensible, ya que todos somos seres «reencarnados», en el sentido literal de la palabra, de nuestros propios padres y de nuestros antepasados. Y, del mismo modo que nuestros descendientes conservan ciertas características físicas, instintos, preferencias e incluso «cápsulas de memoria», nuestros antepasados, y también nosotros, continuaremos en una existencia «reencarnada», aunque las naciones y las culturas puedan cambiar o desaparecer.

XI

LOS CATACLISMOS DEL MUNDO

¿Qué clase de cataclismo fue lo suficientemente potente como para cambiar la superficie de la Tierra, diezmar su población humana y animal, cambiar sus zonas climáticas, elevar montañas y algunas tierras del fondo del mar y hundir otras bajo los océanos? ¿Fue un cambio gradual o un súbito cataclismo lo que aniquiló millones de seres humanos y animales y destruyó civilizaciones enteras? Actualmente no sabemos qué pasó, sólo tenemos teorías. Estas teorías aún siguen siendo investigadas por los geólogos, paleontólogos, prehistoriadores y astrónomos con una fe y tenacidad comparables a las guerras religiosas de la Edad Media.

A pesar del relativo valor de las teorías sobre un cambio gradual o un súbito cataclismo terrestre, que destruyó todo nuestro planeta, existen evidencias que nos inclinan en favor de la última teoría. Los primeros

exploradores rusos de la Siberia septentrional encontraron inexplicables montones de huesos de elefantes, rinocerontes y otros animales no árticos formando unas piras que constituían colinas en la tierra y verdaderos arrecifes bajo el mar en las islas septentrionales. A partir del siglo pasado, se han venido encontrando en Siberia mamuts congelados bajo los hielos (el último fue descubierto recientemente en mayo de 1971 cerca del río Indigirka), los cuales presentaban intactos sus globos oculares y restos de plantas en sus estómagos (plantas que no podían haber crecido en Siberia ya que esta región tenía un clima sub-ártico o ártico). Algunos de estos mamuts aún conservaban hierbas masticadas en su lengua. (Jamás se han hallado plantas sempervirentes en los estómagos de los mamuts; solamente pastos de climas templados.) Otros mamuts congelados se han encontrado en condiciones especiales: cuando se descongeló su carne, se demostró que podía ser aprovechada por el hombre como alimento después de comprobarse que la comían los perros de trineos. Algunos mamuts han sido hallados congelados dentro de grandes bloques de hielo, dando lugar a leyendas, probablemente difundidas por cazadores que los vieron, que aseguran que en Siberia aún existen mamuts. Sin embargo, cuando estos animales vivían en Siberia y Alaska, el clima era considerablemente más caliente y, si fueron atrapados y congelados por alguna catástrofe, es evidente que ésta fue repentina. Un mamut fue encontrado a 66 grados de latitud en Siberia, cerca del Círculo Ártico; los exploradores que lo descubrieron lo hallaron

con la cabeza fuera de la capa de hielo. Se comprobó que aún conservaba en su boca comida semi-masticada y que todos sus huesos habían sido quebrados de repente, tal vez momentos antes de su muerte. Otro mamut fue descubierto con la boca llena de un tipo de planta que no pertenecía a la flora local, lo que constituía una prueba evidente de un brusco cambio de temperatura.

Tanto los mamuts como los mastodontes fueron exterminados rápidamente junto con otras especies de animales. Entre los animales descubiertos en los pozos asfálticos de La Brea, cerca de Los Angeles (Estados Unidos), se encontraron centenares de colmillos de tigres, caballos, camellos, mamuts, mastodontes, bisontes y pavos reales, todos con huellas de haber sido atrapados de repente por un cataclismo. Fenómenos casi idénticos han sido observados en numerosos lugares del mundo. En una colina cerca de Chalon-sur-Saóne (Francia), se localizó una extraña concentración de huesos de mamíferos, tales como rinocerontes, caballos, osos, ciervos y otros pequeños animales. Al examinar estos hechos, el famoso profesor Albert Gaudry dijo lo siguiente: «Es imposible suponer que animales de tan diferente naturaleza y costumbres hayan podido vivir juntos cuando estaban vivos.» Una sugerencia que nos hace pensar que el peligro común durante un repentino cataclismo disolvió los límites entre «cazadores» y «cazados». Una prueba de esta casi instantánea destrucción de la vida animal la encontramos en el arte de tallar el marfil hace miles de años en China. Para tallar el marfil éste tiene que ser relativamente fresco; si se deja expuesto al aire libre se hace quebradizo y se rompe. El marfil utilizado en las antiguas tallas chinas era ex-

traído de «minas de marfil» de Asia y Siberia donde los mamuts habían quedado congelados y conservados bajo las capas de hielo.

La violencia de tal cataclismo ha sido comentada por el profesor Frank Hibber quien, al describir el estado en que se encontraban los millares de animales extintos, muertos en Alaska durante una catástrofe prehistórica, dijo lo siguiente:

«...Millares de animales jóvenes muertos..., animales destrozados y cuyos restos se hallaban dispersados por la campiña a pesar de que pesaban varias toneladas, unas violentas tormentas podrían ser la causa de que muchos animales fuesen hallados en cavernas y fisuras durante diferentes períodos geológicos...»

Más adelante, este mismo profesor observó capas de ceniza volcánica entremezcladas con las pilas de huesos y colmillos de estos animales muertos, lo que implicaba que habían fallecido por el calor desprendido por los gases volcánicos al sofocarlos.

El profesor Immanuel Velikovsky, famoso historiador y astrónomo, cuyas teorías sobre las causas de las catástrofes en épocas remotas causaron una revolución en el mundo científico a finales de 1950, ha explicado la muerte de estos animales de la siguiente forma:

«...En las colinas de Montreal, New Hampshire y Michigan, a seiscientos pies por encima del nivel del mar, se han encontrado huesos de ballenas. En muchos lugares del mundo —en todos los continentes— se han descubierto entremezclados huesos de animales marinos tropicales y de tierras polares, así como en la cueva de Cumberland (Maryland, USA),

en la fisura Chou Koul Tien (China), en Alemania y en Dinamarca. Fueron descubiertos juntos hipopótamos, avestruces, focas y renos..., desde el Ártico hasta el Antártico..., en las altas montaña» y en las profundidades de los mares. Por todas partes encontramos huellas de grandes cataclismos, antiguos y recientes...»

En su libro *Earth in Upheaval,* el profesor Velikovsky nos dice que Charles Darwin, al hablar de sus viajes por Sudamérica a principios del pasado siglo, observó que la mayoría de los animales extintos de América del Sur eran contemporáneos de las conchas marinas descubiertas *en* tierra. Al considerar la exterminación de especies enteras en aquella zona, expone lo siguiente»

«....*Al principio, la mente se resiste a creer que se haya producido un cataclismo tan espantoso; pero el hecho de que haya podido destruir tantos animales, grandes y pequeños, en la Patagonia meridional, en Brasil, en la cordillera del Perú y en Norteamérica hasta el estrecho de Bering, es algo que hace estremecer todo el armazón del globo terráqueo.»*

Sabemos que las regiones árticas y antárticos fueron en cierta época tierras calientes, que el Sahara fue un mar, que existen bajo las aguas evidencias que demuestran que en el mar del Norte y a la altura de la costa del Perú hubo bosques, y que las montañas más altas del mundo, el Himalaya, estuvieron una vez bajo las aguas, como lo demuestra la presencia de conchas marinas y moluscos.

Si una civilización debida al hombre estuvo una vez sumergida, en una o varias ocasiones, debido al mismo cataclismo que destruyó animales y bosques y alteró el

nivel del mar y de la tierra en varios lugares del mundo, debemos abrigar la esperanza de encontrar algún día vestigios de tales culturas anteriores a los cataclismos. Algunos de estos restos los tenemos al alcance de la mano, pero la clave está en saber reconocerlos.

Uno de estos restos podrían ser las ruinas de Tiahuanaco, situadas a tal altura que parece inconcebible que una población lo suficientemente grande como para construir esta ciudad haya podido vivir alguna vez allí. Tiahuanaco está situada a una altura superior a los cuatro mil metros y algunas de las terrazas de piedra, construidas alrededor de las montañas circundantes, llegan hasta la altura de las nieves perpetuas, es decir, a más de seis mil metros. Otras ruinas de fecha imprecisa algunas situadas a grandes profundidades bajo las aguas de los océanos y mares, presentan una evidente semejanza con Tiahuanaco; independientemente de cuando fueron construidas, no podían haber estado situadas en su actual nivel en relación al mar.

No es necesario que recordemos que el hombre, al contrario de otras especies que fueron atrapadas durante ciertas catástrofes prehistóricas, no desapareció, sino que simplemente buscó refugio temporalmente «bajo la tierra», en las cavernas o en las cimas de las colmas, o bien huyendo del lugar del cataclismo mediante barcos o arcas. Los supervivientes de tal destrucción podrían haber sido capaces de transmitir a las siguientes generaciones algo de las experiencias que sufrieron, bien mediante la leyenda oral, bien, mediante manuscritos.

La mayoría de estas leyendas, además de conservar cierta unanimidad en cuanto a los diluvios, terremotos, incendios y elevación de las aguas, presentan una mezcolanza de observaciones físicas y exageradas fantasías. Sin embargo, otras leyendas sobre catástrofes ocurridas en la Tierra contienen ciertas características que son fácilmente comprensibles si consideramos algunas modernas teorías sobre la Edad del Hierro, los movimientos sísmicos y los cambios de la Tierra debidos a modificaciones de la corteza terrestre.

Existe, por ejemplo, una curiosa descripción del Gran Diluvio en el *Génesis* (capítulo 7, versículo 19), donde se dice lo siguiente: «*...En el mismo día se rompieron todas las fuentes y las ventanas del cielo quedaron abiertas...*» Esta referencia a las fuentes implica que las aguas no sólo cayeron del cielo, sino que también brotaron de las fuentes. Si la retirada del último período glacial ocurrió hace unos doce mil años, como generalmente suele aceptarse, y si fue considerablemente acelerada y acompañada por tempestades y movimientos sísmicos, esta cita de la Biblia, en la que se sugiere un diluvio de aguas caídas del cielo y otras brotadas de las fuentes, se convierte no en una fantasía religiosa, sino en un fenómeno que alguien tuvo que ver y recordar. El Corán dice lo siguiente:

«...La superficie de la tierra hirvió..., el arca se movió... agitada por olas cornos montañas...»

Aparte de la memoria del diluvio universal, conservada por casi todas las naciones y tribus del mundo existen otras leyendas que se refieren a periódicas des-

trucciones por el fuego y el hielo, terremotos y hundimientos de tierra, muy a menudo con detalles similares. Uno de los códices aztecas, el códice de Chimalpopoca dice lo siguiente de una catástrofe conservada en la memoria racial:

«...El tercer sol se llamaba Quia-Tonatiuh, sol de la lluvia, porque cayó una lluvia de fuego; todo lo que existía ardió y cayó una lluvia de cascajos. También relatan que mientras la piedra arenisca, que ahora vemos esparcida, y la tetzontli (roca basáltica) hervían con gran tumulto, también caían rocas de color bermellón. Esto ocurrió en el año Ce-Tecpatl, Primer Pedernal, en día de Nahui-Quiahuitl, Cuarta Lluvia. Ahora, en este día, cuando los hombres se hallaban perdidos y destrozados por una lluvia de, fuego, el mismo Sol ardía en llamas, y todas las cosas, incluyendo las casas, fueron consumidas,..»

Existe una oración azteca al dios Tezcatlipoca, traducida al castellano en tiempos de la conquista de América, que contiene evidentes alusiones a terremotos y fuego caído del cielo, un fenómeno muy frecuente y mencionado por otros numerosos pueblos antiguos. La oración, una larga plegaria al dios para rogarle que cesase de castigar a la humanidad, «*que había llegado muy bajo y a punto de ser destruida*», dice lo siguiente:

«...¿Es posible que este azote y castigo no nos haya sido dado para nuestra corrección y enmienda, sino solamente para nuestra total destrucción; que el sol no vuelva ya más a brillar y que debamos permanecer en la más perpetua oscuridad y silencio...?»

Después de describir detalladamente el cataclismo y

el incendio de la Tierra, concluye de esta forma:

«...Oh, maestro universal, haz que termine tu recreo y satisfacción en castigarnos; haz que se disipe el humo y la niebla de tu resentimiento; apaga también el incendio y el juego destructor de tu cólera; deja que vuelva la serenidad y la luz; permite que las pequeñas aves de tu pueblo comiencen a cantar de nuevo y se acerquen al sol; dales un tiempo bonancible...»

El *Popul Vuh* de los mayas habla de cómo *«los dioses movieron las montañas... grandes y pequeñas montañas movieron...»*

Asimismo, en otro documento maya que ha sobrevivido hasta nuestros días, el libro de *Chilam Balaam,* existe un pasaje que no sólo describe una catástrofe, sino que contiene alusiones a unas antiguas tierras que se hundieron en el mar:

«Ocurrió durante el Undécimo Áhau Catoun... cuando la tierra comenzó a temblar. Y una espantosa lluvia cayó, y cayeron cenizas, y rocas, y los árboles cayeron derribados al suelo. Y la Gran Serpiente fue arrebatada de los cielos. Y entonces, como una tromba de agua, vinieron las lluvias... el cielo se derrumbó y las tierras secas se hundieron. Y en un segundo, se acabó toda la destrucción.»

Ovidio, en su *Metamorfosis,* menciona algunos detalles sorprendentes en los siguientes extractos de su descripción de la conflagración de Faetón, que pueden constituir la muestra de una catástrofe en tiempos remotos:

«...Grandes ciudades fueron destruidas, junto con sus fortificaciones, y las llamas convirtieron a todas las naciones en

cenizas; los bosques, junto con las montañas, ardieron... El Etna ardió intensamente con más llamas que nunca, y el Parnaso, con sus dos cimas, y Eryx... El Cáucaso ardió, y el Ossa, y Pindó, y el Olimpo, así como los elevados Alpes, y los Apeninos rodeados de nubes... Libia quedó seca debido al extremo calor, y la humedad del suelo desapareció...».

Al llegar aquí debemos recordar la observación hecha por los sacerdotes egipcios de Sais a Solón relativa al este mismo incidente, descrito por Platón en el *Timeo,* muy parecido a Ovidio:

«...Esto parece un mito, pero, en realidad, significa una declinación de los cuerpos que se mueven alrededor de la Tierra y en los cielos, y una gran conflagración de cosas que sucedieron sobre la tierra en largos intervalos de tiempo, cuando esto suceda, aquellos que viven en lo alto de las montañas y en sitios secos y elevados serán más afectados por la destrucción que aquellos que moran a orillas del mar y junto a los ríos...»

Numerosas y antiguas referencias al fuego, la destrucción, la oscuridad, los cataclismos y extraños comportamientos de otros planetas y cometas, han sido explicadas por el profesor Immanuel Velikovsky en su discutido libro *Worlds in Colisión.* También en otros libros de este mismo autor se hace referencia a violentas catástrofes acaecidas entre los siglos XV y VII a.C. en cuyo tiempo la intersección de las órbitas planetarias produjo colisiones, originando cometas, uno da los cuales se convirtió en el planeta Venus, después de chocar con Marte. La Tierra, según la teoría del doctor Velikovsky, pasó dos veces a través de la cola de dicho cometa produciendo los desastrosos efectos de enormes

mareas, terremotos, acumulaciones de piedras calientes, flujos de lava y elevación o descenso de partes de la superficie terráquea. Sir Harold Spencer Jones; real astrónomo británico, dice lo siguiente al respecto:

«.....*Estas diferentes colisiones se supone que han sido las responsables de los repetidos cambios en la órbita de la Tierra, en la inclinación de su eje, y en el alargamiento del día, de las estaciones y del año. Se supone que la Tierra en cierta ocasión dio un giro completo, de forma que el Sol salía por el oeste y se ponía por el este. El doctor Velikovsky sostiene que entre los siglos XV y VII a.C, el año tenía 360 días y que súbitamente aumentó a 365,4 días en el año 687 a. C. La órbita de la Luna y la duración del mes también cambiaron...*»

Numerosas teorías sobre los tiempos antiguos concuerdan con la teoría del doctor Velikovsky, sobre todo, aquella sobre la relativa «juventud» del planeta Venus y el cambio del calendario, que ocurrió en la Antigüedad a ambos lados del océano (el calendario asirio-babilónico y el año maya comienzan en una fecha equivalente, según nuestros cálculos, el 26 de febrero). Las alusiones a los choques de la Tierra, a largos períodos de oscuridad total e incluso a la «inmovilidad del Sol» durante cierto tiempo, como se menciona en el *Libro de Josué,* ya fueron comentadas por Herodoto. Este famoso historiador griego cuenta que los sacerdotes de Menfis (Egipto) le dijeron, para demostrarle la antigüedad de su raza, que comprendía 341 generaciones durante once mil años; durante los antiguos anales de los reyes egipcios «*el Sol había salido varias veces por donde generalmente se pone, y se había puesto por donde debía haber salido*». El

careneo de la Tierra por compulsión o por un choque con un planeta puede comprobarse en la tumba de Senmut, un arquitecto egipcio de la XVIII dinastía, donde se ve un cielo pintado con la constelación de Orión deslizándose en sentido opuesto al que tiene normalmente.

Ciertas alusiones contenidas en el *Eider Edda,* una colección de legendarios y antiguos poemas nórdicos relativos al gigante cósmico Lobo de la Destrucción, Fenris, podría tener cierta analogía con las teorías del doctor Velikovsky. En efecto, frases como «*El lobo devora al Sol..., el otro lobo devora a la Luna..., la montañas se derrumbarán cuando el lobo Fenris quede suelto..., el lobo Fenris avanza con la boca abierta; la mandíbula superior llega hasta el cielo, y la inferior hasta el suelo..., los cielos están desgarrados en dos partes...*», etc., son más fácilmente comprensibles cuando se las considera como primitivas observaciones de cataclismos de la Tierra repercutiendo en los cielos.

Estas catástrofes humanas, respaldadas por teorías y observaciones científicas, incluyen, entre otras, sucesos cataclísmicos acaecidos, según el doctor Velikovsky, hace unos treinta siglos. Dichas catástrofes consistieron, según este científico, en:

«*...Huracanes de gran magnitud, incendios de bosques enteros, lluvias de polvo, piedras, fuego y cenizas caídas del cielo, en montañas derretidas como si fueran de cera, en extensos flujos de lava, en mares hirviendo, en lluvias bituminosas, en terremotos y ciudades enteras destruidas, en seres humanos buscando refugio en las cavernas y fisuras de las montañas,*

en desbordamiento de los océanos invadiendo las tierras, en mareas moviéndose hacia y desde los polos, en tierras convertidas en mares y en grandes extensiones de agua convertidas en desiertos, en nacimientos de nuevas islas y desaparición de otras ya existentes..., en cambios de clima, en alteración de los puntos cardinales y de las latitudes, en trastornos del calendario, en una alteración de los relojes de sol y de arena que motivaron unos cambios en la duración del día, del mes y del año, en una nueva Estrella Polar que...»

El primer libro del doctor Velikovsky, *Worlds in colusión* provocó en 1950 una gran controversia en el mundo científico, sobre todo entre los astrónomos, incluso antes de que apareciese. Cuando al final se publicó, la crítica le dispensó las más dispares acogidas, como: *«el más sorprendente ejemplo del derrumbamiento de unos conceptos hasta ahora aceptados»* y *«el peor libro que se ha escrito desde que se inventó la imprenta»*. Incluso uno de los más célebres astrónomos llegó a decir que la obra no contenía más que mentiras, añadiendo, paradójicamente, *«que él nunca había leído el libro ni pensaba leerlo»*. La cosa llegó a tal extremo que los profesores universitarios boicotearon otros libros editados por Macmillan (la empresa editora que publicó *Worlds in colusión),* y a causa de los *ultimátums* de muchos científicos, Macmillan tuvo que ceder sus derechos a otra editorial (Doubleday).

Durante estos últimos veinte años, la controversia sobre las teorías del doctor Velikovsky han continuado, y, sin embargo, algunas de sus teorías astronómicas han podido ser comprobadas gracias a las pruebas espacia-

les, sobre todo, su predicción sobre la temperatura de la superficie de Venus que él calculó en 800 grados Fahrenheit (Einstein había dicho que era de menos de 25 grados). Su teoría de que Venus giraba en sentido opuesto al de los demás planetas, que la atmósfera de Venus estaba compuesta de carbohidratos y que la superficie de Marte, igual que la de la Luna, estaba cubierta de cráteres ha resultado ser exactamente cierto. E incluso otra teoría sobre las cargas eléctricas positivas y negativas del Sol y de los planetas cada día es más aceptada por los científicos.

Hugh Auchincloss Brown, a quien se debe una teoría sobre las catástrofes recurrentes (cataclismos de la Tierra) interpreta algunos de estos cataclismos del pasado como consecuencia de la separación de los polos magnéticos de los polos axiales, lo que produce un giro de la Tierra alrededor de su eje hasta que vuelve a realinear sus ejes y rotaciones. Este mismo científico asegura que la Tierra ha estado girando alrededor de su actual eje durante siete mil años, lo que ha hecho aumentar la capa de hielo meridional a su peso actual de 19 cuatrillones de toneladas. Esta teoría presenta dos facetas: o bien el hielo se hizo más pesado y desequilibró eventualmente el eje de la Tierra, o bien la inundó haciendo un centenar de metros más alto el actual nivel de las aguas, e invadiendo las tierras bajas del mundo actual.

Esta teoría del profesor Brown sobre un mundo carenado encaja con una leyenda de los indios hopis relativa al fin de unos mundos existentes anteriormente. Sotuknung, la primera creación y Legado del Creador,

destruyó el Segundo Mundo ordenando a dos gigantes gemelos que abandonaran sus puestos en el polo Sur y en el polo Norte, donde se hallaban situados, para mantener a la Tierra girando. Cuando estos dos gigantes abandonaron sus puestos, el mundo perdió su equilibrio, dio una vuelta y giró dos veces sobre su eje. El doctor Frank Waters nos lo relata de la siguiente manera en su obra *Book of the Hopi:*

«Las montañas se hundieron en él mar, y las aguas de los lagos y de los mares invadieron la tierra; y a medida que el mundo empezó a girar por el espacio sin vida, se congeló y se convirtió en sólido hielo. Este fue el final del Segundo Mundo..., todos los elementos de que se componía se helaron y se convirtieron en hielo..., todo quedó sin vida excepto para aquellos que vivían en su mundo subterráneo...»

La memoria de los períodos glaciares, conservada en el recuerdo de tantas tribus, sugiere que estaban en cierto aspecto relacionadas con (o eran la causa de) catástrofes periódicas acaecidas en la Tierra. Según la opinión del doctor Hugh Auchincloss Brown, la presente capa de hielo de la Antártida es la última de muchas otras que existieron previamente. De ser esto cierto, el continente antártico sería un excelente campo para la exploración e investigación arqueológica, aunque tal proyecto es actualmente imposible, no sólo debido al grosor de los glaciares, sino porque aún continúan creciendo. La nieve y el hielo aumentan con tanta rapidez que unas torretas de cien metros de altura que fueron plantadas por la expedición de Byrd, relativamente hace muy pocos años, actualmente se encuentran casi cu-

biertas.

Sin embargo, aunque generalmente se admite que tres o más capas de hielo se han producido dentro de un período de un millón de años, que finalizó hace 11.500 años, la causa aún sigue constituyendo un misterio y sólo puede explicarse mediante teorías. El doctor J. K. Charlesworth, una autoridad en glaciología de la Universidad Queen de Belfast (Irlanda) sostiene lo siguiente sobre el origen de las edades del hielo: «...La causa de todos estos cambios, uno de los mayores misterios en la historia de la geología, aún se desconoce..., es algo que escapa a nuestras posibilidades...»

El doctor Charles Hapgood, apoyándose en la teoría de que los polos han sido desviados muchas veces, atribuye estos cataclismos a erupciones volcánicas producidas por la tensión y tirantez bajo la corteza terrestre. Enfocado así el problema, las edades del hielo serían entonces el resultado de las diferentes posiciones de los polos, provocadas por el deslizamiento de la parte más externa de la corteza terrestre, cuyo espesor es de cincuenta a setenta kilómetros. El deslizamiento de la parte más externa de la corteza terrestre, causante de nuevas posiciones de los polos, produciría, según esta teoría, largos períodos de cataclismos volcánicos y los glaciares, siendo también uno de los motivos de tales cambios climáticos y sísmicos. Esto explicaría, al parecer, que lugares tan dispares y distanciados sobre la superficie de la Tierra, como África y la India, se hayan visto afectados por el empuje glaciar, mientras que otros lugares parecidos, como Siberia, no han sido afectados.

La clave de todo esto, según la teoría del profesor Hapgood, sería la «isostasia», es decir, un equilibrio de presión en la relativamente débil corteza de la Tierra, de forma que si se concentra gran cantidad de material en un lugar de la misma, como por ejemplo el polo, donde la capa de hielo siempre está aumentando, la débil subcorteza aflora al debilitarse la corteza exterior bajo los efectos de la tensión provocada, tendiendo a originar un nuevo ajuste o reacción isostasica. Aparte de esto, la Tierra no es realmente una esfera, ya que presenta una combadura en el ecuador y se halla ligeramente aplastada en los polos; para expresar mejor su forma, diríamos que ésta es elipsoide triaxial, con una progresiva tendencia a un acortamiento del radio y de la circunferencia de la Tierra en las latitudes más altas, como consecuencia del empuje de partes de la corteza terrestre bajo la tensión; esto da lugar, posiblemente, a la elevación de las costas, montañas e islas, así como al hundimiento de archipiélagos e incluso continentes. Dicho con otras palabras, los cataclismos y los terremotos que aún se producen hoy día, así como las continuas oscilaciones o elevaciones y descensos del lecho de los océanos podrían ser una reacción perfectamente normal de la Tierra, aunque no resulte nada agradable para los habitantes que moran en la misma.

Una teoría sobre las causas de los cataclismos relacionada con las cargas eléctricas y el magnetismo de la Tierra ha sido expuesta por el doctor Manson Valentine, arqueólogo y zoólogo. En el curso de sus numerosas expediciones a Sudamérica y Centroamérica, así como a

las islas del Pacífico, estudió e investigó, personalmente, las consecuencias de los cataclismos, como, por ejemplo, las prolongadas inundaciones de las cavernas, el hundimiento y la elevación de las costas y de las montañas. El doctor Manson Valentine logró identificar artefactos humanos entre las numerosas conchas marinas, en los lechos de arena y entre la flora del mar, tales como tejidos hilados de algodón, redes y objetos de alfarería, los cuales logró descubrir en bancos situados a cientos de metros por encima del nivel del mar en Paracas (Perú). También logró descubrir unas marcas indicadoras del lugar que habían alcanzado las aguas del océano, así como restos marinos en Ancón (Perú). Este científico consiguió demostrar la existencia de numerosas islas que habían sido elevadas a más altura que el actual nivel del mar en Sudamérica, Groenlandia y California septentrional.

La teoría del doctor Manson Valentine sobre la influencia magnética en los cambios cataclismáticos no se ha publicado todavía, por lo que la exponemos a continuación:

Existe una teoría sobre las posibles causas de las catástrofes acaecidas en nuestro planeta que aparentemente no ha merecido la debida consideración. Esta teoría no está relacionada con colisiones mecánicas o astronómicas, con cuerpos extraños o cualquier tipo de materia; sino más bien con los periódicos ajustes en la polaridad de la Tierra, que afectan a su rotación o a la órbita solar o a ambos.

Las anomalías en el cuerpo magnético de nuestro Sistema Solar, ya sean cíclicas o esporádicas, crearían ciertamente fenómenos precataclismáticos en la Tierra. La carga que precede a tal fenómeno cósmico podría verse reflejada probablemente en una discrepancia todavía más grande entre las posiciones geográficas de la Tierra en rotación y en sus polos magnéticos. A medida que aumenta el espacio, las tensiones magnéticas podrían también aumentar hasta el extremo en que los rápidos reajustes compensatorios polares se sucederían. Estos desvíos producirían sin duda alguna cambios catastróficos en la corteja terrestre. Los cuatro períodos glaciales que se presentaron durante intervalos uniformemente decrecientes en el Pleistoceno podrían indicar una especie de periodicidad en tales violentas catástrofes.

La electricidad, un fenómeno familiar y de suprema importancia para todos nosotros, es considerada por el doctor Valentine como un factor de gran influencia tanto en el pasado como en el futuro de la Tierra. Este científico sugiere que el deslizamiento o inversión de los polos puede ser debido a tensiones magnéticas creadas dentro de un gigantesco generador: la misma Tierra.

Al considerar algunos aparentes e inexplicables fenómenos electromagnéticos, el doctor Valentine hace hincapié en que el último hito discernible de la superficie de nuestro planeta, que los astronautas del Apolo XII fueron capaces de identificar, fue la extraña «agua blanca» de los bancos de las Bahamas.

«*...Las amplias ringleras de este material altamente refractario han sido consideradas como surcos producidos en el fon-*

do gredoso del mar por peces, corrientes marinas, etc., pero esto no puede explicar su prolongada persistencia, su luminosidad o el hecho de que se encuentran rodeadas por una especie de halo producido por un fenómeno eléctrico o un campo magnético...»

Las anomalías electromagnéticas presentes en dicha zona podrían explicar, según el doctor Valentine, los extraños sucesos que se han producido dentro del Triángulo de las Bermudas, una zona de forma triangular que se extiende aproximadamente entre Puerto Rico, las Bahamas y las Bermudas, y que abarca un tercio del área occidental del mar de los Sargazos. En efecto, en el curso de los años en este mar han desaparecido cientos de barcos y aviones, desde el navío norteamericano *Cyclops* con una tripulación de trescientos hombres, en 1918, hasta el reciente incidente acaecido el 5 de diciembre de 1945 cuando una escuadrilla completa de cinco aviones norteamericanos transmitió por radio que se encontraban con dificultades en la brújula y los mecanismos de dirección. Pues bien, todos estos aviones desaparecieron junto con una nave que había sido enviada para prestarles ayuda. El doctor Valentine dice lo siguiente sobre las posibles desviaciones electromagnéticas:

«...Las brújulas giraban como locas en ciertos momentos y en determinados lugares. Yo mismo he podido comprobar este extraño fenómeno cerca de una restinga del Mosela, un lugar de aguas muy profundas. Algunas veces, el mal funcionamiento de las brújulas magnéticas y giroscópicas hace presagiar este asombroso fenómeno, cuando un barco, hallándose

en plena mar calma, y sin niebla ni ningún otro fenómeno meteorológico, pierde de vista el horizonte, el sol u otro navío que le acompaña. En algunas ocasiones incluso han desaparecido aviones de gran tamaño... Inútil que estos desgraciados accidentes no pueden dejar de estar relacionados con un estado de relativa inestabilidad magnética centrada en dichas islas. De ser cierto, como así lo parece, tendremos que admitir que la actividad sísmica, relacionada con el intrincado sistema de fallos en las Bahamas...»

Cualquiera que haya sido en el pasado la causa de violentas modificaciones del clima de la Tierra, de su superficie y de sus habitantes, actualmente nos encontramos en un momento crucial de nuestro desarrollo, no por primera vez en la historia del hombre, que dispone de los medios necesarios para modificar, para bien o para mal, su medio ambiente. Existen numerosas referencias en las leyendas antiguas sobre la destrucción de la humanidad; no sólo a causa de que los hombres incurrieron en la ira de los dioses, sino también por haber desarrollado unos poderes que irritaron a los mismos.

Algunas de estas leyendas se ven reflejadas en las obras de Edgard Cayce, en las que se habla de una ciencia avanzada que se desarrolló a lo largo de diferentes, aunque no menos destructivos, períodos de tiempo. Una referencia de este autor sobre unos poderes extraños y destructivos, a los que él denomina «cristales», son mencionados en algunas leyendas antiguas de las que es dudoso que Cayce oyese hablar, mientras que, en trance, describió los cristales y su situación muy minuciosamente.

Desde el punto de vista estrictamente científico, es natural que no se quiera aceptar estas leyendas, estas inexplicables evidencias de un conocimiento antiguo, estos históricos anacronismos, los extraños artefactos y ruinas existentes, las coincidencias entre lenguas que no tienen nada en común, las pasadas catástrofes geológicas, la destrucción a escala mundial de la vida animal, la remota antigüedad del hombre y, finalmente la memoria racial y la percepción extrasensorial, la existencia de la Atlántida y la de otras tierras hundidas bajo los océanos. El problema no consiste únicamente en saber interpretar los libros antiguos, sino también en el hecho de que muchos científicos consideran la historia del hombre bajo una forma preestablecida, ordenada, ajustada a ciertos moldes; y esto nunca ha sido así.

A medida que ahondamos más en el pasado del mundo, encontramos cosas que nunca habríamos sospechado. Por ello, ahora que disponemos de modernos aparatos electrónicos, es muy posible que descubramos cosas sorprendentes, muchas de las cuales no estarán de acuerdo con nuestra lógica manera de pensar y de admitir los hechos. Algunos de estos descubrimientos pueden ser considerados ya como evidentes, pero aún no han podido ser reconocidos.

En el caso de la Atlántida —utilizando esta palabra para una o más culturas avanzadas anteriores a la nuestra—, si una espléndida ciudad hundida fuese localizada en el fondo del océano Atlántico, o bien si un maremoto la elevase hasta la superficie del mar, probablemente el clásico escepticismo de los científicos les obli-

garía a no aceptarla como la Atlántida, sino que la calificarían, como sugiere Charles Roland, como un cargamento de materiales de construcción griego hundido hacía años en el océano.

En cualquier caso, los cada día más numerosos descubrimientos submarinos, la posibilidad de localizar nuevos manuscritos, reexaminando los ya existentes y descifrando su misterioso contenido, así como las nuevas técnicas para establecer la antigüedad de los objetos descubiertos, aportarán más aclaraciones sobre la Prehistoria.

La exploración bajo las capas de hielo y en el fondo del mar seguramente permitirá descubrir nuevos artefactos que nos aclaren muchas cosas extrañas sobre la Prehistoria. Dado que las expediciones arqueológicas son muy costosas y difíciles de organizar cuando se trata de explorar una superficie tan extensa como el fondo de los océanos así como sus profundidades, la única esperanza que nos queda es que en un futuro próximo se localicen nuevos descubrimientos gracias a la intervención fortuita de los submarinistas o bien en la búsqueda de petróleo a grandes profundidades. En la cordillera submarina del centro del Atlántico han sido localizados montículos de sal, indicativos de la presencia de gas natural y petróleo, así como de la presencia de tierra en otra época sobre la superficie de las aguas. A este respecto también debemos añadir que la localización de petróleo podría producir una probable y quizá acumulativa descongelación de la capa de hielo polar en el caso de que un superpetrolero de 450.000 toneladas se

hundiese, con su cargamento de petróleo, en la zona polar. Se ha calculado que el derretimiento resultante haría que las costas del mundo entero volviesen a quedar bajo las aguas, como sucedió hace unos diez mil años, durante el derretimiento de la última glaciación, debido a un fenómeno cataclísmico.

Se podría argumentar, desde luego, que nuestra cultura actual se encuentra en peligro de extinción debido a los peligros provocados por el hombre y a las actividades llevadas a cabo sin tener en cuenta su supervivencia, mientras que la desaparición de las culturas antiguas fue debida a cataclismos naturales. Pero incluso esta suposición, a la luz de ciertos manuscritos y evidencias del pasado, dejan puerta abierta a un enorme interrogante.

XII

ADVERTENCIAS DEL LEJANO PASADO

El poder destructivo de la tecnología científica no constituye ningún secreto para los hombres de la generación que hoy habita un planeta no sólo amenazado por los peligros de un cosmos inestable, sino también por los desastres y por una posible total aniquilación debida a nuestros progresos científicos y a nuestra cada día mayor comprensión del Universo. Por consiguiente, este pensamiento sugiere que, desde la larga presencia en este planeta de una raza civilizada anterior a la nuestra, una raza cuya habilidad mental (y capacidad cerebral que ha podido ser calculada midiendo los cráneos supervivientes del hombre de Cro-Magnon) era igual o superior que la nuestra, los descendientes de ésta, o los de una raza más o menos contemporánea, hayan podido desarrollar una ciencia que, aunque distinta a la nuestra, les permitió, no obstante, llegar al mismo callejón sin salida.

Algunas sugerencias, aunque no demuestran nada

concluyente, sirven, no obstante, para despertar en nosotros ciertas reflexiones. En el Irak meridional, en el valle del Eufrates, durante unas excavaciones realizadas en 1947, fue posible penetrar en ciertos estratos de cultura gracias a lo que podríamos denominar un «túnel minero arqueológico». Partiendo de su nivel actual, la excavación atravesó los antiguos niveles culturales de Babilonia, Caldea y Sumeria, los diferentes niveles entre las distintas edades de la cultura de la ciudad, luego el nivel del pueblo, y después el de los primitivos agricultores, en un nivel de tiempo de hace ocho mil años. Después debajo de la cultura de los pastores, y, finalmente, un período correspondiente al Magdaleniense o cultura de las cavernas. En el fondo de todos estos niveles se descubrió un suelo o cristal fundido que no era similar a ninguna cosa, excepto al suelo del desierto de Nuevo México después de la explosión que inauguró nuestra actual Edad Atómica. También en el desierto de Gobi se ha descubierto un suelo vitrificado del mismo tipo que el producido por una explosión atómica.

El doctor Vyacheslar Zaitser, filólogo ruso de la Academia Bielorrusa de Ciencias, expuso en su reciente libro *Psychic Discoveries behind the Iron Curtain* una observación muy juiciosa sobre un suceso bíblico conocido de todos. *«El relato bíblico sobre la destrucción de Sodoma y Gomorra —dice este científico— se parece mucho a una explosión atómica tal como la describiría un testigo de bajo nivel cultural.»*

Esto no significa necesariamente, desde luego, que

hubiera guerras atómicas en nuestro planeta antes que las nuestras. Simplemente significa que la Tierra se ha visto golpeada de vez en cuando por un meteorito o un asteroide mucho más grande de los que ordinariamente penetran en nuestra atmósfera. Una «*bomba celestial*» de este tipo podía haber formado el lago Cráter, existente en Colorado (Estados Unidos); o lo que fue llamado el «Hiroshima de 1908», cuando un cataclismo, que se cree producido por un meteorito, asoló Siberia, al noreste del lago Baikal, destruyendo un rebaño de mil quinientos renos y extensos bosques, dejando vestigios de radiactividad alrededor de su cráter hasta nuestros días.

Sin embargo, existe otra prueba de destrucción catastrófica iniciada y causada por el hombre, o dioses actuando como hombres, y que encontramos en el *Mahabharata,* considerada por algunos como la *Iliada* de la antigua India (pero diez veces más extensa que la obra de Homero y, por lo tanto, más comprensible y también más explícita en detalles). El *Mahabharata* es esencialmente un enorme compendio de enseñanzas religiosas, costumbres, historia y leyendas relativos a los dioses y héroes de la antigua India. También se considera que contiene elementos concernientes a la conquista de la India por los invasores arios del norte, que invadieron y conquistaron la India septentrional hace miles de años y que probablemente destruyeron, entre otras ciudades, Harappa y Mohenjo-Daro en el valle del Indo. Esta antiquísima colección de libros también contiene hechos y leyendas muy corrientes en el remoto período durante el cual fue compilado.

El *Mahabharata,* escrito en sánscrito, es quizá uno de los textos religiosos y literarios más antiguo que se siguen utilizando hoy *y,* al igual que la Biblia contiene numerosas referencias sobre hechos históricos relativos a países fronterizos con Israel, este libro clásico hindú conserva informaciones sobre un mundo que no solamente es pintoresco, sino, a veces, más bien alarmante.

Cuando los científicos comenzaron a estudiar el *Mahabharata* durante el período en que la India era una colonia británica, observaron que había ciertas referencias a antiguas aeronaves *(vimanas),* incluso cómo podían ser construidas y cómo eran propulsadas. También pudieron comprobar la existencia de unas descripciones sobre cómo poder controlar el «poder ígneo» durante las guerras, sobre cohetes e incluso sobre la «flecha de la inconsciencia» *(mohanastra)* que aniquilaba a los ejércitos enemigos. Al principio, dichos científicos consideraron estas referencias (existentes miles de años antes de que se inventase el aeroplano y los gases venenosos) como una hipérbole poética, considerándolas fruto de una imaginación calenturienta.

Es lógico que los científicos de la época victoriana no comprendiesen ni encontraran ninguna semejanza en las descripciones de «dos carros celestiales de dos pisos con muchas ventanas» que brillaban cual una llama rojiza, «que se elevaban en el cielo hasta que parecían cometas» o de unas naves que «se remontaban en el aire hasta las regiones del Sol y de la Luna».

A finales del siglo XIX, un filólogo indio, P. Chandra

Roy, llevó a cabo una extensa traducción al inglés del *Mahabharata,* subvencionada por el Gobierno de la India, varios maharajás y otras personalidades. Este traductor parece ser que se asombró muchísimo al hacer la versión de aquellos pasajes en que se describía una guerra a escala mundial. En una de sus observaciones expone que él, como brahmán (casta de los sacerdotes) y no como kshatriya (casta de los guerreros), no podía comprender ni aprobar las descripciones sobre matanzas que estaba traduciendo; pero que, no obstante, las juzgaba necesarias dentro del conjunto de esta obra maestra, sobre todo, por estar relacionadas con las decisiones de los dioses.

Algunas de estas descripciones eran consideradas como algo enigmático para los filólogos del siglo pasado que las leyeron y las tradujeron, pero hoy día no encierran ningún misterio para los hombres actuales ni para los del futuro. Los siguientes extractos del *Mahabharata* y del *Ramanyana* nos son familiares a pesar de los miles de años transcurridos desde entonces:

«*Un solo proyectil cargado con todo el poder del Universo, una incandescente, columna de humo y llama, tan brillante como diez mil soles, se elevó en el cielo con todo su esplendor...*

»*...se trataba de un arma desconocida, un rayo de hierro, un gigantesco mensajero de la muerte que redujo a cenizas a toda la raza de los Vrishnis y de los Andhakas.*

»*...Los cadáveres se hallaban tan quemados que eran irreconocibles. Se les habían caído los cabellos y las uñas. Los ob-*

jetos de alfarería se rompieron sin haber causa aparente, y las aves se volvieron blancas. Después de algunas horas, todos los alimentos se infectaron.»

Y sobre todo el siguiente extracto:

«...Para salvarse de este fuego los soldados se arrojaron a las aguas de los arroyos para lavar sus cuerpos y su equipo...»

La destrucción del ejército enemigo por el «rayo de hierro» (un nombre mucho más lógico que el de «Hombre Grueso» lanzado sobre Nagasaki) es descrito en el siguiente extracto del *Samsaptaka-Badha Parva* del *Drona Parva* de una forma efectiva y poética:

«...Entonces Vayu (la deidad de aquella potente arma) aplastó multitudes de Samsaptakas con caballos, elefantes, carros de guerra y otras armas, como si fuesen hojas secas de los árboles... Arrastrados por el viento, oh rey, parecían muy hermosos, como aves volando... volando y alejándose de los árboles...»

Y también en el *Naryanastra Mokshana Parva (Drona Parva)* encontramos una referencia sobre el «arma Agneya» a la que no podían resistir ni los mismos dioses:

«Cayeron meteoritos desde el firmamento... Una espesa oscuridad envolvió de repente al ejército. Todos los puntos cardinales se hallaban envueltos por la oscuridad... De repente empezaron a soplar unos vientos desfavorables... el Sol parecía que había dado la vuelta, y el Universo, abrasado por el calor, parecía tener fiebre. Los elefantes y otras criaturas de la Tierra, abrasados por la energía calorífica de aquel arma, echaron a correr en desbandada.,. Como las aguas se calentaron mucho, las criaturas que vivían en este elemento comen-

zaron a abrasarse... los guerreros enemigos cayeron al suelo como árboles quemados derribados a tierra... los gigantescos elefantes, también abrasados por aquel arma, se desplomaron al suelo... lanzando fieros rugidos... otros, quemados por el fuego, corrían de un lado para otro, como si estuvieran en medio de un bosque en llamas. Los carros y los caballos, abrasados por la energía calorífica de aquel arma, ardieron como las Copas de los árboles en un bosque en llamas...»

Las consecuencias de tal cataclismo sobre la Tierra podemos deducirlas teniendo en cuenta lo que a continuación exponen ciertos ecólogos en Prehistoria:

«...vientos secos y fuertes y lluvias de grava podían observarse por todas partes... Las aves empezaron a revolotear en círculos... El horizonte parecía estar cubierto por la niebla. Una lluvia de meteoritos, cual brasas de carbón, cayó del firmamento sobre la tierra... El sol... parecía estar siempre cubierto por una capa de polvo... Deslumbrantes círculos de luz eran vistos cada día alrededor del sol y de la luna... Un poco después, él rey kuru, Yudhishshira, se enteró de la matanza de los Vrishnis provocada por el arma de hierro... (Mausala Parva).»

Incluso existía una oración implorando la intercesión divina del Creador para que detuviese los efectos del arma «final»:

«...Oh ilustre, permite que el triple Universo —el pasado, el presente y el futuro— continúen existiendo. Debido a tu ira, una lluvia de una sustancia parecida al fuego ha caído sobre nosotros. ¡Incluso las grandes colinas, los árboles, los ríos, y todas las hierbas del movible Universo han quedado reducidos a cenizas! (Abhixnanyu Badha Parva).»

Otra parte mucho más extraña del *Mausala Parva,* una misteriosa referencia a los modernos cohetes bélicos, hace mención a la limitación, destrucción y utilización de los mismos:

«...un artefacto de hierro que convirtió en cenizas a todos los miembros de las razas Vrishnis y Andhakas… un imponente artefacto de hierro que parecía un gigantesco mensajero de la muerte... El rey, acongojado, ordenó que dicho artefacto fuese reducido a polvo fino. Los hombres fueron utilizados, oh rey, en arrojar dicho poder al fondo del mar...»

Estos extraños relatos, que hoy tienen sentido para los hombres de nuestro siglo, pero no para los primeros traductores, deben ser considerados dentro del contexto de aquellos tiempos, teniendo en cuenta el espíritu y la perspectiva de los que los escribieron. La gente antigua, que vivía en la «edad de los milagros», consideraba todas las cosas mágicas como hechos reales y, sobre todo, la civilización como si fuese un arroyo, un flujo y reflujo de culturas más bien que una continua marcha hacia delante. Las maravillas o profecías científicas eran simplemente anotadas tal como las descubrían, sin molestarse en comprobarlas y sin tener en cuenta que algún día serian reexaminadas por las futuras generaciones.

¿Qué significado tienen todas estas numerosas referencias? Debemos ser cautos a la hora de analizar que la literatura antigua contiene extraordinarias fantasías e increíbles leyendas que pueden, no obstante, referirse a una versión imaginativa de algo que realmente sucedió alguna vez. Sin embargo, cuando algunas de estas sorprendentes fantasías presentan cierto paralelismo con

un conjunto de hechos científicos con los que ya estamos familiarizados, las calificamos como un caso histórico *deja vú*.

Toda historia conocida, e incluso aquella Prehistoria que somos capaces de reconstruir, parece mostrarnos una estructura repetitiva, así como una tácita advertencia. Hay un refrán francés que define a las mil maravillas lo que acabamos de exponer: «Aquellos que ignoran la historia están condenados a repetirla.»

La guerra es un hecho básico de la historia, y la historia es la de aquellos que la ganan; los que la pierden, sobre todo en el lejano pasado, desaparecen o son aniquilados por los vencedores. La guerra en sí es casi un instinto hereditario, no necesariamente económico, como ciertos historiadores desearían, sino un deseo de triunfar en los combates como miembros de un grupo, tribu o nación contra otro grupo, tribu o nación. En la historia de la guerra hasta las últimas décadas, este instinto, con su halo de romanticismo y excitación, podría ser juzgado con más o menos indulgencia. Algunas veces, como en el caso de las ciudades del antiguo México, la guerra era eficientemente planeada y llevada a cabo con plena satisfacción por parte de ambos bandos beligerantes. Así, en *La guerra florida (Xochiyaoyotl),* dos pequeños ejércitos de igual número de combatientes se prestaban a luchar hasta que uno de los dos triunfase. Los vencidos eran ofrecidos en sacrificio a los dioses con el fin de pagarles el tributo, debido y así alcanzar los beneficios del señor de los cielos. (Una de las razones que justifican la victoria de los españoles sobre los

aztecas fue que los guerreros aztecas trataron de capturar a los españoles, mientras que éstos deseaban matar el mayor número posible de aztecas.)

Hasta hoy, ni las guerras ni la avanzada tecnología científica han afectado seriamente a la misma Tierra; por muchas matanzas que hayan habido, la humanidad nunca ha estado en peligro. Incluso los grandes saqueos de los mongoles, que llegaron a aniquilar poblaciones enteras y destruyeron los sistemas de riego, sin los cuales las principales regiones de Asia central y Mesopotamia no volvieron a recuperar su antigua densidad demográfica, nunca llegaron a poner en serio peligro al mundo. Con lo que sabemos de la historia, parece difícil aceptar la posibilidad de que cualquier cultura antigua haya podido ser destruida hasta el extremo de desaparecer de la superficie de nuestro planeta. Con todo, existía esa posibilidad que descubrir por los científicos de otras épocas. Las extrañas referencias contenidas en el *Mahabharata,* incorporadas a ella de otras fuentes tan confusas que no podemos adivinar, son especialmente notables en el sentido de que solamente hemos sido capaces de comprender aquellas relativas a extraños artefactos bélicos, descritos hace miles de años, debido al aumento de nuestras modernas técnicas destructivas.

En cuanto al funesto destino que quizá nos esté reservado, podemos remontarnos a una profecía de la época romana escrita en versos por Séneca. Dice lo siguiente:

«*Un solo día verá el entierro de toda la humanidad, todo lo que la acumulación de fortuna ha producido, todo lo que ha sido elevado hasta la eminencia, todo lo que es famoso y todo*

lo que es hermoso, grandes tronos, grandes naciones, todo caerá dentro de un profundo abismo, todo quedará destruido en una hora...»

Otra profecía poética sobre un futuro cataclismo la encontramos en el *Eider Edda,* una saga de Islandia, escrita hace mucho tiempo en una lengua madre del actual grupo lingüístico germano-escandinavo, al que también pertenece el idioma inglés. He aquí unos extractos de dicha saga, escrita con un estilo menos majestuoso, pero en cierto sentido más directo:

«El sol se volverá más oscuro, los hermanos lucharán y matarán... Tiempos de hacha, tiempos de espadas. Los escudos se separarán. Tiempo del viento, tiempo del lobo, hasta que el mundo quede muerto.»

Y continúa de esta manera:

«Las montañas chocarán unas contra otras... y el cielo se dividirá en dos partes.

El Sol morirá, y la tierra se hundirá en el mar.

Las estrellas brillantes se apagarán.

Se producirán incendios y las llamas se elevarán tan altas como el cielo.»

Podríamos preguntarnos si estos mensajes sobre futuros cataclismos fueron profecías escritas o memorias, o bien si todas las leyendas sobre destrucciones relatadas por los más antiguos habitantes de la Tierra eran realmente leyendas o bien una recopilación de los hechos que nuestros antepasados comprobaron por sí mismos. Y cuando, desde un punto de vista tan lejano ya en el tiempo que generalmente consideramos como la prime-

ra civilización, descubrimos descripciones exactas de los efectos de nuestras más modernas armas bélicas, nos preguntamos si la historia no es más bien una repetición de vastos círculos concéntricos (como generalmente suele expresarse, según el punto de vista oriental, en ciclos de civilización continuos y repetidos, incluyendo la misma existencia) que una constante marcha hacia adelante. De ser así, ¿para qué estudiar la historia, y sobre todo, aquellas culturas desaparecidas tan lejanas ya en el tiempo que sólo podemos apreciar su luz como la de una estrella moribunda de poca magnitud?

Sin embargo, aparte de la fascinación por la historia, por sus misterios aún no descubiertos, su esplendoroso panorama y sus todavía más inexploradas épocas, que parecen remontarse a una antigüedad mucho mayor de la que creemos, el estudio de las civilizaciones desaparecidas y las razones de tal desaparición poseen un valor tanto negativo como positivo, enseñándonos a hacer lo que *no* debemos hacer, con el fin de que podamos sobrevivir.

AGRADECIMIENTO

El autor desea expresar su sincero agradecimiento a aquellas personas que han contribuido con sus consejos, sugerencias, experiencia, fotografías y dibujos a la confección de este libro. Tal contribución no implica su aceptación o no de las teorías sustentadas por el autor de esta obra.

Este agradecimiento va dirigido especialmente a las siguientes personas:

Profesor Charles Hapgood, cartógrafo, historiador y escritor, cuya destacada labor en comprobar ciertos mapas antiguos para confirmar sus coordinadas longitudinales representa un paso revolucionario y decisivamente importante para establecer los progresos científicos de las civilizaciones olvidadas.

Doctor Ivan Sanderson, explorador, zoólogo, escritor y un incansable investigador de los extraños fenómenos que envuelven los misterios del pasado.

También desea expresar su agradecimiento a las siguientes personas (por orden alfabético):

- S. Farooq Ali, Oficina de Turismo del Gobierno de la India.
- José María Bensaúde, Presidente de la Naviera Navecor, Lisboa.
- Valerie Berlitz, escritora y artista.

- Anne Ware Bird, investigadora en Prehistoria de Estados Unidos.
- Doctor Cyrus Bird, experto en arqueología sudamericana en el Museo Americano de Historia Natural.
- Hugh Lynn Cayce, presidente de la Association for Research and Enlightenment.
- Doctor Gordon Ekholm, experto en arqueología mexicana en el Museo Americano de Historia Natural.
- Marión Fawcett, autor e investigador.
- Doctor Cyrus H. Gordon, historiador, lingüista y arqueólogo.
- J. Silva Júnior, Director de *Terra Nostra,* islas Azores. S'i'beodora Kane, pintora.
- Samir Khalil, escritor y arqueólogo.
- Constantine Mertvago, lingüista y filólogo.
- Howard Metz, investigador de pirámides.
- William Morris, lexicógrafo y columnista.
- Albert C. Muller, ingeniero de radicaciones.
- Ledo. Carlos M. Peralta, Cónsul General de Costa Rica.
- Léon Pomerance, arqueólogo.
- Dimitri Rebikoff, inventor, oceanógrafo y arqueólogo.
- Wilbert O. Sánchez, Oficina de Turismo del Gobierno de México.
- Robert E. Silverberg, historiador y autor.

- Robert E. Stone, Presidente de NEARA.
- Cari Payne Tobey, matemático, astrónomo, autor y astrólogo.
- Jack A. Ulrich, explorador y arqueólogo.
- James Valentine, fotógrafo, escritor y ecólogo.
- Joaquim De Vasconcelos, astrónomo, historiador, autor y lingüista.

BIBLIOGRAFÍA

AUCHINCLOSS BROWN, Hugh: *Cataclysms of the Eatth,* New York, 1967.

BERLITZ, Charles: *The Mystery of Atlantis,* New York, 1969.

BERNARDINO DE SAHAGÚN, Fray: *Historia General de las cosas de Nueva España, M*éxico, 1938.

Bible, The: King James. Versión (adaptación jacobita).

BLOM, Franz: *La vida de los mayas,* México, 1944.

BLOMBERG, ROLF: *Ecuador-Andean Mosaic,* Stockolra, 1952.

BOLAND, Charles M.: *They All Discovered America,* New York, 1961.

CASSON, Lionel: *The Ancient Mariners,* New York, 1959.

CLEATER, P. E.: *Lost Languages,* New York, 1959.

Corán, Eh

COOPER, Gordon: *Dead Cities and Forgotten Tribes,* New York, 1952.

CORDERO, Luis: *Diccionario quechua,* Quito, 1955.

CRAMPTON, Patrick: *Stonehenge of the Kings,* New York,1968.

CHARROUX, Robert: *Htstoire Inconnue des Hommes Depuis Cent Mille Ans,* Paris, 1963. — *Le Livre du Mysterieux Inconnue,* Paris, 1969. (Existe versión española:

N*uestros antepasados extraterrestres,* Ed. Bruguera, Libro Amigo.)

CLARK HOWELL, F.: *Early Man,* New York, 1968.

DEUEL, Leo: *Flights inio Yesterday,* New York, 1969.

DOBLHOFFER, Ernst: *Zeichen und Wunder,* Wien, 1957.

Dos PASSOS, John: *Easter Island,* New York, 1971.

DYOTT, O. M.: *Man Hunting in the Jungle*, New York,1929. *Earth Changes:* The Edgar Cayce Foundation, Virginia, 1959.

ENGLERT, S.: *Island at the Center of the World,* New York, 1970.

EVANS CAYCE, Edgard: *Edgard Cayce on Átlantis,* New York, 1968.

FARBRIDGE, Rhodes: *The Encyclopedia of Oceanography,* New York, 1966.

FAWCETT, P. H.: *Lost Traüs Lost Cities,* New York, 1953.

FLEMMING, Nicholas C: *Cities in the Sea,* New York, 1971.

FONCERRADA DE MOLINA, María: *La escultura arquitectónica de Uxmal,* México, 1965.

GAUDIO, Attilo: *Les Empires de la Mer,* París, 1962.

GRAZIA, Alfred: *The Velikovsky Affair,* New York, 1966.

GORDON, Cyrus H.: *Befare Columbus,* New York, 1971.

HAGEN, Víctor W. von: *Realm of the Incas,* New York, 1957. *World of the Mayas,* New York, 1960.

HAPGOOD, Charles: *Maps of the Ancient Sea Kings,*

Philadelphia, 1966. *The Path of the Pole,* New York, 1970.

HIBBER, Frank C: *The Lost Americans,* New York, 1946.
HEYERDAHL, Thor: *Aku-Aku,* New York, 1958.

HODGES, Henry: *Technology in the Ancient World,* New York, 1970.

HOMET, Marcel F.: *Sons of the Sun,* London, 1963.-

HYATT VERRILL, A.: *Oíd Civilizations of the New World,* Indianápolis, 1929.

IRWIN, Consiance: *Fair Gods and Stone Faces,* New York, 1963.

KOSOL, Paul: *Life, Lana and Water in Ancient Perú,* New York, 1965.

KUHN, Herbert: *Die Felsbilder Europas,* 1952.

LEÓN PORTILLA, Miguel: *The Broken Spears,* Boston, 1962.

LIBBY, Willard E.: *Radio Carbón Dating,* Chicago, 1952,

LISSNER, Ivar: *Aber Gott War Da,* 1960. — *Rdtselhafte Kulturen,* 1961. (Existe traducción española: *Civilizaciones enigmáticas,* Editorial Bragueta.)

Mahabharata, The (versión inglesa de Protap Chandra Roy), Calcuta, 1889.

MAVOR, James W., Jr.: *Voyage to Átlantis,* New York, 1969.

MORRILL, Sibley S.: *Ponape,* San Francisco, 1970.

OSTRANDER & SCHROEDER: *Psychic Discoveries Behind the Iron Curtain,* New Jersey, 1970.

PAUWELS & BERGIER: *Le Matin des Magiciens,* París, 1960.

RACKL, Hans-wolf: *Tauchfahrt in die Vergangenheit,* 1964.

RÓBELO, Dr. C. A.: *Diccionario de aztequismos,* México, 1932.

SANDERSON, Ivan: *Invisible Residents,* New York, 1970.

Scorr, W. B.: *A History of Lana Mammals in the wesiern Hemisphere,* New York, 1937.

SILVA RAMOS, Bernardo da: *Inscripcoes e Tradicoes do América Pré-Histórica, Especialmente do Brasil,* Rio de Janeiro, 1930-1939.

SILVERBERG, Robert: *The Morning of Mankind,* New York, 1967. — *Mund Builders of Ancient America,* Connecticut, 1968.

SCHREIBER, Hermán and Georg: *Versunkene St'ádte,* 1955.

SOLÍS ALCALÁ, Ermilo. *Diccionario español-maya,* México, 1949.

STERLING GLADWIN, Harold: *Men out of Asia,* New York, 1947.

TALBOT, Laurence: *Les Paladins du Monde Occidental,* Tangiers, 1965.

THORNE, Jim: *The Underwater World,* New York, 1969.

TUPAC YUPANQUI, Demetrio: *Runa Simita Yachay,* Lima, 1961.

VAILLANT, G. C: *The Aztecs of México,* New York, 1956.

VELIKOVSKY, Immanuel: *Earth in Upheaval,* New York,1955.

VIVANTE, A. & IMBELLONI, J.: *Libro de las Atlántidas,* Buenos Aires, 1939.

WATERS, Frank: *Book of the Hopi,* New York, 1969.

WELLARD, James: *Lost Worlds of África,* New York, 1967.

WOOLLEY, sir Leonard: *History Unearthed,* London, 1963.

YOGANANDA, Paramhansa: *Autobiography of a Yogi,* New York, 1946.

ENIGMAS DEL UNIVERSO

El hombre del siglo XX, de la era de la ciencia y los descubrimientos, vive, a pesar de todo, rodeado de misterios e interrogantes. Tales enigmas pueden tener su origen remoto en los primeros pasos de la historia de la humanidad; otros se han forjado a lo largo de ella.

Los volúmenes de esta serie que ofrecemos a los lectores son la obra de hombres que se han preocupado por mirar a su alrededor, que se han percatado de la existencia de estos enigmas y, no satisfechos con la mera constatación de tales misterios, han querido adentrarse en ellos hasta lograr esclarecerlos De este modo satisfacen una necesidad que parece estar íntimamente ligada a nuestra naturaleza: la de conocer el mundo que nos rodea para comprenderlo.

En la serie ENIGMAS DEL UNIVERSO el lector encontrará el verdadero significado de muchas leyendas, el sentido de los mitos, la raíz de las más extrañas tradiciones y la explicación de algunos de los insólitos contrasentidos de la historia.

Un dossier sensacional, totalmente inédito, en el que se ha logrado reunir los frutos de las más modernas investigaciones para ofrecerlas de forma directa en edición de bolsillo.

DISEÑO CUBIERTA, JORGE SANCHEZ

EDITORIAL
BRUGUERA S.A.

BARCELONA
BOGOTA
BUENOS AIRES
CARACAS
MEXICO

Precio en España **100** ptas.

IMPRESO EN ESPAÑA
PRINTED IN SPAIN